

RAMOS DE VIOLETAS

COLECCIÓN DE POESIAS

Y
ARTICULO ESPIRITA

DE

AMALIA DOMINGO SOLER

TOMO PRIMERO

TEOREMA S.A.

Avda. República Argentina, 24
Barcelona.
España

Pasado a libro digital por



<http://www.Luzespiritual.org>

PROLOGO

No hay libro que no tenga quien le recomiende en un prólogo laudatorio. Mis RAMOS DE VIOLETAS no los recomienda nadie en particular. La recopilación de mis trabajos sale a luz del camino modo que se han ido publicando desde el año 73 del pasado siglo; mis poesías y mis artículos, así como las florerillas del campo, abren su corola y exhalan su perfume, sin que ningún jardinero se cuide de ellas. Así mis escritos, humildes y sencillos, han llenado las páginas de muchos periódicos espiritistas, esparciendo el aroma de su sentimiento y de su fe en la justicia divina.

Incansable en mi afán de dar a los otros una parte del bien que yo disfrutaba estudiando el Espiritismo, más de dos mil producciones he dado a la prensa desde el año 73 del siglo XIX. Sin familia ninguna, he llegado a tener una familia inmensa, he llamado a tantos corazones, que muchos me han respondido, hasta el punto que, sin yo pedirlo; (ni aún soñarlo), los espiritistas cubanos abrieron una suscripción para publicar todos mis escritos diseminados en los periódicos espiritistas de España y de Ultramar. ¿Qué mejor prólogo pueden tener mis RAMOS DE VIOLETA?

En Buenos Aires también encontró eco su buen deseo tanto es así, que un espiritista de Lobería, que posee una imprenta, se ofreció a hacer la tirada gratis, dándose por pagado con que le costearan el papel, encargándose él de todo lo demás, incluso la encuadernación de los volúmenes que contengan mis escritos.

Confieso ingenuamente que mi júbilo es inmenso, al ver recopilados mis trabajos (son los hijos de mi pensamiento) porque si bien los espíritus me han ayudado siempre en mis tareas literarias, yo no soy médium mecánico, yo no acepto de los espíritus más que aquello que está conforme con mi razón; trabajamos a medias, ellos me inspiran, ellos me alientan, sin ellos yo no hubiera podido trabajar, tan asiduamente, pero puesta en relación con ellos, hace un esfuerzo mi inteligencia, mi razón cumple con su deber de inquirir de analizar, de hacer comparaciones entre la sombra y la luz, y mientras más trabajo, mas contenta estoy, porque más útil soy a la humanidad.

Todo en la Creación cumple su cometido, desde el microscópico insecto, hasta el sol que da vida a un sistema planetario, desde el aeronauta que pretende navegar por el espacio, hasta el minero que arranca de las entrañas de la tierra el calor almacenado, como llama Flammarión, a las minas de hulla, desde el sabio que todo lo sabe, hasta el pobre campesino que todo lo ignora.; no hay hombre ni cosa que esté, sobrante en el Universo. Entonces yo también habré venido para algo, y pruebas innegables he tenido que yo he venido para entendérmelas con los espíritus. Antes de conocer el Espiritismo era yo un cero sin valor en la suma social; me faltaba familia, salud, medios para vivir, iba a tientas por este mundo, porque llegué a perder en gran parte la escasa luz que siempre han tenido mis ojos, y al conocer el Espiritismo ¡qué metamorfosis se opero en mi!..... vi desaparecer mi inutilidad, resonaron en mis oídos voces proféticas, que me decían: «¡El porvenir es tuyo!.... ¡levántate y anda!» Y me levaté, y anduve: y yo que no tenía a nadie en la tierra ¡me creé una familia universal!... y al creármela, dije: «Si yo que era menos que un átomo, al ponerme en relación con los espíritus, he adquirido un íntimo convencimiento que puedo ser grande (si quiero serlo), ¡cuántos que valgan más que yo llegarán a ser héroes estudiando y comprendiendo el Espiritismo! Sea yo, pues, propagandista de la buena nueva.. Y por eso he dicho yo a los pobres y, a los desvalidos: ¿queréis ser relativamente felices? ¿queréis convencerlos que Dios

existe? ¿queréis reconocer la grandeza y la justicia del Omnipotente? pues estudiad el Espiritismo, es un vergel siempre florido, en él los buenos jardineros encontrarán flores de espléndida belleza y penetrante aroma. Yo que en esta existencia he carecido de todo, a pesar de mi insignificancia, he recogido en el campo del Espiritismo mis RAMOS DE VIOLETAS.

AMALIA DOMINGO SOLER.

Gracia (Barcelona) 3 de Julio de 1903.

LA CALUMNIA

¡ Calumnia abominable!... el luto y el espanto
difundes por doquiera: ¡Fatal es tu misión!
Los ojos más serenos anublas con el llanto
y arrancas despiadada, la paz del corazón.

En todas partes dejas tristísima memoria;
unida estás al hombre con invisible imán.
Profanas con tu aliento el libro de la historia
y crédito los siglos a tus sofismas dan.

A veces el acaso te arroja de tu trono
y pierdes en un soplo tu fuerza y tu poder;
mas tornas a la lucha con implacable encono
y a la verdad humillas volviéndola a vencer.

La condición humana acepta a la impostura
y la verdad rechaza cual sombra que da horror,
y si al mortal no halaga la ajena desventura
escucha indiferente la queja del dolor.

Es triste confesarlo ; mas con desdén profundo
contempla la desgracia la turba mundanal.
¡Ah!... Pobre del que llora, que le desdeña el mundo
porque sus ayes turban su impura bacanal..

Amaos unos a otros, nos dice la *escritura*,
y *odiarnos mutuamente*, nos pareció mejor,
la envidia y la calumnia que son, de igual hechura,
buscaronse y se unieron con fraternal amor.

¡Que mundo tan pequeño es este que habitamos!
sin duda por sarcasmo se llama a esto vivir,
cobardes y mezquinos en todo nos mostramos:
la educación tan sólo nos llega a corregir.

Mas queda la semilla del mal en nuestro pecho
y siempre fructifica con tal fecundidad,
que el más leve accidente presenta claro hecho
que el hombre lleva el germen en sí de la impiedad.

¿En esos otros mundos será mejor el hombre?
-Sin duda debe serlo sí está cerca de Dios.
¿Tendrá distinta forma...? ¿Tendrá distinto nombre?
¿irá como en la tierra de su codicia en pos?

Nos no; debe ser grande y hallarse revestido
de un algo poderoso que irradie clara luz:

debe ostentar su frente el sello bendecido
que a la virtud legara, el que expiró en la cruz.

!Oh! cuánto anhela mi alma llegar a esas regiones!
aquí me falta espacio, aquí me falta fe:
miro luchar tan solo mezquinas ambiciones
y no encuentro los seres que en mi ilusión soñé.

¡Oh! Ser Omnipotente; que acabe mi destierro.
¡Qué lenta es mi agonía...! Termine mi sufrir:
aquí mi frente oprime un círculo de hierro...
permíteme que muera para después, vivir.

Vivir entre otros seres, sin que calumnia impía
arroje en el mi camino su rayo destructor;
en donde siempre brille el luminar del día
en donde encuentre el alma inextinguible amor.

Ese amor noble y grande, inmaterial, profundo,
amor que desconoce la pobre humanidad;
¡oh! tú Dios bondadoso: arráncame de un mundo,
donde hay hombres que niegan la luz de tu verdad.

UN RAYO DE LUZ

¿Qué nueva luz mi pensamiento hiere?
¿Qué nuevo aliento mi existencia anima?
¿Qué mágica esperanza me sonríe
que embellece las horas de mi vida?
¿Es quizás el amor plácido ensueño
que con un mundo de placer me brinda?
¿O la amistad me ofrece su consuelo?
Emanación de Dios pura y bendita!
¿Me prodigó la suerte sus favores?
¿Me dio tesoros de sin par valía?
¿O la voluble fama en su entusiasmo
dejó laureles en mi sien marchita?
No es del amor el delirante anhelo,
no es la amistad con su afección tranquila,
no es la riqueza con su pompa vana,
no es de la gloria la ilusión de un día.
Es otra *Luz* que iluminó mi mente.
Ya mi razón no duda, no vacila.
Ya comprendo de Dios la omnipotencia,
y admiro su poder y su justicia.
Del porvenir el insondable arcano
y el misterio infinito se descifra,
en el momento que conoce el hombre
el continuo progreso de la vida.
Los mundos a los mundos se suceden.
Generaciones mil se precipitan,
que pasan cual fulgente meteoro
derramando a su paso la semilla
de un adelanto lento, pero eterno,
que a la virtud sublime inmortaliza.
¡Qué. grande es del Señor la omnipotencia!
Todo en la tierra a su poder germina.
La destrucción no existe, no hay *la nada*,
el no se lo forjo la fantasía....
Pluralidad de mundos y existencias,
forman universales armonías,
que para muchos hijos de la tierra
fueron, son y serán desconocidas.
¡Fatal dominación de la materia
que a tantos desaciertos precipita! ..

.....
.....

¡Incansables obreros del progreso!
Arrastrad con valor vuestra fatiga;
sacad del *celemín* vuestra linterna

y que brille la luz eterna vida.
Que comprendan los míseros mortales
que hay quien mira su llanto y su sonrisa;
que Dios nos da un amor inextinguible
y su misericordia es infinita.

LA ORACION

Para rogar al Eterno
yo no encuentro necesario
entrar en el santuario
que la costumbre fijó,
¡Cuando un alma dolorida
no encuentra a su mal consuelo
le basta mirar al cielo!
¿ Hay templo mas grande? No.

Las iglesias confundidas
dentro de grandes ciudades
son centros de vanidades,
y allí no puedo rezar.
Una muchedumbre inquieta
ante mis ojos se agita,
que va a la casa bendita
su gala y lujo a ostentar.

En medio de tantos seres
no hay unos labios que imploren,
lo hay unos ojos que lloren
con llanto del corazón.,
Acuden al santuario,
tranquilos y sonrientes
murmurando indiferentes
por rutina una oracion.

Oraciones estudiadas
sin sentimiento, ni anhelo,
se perderán, que en el ciclo
no las pueden comprender.
Cuando en la mente angustiada
un eco doliente vibra,
y cuando fibra por fibra,
se deshace nuestro ser.

Entonces de nuestros labios,
brotan frases incoherentes,
que suben puras y ardientes
hasta del trono del Señor.
Esa es la oración bendita
que el Omnipotente escucha;
-¡El gemido que en la lucha
lanza el triste pecador!-

Nuestra religión cristiana
es dulce y conmovedora,

es tierna y consoladora
como ninguna lo es.
Y aunque ha sido combatida
y humillada en su pureza,
resplandece su grandeza
de los siglos al través.

De la construcción humana
me gustan las catedrales,
con Ventanas ojivales
y dudosa claridad.
Con sus naves silenciosas
y sus arcadas sombrías,
can sus graves melodías
y su triste majestad.

O en la cúspide de un monte,
una solitaria ermita,
donde el pecador medita
pensando en su porvenir.
¡Cuántas veces he rogado
en esos pobres asilos,
ignorados y tranquilos
donde se acaba el sufrir;

Cuando me encuentro en parajes
donde no hay templos de piedra,
ni ermitas, donde la hiedra
pueda su manto extender.
Busco en collados y en montes
magnífico santuario,
que en un valle solitario
allí está el Supremo Ser.

Allí está el cielo y la brisa,
las cascadas y las flores,
y las aves de colores
que bendicen la creación.
Está la naturaleza,
esa fábrica grandiosa,
de belleza portentosa
y gigante construcción.

La obra del hombre ¿qué vale
ante esa débil muralla
que al mar le sirve de valla?
¿No se ve allí a Dios quizá?
Pues se suceden los siglos,
los mares se precipitan,
las olas siempre se agitan

y nunca van más allá.

Cuando el huracán arranca
los árboles centenarios,
¿hacen falta santuarios
para temblar ante Dios?
¿Tendrá más poder acaso
un templo pobre y mezquino,
que ese misterio divino
que hay de la natura en pos?

Para esos seres que nacen
escasos de inteligencia
y que no tienen conciencia
de lo que vale su ser.
Vayan esos en buen hora
a rogar porque otros rueguen,
y acudan porque otros lleguen,
y hagan lo que vean hacer.

.....
.....

Los hombres por conveniencia
y otras profundas razones,
hicieron innovaciones
en los dogmas de la fe.
Y a su placer aumentaron,
y a sí gusto destruyeron,
y quitaron, y pusieron,
y no es hoy lo que antes fue.

Por estos a mi, falsos ritos
en nada me satisfacen,
ni lo que los hombre hacen
me inspira gran devoción.
Que Dios es grande ¡muy grande!
y es el hombre muy pequeño
para convertirse en dueño
del que fue su salvación.

Quede atrás el fanatismo
con sus castigos y horrores,
y vengan siglos mejores
que ilustren la humanidad.
¡Sombras de espanto y de luto
dormid en sueño profundo....!
Dejad que ilumine el mundo
el *astro* de la verdad.

A MI HERMANA EN CREENCIAS A. M.

Hermana mía: Por segunda vez le confió mis impresiones, porque la comunicación de las ideas es la cadena magnética que une a la humanidad.

Entre los innumerables beneficios que reporta a la raza humana el Espiritismo, uno de ellos es, sin duda alguna, la libre y amplia discusión que sostienen los espiritistas con todas las escuelas filosóficas del mundo.

Los adeptos de la vida de ultratumba no dogmatizan, no dicen: “Creed porque lo manda la fe; sino investigad, preguntad a la razón *el porque* de las cosas, la *causa* de los efectos; y solo por el conocimiento práctico, por las verdades matemáticas que presentan los hechos consumados, en la historia de los siglos, queremos os convenzáis de la existencia de Dios, y que seáis como Santo Tomás, que sólo *viendo* y *tocando* creyó.

Dice Roque Barcia; “Sembrad ideas y recogeréis hombres.” Este profundo pensamiento encierra todas las tendencias de las revoluciones sociales: todos los adelantos a que está llamada la humanidad; y a los espiritistas les estaba reservado dar el gran paso en la senda del progreso.

Las escuelas católicas y materialista impugnan los principios de la religión única, de la religión que no rechaza la razón, y que será la estrella polar que lleve al puerto de la salvación a las generaciones futuras.

Los católicos romanos encerrados en un círculo muy pequeño, parapetados en su fe ciega y en sus fanáticos misterios, no pueden sostener con ventaja la lucha de las ideas.

¿Cómo han de sostenerla los que no han tenido más argumentos para convencer a sus víctimas, que llevarlas al pie de las hogueras y decirles: ¡Cree o muere!...?

Les falta lógica, les faltan pruebas para demostrar que su Dios vengativo, es el Dios que irremisiblemente debemos adorar.

Los católicos romanos terminan siempre sus discursos diciendo: “Creemos lo que nos manda la santa madre iglesia.”

¡Lo que nos manda!... ¿Luego son esclavos de un pensamiento superior, cuando rebajan su imaginación hasta el extremo de creer sin razonar lo que creen?

Verdaderamente que inspiran compasión esos hombres, que se despojan de todos sus derechos legítimos, para vivir dominados y subyugados por los sofismas de la superstición y del error.

Los materialistas tienen más ventaja para luchar, porque son más instruidos, porque tratan de apoyarse en la ciencia; y aun cuando ésta, no responde categóricamente para darnos cuenta de todo lo que sentimos porque hay un algo superior sobre la física y la química, da lugar al menos a brillantes y científicas polémicas, donde el Espiritismo puede probar, hasta la evidencia, el eterno poder de un Ser supremo, que es el que le presta electricidad a ese telégrafo humano que se llama hombre.

¡Cuán cierto es que de la discusión brota la luz!... ¡Cómo se engrandece la vida a nuestros ojos, cuando vemos a esos profundos pensadores, a esos sabios locos, buscar en la ciencia el principio y la causa del *yo pensante*; que los materialistas la derivan de la electricidad cerebral, diciendo que de las impresiones externas nacen todas las ideas!

¡Todas las ideas!... Si sólo de las impresiones terrenas reciben vida las sensaciones, surgen las ideas y se forman pensamientos, ¡qué pequeñas! ¡qué mezquinas serían nuestras aspiraciones!...

¿Y los grandes filósofos? ¿Y los que soñaron y vieron nuevos continentes? ¿Y los genios benéficos que nos inician en otras existencias? ¿De dónde reciben esas inspiraciones? ¿De lo que ven en la tierra? No, mil veces no.

Y los mismos materialistas, los que abominan la injusticia humana, ¿por qué no aceptan como moneda corriente el régimen social? ¿Quién les inspira para desear el mejoramiento del orbe? ¿Quién les dice que el vicio asciende y la virtud se hunde? ¿Quién les despierta? ¿Quién? ¡Dios!

Ese Dios que niega y que no quieren conocer, a pesar de que les habla tan alto a su entendimiento y a su conciencia.

Grande le llaman al siglo XIX, puesto que lo denominan el siglo del vapor y de las luces; pero todos sus adelantos científicos, todos sus progresos materiales, en la perforación de las montañas, en la división de los mares, en los telégrafos submarinos, en los descubrimientos astronómicos, nada valen en comparación de la *ciencia nueva*, porque hasta ahora, sólo ha progresado el hombre materialmente, pero en la parte moral no diremos que está como los primeros siglos de barbarie, ¡más le queda tanto que aprender...! Tiene que cambiar de tal manera sus instintos, que ha de pasar mucho tiempo aún, antes que la criatura se convenza que no basta el no hacer daño, que es necesario hacer bien.

Dijo Cristo: “que el que no fuera bautizado de agua no entraría en el reino de los cielos”. El Jordán bendito a que aludía el mártir de Nazaret, era el agua de la caridad, de la mansedumbre y del amor.

El Espiritismo es la catarata universal, es el torrente impetuoso que ha de arrastrar la escoria que hay en la superficie de la tierra, y como la draga limpia el fondo de los puertos, del mismo modo penetrará en nuestra conciencia donde se encuentran petrificadas la indiferencia y la duda.

¿Qué se puede esperar del que duda de todo? El retraimiento. ¿Qué abnegación, qué sacrificio se le podrá exigir al que dice con sonrisa desdeñosa: Yo a ese mundo le doy nada por nada...?

Para el reloj de la eternidad los siglos serán segundos, pero para la medida del tiempo humano, los años se hacen siglos y nos parece que marcha con demasiada lentitud el progreso moral.

¡El Evangelio!... ¡Esa recopilación grandiosa de los más sublimes pensamientos! ¡Ese código divino! Esa historia cuyo prólogo fue la muerte de Jesús, y cuyo epílogo aún no ha visto la humanidad; de qué manera tan absurda y tan errónea ha sido comprendida, hasta que

el Espiritismo ha venido a demostrar la base en que se apoyaba esa fábrica grandiosa que se llama naturaleza: esos millares de mundos animados por el fluido de Dios.

¡Atrás, falsos milagros! ¡Dioses y apariciones, pasada; y dormir en la tumba del olvido.

Cuando se comprenda el Espiritismo en lo que vale, se volverá a reproducir la, *edad de oro* de los patriarcas, pero ésta, será más feliz que aquélla, porque entonces el entendimiento del hombre era mucho más limitado que ahora y eran las criaturas buenas, porque no tenían medios de ser malas, la comunicación de los pueblos apenas se conocía y no podían transmitirse los unos a los otros sus dulces o feroces instintos, sino de tiempo en tiempo, y las tribus vivían cuidando sus ganados porque no habían visto un más allá,

A la *edad de oro* del porvenir le servirá de pedestal la ciencia, el análisis de todos los fenómenos físicos y morales, y el verdadero conocimiento de un Dios justo y clemente.

Decía Fernán Caballero, en uno de sus inimitables cuadros de costumbres: .”Prefiero que mi hija sea buena a que sea feliz”. ¡Pensamiento profundo que debe servir de guía a la humanidad!

La felicidad, según se entiende en la tierra, consiste en un egoísmo refinado, en proporcionarse el individuo toda clase de goces y comodidades, sin cuidarse del que nada posee; y cuando de lo superfluo sobre, entonces arrojar al necesitado algunas monedas sin mirarle la cara.

La felicidad, según el evangelio, no debe cifrar su ventura en la molicie y en el sibaritismo de las riquezas, sino en consolar al que llora, en instruir al que no sabe, y en prodigar a nuestros hermanos un amor sin límites.

¿Qué senda seguiremos nosotras, hermana mía? Creo que optarás por practicar la verdadera caridad, por amar siempre, sin odiar a los ingratos; y cuando multiplicados desengaños hagan pedazos nuestro corazón, recordaremos las últimas palabras de Cristo: y así como él pedía el perdón, para aquellos que le crucificaban, así nosotras pediremos misericordia para todos los seres que despiadadamente han ido marchitando una por una las ilusiones de nuestra vida.

¡Bendito sea el Espiritismo con sus lógicas esperanzas; con sus verdaderas recompensas y su inextinguible porvenir!

LA CONFESION.

Tiene la Iglesia Romana
algo humillante en su rito,
que el pecador más contrito
lo tiene que rechazar.
En su culto hay servilismo,
en su dogma hay vasallaje,
y si del hombre el ultraje
a Dios pudiera llegar.

ciertamente que se ofende
a la majestad divina,
con esa forma mezquina
que han dado a la religión.
De Roma *bolsín* sagrado,
sale, se extiende y circula
el gran papel de la *bula*,
de fácil aceptación.

Las reliquias y rosarios,
los *breves* y las *dispensas*
reportan sumas inmensas...
la casa del Señor.
¡Parece corno imposible
que el hombre, un ser tan pequeño,
se haya convertido en dueño
del poderoso Hacedor!

Le asocian a sus miserias,
le unen a sus mezquindades,
a sus torpes liviandades,
y a su loca vanidad.
Esa religión cristiana
le exige al hombre un tesoro;
según ellos, con el oro,
de Dios se alcanza piedad.

.
.

Ministros del fanatismo,
¿por qué os dais falsos derechos,
para analizar los hechos
del infeliz pecador?
¿Y con oculto espionaje
profanáis el santuario,
y vais al confesionario
en nombre del Redentor?

Y absolviendo a vuestro antojo
a esos cristianos ilusos,
consegúis con vuestros usos
sus decretos sorprender.
¿Quién sois, míseros mortales,
para juzgar los pecados?
¡Ciego por ciegos guiados,
todos tendrán que caer!

Dios tan sólo debe oír,
nuestra confesión contrita;
¡pobre humanidad!,
medita y comprende la verdad.

No des a otro pecador
un espíritu divino,
no le entregues tu destino,
ni tu Propia voluntad.

No hagas tu casa en la arena
que el mar sus cimientos baña:
edifica en la montaña
que no, arrastra el aluvión,
No hay ningún hombre e la tierra
que no conozca el pecado;
a todos ha dominado
una vez la tentación.

.
.

Es el sublime, Evangelio
la voz del Omnipotente,
en el brilla a refulgente
la razón y la verdad.
Se han sucedido los siglos,
y pasó ¡Oh! mundo tu infancia;
ya es tiempo que tu ignorancia
se pierda en la eternidad.

¡Oye, siglo diez y nueve!
Tu adelanto es poderoso;
mas te falta ¡Ho! gran coloso,
ir de la verdad en pos.
Porque la ciencia no basta
para evitar pesadumbres;
moraliza tus costumbres
¡y Conocerás a Dios!

CARIDAD CRISTIANA

Hermana mía: Consecuente en mi propósito de darte cuenta de todas mis impresiones, te diré algo sobre mi última visita a uno de los mejores hospitales de la primera capital de España.

Siempre me han, inspirado profunda compasión, esos desgraciados seres que, faltos de todo recurso pecuniario, tienen que ir a morir lejos de los objetos más queridos de su corazón, y exhalar su último suspiro solos y abandonados, ¿Pues qué importa que sus ojos contemplen en torno suyo a otras criaturas? Sí., como ha dicho muy bien Fernán Caballero: ¡hay seres que quitan soledad y no dan compañía!

Los hospitales donde dominan la religión católica romana {salvando algunas honrosas y consoladoras excepciones}, se asemejan más a los antiguos tribunales del Santo Oficio, que a un lugar de refugio y de consuelo.

La humanitaria institución de las Hermanas de la Caridad, de esas mujeres que recogen a los huérfanos cuando un honor mal entendido los arroja del seno maternal, que consuelan a los moribundos en los campos de batalla y que sostienen los débiles pasos de los ancianos, en esos asilos que se llaman casa de incurables; esas mujeres, repito, cuya misión. bendita es la abnegación completa de todo egoísmo personal; esos ángeles consoladores que deben llevar la sonrisa en los labios y la compasión en sus ojos, simbolizando a la esperanza, que deben, en fin, identificarse con el dolor mismo, ¿cumplen con el deber que se han impuesto? Desgraciadamente, no. Entre las Hermanas de la Caridad, como en la mayor parte de las asociaciones católicas, domina el más sórdido egoísmo, y en algunos de sus individuos, el refinamiento del mal, porque no se puede dar otro nombre cuando vemos a esos seres miserables emplear los medios de la más ruin venganza, contra infelices criaturas privadas en su infortunio, hasta de la defensa natural, consistente en las fuerzas físicas.

¡Cuántas veces llama la sociedad criminales a esos desgraciados que, jugando el todo por el todo, cometen una acción punible por darles tal vez a los suyos un pedazo de pan! En cambio estas mujeres cubiertas con sus blancas tocas, y esos hombres cometen un crimen, pero desafían el peligro envueltas en sus negros mantos, satisfechas todas las necesidades de su vida, elaboran en su imaginación los medios para hacer sufrir un tormento sin nombre a aquellos infelices que, una sociedad mal organizada, pone en sus manos para que los anime y los consuele.

Cuando un pobre entra en un hospital, la Casa le guarda toda la ropa que lleva puesta, y al entrar el enfermo en el período de la convalecencia, se levanta, cree que tendrá, el legítimo derecho de hacer uso de su propio traje; pues bien, hay Hermanas de la Caridad que cumplen tan bien con su cometido, que en lugar de darles su vestido, si este es nuevo, lo guardan y les dan otro usado y viejo. El dueño, naturalmente, se indigna ante tal abuso, se queja, y cuando llega la hora de darles el alimento, recibe, aquél que se lía quejado, la tercera parte de la ración que le corresponde. ¿Es esto justicia? ¿Es esta caridad? ¿Es este el amor al prójimo que predicó Cristo? No; este es el extremo, de la crueldad que se ensaña en las víctimas de la miseria y del dolor.

Desde que en España se estableció la tolerancia de cultos, tiene la clase proletaria otro sufrimiento más.

Entra un protestante en un hospital y, claro está que al morir, reclama los consuelos de su religión, llega el pastor (que es recibido con un murmullo poco tranquilizador), y si desgraciadamente la agonía del paciente se prolonga y el pastor se retira, ¡qué de sátiras! ¡Qué de insultos y recriminaciones recibe el infeliz en sus últimos momentos! ¿Y todo por qué? Porque dio un paso en la senda del progreso y muere con el desconsuelo de saber que sus restos no descansarán al lado de sus padres o amigos, si no compran su cadáver pagando 500 reales por derechos no se de qué, que exige el benéfico establecimiento.

Esa es la caridad apostólica romana que se convierte en dueña del individuo, para dominar su espíritu mientras está en la tierra, y para estudiar después su cuerpo inanimado en estos centros anatómicos que se llaman hospitales.

Triste, muy triste es, hermana mía, cuando vemos marchitarse por el egoísmo, las hermosas flores del amor y de la caridad.

¡Cuánta pequeñez encierra nuestra planeta en su estado religioso, político, económico y social!

¡Cuántas víctimas han de sucumbir todavía bajo el poder, de los fariseos de nuestra época!

Ha dicho, no se quien, con sobrada razón, «que los cadáveres históricos tardan mucho en descomponerse», y esa religión cimentada en la capital del orbe cristiano, con sus amuletos, reliquias e indulgencias, tiene aún que pasar luengos años, para que las multitudes ignorantes comprendan todo el abuso que ha hecho de la doctrina cristiana.

No puedes figurarte, hermana mía, cuánto sufrí en mi última visita al hospital que ya te he mencionado. Una mujer anciana, próxima a morir, me llamó la atención por un diálogo que sostenía con una joven, diciéndola entre otras cosas:

--Yo creo que de esta no muero; si me levanto, te aseguro que la madre N se ha de acordar de mí, y si no salgo de aquí, tú quedas con el encargo de dar parte de las infamias que cometiendo con los enfermos. ¿Cumplirás lo que te digo? Contesta, Mujer, contesta,

-Piense usted en ponerse buena y deje lo demás, -con, testó la joven que tenía ;un semblante dulce y expresivo.

-¡Ah!, como tú no lo sufres, por eso dices eso; si tu, vieras lo que estoy pasando, ya pensarías en vengarte como pienso yo, y Dios no me quite la vida sin que consiga mi deseo.

¡Cuánto daño me hicieron estas palabras! Veía a aquella mujer en el último capítulo de su historia, alimentando las fatales ideas del odio más reconcentrado y más profundo; no pude menos que acercarme a ella y, hablarla con toda la persuasión, y el consuelo de que me sentí capaz.

La infeliz me miró sorprendida, y lentamente, su mirada se fue dulcificando, y con voz trémula me contó una serie de sufrimientos íntimos, que habían dado por fruto la desesperación de su alma; y cuando falta de recursos, anciana y débil, había ido a buscar en un asilo benéfico la energía del cuerpo y el vigor del espíritu, ¿qué encontró? El ensañamiento incalificable del fuerte contra el débil.

El que siembra vientos, recoge tempestades; esta mujer no había encontrado en la senda de su vida, más que abrojos, por eso sólo brotaban espinas de sus pensamientos.

En el Orden de las Hermanas de la Caridad, no se debían admitir a esas mujeres mercenarias, vulgares, ignorantes y de malos instintos. Debía hacerse un detenido estudio, un profundo examen de las que quisieran vivís consagradas a los dolores de la humanidad, debiendo tener como condición indispensable, una sensibilidad exquisita, un alma elevada, una instrucción, profunda y una fuerza de voluntad superior, de este modo, serían verdaderamente los ángeles consoladores de los afligidos.

Esto debías, ser en realidad ¿qué son hoy? El que quiera conocer los servicios que prestan a esa clase (al parecer) desheredada de la sociedad, que vaya a los hospitales, y en el fétido olor que despiden sus salas, en los semblantes secos y duros de los enfermeros, en las caras de los enfermos sombrías o burlonas y en la sonrisa hipócrita de las buenas madres, se encontrará algo que oprime y que fatiga, algo que está en contradicción con la moral de Cristo, el que dijo «amaos los unos a los otros:», y que los hombres tradujeron así: mortificaos los unos a los otros.

¡Y luego dicen qué los espiritistas somos locos! ¡Bendita locura!, si de ella ha de nacer el lazo de unión de todos los pueblos, el amor universal de todas las razas y la práctica de la vez dadas caridad.

Hermoso día, en que la tierra sea un manicomio y sus habitantes tengan la manía de no ser ambiciosos, avaros ni egoístas; en que lo superfluo se considere un crimen y por medio de una sólida instrucción, ni los pobres conozcan la indigencia, ni los ricos el lujo.

¡La opulencia no da la felicidad, pero la miseria si da la desgracia!

¡Espiritistas de todo el globo!, y vosotros ¡hermanos de ultratumba! ¡Trabajemos por la emancipación de la clase proletaria, que no encuentra ni esperanza al nacer, ni consuelo al morir, en una sociedad que se llama cristianas!

¡Mártir de Nazaret! ¡Cuántos crímenes se han cometido en tu nombre! ¡Legislador eterno! ¡Qué mal se han comprendido tus leyes! ¿Hasta cuándo, gran Dios, hasta cuándo será tu justicia un mito, y el abuso y la violencia una tristísima realidad?

Cesara de ser una utopía la caridad cristiana, el día en que Espiritismo no sea el patrimonio de algunos *ilusos*, sino que sea la escuela universal, donde todos los hombres estudien con perseverancia y buena fe esa ciencia emanada de Dios, ese fluido que da vida a los mundos, esa luz que nunca se extingue, ese torrente que jamás se agota, ese fuego que nunca se apaga, ese perfume eterno que no se evapora, esa armonía de todos los sonidos que pronuncian esta palabra AMOR... Estudiemos el amor, hermana mía, ¡porque el amor es la historia de Dios!

A SALVADOR SELLES

¿De dónde vienes poeta?
¿En qué región, di:, en qué mundo
recogió tu mente inquieta
algo del bardo profeta,
algo gigante y profundo?

No es de aquí tu pensamiento,
ni cuanto en tu ser se encierra
de ternura y sentimiento;
¡es tan distinto tu acento
de los hijos de la tierra!

¡Genio entusiasta y ardiente!,
cuéntame algo de tu ayer;
¿Por qué has dejado tu Oriente?
¿Por qué has venido a Occidente
para amar y padecer?

¿Tanto has llegado a pecar,
que a este mundo de expiación
te tuvieron que enviar?
¿Te llegaste a rebelar
en tu ardiente inspiración?

Algo de esto debe ser;
en tu pasada existencia
quizá llegaste a creer
en tu osada inteligencia.

Y hoy por eso estás aquí,
en un humilde rincón,
soñando en tu frenesí,
viendo pasar ante ti
mil sombras de tentación.

Porque tu genio fecundo,
tu inspiración sobrehumana
y tu talento profundo
no son hijos de este *mundo*,
pertenecen al *mañana*.

El que llora sus amores
con tan triste desconsuelo,
y lamenta los horrores
de esos genios destructores,
no es de la tierra, es del cielo.

¡Espíritu noble y fuerte!
¡De otras regiones cantor!
Aquí llorarán tu muerte,
aquí sentirán perderte,
genio de paz y de amor.

Mas aquellos que soñamos
en otros mundos mejores,
tu estancia aquí lamentamos,
aunque aliento recobramos
con el ámbar de tus flores.

Pero tú debes vivir
donde brillo la verdad;
quien cual tú sabe sentir,
¡su vida... su porvenir...
su mundo es.., la eternidad;

UNA PEQUEÑA HISTORIA

*DEDICADA A MI QUERIDO HERMANO
ANTONIO DEL ESPINO.*

Silvia era una mujer enamorada,
(pero de su marido),
el que a decir verdad no la adoraba
y sólo concedía
al amor que su esposa le ofrecía,
esa condescendencia
que en lenguaje vulgar, la llama el mundo
con sobrada razón indiferencia.
Mas cuando la mujer está ofuscada
por una de esas grandes afecciones,
su ciego entendimiento no ve nada.
¡Feliz aquel que en su ilusión hermosa
todo lo mira de color de rosa!
Silvia era muy feliz, para ella el mundo
era un vergel de purpurinas flores;
entregada a su amor grande y profundo
no sabía que existieran los dolores;
y si bien en su esposo no encontraba
más que un cariño indiferente y frío,
como ella otra afección no recordaba,
no podía comprender el gran vacío
en que su amor inmenso fluctuaba,
Silvia perdió a sus padres en la cuna,
y su anciano tutor sin duda alguna
para quitarse cargos de conciencia,
decidió que la niña consagrara
al Ser Omnipotente su existencia.
Y a la huérfana bella en un convento
la sepultó con el mejor intento,
de que ignorando la mundana historia,
en Dios cifrara su ilusión, su gloria.

Pasó Silvia las horas de su infancia
dulces, serenas, plácidas, tranquilas,
pero a los quince años
brillaron sus pupilas
con un fulgor extraño,
con un fuego sombrío;
sus mejillas de rosa
tomaron el color de la azucena,
y su nevada frente
se cubrió con el triste amarillento
que produce la fiebre intermitente.
Las madres cuidadosas
al tutor avisaron presurosas;

vino éste acompañado
de un célebre doctor, el que mirando
a la linda criatura
que se iba lentamente marchitando,
exclamó: Que abandone este clausura,
pues si se queda aquí, yo no respondo
de que este buque se nos vaya a fondo.

Dejó Silvia el convento sin tristeza,
porque ya en su cabeza
flotaban halagüeños
fantasmas de placer desconocidos,
que iban a murmurar en sus oídos
palabras incoherentes,
pero tan elocuentes,
tan llenas de pasión y de poesía,
que la niña en sus sueños presentía
que la familia humana,
está envuelta en un mágico fluido,
que ha sido, es, y será de los mortales
el Jordán bendecido,
donde reciben el bautismo santo
ele un amor grande, sin rival, profundo,
que es de la vida inexplicable encanto.

Silvia era rica, inmensamente rica,
razón porque se explica
que antes que su tutor la presentara
en los grandes salones,
donde encuentran las niñas y las bellas
galantes ovaciones,
tuviera mil rendidos amadores
que lo ofrecieran con afán profundo,
un amor tan inmenso como el mundo.

Su tutor era un hombre acostumbrado
a vivir sin fatigas ni cuidados,
y por esta razón creyó prudente
que Silvia se casara
antes que el huracán de las pasiones
su corazón sencillo despertara.
Y entre los mil galanes
que a la huérfana bella pretendía,
escogió un caballero
de noble cuna, y de gentil talante,
y de inmensa fortuna:
¡circunstancia feliz que aseguraba
el porvenir de Silvia!, ¿quién lo duda?
Llegó ésta ante el altar pura y serena;
su frente orlaban blancos azahares

y echó sobre su cuello esa cadena
de leves o pesados eslabones,
que el matrimonio por misterio eterno
es trasunto del cielo y del infierno.

Bello es vivir cuando un amor profundo
viene a buscar abrigo el, nuestro pecho:
dulce es morir si horrible desengaño
nos deja el corazón pedazos hecho.
Ya hemos dicho al principio da esta historia
que Silvia en su ignorancia, no sabía
que la amarga irrisión del matrimonio
era lo que su esposo la ofrecía
Ávida de querer, ella adoraba
a aquel que indiferente contemplaba
su espléndida hermosura;
pero que la guardaba
esas mil deferencias y atenciones,
que en el amor usado en los salones.
Mas al cumplir tres años de su enlace,
Silvia vio dibujarse lentamente
una nube plomiza
en el puro horizonte de su vida.
Aquellas deferencias y atenciones
que su esposo al principio la ofrecía,
se fueron extinguiendo cual los rayos
que lanza el sol al terminar el día.
Para hacer un análisis profundo
de lo que vale este mezquino mundo,
no es necesario mas que los enojos
arranquen una queja a nuestros labios,
y hagan brotar el llanto a nuestros ojos.

Silvia adquirió esa ciencia, dolorosa;
esa filosofía,
que se obtiene contando los instantes
de una noche sombría,
cuando se espera con afán amante
al ser amado que nos quiso un día.
Silvia pidió primero explicaciones,
y después prodigó reconvenciones
llenas de sentimiento y de ternura,
pero su esposo con desdén profundo
y sonrisa glacial, le dijo: «Escucha.
Ese amor que tú sueñas, no es del mundo
Olvida esa quimera deliciosa,
disfruta los encantos y placeres
del lujo y de la moda caprichosa,
y vive como viven las mujeres
que como tú son jóvenes y hermosa.

El marido es un mueble necesario;
la mujer necesita de otro nombre:
la cruz del matrimonio es el calvario
que Dios ha dado a la mujer y al hombre.
Mas de algo, ha de servir la inteligencia,
y por eso con suma indiferencia
debemos aceptar los sinsabores
que envenenan la frágil existencia.
El amor es bellísimo en teoría
mas sí algo quiere el hombre es así mismo,
y la mutua pasión, querida mía,
es simplemente un cambio de egoísmo.
Este es el mundo, acéptalo si quieres
como lo has encontrado;
y cumple la misión de las mujeres
que es recordar el tiempo que ha pasado.»

Silvia escuchó en silencio estas razones,
ni una queja sus labios exhalaban;
pero al perder sus santas ilusiones
otra región sus ojos contemplaron.
Miró en torno de sí y horrible espanto
la hizo sentir inexplicable frío
y murmuró con voz desfallecida,
este mundo sin duda no es el mío.
¿O tal vez seré yo más desgraciada?
Misterio es este que saber ansío,
y buscó desde entonces su mirada
esa indeleble huella
que deja en pos de sí la desventura;
y encontró en su querella
que existía el sentimiento, y la ternura,
y el infortunio estaba solo en ella.
Mira y compara, dice la Escritura,
y serás consolada;
mas la débil criatura,
no se fija en los míseros que gimen
sino en aquellos más afortunados.
Esto le pasó a Silvia en su infortunio,
su historia, que es la historia de la vida,
le pareció la sola en este mundo,
¡y hay tantas ediciones repetidas!

¡Pobre Silvia!, tan joven, tan hermosa,
tan ávida de amor, y ser dichosa...
como la sensitiva
replega su corola,
reprimió su amoroso sentimiento
al verse triste, abandonada y sola.
Y esa tisis del alma,

ese dolor profundo
ese insomnio sin calma,
le fue robando el brillo de sus ojos
y la sonrisa de sus labios rojos.
Los médicos temieron por su vida,
diciendo a su marido;
que aquel pleito lo daban por perdido
si Silvia no dejaba
la mansión que habitaba,
que fuera a Italia a recobrar aliento;
pero la enferma con amargo acento
les dijo que era inútil su porfía,
que Dios había escuchado su lamento
y que tranquila y sin dolor moría.

Hizo venir a su tutor, que inquieto
no quería adivinar el gran secreto
que envenenó inclemente la existencia
de aquella pobre flor, sacrificada
en aras de su torpe conveniencia.
La voz de su conciencia
sin cesar le decía:
«Toda esa desventura es obra mía;
si yo hubiera estudiado,
con afán y cuidado,
lo que a Silvia mejor la convenía,
ésta hubiera vivido,
mas los hechos que están ya consumados
el lamentarlos es tiempo perdido»,
y tomando un sereno continente
entró resueltamente
en la estancia en que Silvia con tristeza
echada en su diván lánguidamente,
apoyaba en sus manos su cabeza:
preguntando tal vez a su pasado
por su ensueño de amor evaporado.

Tosió el anciano por hacer ruido,
y Silvia le indicó que la atendiera,
diciendo con acento conmovido:
tengo que hablaros por la vez postrera.

Voy a morir.-¿Morir?, ¡qué tontería!,
replicó su tutor, eso es incierto;
¿Qué es lo que tienes tu? melancolía,
¡pues de melancolía nadie se ha muerto!:

Lo mismo digo yo; dijo el marido
que hablaba por hablar, por decir algo.
-Ninguno de los dos ha, comprendido

el sufrimiento que mí pecho guardo.

Dijo la enferma con afán creciente;
pero ahora es necesario; yo lo quiero,
que sepáis el tormento de mi mente
y la causa fatal por qué me muero.

Yo no nací para el bullicio loco,
nací para querer, y ser querida;
la pompa mundanal la tuve en poco:
que era el amor el alma de mí vida.

Sin consultar mi corazón me unieron
a un hombre que por mi nada sentía:
blasones y riquezas le pidieron,
para entregarle la existencia mía.

Le di mi mano al pie de los altares,
y el en cambio me dio timbres y honores:
yo guardé mi corona de azahares
cual símbolo feliz de mis amores.

Ávida de querer, amé a mi esposo
con afán, con delirio, con locura,
por compasión quizá, fue generoso,
y cerebro galante: mi hermosura.

Pero un día llego, a que necesario,
juzgo decirme: Niña, no te asombre,
la cruz del matrimonio es el calvario
que Dios ha dado a la mujer y al hombre.

Este es el mundo, acéptalo si quieres
con la fría realidad que lo has hallado,
y cumple la misión de las mujeres
que es recordar el tiempo que ha pasado».

Desde entonces desliza mi existencia
sumida en. un dolor grande y profundo,
dudando de la Santa Providencia
al ver la ingratitud que hay en el mundo.

Dudando si es delirio, si es locura
vivir a los deberes consagrada;
si más allá la dicha se asegura,
o después de luchar, sólo hay la *nada*.

Yo necesito amar, y amor me ofrecen,
mas no es el hombre cuyo nombre llevo:
delirantes quimeras me enloquecen

y quisiera querer, y no me atrevo.

Y en esta lucha horrible ele mi vida,
Dios tuvo compasión de mis amores;
voy a morir, serena y convencida
que con la muerte acaban los dolores.

Voy a morir, guardad en vuestra mente
débil recuerdo de mi amor profundo;
y grabad en mi tumba: «Ya no siente
la mujer que a llorar vino a este mundo».

Silvia murió; y su sepulcro helado
los sauces compasivo lo cubrieron,
y en mármol de Carrara fue guardado
aquel ser que en la tierra no quisieron.

Dieron grandiosa tumba a los despojos
de la mujer hermosa, que en el mundo
no enjugaron el llanto de sus ojos
ni apreciaron su amor grande y profundo.

Esa es la ley social, cubrir de flores
las tumbas de los mártires que un día,
bajo el peso fatal de sus dolores,
murieron sin consuelo en su agonía.

¡Duerme Silvia, tu historia es el legado,
que tienen por herencia las mujeres,
o *mueren* recordando su pasado,
o *viven* olvidando sus deberes;

PROLOGO DE UNA HISTORIA

Enrique Sandoval era un muchacho,
de noble y distinguido continente;
un sedoso mostacho
daba sombra á su boca juguetona,
sirviendo de corona
a su espaciosa frente,
un bosque de cabellos ondeados
con desaliño artístico peinados;
sus ojos eran grandes y rasgados,
teniendo una mirada
magnética, profunda, apasionada;
era uno de esos seres
que inspiraba profunda simpatía
con especialidad a las mujeres.
Era una de esas almas bien templadas;
ávida de violentas emociones,
que en una ocasión dada,
saben jugar el todo por el todo,
diciendo con desdén: «La vida es nada».

Pasó las horas de su dulce infancia
de un pueblo en la pacífica ignorancia;
pero llegó a esa edad en que el hombre sueña,
y so dijo a si mismo estas razones:

Estos pueblos, ¿ qué son? humildes nidos,
o en lenguaje vulgar, tristes rincones,
donde los hombres viven confundidos,
sin gloria, sin poder ni aspiraciones,
para mirar como las aves vuelan,
y como abren sus pétalos las flores.
No habrá formado Dios a tantos seres.
Y deben existir, sin duda, alguno,
tormentos y delirios y placeres.
¿Por qué no he de buscar, la cual buscan otros,
la pompa, la riqueza y los honores,
si querer es poder? Voy a la corte
y allá veremos si me voy a fondo
o encuentro estrella que me fije norte.

Llegó Enrique a Madrid cual llegan muchos,
esperando encontrar una fortuna;
siendo la base de esta algún empleo
o escribir gacetillas,
siguiendo la tendencia y el deseo
del favorito que en la corte brilla.
Supo cumplir tan bien su cometido,

que al poco tiempo era
el galán más querido de las damas;
buscó duelos, reyertas y quimeras,
y entre varias que dio, dio una estocada
que dejó a su contrario
en estado tan triste y lastimoso,
que sólo en el sepulcro solitario
pudo encontrar para su mal reposo.

¿Enrique era feliz? De todo había,
pues por ley natural, ambicionaba
mucho más que la suerte le ofrecía.
Adquirió con trabajo un gran destino,
pues era de un ministro secretario,
y aunque es harto escabroso ese camino,
por su aplomo y su acierto extraordinario,
llegó a ser accesorio indispensable,
y el que consigue hacerse necesario
en una sociedad en que tanto sobra;
puede decir, cual César dijo un día:
Yo vine, vi y vencí: esta es mi obra.

Por suerte o por desgracia para Enrique,
un carnaval llegó con sus disfraces,
con sus bailes, sus galas, su ruido,
y sus ensueños breves y fugaces.
Corno natural; tomó en la fiesta
la parte que a su edad, correspondía;
mucho más que en festines y en saraos,
era donde su ingenio más lucía.
En un baile de trajes de gran tono,
se hallaba Enrique lleno de ilusiones,
criando vio ante sus ojos una dama
bella cual la soñaron los amores.
Era alta, esbelta, pálida y graciosa,
de perfecciones mil rico tesoro,
dejó en sus labios su carmín la rosa,
y en sus cabellos su esplendor el oro.

Era uno de esos seres ideales
que miran los poeta en las brumas,
una de esas Ondinas Celestiales
que nacen del vapor de las espumas.

Enrique la miró magnetizado
y exclamó con acento tembloroso:
-No os apartéis, señora, de mi lado
y dejad que un momento sea dichoso.

¡Un vals ardiente, rápido, excitante,

nos brinda su dulcísima armonía;
hay en sus notas algo delirante
que responde a mi afán, hermosa mía;

Venid, venid y os llevaré en mis brazos
aunque sienta que el orbe se derrumba,
y feliz yo; si tan hermosos lazos
no los deshace ni la misma tumba.,

Ciño su brazo la gentil cintura
de aquel ángel de amor, que sonriente,
un mundo de placer y de ventura
llevaba escrito en su marmórea frente.

Si hay algo que al amor le preste alas
y haga olvidar la prosa de la vida,
es sin duda esa música inspirada
que a un goce delirante nos convida.

¡Bailar un vals con el objeto amado,
sentir latir un corazón de fuego,
y aspirar un aliento perfumado,
es confundir la tierra con el cielo!

¡Se siente una emoción tan poderosa,
es un placer tan grande y tan profundo,
es una sensación tan deliciosa...
que no tiene rival en este mundo!

Enrique se entregó con alma y vida
a gozar de esa dicha pasajera
que nos ofrece una mujer hermosa
cuando la vemos por la vez primera.
Mas como todo acaba aquí en la tierra,
paso del vals la dulce melodía,
y Enrique dijo con sentido acento:
-Siento por vos extraña simpatía.
Decidme por piedad, ¿quién sois, señora?,
necesito saber si sois casada,
late mi corazón, llegó mi hora
de encontrar lo que tanto ambicionaba-;
si sois libre os daré mi amor, mi nombre;
si tenéis por mi mal antiguos lazos,
de mi camino apartaré a ese hombre
y os arrebataré de entre sus brazos.

Habladme, yo os lo ruego, yo os lo imploro
por lo que más améis en vuestra vida,
¿cómo os llamáis, decid?
--Me llamo Sara y me encuentro era la tierra algo aburrida.

Soy uno de esos seres que el destino
arroja en este mundo a la ventura;
hoy alfombran las flores mi camino,
porque admiran los hombres mi hermosura;
me han dicho que el amor es sombra vana
y que el oro es la fuente de placeres;
que me olvide del ayer y del mañana,
que el hoy es el edén de las mujeres.

Vos me pintáis entusiasmado y loco
de vuestro amor naciente los albores,
y yo os debo decir que tengo en poco
la dicha cimentada en los amores.

Positivista por costumbre, os digo,
que mi plan en la vida lo he formado,
y la senda trazada que yo sigo,
el amor delirante lo echo a un lado.

Dejo a Cupido con sus blancas alas
y su eterno estribillo ¡yo te adoro!
y prefiero lucir trajes y galas
que sólo se consiguen con el oro.

El oro es el monarca de la tierra;
todo cede a su inmenso poderío,
en él la dicha y el placer se encierra
y la vida sin él produce hastío.

Así, pues, olvidad vuestros antojos
y sigamos los dos nuestra jornada.

—¡Yo no podré vivir sin vuestros ojo
la existencia sin vos la tengo en nada!
Quiero que como yo tengáis creencia
que en el amor la dicha se asegura,
que no nace el placer de la opulencia,
que estáis en un error y una locura.

Dadme un año de plazo y os prometo
ofreceros riquezas sin medida,
y mostraros después el gran secreto
que embellece la, horas de la vida.

-Tan bien sabéis pintar vuestro desvelo
que acepto la ilusión de sus amores,
y esperaré que vuestro amante anhelo
ciña mi frente con hermosas flores.

¡Oh! Sara de mi amor, tened presente
que cual nuevo Colón, solo ambiciono
hacer brotar un mundo de mi mente,
y ofreceréis en él radiante trono.

Como era natural, la conferencia
de Sara y del doncel fue terminada,
¿Tuvo este encuentro alguna consecuencia?
¿Nació una historia o se extinguió en la nada?
Nada de fijo asegurar podemos,
porque sólo sabemos
que Enrique trabajaba, y que afanoso,
sin llegar a ir a Méjico, encontraba
de una mina el filón maravilloso.

En árabe corcel se presentaba
luciendo su apostura y gallardía,
y otras en coche propio paseaba
mirando con desdén y altanería.

Gran casa, mucho tren, mucho boato,
lujosa ostentación: ¡era dichoso!
Ahora falta saber si su existencia
tenía horas de quietud y de reposo.

Prematuras arrugas en su frente,
y sus ojos hundidos, revelaban
que un algo misterioso había en su mente
y que su juventud se marchitaba.

Pero febril y delirante y loco,
seguía siempre con tenaz empeño,
diciendo para sí: "aún tengo poco,
aún no he llegado a realizar mi sueño".

Un día antes de cumplirse el año
del plazo que él fijara a sus amores,
Enrique se perdió, como se pierden
las hojas secas de agostadas flores.
Lógicamente hicieron comentarios
todos aquellos que a él le conocían;
los unos le acusaron de falsario,
otros de usurpador, y se decían
tantas historias y mentiras tantas...
que la verdad ninguno la sabía.

Lo cierto, lo real y lo evidente,
es que selló su casa la justicia.
Mas ¿dónde se ocultaba el delincuente?
¿Le fue la suerte por su bien propicia?

¿Y allá en el Reino unido, fue a salvarse
de una prisión sin duda merecida?
¿O en triste calabozo vio alejarse
la breve gloria de su pobre vida?
Nada de cierto colegirse pudo:
la sociedad le concedió su olvido
al hombre audaz que le sirvió de escudo
su ingenio miserable y atrevido.

Ídolo que adoraron un instante
mientras él mismo, incienso se quemaba:
pero que hundido, no hay piedad bastante
para darle al vencido una mirada.

Únicamente las mujeres saben
conservar un recuerdo de ternura;
Enrique, que era en esto afortunado,
quizás porque él no quiso más que a una,
mucho tiempo después de lo ocurrido,
mas de una hermosa sin cesar decía:
“¿Qué habrá sido de Enrique? ¡Era tan guapos;
¡Y me inspiraba tanta simpatía...!”
murmuraban así las niñas bellas;
y Sara, ¿qué decía?
¿Seguía de Enrique las perdidas huellas?
¿Su triste paradero lo sabía?
Ciertamente que no; ella ignoraba
lo que a su fiel amante había ocurrido;
pero su corazón no se inquietaba,
porque era un corazón envilecido.

Era uno de esos seres desgraciados,
abortos del fatal positivismo,
en su misma abyección encenagados
sin querer levantarse de su abismo.

Y de un amor tan grande y tan profundo
como el que, el pobre Enrique le rendía,
sólo obtuvo por premio en este mundo,
que Sara murmurara:---«Es tontería
el hacer sacrificios por amores.

No merecen los hombres ni un suspiro;
perdí uno de mis tiernos amadores,
¡y qué le hemos de hacer, si se ha perdido!
Buena era su intención, sin duda alguna,
mas después de los hechos consumados,
¿tienen éstos acción retrospectiva?
No la tienen; asunto terminado».

Pasaron años, y la hermosa Sara
seguía el vaivén de su agitada vida;
cuando una tarde recibió una carta
que la tomó con mano estremecida,
porque en su letra fina y delicada
recordó Sara a un ser que había olvidado:
«¡Esta letra es de Enrique... ! » Y azorada
rompió el sobre pequeño y perfumado,
y con acento, al parecer tranquilo,
leyó su contenido,
sin que por sus mejillas resbalara
una lágrima ardiente,
ni de sus labios de carmín brotara
un suspiro elocuente.

Una vez la leyó, maquinalmente
volvió a coger la carta y a leerla;
se fue anublando su serena frente,
y su mirada fue mucho mas tierna.

Pasó una hora y Sara proseguía
leyendo aquella carta; ¿qué diría
que tanto al parecer la interesaba
y a su pesar su pecho conmovía?
Estas tristes palabras contenía
aquel pliego que Sara contemplaba:

--«Oídme Sara, por la vez postrera.

Voy a pasar a nuevos continentes,
la muerte o la victoria allí me espera
y ambas cosas me son indiferentes.

Yo os amé con delirio, con locura,
con frenesí, con ciega idolatría.

¡Admiré vuestra espléndida hermosura,
siendo todo mi afán llamaros mías;

Vos me dijisteis, con desdén profundo,
«sois pobre para mí, dejadme, Enrique»,
Desde entonces hallé pequeño el mundo,
y para mi ambición no tuve dique.

No tuve más afán ni más anhelo
que adquirir de, riquezas un tesoro;
olvidé que había un Dios allá en el cielo
y el crimen me ofreció montes de oro,

Y en el instante que contento, ufano,

iba a deciros yo con alborozo:
¡ Mío es el porvenir!; Ensueño vano!
Desperté en un oscuro calabozo.

La sociedad se alzó con mano airada
y castigó mi falta; ¡justo era!
¡Y nadie fue a lanzarme una mirada!
¡Nadie me fue a decir, *sufre y espera*;

Pasaron meses, transcurrieron años,
y el tiempo, se cumplió de mi clausura:
¡volví a mirar la luz!, seres extraños
miraron con desdén mi desventura.

Y una noche, que vive en mi memoria,
de un ministro de Dios el dulce acento
escuché, que contaba triste historia,
¡tan triste como el eco de un lamento!

Y dijo que era Dios todo ternura,
y que el perdón al hombre concedía,
sí este olvidaba su fatal locura
y en su infinito amor la luz veía.

Aquella voz que resonó en mi oído
era una voz tan pura, tan vibrante,
que hizo latir mi corazón dormido
y esperar y creer; ¡feliz instantes!

¿Por qué he pasado mis mejores días
sin conocer de Dios la omnipotencia?
¿Por qué han sido mis noches tan sombrías?
¿Por qué fue tan amarga mi existencia?

¿Sabéis Sara por qué? Porque he olvidado
que sólo en Dios se encuentra ese camino,
en donde el hombre, por el bien guiado,
engrandece en la tierra su destino.

El arrepentimiento más profundo
me hace tener vergüenza de mí mismo
¡Adiós, España! Adiós, ¡Oh, viejo mundo!
Adiós con tu fatal positivismo.

¡Adiós, Sara! Pensad que hay otra vida.;
y ese amor que consume y que no quema,
consagradle al Señor, pedidle égida..
y él os dará la salvación, suprema.

Siempre, un recuerdo os guardaré en mi mente:

no abrigo contra, vos ningún encono;
y a Dios !e pido en mi oración ferviente,
¡que él os perdone, como yo os perdono!.

¿Qué sintió Sara? Dios tan sólo puede
adivinar misterio tan profundo:
porque es el corazón de las mujeres
el problema más grande de este mundo.

Sólo sabemos que dejó la corte
y que el centro galante en que vivía
le consagró un recuerdo a su elegancia
y al gusto sin rival que ella tenía..

¿Dónde se fue?, ¡quién sabe!, quizá un día
sepamos el final de su existencia;
que el asunto nos dé para una historia
donde el lector encuentre un episodio
de abnegación, de juventud y gloria.

Y lloré a la memoria
de una de esas mujeres
que guardan ricos dones
de amor, de sentimiento y de ternura;
que al saber explotar esos filones
puedan brotar inmensas sensaciones
que conviertan en ángel la criatura
y hacer que una mujer sea en sus pasiones
un alma grande, enamorada y pura.

CARTAS INTIMAS

Hermana mía. Ayer visité uno de los colegios gratuitos de esta capital, y me llamó particularmente la atención una hermosa niña de 14 a 15 años, blanca, rubia y delicada, de mirada tan dulce; tan triste y tan profundamente conmovedora, que me hizo recordar estos cuatro versos del célebre Larcig, cuando habla de los ojos de Jesús:

“Ojos llorosos, que piedad inspiran,
ojos sin ira, que perdón predicen,
ojos que tristes, al mirar suspiran,
ojos que tiernos, al mirar bendicen.”

Esa mirada magnética, poseía la simpática niña que, apoyada en el alfeizar de una ventana, miraba fijamente a un patio, revelando en su actitud inquieta, que esperaba la llegada de una persona querida. No se hizo ésta esperar mucho tiempo; la joven ahogó un grito y veloz como la impaciencia del deseo, cruzó rápidamente la estancia y escuché una de esas frases que no han podido imitar, ni las grandes actrices, ni la mas inspirada prima-donna; una de esas palabras que acarician, que enloquecen; uno de esos gemidos del alma que revelan una historia de dolor; esa exclamación suprema que lanza una madre cuando estrecha entre sus brazos al hijo querido de su corazón; ese ¡hija mía! que tomó vibración en otros mundos mejores, ese grito resonó en mis oídos y a poco vi aparecer a la linda niña acompañada de una mujer de mediana edad, que en su semblante demacrado se encontraba grabada indeleble huella de la miseria y del sufrimiento: existía entre las dos perfecto parecido, solamente que la una, era la flor marchita por el hálito del mundo, y la otra la casta azucena que abría su cáliz para elevar su fragancia al cielo.

Madre e hija abandonaron el aposento, para sustraerse sin duda alguna, a los muchos curiosos que estaban examinando las delicadas labores de las educandas. Una hermana de la caridad, que cumple dignamente la misión que se ha impuesto: una mujer perteneciente a una de las primeras familias de la nobleza española que siendo casi una niña, la arrebató la muerte al elegido de su corazón., y que desde entonces abandonó su aristocrático palacio, y se consagró exclusivamente a ser el ángel tutelar de los desgraciados, sufriendo por su abnegación sin límites, la envidiosa persecución de sus hermanas en Cristo, se encontraba en aquellos momentos cerca de mí, y aunque no nos une una amistad íntima, nos comprendemos y respetarnos nuestras creencias, que reconocen una sola causa.

-¿Quién es esa joven, le pregunté, que acaba de salir de aquí?

-Parece que le llama a usted la atención, me dijo sonriendo dulcemente; no es extraño, porque cuantos la ven se interesan por ella, y usted con doble motivo que en todo quiere encontrar algo extraordinario: lo que es ahora efectivamente la ha llamado la atención una criatura digna de mejor suerte, y que ha sido una de las muchas víctimas que tiene el fanatismo en sus anales.

-Excita usted mi curiosidad en alto grado, y desearía. saber la historia de esa niña.

-Tendré mucho gusto en complacerla; sígame usted y en el jardín podremos hablar con tranquilidad. La seguí y un momento después, nos sentamos en un banco rustico situado

en la cúspide de un pequeño montoncito, adorno indispensable de todos los jardines ingleses: que en 50 pies cuadrados forman montañas, cascadas, puentes y, cataratas microscópicas.

-Aquí estamos mucho mejor, ¿es verdad, Amalia?

-Ya lo creo, y no puede usted figurarse cuánto me alegro que estemos solas, sin que nadie nos interrumpa.

-Yo también soy muy partidaria de la soledad acompañada; mucho más con una mujer que, como usted, me inspira simpatía a pesar que en muchas cosas no estamos conformes, pero en fin, que le hemos de hacer, usted quiere a Dios a su modo y yo le quiero al mío.

-Pero no dejará usted de convenir conmigo, que si la humanidad estuviera más adelantada, mis principios serían los más útiles para la sociedad.

-Avanza usted demasiado; usted no quiere templos ni prácticas religiosas ningunas; y el hombre necesita de un guía espiritual.

-Sí, señora; estoy conforme; pero un guía que nos diga la verdad, que no nos relate *cuentos de cuentos* que no nos pinte un Dios iracundo y vengativo, que se complace en atormentar a los seres que él mismo ha creado.

-Ya se comprende que eso es un contrasentido, que la ley Mosaica es un tejido de anacronismos y anomalías, pero como los primeros hombres que la escucharon no estaban suficientemente educados, sólo el terror era el que podía dominarles.

—Soy de la misma opinión, de usted que para ayer tenían condición de ser los castigos eternos, pero hoy que nuestra naturaleza se presta más al análisis, al estudio y a la meditación; hoy que se investiga; hoy que el hombre, no se contenta con creer porque le mandan creer, si no que quiere convencerse por si mismo de la causa que da el efecto; cuando escucha las absurdas versiones que se hacen de la ley de Dios, como estas están muy por bajo de su entendimiento y de su criterio, ¿sabe usted lo que se consigue? Que el escepticismo extienda sus negras alas, que el ateísmo prodigue sus desdeñosas sonrisas, y que la indiferencia cubra con su manto de hielo a la generación actual.

Los hombres que han perforado las montañas, los que por medio del telégrafo transmiten sus ideas, los que buscan en otros planetas los medios ambientes y las condiciones de habitabilidad, no pueden conformarse con esa historia sagrada llena de ridículos milagros, de pecados originales que jamás han existido, de muertes expiatorias para redimir a la culpable humanidad, y esa gran figura de Cristo; ese mártir de la barbarie de un pueblo, hasta ahora lo han deificado sin necesidad ninguna: porque para ser el filósofo entre los filósofos, el bueno entre los buenos, y el único hombre justo que ha vivido en la tierra, no es necesario darle los atributos de Dios; él llamaba a los hombres sus hermanos, nunca les llamó sus hijos.

-Amalia, yo la creía a usted protestante, pero veo que es usted eso que llaman espiritista, que son los herejes del siglo XIX.

-¡Los herejes! ¿Y en que consiste nuestra herejía?

-En que lo niegan ustedes todo, hasta la divinidad de Jesús, que es cuanto hay que decir.

-Sí, señora; la negamos porque Dios no pudo tener predilección por ninguna de sus hijos; porque Dios es solo, único, indivisible, y ese misterio de la santísima trinidad, ha sido el escollo donde han tropezado los mejores oradores del mundo; al llegar a ese punto todos han tartamudeado, o han dicho la frase sacramental «es un arcano divino» o lo han explicado de una manera confusa, incierta e incompleta. ¿Necesitaba Dios, para demostrar su amor inmenso, a sus criaturas, sacrificar a su hijo, por una pequeña parte de la humanidad? Pues entre las innumerables religiones positivas que existen, sólo los cristianos romanos y los cristianos evangélicos se creen salvos por Jesús, los demás miran a Dios con más o menos miedo, y desconocen el sacrificio de la redención.

-A mi me han dicho que todos los espiritistas son locos.

-¡Locos! ¿Y por qué somos locos? Porque creemos en un Dios infinitamente bueno, infinitamente sabio, que le pide a sus hijos inextinguible amor y caridad.

-No me convence usted; yo no podría vivir sin mis templos, sin mis santos y sin esas formas hasta poéticas que tiene el cristianismo.

-Usted misma lo dice, formas, y ¿qué es el formulismo ante las verdades matemáticas de la ciencia? Qué impresión tan penosa se experimenta, cuando escuchamos la disparatada descripción de la creación del mundo, con sus célebres 6 días; cuando se sabe hasta la saciedad que es incalculable el número de siglos que debieron transcurrir, para que la tierra se enfriase y tuviese condiciones de habitabilidad.

¿Más qué las pompas de la iglesia romana con su paganismo divino? Porque, ¿qué otra cosa que dioses tutelares son sus santos?, Más que el sacrificio de la misa con su mímico lenguaje; más que de las capillas evangélicas sus cantos dulces y sencillos y su constante recuerdo de la ley de Dios, que visita la maldad de los hijos hasta la cuarta y quinta generación, me conmueven las comunicaciones de espíritus elevados que nos inician en otros mundos mejores.

-Pero Amalia, por Dios, no está todavía el mundo para, gobernarse por sí mismo; se necesitan ministros del Altísimo, padres de almas, pastores, como usted quiera llamarles, guías para la humanidad.

-En nuestro credo religioso, filosófico, espiritista, dice: que para adorar a Dios, no hay necesidad de templos ni de sacerdotes, siendo su mejor altar el corazón del hombre virtuoso, y su mejor culto una moralidad intachable; pero atendiendo a lo que usted dice, (que en eso la doy la razón) de que el hombre está todavía en lamentable atraso moral y le es necesario recibir instrucciones, recíbalas en buena hora, pero que el sacerdocio no sea una carrera especulativa, que los hombres que ocupen la cátedra del evangelio sean modelos (en cuanto es posible serlo en la tierra) de amor de caridad y de profundísima ilustración; desaparezcan los ídolos, derribense los altares, olvídense la ley antigua con sus rayos exterminadores, con sus antros profundos y sus llamas, eternas, y medítese únicamente en amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos, porque esta es la ley y los profetas. Yo no me opongo, señora, a que haya sacerdotes, pero sí deseo que éstos conozcan la verdadera luz, para que arranquen las malas semillas de la superstición y el fanatismo.

-Ciertamente qué hay muchos, pastores que no saben conducir sus ovejas, unos por ignorancia y otros...

Unas voces infantiles llegaron a nuestros oídos que decían:

¡Sor Inés... Sor Inés...!

-¡Ay! Amalia, me están llamando y tengo con pena que dejar a usted.

-¿Y sin haberme contado la historia de esa niña?

-Y es verdad, que nada hemos hablado de ella, pero vuelva usted por aquí mañana a la tarde y la contará la historia de la pobre Celia.

-¡Cuánto la agradezco su amabilidad, Sor Inés, porque me ha interesado tanto esa joven!

-Digna es de lástima créame usted. Adiós, Amalia, hasta mañana.

Sor Inés se alejó y yo abandoné el jardín para comunicarte como costumbre mis impresiones.

¿Y a quién mejor que a ti, hermana mía, que me comprendes con un suspiro y me adivinas con una mirada?

Mañana te contaré la historia de Celia, que, como a mí debe interesarte: ¡Tú que siempre buscas la huella de una lágrima para dejar en ella un beso tierno y compasivo!

Adiós, hermana mía, no olvidemos nunca que sin caridad no hay salvación.

¡ERA TARDE!

Era una humilde aldea,
y en su pequeña iglesia
la campana voltea,
y a su clamor acuden presurosas
muchachas más bonitas que las rosas,
con ojos negros, grandes y expresivos,
que han hecho en este mundo más cautivos,
que hicieron los cristianos en Granada.
Sus cabellos en trenzas apretadas
descienden por su espalda,
y de flores del campo una guirnalda
todas van a ofrecer con fe sencilla
al santo que veneran reverentes,
y el entusiasmo en sus pupilas brilla.
¡Oh! almas puras, tranquilas e inocentes.
¡Dichosas de vosotras que la vida
pasáis sin conocer los sinsabores!
¡y nunca las espinas
llegasteis a encontrar entre las flores!

Ancianos, niños, todos van gozosos,
no a la fiesta del santo únicamente,
si no a cubrir de flores la carrera
de una niña hechicera,
que en sus sienes ostenta pudorosa
la bendita corona de azahares,
y en sus labios de rosa,
dulcísima sonrisa revelaba
que soñaba en amar, y en ser dichosa.
Un hombre de severo continente,
de profunda mirada
y de espaciosa frente,
de abundantes cabellos
que la nieve dejó su huella en ellos,
la niña fijaba
dulce, serena y paternal mirada.

A la iglesia llegaron
y ante el altar humildes se postraron;
la niña oró con el fervor sencillo
de los primeros años;
y él fijó su mirada
quizás en los profundos desengaños,
que tuvo al principiar esta jornada,
que unos la llaman vida y otros nada.
Un ministro de Dios crédulo y bueno,
les hizo sobre el santo matrimonio

algunas reflexiones,
diciendo al terminar: ¡Dios es testigo
que en su sagrado nombre yo os bendigo!

La pareja feliz salió del templo;
la joven desposada
risueña y candorosa,
fijaba en el espacio su mirada,
cual si quisiera en su amoroso anhelo
dejar la tierra y elevarse al cielo.
Una silla de postas esperaba
a los recién casados;
los que al subir en ella saludaron
con frases cariñosas,
a la compacta turba de aldeanos,
que con semblantes tristes y llorosos
decían con acento entrecortado:
«que Dios dé larga vida a los esposos».

Entre nubes de polvo, el carruaje
se perdió en las revueltas del camino,
y más de un viejo dijo con tristeza:
-Ya se va nuestro amparo y nuestro alivio.
!Raquel era la madre de los pobres,
para todos tenía igual cariño!,
nunca hubiera llegado D. Enrique.
-En mal hora a nuestros valles vino;
dijo una anciana de semblante adusto,
aún me parece verle, cuando herido,
rendido de cansancio y de fatiga,
le encontramos a orilla del camino.

Raquel al verle se acercó afanosa
diciendo con angustia: ¡pobrecito!
¿Si estará muerto?, pero no; respira,
débil su aliento es, pero está vivo.
¡Quién había de pensar que a aquel enfermo
le tomara Raquel tanto cariño!
Hasta el extremo de dejar su tierra.
¡Pobre del ave que dejó su nido!
¡Sabe Dios, sabe Dios, lo que le espera!..
." Sonó en esto el tambor y luego el pito
.y todos los oyentes de la anciana
echaron a correr, creció el bullicio,
y a bailar se pusieron las muchachas
y todo fue alegría y regocijo.
Según cuentan, de la fiesta aquella
nacieron esperanzas, y amoríos,
y más tarde se hicieron casamientos
y... algún tiempo después hubo, bautizos;

porque la historia de la raza humana
ha sido, es y será siempre lo, mismo.

¿Y a Raquel, la olvidaron los labriegos?
Los desgraciados, no; nunca el olvido
en su pecho creció, la recordaban
cuando se hallaban sin tener abrigo,
cuando las nieve del helado invierno
les dejaban sin techo y sin asilo.
Los más afortunados olvidaron
aquella niña de dorados rizos,
de un alma tierna, cariñosa y pura,
de un corazón amante y compasivo.
Como podían muy bien vivir sin ella,
¡por qué la habían de guardar cariños!

En un lindo gabinete
con buen gusto decorado,
a una mesa sentado
un hombre joven está.
Arrugas tiene su frente,
sus ojos tristes destellos,
hebras blancas sus cabellos,
¿qué misterio guardará?
¿Por qué vejez prematura
le quita el brillo a sus ojos?
¿Halló en su camino abrojos
que hirieron su corazón?
Los debió hallar, porque solo
sufriendo agudo tormento,
se adquiere ese desaliento
que deja la decepción.
Escribe, y de vez en cuando
lee en alta voz; escuchemos,
y de este modo sabremos
la causa de su inquietud.
Que deben ser muy curiosas
y bien tristes sus querellas,
cuando han marchitado ellas
la flor de su juventud.

-¿A quién podré contarle la lucha de mí vida?
¿A quién podré decirle la historia de mi ayer?
¿A quién mejor que al hombre que en noche bendecida
calmó con sus palabras mi horrible padecer?
Escucha, noble anciano: tal vez en tu memoria
le guardas un recuerdo, al triste pecador
que te contó, en su duelo, su dolorosa historia,
manchada con un crimen, un crimen por amor.
¡Oh! sí, sin duda alguna, te acuerdas del tormento,

de aquel dolor sin nombre que yo te describí;
y aun creo que te escucho cuando con dulce acento
dijiste: «¡Desgraciado! ¡Jesús murió por ti!»
¡La paz de tu existencia la tienes en tu manos;
¡La sombra de tu vida la ahuyenta clara luz!
No tiene tu mañana ningún fatal arcano...
Estudia, imita, sigue al Mártir de la Cruz...
De la conciencia escucha el eco misterioso,
el mágico sonido que hiere al corazón;
Y así tendrá tu vida dulcísimo reposo,
llegando al heroísmo tu santa abnegación.

Seguí de tus consejos la senda bendecida.
dejé mi patrio suelo, lánzame a pelear,
y consagré afanoso las horas de mi vida,
al noble pensamiento de creer y de esperar.
El campo de batalla laureles dio a mi frente,
y heridas que a mi cuerpo le hicieron decaer.
Por muerto me dejaron, y un ángel inocente
con fraternal desvelo la vida dio a mi ser.
Un alma enamorada, su cándida ternura
impresionó mi mente, cuando me dijo así:
-Enrique, ¿qué te aqueja, qué causa tu amargura?
-Yo siento al verte triste lo que jamás sentí.,
-¿Qué tienes? Habla, dime, cuéntame tus dolores;
yo quiero consolarte y ser tu ángel de paz;
yo quiero que tus ojos contemplen siempre flores,
que plácida esperanza color le dé a tu faz.

¡Raquel! la hermosa niña me amaba y no sabía
lo que era aquel desvelo y aquella agitación.
Ingenua y candorosa, luchaba, y me decía
la historia que guardaba su joven corazón.
¿La amaba yo lo mismo? ¡Ay! no; yo recordaba
a una mujer hermosa, satánica..., infernal;
con delirante anhelo su imagen evocaba,
aunque ha sido en mi vida aparición fatal.
Pero Raquel me amaba; y dije así: «Mi vida
la debo a sus cuidados, por ella renací;
en justa recompensa la serviré de égida».
Por gratitud bendita mi nombre la ofrecí.
Ella aceptó gozosa, y el lazo de Himeneo
nuestras dos existencias por siempre las unió;
cumplió la casta niña su celestial deseo,
Raquel vive dichosa y resignado yo.

Y lucho, y es mi vida tormento sin segundo.
¿Por qué yo no domino mi débil voluntad?
¿Por qué viendo en mi esposa amor grande y profundo
me ha de inspirar tan solo dulcísima piedad?

¡Problema indescifrable que resolver ansío!
¿Podrás tú, noble anciano, hacer la solución
del misterioso enigma? ¡oh! sí; yo en ti confío
que harás la anatomía de un pobre corazón.
Tú irás analizando; podrás, fibra por fibra,
decirme por qué el hombre, en su incesante afán,
al eco del pasado su pensamiento vibra,
y en pos de sus recuerdos sus ilusiones van.
¡Qh!, dime de la vida el lazo misterioso
que enlaza lo pasado, el hoy y el porvenir;
¡tan sólo tus palabras podrán darme reposo:
por ti me alcé del fango, por ti llegué a vivir.»

Ven conmigo lector, vamos ahora
a ver de un hospital las tristes salas,
donde vive entre llantos y dolores
una gran parte de la raza humana;
una mujer hermosa y distinguida
de dulce y melancólica mirada,
se acerca a los enfermos, y les dice
que en Dios cifren su amor y su esperanza.
Un humilde sayal cubre su talle,
dejé del mundo las brillantes galas;
ahora todos la dicen Sor María,
pero en la sociedad se llamó Sara.
Una mujer galante cuya historia
misterios dolorosos encerraba,
una mujer que arrepentida y triste
quiso regenerar su pobre alma.
Una mujer que al terminar el día
un suspiro dulcísimo exhalaba,
diciendo con voz tenue; «¡Enrique!; Enrique!
¿Por qué yo no te amé cuando me amabas?
Y pidiendo por él, sus labios rojos
repetían tiernísima plegaria.

¡Pobre Sara! arrepentida
de sus torpes devaneos,
de sus impuros deseos
y su loca bacanal.
Hoy consagra su existencia
a consolar al consolador que llora,
y del Ser eterno implora
su clemencia celestial.
Hoy se ha convertido en ángel
la segunda Magdalena;
cariñosa, dulce y buena
para todos tiene amor.
Los enfermos la bendicen,
y los niños la reclaman,

y las mujeres la llaman,
la elegida del Señor.

Una noche que se hallaba
junto al lecho de una niña
que abandonaba este mundo
sin dolor y sin fatiga,
abismada en sus recuerdos
Sara, triste y afligida,
escuchaba silenciosa
lo que la enferma decía.
-¡Oh! señora, sois tan buena,
tan tierna y tan compasiva...,
que yo diré a D. Enrique...
-¿Qué Enrique es ese, hija mía?
-Un amigo de los pobres,
que me ha prestado en mi vida,
alivio con sus limosnas,
consuelo con sus caricias.
Como me voy a morir,
quiero verle, Sor María,
y le he mandado llamar,
-¿Y vendrá?
-Sí, si, en seguida:
siento pasos, él será,
miradle bien, Sor María.

Sara tembló y, hasta exhaló un gemido;
porque un presentimiento la decía
que al hombre que tan tarde había querido
quizás por vez postrera miraría.
No se engañó; era Enrique, que angustiado,
miró a la enferma con profunda pena,
diciendo con acento entrecortado:
-¡No temas el morir, fuiste muy buena!
¡Pobre niña! ¡Luchaste en la vida
sin que un ser compasivo te amparara;
-Más vale verla muerta que perdida.
-¿Qué acento es ese? ¡Cielo santo!... ¡Sara!
¿Es un sueño quizá de mi deseo?
-No: que es la realidad.

-¿Y ese atavío?

Os miro y no os conozco, y hasta creo
que es ilusión del pensamiento mío,
-No es ilusión, Enrique; soy aquella
desgraciada mujer, que allá en el mundo
os pareció tan joven y tan bella,
que le brindasteis vuestro amor profundo.

Soy la mujer que en su fatal locura
negó el amor por deificar el oro,
soy aquel ser de condición impura
que arrepentida de mis culpas, lloro.
Vos, me dijisteis- «Sara hay otra vida
y ese amor que consume y que no quema,
consagradle al Señor, pedidle égida
y él os dará la salvación suprema.
Siempre un recuerdo os guardaré en mi mente,
no abrigo contra vos ningún encono,
y a Dios le pido en mi oración ferviente
que él os perdone como yo os perdono».
Aquel perdón regeneró mi alma
y me hizo amaros con afán profundo;
pedí a la religión consuelo y calma
y en pos de vuestra huella crucé el mundo.
¿Y vos cómo vivís?

-¡Ay! Sara, vivo
cumpliendo la misión que me ha tocado:
en la red de un deber estoy cautivo.
-¿Qué me queréis decir?

-Que me he casado.

-¿Y sois feliz?

-¡Feliz!... pudiera serlo
si perdiera su imperio mi memoria;
lucho por conseguirlo y obtenerla,
más ¡ay! no olvido mi pasada historia.
Que siempre vaga por la mente mía
fantástica visión.

-¿Y vuestra esposa,
ignora vuestro ayer?

-Sí; temería
turbar sus sueños de color de rosa.
-Y os amará, ¿es verdad?

-Si, con locura;
por mí sintió la sensación primera.
-¿Y es muy bella?

-Su cándida hermosura
es dulce cual la flor de primavera.
Pero yo necesito de otra vida
llena de agitación y de temores.
¿Por qué me hicisteis tan profunda herida?

¡Qué habéis sido el amor de mis amores;
¿Por qué tan tarde, Sara, habéis amado?
¿Por qué tan tarde, Sara, habéis creído?
¿Por qué el genio del mal nos ha inspirado?
La enferma en esto repitió un gemido.
Y Enrique y Sara sobre el triste lecho
se inclinaron mirando a la inocente,
que con las manos puestas sobre el pecho
fijó en el cielo su mirada ardiente.
- ¿Sufres mucho?, los dos la preguntaron
-Dios me tiende sus brazos, Sor María.
Y sus hermosos ojos se cerraron
cuando su luz el alba difundía.
Enrique y Sara su marchita frente
besaron con profundo sentimiento,
se miraron después, y tristemente
señalaron los dos al firmamento.
-¡Adiós Enrique, adiós!, perdón os pido
por el inmenso mal que os he causado.
¡Cuánto Enrique por mí habréis sufrido,
pero la Providencia os ha vengado!
¡Ya os lo dije otra vez, «que yo en mi mente
no abrigo contra vos ningún encono,
y siempre pediré al Omnipotente
que él os perdone como yo os perdono».
Sus manos se estrecharon anhelantes,
sus miradas ardientes se cruzaron,
y lágrimas de fuego en sus semblantes
por sus mejillas pálidas rodaron.
Enrique hizo un esfuerzo y presuroso
abandonó la estancia mortuoria
diciendo con acento doloroso:
-¡Dios mío! haced que pierda la memoria.
Sara fijó en la muerta su mirada
y dijo con profundo desconsuelo:
-¡Dichosa tú! que acabas tu jornada.
¡Ruega..., ruega por mí, ángel del cielo!

¡Qué transición! Cuando por vez primera
Enrique la ofreció su amor profundo,
en un salón de baile se encontraban
gozando del placer que brinda el mundo.
Cuando se vieron, por la vez postrera,
junto a un lecho de muerte se miraron
y cerrando los ojos de una niña
sus manos convulsivas se encontraron.
¿Y que pasó después? dirán sin duda
los curiosos lectores.
¿Qué había de suceder? Tras la tormenta
presenta el arco iris

mágicos colores,
las avecillas cantan
y abren su cáliz las pintadas flores.
Cuando Enrique vio a Sara
con su humilde sayal y su tristeza,
y vio desvanecido
el tipo de elegancia y gentileza
que tanto había querido...,
¿quién sabe si su esposa contemplando
iría sus perfecciones admirando?
Y sin él darse cuenta, lentamente,
(yo, no digo que a Sara olvidaría),
más seguiría del tiempo la corriente
y un pálido recuerdo guardaría
de un ensueño perdido en lontananza,
de una sombra de ayer sin esperanza.
Pero cuenta la historia
que Raquel tuvo un niño tan hermoso,
que cuando Enrique con amor profundo
a su hijo contemplaba,
se olvidaba de todo en este mundo
y en éxtasis divino se embriagaba.

Sara cumpliendo, su misión bendita,
viviendo entre tormentos y dolores,
me atrevo a asegurar que mucho tiempo
lo consagró un recuerdo a sus amores;
nada mas natural; el pensamiento
pide con insistencia su alimento,
y como su presente
tan sólo sufrimientos la ofrecía,
claro está que su mente
su amoroso pasado evocaría.

Triste es vivir; afectos encontrados,
encarnizada guerra,
ensueños de placer evaporados,
¡bien podemos llamarnos desgraciados
aquellos que vivimos en la tierra!

A LA MEMORIA DE MI MADRE

¡Madre del corazón!, cuánto he sufrido
en la triste ignorancia de mi vida;
cuando tu inmenso amor miré perdido
creyendo que era eterna tu partida;
cuando en tus sienes no encontré un latido;
cuando tu dulce voz quedó extinguida,
y en mi horrible ansiedad y en mis enojos
perdí la luz, de tus hermosos ojos.

¡Tus ojos...!, que habían sido en mi existencia
faros de salvación y de consuelo,
destellos de la santa providencia,
luminares purísimos del cielo;
ídolos de mi fe, de mi creencia,
que yo adoraba con ardiente anhelo,
porque antes de perderte comprendía
lo mucho que me amabas, ¡madre mía!

¡Cuanto me amaste!, sí yo fui tu gloria,
tu ensueño de placer jamás perdido,
capítulo el más triste de tu historia
y para ti, sin duda, el más querido.
El afán de tu vida transitoria
fue evitar a mis labios un gemido;
pensar en mi dolor, fue la gran pena
que te hizo sucumbir. ¡Eras tan buena!
Que no es extraño que, al perderte, el llanto
fácil brotara de mis tristes ojos;
y que en mi soledad sintiera espanto,
y en mi camino hallara solo abrojos.
La vida en su terrible desencanto
¿qué le ofrece al mortal?, luto y enojo;
el que fija en la tierra su mirada
¿qué ha de encontrar? El hielo de la nada.

Eso encontraba yo, madre querida;
por eso ante tu losa funeraria
pasaba muchas horas de mi vida
sin elevar al cielo una plegaria;
en tu recuerdo santo embebecida
mi mundo era tu huesa solitaria,
siendo todo mi afán, en mis dolores,
cubrir tu tumba con hermosas flores...

Una voz, un murmullo, un eco vago
resonó de la tierra en el abismo,
y un algo misterioso, en dulce halago

la frente acarició del ateísmo.
Quien dijo, que la muerte no hacía estrago,
por medio de la magia o Espiritismo,
y asombradas las gentes repetían,
¡que los muertos hablaban y sentían!

Los unos con desdén los escucharon,
los otros de pavor se estremecieron,
algunos por reírse investigaron,
y sin saber por qué se convencieron.
Aquellos que en su mente conservaron
recuerdos de los seres que perdieron,
sintieron renacer en su memoria
de su existencia la pasada historia.

Yo la sentí también, brotó en mi mente
vertiginosa... delirante idea,
comprendí que había un Ser Omnipotente,
y exclamé con amor: ¡Bendito sea!
Admiré la gran causa inteligente,
miré en la ciencia luminosa tea
que nos mostraba mundos y planetas,
que nunca los soñaron los poetas.

Vi a hombres rudos, sencillos, ignorantes.
trazar sobre el papel rasgos extraños,
pigmeos convertidos en gigantes,
sin doblez, sin mentira, sin engaños;
yo vi la conmoción en sus semblantes
y lamenté los juveniles años,
que he perdido dudando que vivían,
que los muertos hablaban y sentían.

Viven, sienten, se agitan, se estremecen,
velan amantes nuestro triste sueño,
del globo terrenal desaparecen,
que así lo quiere su divino dueño.
Mas siempre en nuestra lucha nos ofrecen
de la esperanza el mágico beleño.
Por eso en mis momentos de agonía
te contemplaba siempre ¡madre mía!

Te contemplaba, si; junto a mí estabas,
y yo creyendo que un delirio era,
mi frente cariñosa acariciabas
murmurando: «Prosigue tu carrera».
Tus ojos en mis ojos los fijabas,
diciendo en su expresión, sufre y espera;
y yo entre tanto en mi dolor profundo
¡me encontraba tan sola en esta mundo!

Sola viviendo tú, ¡fatal locura!
¡que tiempo tan precioso he consumido
lamentando mi horrible desventura!
expiación que sin duda he merecido;
pero ya terminó; radiante y pura
contemplo hermosa luz, y conmovido
mi corazón se agita y en mi mente
tres épocas se enlazan dulcemente.

Mi ayer con tu ternura sacrosanta,
mi presente flotando en el vacío,
mi porvenir que el cielo se levanta
exclamando, yo espero, yo confié;
y la fe racional, eterna planta
que la ciencia la sirve de rocío,
hoy me brinda el aroma de sus flores
y a su sombra se extinguen mis dolores.

¡Espiritismo!, ¡ciencia bendita!
¡Espiritismo!, ¡religión sagrada!
¡Foco del bien!, ¡antorcha de otra vida!
Filosofía en la razón basada;
la ley de recompensa merecida;
la negación eterna de la nada;
el amor al progreso y a la gloria
de la creencia la legendaria historia.

Yo reconozco tu verdad innegable,
de Dios presentas la perfecta hechura,
en sus divinas leyes inmutable,
sin preferir a nadie en su ternura;
tu doctrina es sublime, es adorable,
es practicar la caridad mas pura;
¡feliz de aquel que al borde del abismo
oye tu voz, gigante Espiritismo!!!

LA TABLA DE SALVACION

*A MI MEJOR AMIGA LA SRA. DOÑA SOFIA CERUTTI,
EN LA MUERTE DE SU HIJA.*

¡Pobre Sofía! ¡Qué larga es tu expiación! ¡La profunda ternura de tus sentimientos, la clara inteligencia que te distingue, el verdadero interés que te inspira la desgracia, y otras buenas cualidades que posees, no han sido bastantes para borrar las culpas de tus pasadas existencias y has tenido que librar la copa de la amargura y apurar hasta la última gota, pobre mujer...; Lloras, sí; lloras, porque el llanto del dolor es el Jordán bendito que purifica a la humanidad. En esas crisis supremas, en esos momentos de pruebas terribles, si a nuestros ojos no acudiera el llanto, caeríamos como herido del rayo y nuestro globo no hubiera contado apenas dos siglos de existencia.

Tu queja es justa; no hay filósofo en el mundo que al perder el todo que le unía a la vida, no se olvide, siquiera por una hora, de todas las razones lógicas, de las consideraciones más profundas, de las deducciones mejor meditadas; el espíritu está unido íntimamente a la materia y no siempre está en completa elevación, no se empequeñece, se vulgariza, y toma una parte activa en nuestros dolores y en nuestras alegrías.

Los hombres más eminentes, las almas mejor templadas, han derramado una lágrima en la tumba de sus esposas y de sus hijos; nosotras que hemos pasado por el mundo como pasan las hojas secas, sin dejar huella, no es extraño que el dolor domine nuestro organismo. ¡Lloras, pobre Sofía! lloras; yo uno mi llanto al tuyo, siquiera por la analogía que hay en nuestras existencias, que aunque por distintas causas, no tenemos ni un débil arbusto que nos preste sombra, pudiendo repetir estos versos de Camprodón:

Y cruzamos un valle pedregoso,
y arenales tostados por el fuego,
y al fin me dice que hallaré reposo,
y camino... y camino... y nunca llego.

Qué peregrinación tan penosa; cuánto te compadezco, pobre amiga mía; cuánto siento no estar a tu lado en esas primeras horas en que la intensidad del dolor nos hace dudar de todo, y cuando acudimos a la religión, nuestra mente extraviada se pierde en un dedalo de conjeturas y de ilógicas apreciaciones.

Muchas veces me has preguntado: ¿Y qué es el Espiritismo? ¿Qué bien reporta a la humanidad el creer que los muertos hablan? Uno muy grande, Sofía, te contesto yo.

La humanidad ha caminado a ciegas; y de sofisma en sofisma, de error en error, y de locura en locura, ha querido descubrir la incógnita que velaba a la causa de todas las causas, pero como hasta ahora se apoyaba en un débil muro de arena, y como el edificio de sus creencias flaqueaba en su base, estas se deshacían para dar lugar a otras, y la fe de la humanidad era como la tela de Penélope.

La religión cristiana, aumentada y corregida por los santos padres de la iglesia, fijó cuatro lugares para las almas, el purgatorio, el infierno, el limbo y la gloria; y las imaginaciones, algo avanzadas, encontraban tanta injusticia, tanta tiranía, tan inconcebible absurdo en la

existencia de estas religiones, que juzgaban a Dios como un ser vengativo, egoísta y que se colocaba a gran altura, como decían vulgarmente, para que no le alcanzara la venganza de los mortales.

Cuantas veces antes de conocer yo el Espiritismo, he contemplado a esos ancianos andrajosos, colocados en pequeño carros por estar inutilizadas sus piernas y que imploraban la caridad pública, y he murmurado, con desconsuelo: ¿Para qué vivirán estos seres? ¿Qué falta harán en el mundo, desheredados de la gran familia? Y en cambio mueren niños hermosos que simbolizan una esperanza, y desaparecen, de la tierra mujeres hechiceras que estaban llamadas a ser buenas esposas y excelentes madres... Esto es un contrasentido, esta es la más extraña de las anomalías.

Los ministros del Evangelio se han quejado siempre de la poca fe que ha germinado en el corazón de los hombres, a los oradores religiosos les ha parecido poca y a mí me parece mucha; demasiado buena ha sido la humanidad, o demasiado ignorante, que se ha sacrificado en aras de un Dios monstruoso. He aquí la causa, el por qué los profundos pensadores, y los hombres esencialmente científicos han sido ateos: porque, antes de creer en algo que rechaza la razón, es preferible no creer en nada.

Cuando un ser tiene conciencia de sí mismo, cuando reconocen que ha querido a los suyos, y ha consolado a los extraños, y ha vivido sin perjudicar a nadie, y siente sobre su cabeza desplomarse el infortunio, tiene que rebelarse indispensablemente ante su desgracia, si ve a otros que han cometido abusos y hasta crímenes, y, sin, embargo, la fortuna les sonrío, la sociedad les halaga, y el mundo les otorga consideraciones.

Dices que en Francia, los suicidios alimentan de una manera prodigiosa; nada más natural. La vida, sin estar iluminada por la clara luz de la razón, la existencia luchando con la duda y vencida por el indiferentismo, no tiene otro fin que buscar en la muerte la última sensación del dolor, pero como a nuestro planeta no le ha llegado aún la hora de su completa descomposición, Dios, envió una tabla salvadora, para que los náufragos, en su desesperada agonía, pudieran asirse a ella y ganar la orilla de la resignación y la esperanza.

Esa tabla es el Espiritismo, amiga mía; el Espiritismo con la lógica definición de un Dios misericordioso y justo, con la eterna e inmutable ley de la compensación, con la íntima y razonada creencia de que no tenemos más que lo que merecemos, nuestro orgullo se rebela, no queremos conocer nuestras faltas, no; medimos el tiempo por las horas que estamos en la tierra, pero miremos más lejos, mucho más lejos y caeremos anonadados contemplando nuestros desaciertos.

Sofía del alma, amiga íntima de mi corazón, llora, si, llora, pero no llores por tu hermosa Julia, no lamentos que deje en la tierra un esposo amante y tres ángeles de amor; tu hija era muy buena, y por eso su estancia: en el mundo ha sido tan breve; era un espíritu demasiado elevado para vivir entre nosotros, y no puedes imaginarte en la esfera tan radiante que se encontrará, desde donde mirara con pena tu profundo desconsuelo.

Tiemblas ante tu porvenir, no temas, no; si aún tienes que vivir en la tierra, la providencia te abrirá un camino más o menos escabroso, pero al fin una senda, para poder cruzar el erial de la vida. Acuérdate de mí, acuérdate cuando te decía, que anhelaba encontrar el secreto de morir sin dolor, para morir yo así. Acuérdate cuando apoyada en tu brazo miraba a la inmensidad, y te decía: No comprendo, la vida sin la luz... Recuerda cuánto he sufrido, Sofía,

las pocas condiciones que yo tenía de vida propia y, sin embargo, viví... Me encontraba más sola que tú en la tierra y. al fin hallé hermanos del alma y, como el hijo pródigo, encontré un Dios, un padre cariñoso; no desesperes de la providencia divina, si no puedes aceptar tan triste prueba con el entusiasmo del héroe, acéptala, al menos, con la resignación del mártir.

Si en tus pasadas existencias fueron grandes tus culpas; en la presente, muchos seres desgraciados te han debido consuelo, entre ellos yo; muchas lágrimas has enjugado, y lo que hoy te causa tan inmenso dolor, la desaparición de tu hija, será tal vez lo que influya poderosamente, en tus últimos días, para tu completa regeneración.

Vive y espera. El célebre Dumas, a pesar de su ateísmo, decía que la sabiduría humana se reducía a estas dos palabras: confiar y esperar.

Confía en Dios y espera en su justicia divina, y así como otras te dirán que no llores, yo te digo, llora, pobre Sofía, llora, porque el llanto es el Jordán bendito que regenera a la humanidad.

A UN NIÑO

¡Pobre niño! Tú, al nacer
te fue ingrata la fortuna;
que abandonaron tu cuna
los que te dieron el ser.
Y de tu desgracia en pos,
fuiste la tierra cruzando,
y en tu orfandad, implorando
una limosna, por Dios.
Algunos te acariciaron,
y muchos te repelieron:
trabaja, pues, te dijeron,
¿y por qué no te enseñaron?
por intuición no hay saber,
es necesario enseñar,
y se tiene que sembrar
si se quiere recoger.
Han pasado algunos años
y hoy la caridad te llama,
y un colegio te reclama
para darte desengaños.
Que aun en la primera edad
el magnate de la tierra,
ya revela que en sí encierra
imperiosa voluntad.
Los niños, como eres pobre,
con desdén te miraran,
y avaros, te negaran
lo superfluo que les sobre.
Cuando llegue un día de fiesta,
a todos los verás ir
que se van a divertir
y a jugar en la floresta.
Solo tú te quedarás
mirándolos tristemente,
diciendo con voz doliente:
¡Madre..., madre,... ¿En dónde estás?
Cuando tú sepas leer,
yo te daré un libro santo,
para que enjugues tu llanto
y cese tu padecer.
Lo reservo para ti,
que en las hojas de la Biblia,
tú hallarás esa familia
que no has encontrado aquí.
Tal vez con pena dirás:
“Me encuentro desheredado”:
no es así, quien te ha creado
no deshereda jamás.

Porque ese, Dios de consuelo
amor y justicia encierra,
y si algo niega en la tierra
es para darlo en cielo.
Sólo su herencia retarda
a aquellos desventurados
que los mira dominados
por una pasión bastarda,
Por la envidia, cuyo afán,
al hombre lo precipita,
y tras su huella maldita
todos los crímenes van:
Al cielo le pediré
que no conozcas la envidia;
que aquel que con ella lidia,
pierde en el mundo la fe.
Y la fe es el gran tesoro,
que enriquece nuestra vida;
cuando perdemos su égida
de nada nos sirve el oro.
Con la fe nuestra razón
comprende de Dios el nombre,
porque la fe es para el hombre
¡la tierra de promisión!

CARTAS INTIMAS

Hermana mía: Tú que sabes la impresionabilidad que me distingue, comprenderás el gran deseo que habré tenido de que llegara el momento de poder volver al colegio, y hablar con Sor Inés, de la simpática Celia, prometiéndome a mí misma no hablar una palabra sobre religión, para que no sucediera lo de la tarde anterior, que en reflexiones se nos pasó el Tiempo.

Llegué, y Sor Inés me recibió con la sonrisa en los labios, diciéndome con tono festivo:

-No se ha hecho usted esperar, no; bien dicen que la curiosidad es inherente a la mujer.

-No es curiosidad, Sor Inés; lo que yo siento por Celia, es un interés vivísima, la simple curiosidad no la he conocido jamás; pero vamos, empiece usted su relata, no suceda lo de ayer.

-No sucederá, no tenga usted cuidado, vamos al jardín y estaremos con más tranquilidad.

Llegamos a tan delicioso paraje y nos sentamos junto a una fuente. Sor Inés se replegó un momento en sus recuerdos, su semblante tomó una expresión melancólica y con acento triste y pausado, dio principio a su relación.

-Si no, fuera porque tengo gusto en complacer a usted, no me ocuparía en referir un episodio que me impresiona; pero algún sacrificio le debemos a la amistad, y aunque a grandes rasgos, le contaré la historia de Magdalena, madre de Celia, pues la de esta última, está aún en los primeros capítulos.

Esa mujer demacrada y de humilde continente que ha visto usted al lado de Celia, hace 18 años que era más bonita y más distinguida que su hija: vástago de; una ilustre familia, vivía rodeada de todas las comodidades y encantos de la vida; joven y bella, y por su buena posición, debe usted comprender que Magdalena tendría muchos adoradores.

-Ya lo creo que los tendría, y mucho más si poseía la especial simpatía de su hija.

-Algo de eso había, aunque no en tan alto grado, muchos eran, como le dije antes, los que pretendían a Magdalena, y ésta prefirió a un joven abogado, bastante guapo, según pude juzgar por el retrato que ella me enseñó.

Cuando me confió sus amores yo la dije: ¡Ay! Magdalena, mal camino has emprendido, porque tu familia no permitirá nunca que te cases con un pobre. Yo he pensado en eso, me contestó ella, y para evitar disgustos a nadie he confiado mi secreto más que a ti y a mi doncella.

Una orden superior me hizo salir de Madrid; seguí escribiendo a Magdalena y ésta revelaba en sus cartas, que sentía una de esas pasiones que forman época en la vida; pasó un año y dejé de recibir noticias suyas, escribí a sus familia y nadie me contestó; transcurrieron 10 años y volví a Madrid para dirigir este colegio. En el momento de tomar posesión de mi nuevo destino, me llamó la atención una niña de 8 a 9 años, pálida y triste; sentí por aquella criatura una atracción irresistible, la hice sentar a mi lado, y, sin saber por qué, me acordé de Magdalena, a quien nunca había olvidado y la pregunté a la niña:

-¿Tienes madre?
-Sí, señora.
-¿Cómo se llama?
-Magdalena.
-¿Dónde vive?

-Muy lejos, a lo último de la calle de Embajadores, junto a una fuente; el número no le sé.

Por la impaciencia que usted ha tenido por saber la historia de Celia, comprenderá la que yo sentiría por conocer cuanto le habla pasado a mi antigua amiga, pues una voz secreta me decía que ella era la madre de Celia.

Al día siguiente, porque mis obligaciones no me dejan ir antes, emprendí el camino, en busca de Magdalena; al fin encontré su casa, pero ¡qué casa, Amalia!, yo que la había dejado: en un palacio, la encontré; en un cuarto bajo, oscuro, con las paredes ennegrecidas, donde se respiraba una atmósfera viciada y nauseabunda, echada en un jergón, cubierta con una manta hecha jirones, encontré a una mujer, devorada por la fiebre con los ojos medio cerrados. Al sentir pasos los abrió, y la infeliz, al ver mi traje, solo pensó en su hija, e incorporándose me preguntó con tasa ansiedad indescriptible:

-¿Está mala mi hija?

-No, Magdalena, tu hija está buena, y estreché entre mis brazos a la amiga de mi infancia. ¡Era ella, mi corazón no se había engañado!, era aquella joven que yo dejé en la opulencia y que la encontraba sumida en la más horrible miseria. Ella tardó algunos momentos en recordarme, tal, debilitada estaba su memoria, pero un raudal de lágrimas me hizo comprender que me habla conocido; apoyé su cabeza en mi pecho y la dejé llorar, cubriéndola de besos y prodigándole las más dulces caricias.

¡Cuánto sufrí, Amalia, en aquellos momentos!, ¡cuántas reflexiones dolorosas se agolparon a mi mente!; cuando se tranquilizó un poco, me miró con mas fijeza y me dijo:

-¿Cómo has llegado a saber de mí?

-Por tu hija; ayer llegué a Madrid y en cuanto la vi sin darme cuenta de ello, me acordé de ti y la pregunté como se llamaba su madre, me dijo tu nombre y el presentimiento me decía que aunque hay muchas Magdalenas en mundo, tú eras la que yo nunca había olvidado.

-¡Ay! yo tampoco te aparté de mi memoria, Inés, pero he tenido vergüenza de llegar hasta ti.

-¡Vergüenza tú, hija mía! ¿Y de qué?

-He sido muy culpable, Inés.

-¡Culpable!, tú no puedes haberlo sido, débil tal vez, pero criminal, nunca. La infeliz me miró con un reconocimiento, con una gratitud tan profunda, que me reveló todo un inundo de dolor y de humillaciones.

-Habla, hija mía, si puedes.

-Si, si puedo; desde que tú has venido, me siento mejor escúchame. Cuando tú te fuiste de Madrid tenía yo amores con Luis; a pesar de nuestras precauciones, mi familia se entero, la que me tenía preparado un casamiento con un señor conde octogenario, pero inmensamente rico; renunció a pintarte lo que sufrí con las luchas domésticas, insultos, malos tratamientos y, un odio feroz por parte de mí padre que estaba medio arruinado, y contaba con mi casamiento para que su yerno le prestara auxilio. La familia de Luis, pobre, pero noble y orgullosa, cuando se enteraron de la oposición, lo tomaron por desprecio y no querían de manera ninguna que se casara conmigo. Nosotros, en medio de tantas contrariedades, sucedió lo que era de esperar, que cuando nos veíamos después de diez o doce días de tormento, vivíamos, en un segundo, más que otros amantes en un año de vida normal, el me juraba un amor eterno y que sería mi esposo ante Dios y ante los hombres; yo estaba loca, frenética, y hay momentos en la vida que todas nuestras aspiraciones se refunden en la mirada de un ser, amado. Luis era mi mundo, yo no veía más que a él.

-No te fatigues, Magdalena, le dije yo, comprendo lo demás.

-Si; pero lo que tú no podrás comprender, es que Luis, (hijo de una familia supersticiosa hasta el extremo), quiso, buscar en la religión un amparo, un apoyo para nuestra unión, y no titubeó en decirle a su confesor que amaba una mujer con delirio, y que contaba con su protección para verificar su enlace; necesario, porque su corazón lo reclamaba y además, porque su honor y su conciencia así se lo exigían. ¿Qué pensarás tú que hizo el confesor?

-¿Fue a ver a tu padre?

-No; se levantó al oír la revelación de Luis, le cogió por un brazo y le dijo con voz amenazadora:

«¡Hijo del pecado!, ya que has sido débil dominado por la flaqueza humana, levántate, desgraciado, del fango en que te has hundido, deja a esa mujer que expíe en la soledad y el abandono la enormidad de su delito; tú te irás fuera de España, y sólo en el momento de tu partida te daré la absolución; mientras tanto; yo no puede absolver a un hombre que vive en el pecado».

Pero señor, le decía Luis, si hay perjuicio de tercero, si esa infeliz va a ser madre; ¿qué culpa tiene ese pobre ángel que va a nacer, de las faltas que sus padres han cometido?

«Escrito está que las faltas de los padres caerán, sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación. Los hijos del pecado, son los réprobos maldecidos de Dios».

Yo no tengo fuerzas, Inés, para contarte todos los detalles de aquella fatal entrevista, de la que yo no supe sus resultados, hasta mucho tiempo después.

Sólo te diré, que yo, viéndome en aquel estado y temiendo a mi padre más que a la ira de Dios, le escribí a mi madre una carta diciéndola lo que me pasaba y despidiéndome de ella, pidiéndole perdón, y en aquella misma noche salí de mi casa paterna y me fui a Vicálvaro donde vivía mi nodriza; mi madre, aunque me quería, era un ser muy débil y enfermizo, sujeta en un todo a la tiránica voluntad de mi padre, y nada pudo hacer por mí.

Cuando Luis vino a verme, en mi agitación y aturdimiento; no me llamó la atención su profunda tristeza; mi familia no se cuidó de averiguar mi paradero y sólo me concedió el desprecio y el olvido.

Luis, venía a verme siempre que podía, y al fin llegué yo a notar el amargo desaliento que se retrataba en sus ojos: le preguntaba si tenía queja de mí, y entonces él me miraba con lástima y me decía: ¡Pobre Magdalena! ¡qué desgraciada eres! ¿por qué habremos sido tan débiles los dos?, y al decir esto se apartaba de mí y echaba a correr; como un loco por el campo, y loco estaba el infeliz efectivamente, loco estaba volviéndolo su confesor, a quien Luis seguía confiándole sus cuitas y pidiéndole la absolución y el cura negándosela y amenazando con excomulgarle si no me abandonaba por completo.

Luis se había educado en un seminario y desde su infancia estaba acostumbrado a una obediencia ciega; en su casa no se hacía más que lo que el confesor quería. Una hermana suya era monja, porque así lo quiso su padre espiritual; otro hermano, seguía la carrera eclesiástica y por estos detalles comprenderás el círculo de hierro en que vivía Luis; al mismo tiempo, el desgraciado me quería y conocía la fatal influencia que había ejercido en mi vida, pero entre el amor y la condenación eterna con que le amenazaba su confesor, si se unía a la mujer culpable, no sabía el infeliz qué partido tomar.

En medio de tan encontrados elementos, hizo Celia su aparición en el mundo; yo la recibí con lágrimas de ternura y Luis con una muda desesperación, porque al ver aquel ángel que parecía tenderle sus brazos, él no tenía valor para rechazarla, pero veía en lontananza las llamas eternas, y antes que esto, el descrédito social con la excomunión.

Un mes estuvo luchando; al fin el miedo lo venció y me mandó esta carta; y al decir esto, Magdalena sacó de entre la ropa que cubría su pecho, un papel arrugado que le entregó diciendo: léela tú. Con sumo trabajo pude entenderla, porque tantas lágrimas habían caído sobre ella que habían puesto, sus líneas ininteligibles; poco más o menos decía así:

«Magdalena, por el que murió en la cruz, yo te pido que me perdones todo el mal que te he causado; le confíé a mi padre espiritual nuestros desgraciados amores, y él, más sabio que nosotros, porque está iluminado por el Espíritu Santo, me ha dicho que hemos sido tan culpables, que una vida de tortura no es bastante para expiar nuestro delito; que nuestra unión es imposible, porque nuestro mismo crimen nos separa, y cuando le he hablado de la pobre Celia, me ha contestado que escrito está que las culpas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación; y que sólo se calmará la ira de Dios consagrando a esa hija del pecado a una vida de penitencia y de expiación, y si persisto en la reincidencia de mi extravío, que él me excomulgará en la tierra y Dios nos maldecirá en el cielo.

»¿Qué hacer, Magdalena, en trance tan horrible? Yo conozco que desgarré tu corazón y que te haré la más desgraciada de las mujeres; yo tengo aún la debilidad, de recordar a ese pobre ángel que ha venido a este mundo para llorar, y a su recuerdo, el llanto de la desesperación brota en mis ojos; ella es el fruto de nuestra culpa, pero ¡Dios mío! ¡la quiera tanto! que si la sigo viendo, no tendré valor para cumplir la penitencia que me ha sido impuesta, ¡Adiós, Magdalena! Si esa infeliz criatura vive, conságrala a Dios para que se calme el enojo del Eterno. ¡Pobre Magdalena!, qué huella nos ha dejado una hora de locura y de amor; me inspiras la más profunda compasión, ¡Adiós, Magdalena!... ¡Adiós!...:>

Cuando concluí de leer esta horrible carta, Magdalena había perdido el conocimiento, la infeliz no podía sufrir tan multiplicadas emociones.

Hice traer un coche, y entre los pobres vecinos de la casa y yo, trasladamos a la enferma al carruaje, no queriendo yo que por más tiempo respirara aquel aire inficionado.

La traje aquí., la hice acostar, y un buen médico se encargó de su curación; cuando, pasaron algunos días, pudo continuar su relato en estos términos.

Inés; tú que has querido tanta, conocerás la impresión que me causaría aquella desgarradora carta; no tuve lágrimas, enmudecí, y las fuentes de la vida huyeron de mí. Celia, lloraba acosada por el hambre, y yo no la podía dar más que gotas de mi llanto; sumergida en la mayor miseria, sólo la providencia pudo salvar a mi hija; mi nodriza, la pobre mujer, era el único ser que me tendía los brazos, pero que no podía darme más que su cariño, pues también le faltaban los recursos para vivir; pasaron dos meses cuando una mañana recibí una carta de Luis que decía así:

-«Magdalena; .ven Madrid, estoy en el hospital de la Princesa, creo que voy a morir, ven...»

Leería y ponerme en camino con Celia y mi nodriza, todo fue uno; la impaciencia del dolor me prestaba alas, y llegué al hospital jadeante y sobreexcitada. ¡Qué cuadro se presentó a mis ojos! Luis no era ni su sombra: suplicó que lo dejaran solo conmigo, me pidió que a Celia la pusiera en sus brazos, y me contó con voz insegura, la serie de tormentos qué había sufrido en los dos meses de nuestra, separación.

De resultas de haber volcado la diligencia en que iba, tuvo que andar más de dos horas sobre nieve, y la insensibilidad se apoderó de sus pies, la sangre se coaguló, y la ciencia no encontró remedio para su mal.

La familia no quería ni que se casara conmigo ni que saliera de Madrid, de consiguiente, su partida ocasionó disgustos y que le abandonaran los suyos.

Siete meses vivió aquel desgraciado, sufriendo los dolores más espantosos; con una resignación asombrosa; me pidió que le llevara una estampa de Santa Filomena, de quien él era muy devoto y a la que decía que veía de noche; los médicos dijeron que estaba loco, y su confesor que se habían apoderado de él los malos espíritus; pero no estaba loco, no, y siempre insistía en casarse conmigo para dejarle nombre a Celia, pero el confesor decía que sin todos los papeles arreglados de ninguna manera nos casaba, y como sin dinero nada se puede hacer, los meses pasaron, y una mañana, cuando fui a verle, que iba todos los días, no encontré más que su cadáver: no tuve ni aún el triste consuelo de recibir su último suspiro.

Sola con mi infortunio y con el recuerdo de Luis, pobre ser sacrificado en aras del más tiránico fanatismo, no te puedo explicar como viví cinco años, hasta que Dios tuvo misericordia de mí, y pude colocar a Celia en este establecimiento, donde fue tan bien recibida, que ha sido el único goce que he tenido en mi dolor.

Algo más tranquila, me dediqué a bordar, y así subvenía a mis cortas atenciones. A mi familia, nunca tuve valor para pedirle nada, convencida que no recibiría más que su desprecio. Así he vivido, hasta que hace un año se apoderó de mí una fiebre lenta, pero que me ha ido consumiendo. He agotado mis escasos recursos, y no he querido entrar en un hospital,

porque entonces no podría salir a ver a mi hija. ¡Se quiere tanto a los hijos!, que si no fuera por ella me hubiera suicidado hace mucho tiempo.

¿Qué le diré a usted más, Amalia? Que a fuerza de cuidados, pude conseguir que Magdalena recobrara en algo su perdida salud. Una sobrina mía la tiene recogida en su casa, pero el remedio ha llegado demasiado tarde; parece que ha perdido la vida de relación y para que tome algún alimento, se consigue únicamente, nombrándole a su hija. Se pasa muchas horas mirando el retrato del pobre Luis, sin llorar ni proferir una queja.

Celia no sabe la causa moral que destruye la vida de su madre. Magdalena no le ha dicho más que, de resultas de la muerte de su padre, quedaron reducidas a la miseria; pero Celia, con esa doble vista maravillosa de que está dotada, me dice muchas veces: ¡cuánto debe haber sufrido mi madre para quedarse sumergida en ese estado de postración! La pobreza, hija mía, le digo yo, tiene fatales consecuencias. Aquí hay algo más, Sor Inés, me dice ella. Pero, ¿qué tiene Amalia, que se pone tan pálida?

—¿Qué he de tener, señora I, ¡qué he de tener! Que no puedo menos de estremecerme dolorosamente al pensar la desgracia inmensa de que han sido víctimas tres seres. ¿Y todo por quién? ¡Por un hombre que se llama ministro de Dios...! Vea usted los tristísimos resultados del fanatismo y de la ignorancia.

-Bien sabe que le dije de antemano que Celia era una de las innumerables víctimas del oscurantismo religioso; pero que quiere usted, todas las religiones tienen sus mártires.

-Ciertamente que tienen sus mártires, pero mueren dichosos defendiendo su idea y adorando su creencia; pero Celia despojada de sus padres y del nombre que le pertenece, ocupando una de las más tristes posiciones sociales, no tiene ni aún el consuelo de amar su desgracia, sino de rebelarse contra su infortunio.

-Así le sucede, Amalia; muchas veces, cuando yo la animo: para que trabaje y estudie, me dice sonriéndose con tristeza para lo que yo he de figurar, ya sé bastante.

Lo que me llama mucho la atención es la profunda antipatía que siente por el clero. Cuando tiene que ir a confesar, siempre me dice: Pero, Sor Inés, ¿por qué no había de valer la confesión que yo le hago a usted, si usted sabe mis más ocultos pensamientos? ¿A qué irle a decir a un hombre que no me inspira confianza, lo que yo guardo en el santuario de mi alma?

¡Pobre Celia!, su corazón le dice que una confesión mal interpretada, le arrebató todo cuanto poseía en la tierra, ¡y luego me negará usted la comunicación directa de los espíritus!

-Yo no niego ni concedo, Amalia; trato de cumplir lo mejor que puedo la ley de Dios pero me asusta verdaderamente el trastorno social que traerá la práctica de esas nuevas doctrinas. Adiós templos, y altares, comunidades religiosas todo cambiado, esto va a ser el caos...

—El caos lo es ahora Sor Inés, en que no hay más que interés individual; pero la tarde toca a su fin y no quiero distraerla por más tiempo de sus ocupaciones. Adiós se llora, y gracias mil paz, su amabilidad.

—No las merece, Amalia; yo he tenido mucho gusto en complacer a usted y ya que tanto le interesa Celia, venga usted a verme y hablara con ella, y esta le contara varios sueños que ha tenido, proféticos se puede decir, y ve visiones, porque siempre esta viendo a su padre.

--Ya me ha dicho usted bastante para que yo vuelva pronto.

-Cuando usted quiera Amalia, adiós.

Me separé de Sor Inés, y al momento de llegar a casa te cuento copio me la han contado, la historia de la pobre Celia; que debe ser médium vidente; desgraciada criatura sacrificada en aras de la más torpe aberración.

¡Cuántas historias dolorosas encierran los confesionarios! Luchas políticas que no son más que guerras fratricidas, dramas ocultos en el hogar doméstico, pasiones violentas y contrariadas por falsos votos; todo ha brotado de estos centros de hipocresía y de espionaje.

Pequeña arca de Noe, donde se han encerrado los reptiles llamados *vicio* y *codicia*.

Jamás he acercado mi frente a sus mezquinas rejillas; yo le he pedido a Dios misericordia en las orillas del mar, en la cumbre de las montañas, en la sombra de los bosques; en los valles y en las llanuras; yo he vista a Dios en todas partes, menos en los parajes que los hombres han destinada para su adoración; siempre me he rebelado en contra de la oración rutinaria; no encuentro plegaria alguna que interprete fielmente lo que siente nuestro corazón en esas horas de dolor supremo, y en esos instantes de goce inefable.

Hay miradas, hay suspiros, hay ademanes que pueden apreciar ni enseñar.
Adiós, hermana mía, adiós,

EL ESPIRITISMO

A MI FIERMANO EN CREENCIAS, D. MANUEL AUSÓ

Es el Espiritismo, el gran consuelo
que los mortales hallan en la tierra,
sin el imbécil limbo, sin el cielo,
ni del infierno la espantosa guerra:
el hombre encuentra en él, clara y sin velo,
la lógica razón, donde se encierra
la causa y el efecto del problema
sin pecado de origen ni anatema.

Justa, evidente, fácil y sencilla
se ostenta la verdad sin duda alguna;
en él la preferencia a nadie humilla,
ni existen preeminencias de fortuna;
que en el Espiritismo sólo brilla
la nobleza del alma y no la cuna,
porque el espiritista es el obrero
del único progreso verdadero.

Las religiones todas han pintado
un Dios a su capricho y sus antojos;
en todas le busqué, pero no he hallado
quien calmara mi angustia y mis enojos;
que el Dios que los mortales han formado
le cercan de la duda los abrojos,
y nada más horrible que la duda...
¡Feliz aquél que tras la fe se escuda!

Yo en los templos, al pie de los altares,
quería hallar a Dios, oyendo misas,
y escuchando monótonos cantares
del incienso entre nubes indecisas.
Envidiaba a los hombres que, a millares,
escuchaban con plácidas sonrisas,
las historias de luengas tradiciones,
de milagros, de santos y visiones.

Los envidiaba, si; porque en mi anhelo
yo no encontraba a Dios en mi agonía;
un mito para mí fue siempre el cielo,
y el purgatorio estafa y mercancía;
buscando a mi dolor algún consuelo
crucé los mares, y en tan fausto día,
al contemplar el piélago profundo
rendí homenaje al Hacedor del mundo.

Encontré a Dios en medio de los mares,
en sus noches tranquilas y serenas,
dejé de recordar mis patrios lares
y olvidé mis dolores y mis penas;
yo no había visto a Dios en los altares
mas lo hallé de la playa en las arenas,
en las montañas de nevada espuma
y en las rocas veladas por la bruma.

Al conocer de Dios el poderío
y al comprender su sabia omnipotencia,
hallé en la humanidad un gran vacío:
que la unidad faltaba a esta existencia.

Entre honores y glorias, vi al impío,
y a la virtud sumida en la indigencia,
y dije: la creación es una obra.
en donde un algo falta, o algo sobra.

¿Por qué unos gozan mil y mil placeres
y otros sufren tormentos sin medida?
¿Por qué, Señor, distingues a los seres,
para unos muerte, y para otros vida?
¿Por qué a los miserables los prefieres
dándoles recompensa inmerecida?
¿Y en tanto un alma pura y delicada,
no encuentra la felicidad soñada?

Tú que diste perfumes a las flores,
y a las eternas olas su murmullo,
y al refulgente sol sus resplandores,
y a enamorada tórtola su arrullo,
y a las aves plumaje de colores,
y al gusano de seda su capullo,
¿cómo hiciste, al hombre desgraciado,
cuando tu misma esencia lo ha formado?

Estas quejas al viento yo lanzaba,
cuando escuché una voz, pura y suave,
que estas sentidas frases murmuraba:
«Dios ha querido que tu duda acabe;
si ves la humanidad gimiendo, esclava,
sufriendo una expiación penosa y grave,
no creas que retrocede en su adelanto,
la perfección se riega con el llanto».

«Recuerda de Jesús la triste historia,
que diez y nueve siglos han pasado,
y aún los hombres veneran su memoria,
y sus leyes al mundo han dominado;

pues con la muerte conquistó su gloria;
y el que fue escarnecida y humillado,
¡ha sido de la tierra el gran profeta,
el regenerador de ese planeta... ¡

«No pienses que en la tumba está la muerte
porque ves disgregarse la materia
nada en la tierra permanece, inerte
todo circula por distinta arteria;
en mi revelación vengo a ofrecerte,
la causa que da efecto a la miseria:
por que Dios en su justa omnipotencia
para ninguno tiene preferencia.»

.
«A cada cual le da lo que ha ganado;
al espíritu dio libre albedrío,
y éste por sus antojos dominado
vive según su loco desvarío:
para el progreso eterno destinado,
prefiera el lodazal, o el limpio río,
que dure años o siglos su jornada,
hacia el Todo camina, no a la Nada.»

«Hay mundos mil y mil donde los seres
encuentran elementos de arte y vida,
mezclados con acerbos pareceres,
armonía. universal no comprendida:
pues; sí fueran eternos los placeres
sería su sensación desconocida;
y tienen pesó igual en la balanza,
la realidad del bien y la esperanza».

«La esperanza es la voz de las edades
y es el Espiritismo, su idioma,
manantial de las lógicas verdades
que en la fuente de Dios raudales toma,
consuela vuestras mil penalidades,
astro de luz que en el oriente asoma:
y es el Espiritismo la gran ciencia
que os puede definir vuestra existencia».

Cesó la voz de modular sonidos,
latió mi corazón, sentí en mi mente
brotar los pensamientos confundidos
cual brota del volcán su lava hirviente;
la luz fue penetrando en mis sentidos,
comprendí la justicia omnipotente,
y vi que la creación es una obra
que nada le hace falta ni le sobra.

¡Humanidad que vives sumergida
en la más dolorosa indiferencia,
y que por tu ignorancia eres deícida;
reconoce y admira a la gran ciencia,
que descifra el problema de la vida
demostrando el *Por qué* de esta existencia,
y el pasado, el presente y el mañana,
las tres edades de la raza humana!

¡ Qué presentan cien mil generaciones
en sus dioses, sus ritos y misterios,
en las ruinas de pueblos y naciones,
y en los bosques, primeros monasterios,
las sectas de diversas religiones,
que existen en distintos hemisferios,
los mundos que en su eterno movimiento
obedecen a un solo pensamiento!

Por el Espiritismo se eslabonan
formando una cadena bendecida,
los unos en los otros se aprisionan
y componen el Todo de la vida.

¡Atrás los orgullosos que blasonan
de haber marcado al tiempo una medida,
para el tiempo no hay límite prescrito,
porque éste, como Dios, es infinito!

SOMBRAS DE AYER

Entre los muchos seres que habitan en el mundo,
la mayor parte viven la vida sensual;
les es desconocido ese placer profundo
que goza en su delirio el ser inmaterial.

Su vida se reduce a hacer lo que otros hacen,
pues ellos no conocen la propia inspiración;
ni saben por qué mueren, ni saben por qué nacen
y viven convencidos sin darse una razón.

De especie tan extraña ningún naturalista
su raza y procedencia la pudo definir;
escuchan y no oyen, y son ante su vista
iguales el pasado, presente y porvenir.

Tristísima influencia ejerce la ignorancia,
fatales desaciertos su huella deja en pos;
¿por qué misterio extraño tomó preponderancia,
sobre lo que hay perfecto, sobre la ley de Dios?

¿Por qué los siglos pasan y el fanatismo vive?
¿Por qué del Evangelio no irradia clara ha?
Y el hombre, ¿por qué tiembla. y la inquietud concibe?
¿Por qué aún no ha comprendido la historia de la cruz!

Y aceptan, ¡pobres locos! mentira tras mentira,
y absurdo sobre absurdo con ciega convicción;
y creen que del Eterno se calmara la ira
con su martirio lento: ¡qué necia aberración!

Y duermen sobre el suelo, y aún niegan a sus labios
el don de la palabra, ¡oh, cuánta ceguedad!,
creyendo que un Dios justo perdona sus agravios,
a aquel que se convierte en torpe nulidad.

Si Dios no quiere al hombre parásito en la tierra,
si El dijo a los mortales: multiplicaos, creced...,
si en el celibatismo, la hipocresía se encierra,
porque nuestra materia nos dice: obedeced..

Hace ya muchos años que con profunda pena,
miré a una hermosa joven que el claustro prefirió
y una familia humilde que cariñosa y buena
la senda de su vida de flores alfombró.

Su. padre (que era anciano) con voz desgarradora
decía mirando al cielo con indecible afán:

«Señor, eres injusto: en mi postrera hora
¿qué manos compasivas mis ojos cerrarán?»

Aquel dolor inmenso, aquel profundo duelo...,
dudar me hizo un instante del Rey de la creación,
¡imbéciles mortales; rasgad el negro velo
que puso en vuestra mente fatal superstición!

Dios quiere de familia el lazo sacrosanto,
dos almas que comprendan que amarse es un deber,
no reclusión estéril ni el infecundo llanto,
sino la unión bendita del hombre y la mujer.

Si la mural cristiana nunca exigió cilicios,
ni bárbaros azotes, ni ayuno y sociedad,
«el sólo pide al hombre, se aleje de los vicios
y sea un ser perfecto de amor y de humildad.

¿De qué sirve que al cuerpo lo cubra la estameña
si guarda el pensamiento, un mundo de ambición?
De monjes y de frailes; la historia nos enseña
que límites no tuvo su gran dominación.

¿Qué dijo San Ignacio cuando dejó este mundo?
Os lego el universo, seguid y adelantad.
¡Político gigante, cuyo saber profundo
esclavizó a su antojo la humana sociedad!

Lo que instituye el hombre, el tiempo lo desquicia,
porque su falsa base le obliga a sucumbir;
en cambio siempre vive la celestial justicia,
para ella no hay presente, ni ayer, ni porvenir.

Así, pobres mortales, dejad el loco empeño
de votos y promesas, cilicio y soledad,
del torpe fanatismo, dejad el triste sueño,
y las divinas leyes humildes practicad.

Cumplamos lo que dicen los santos mandamientos;
amemos al Eterno con todo el corazón,
sin ídolos, ni altares, ni vanos monumentos,
sino con fe profunda, basada en la razón..

Y si a nosotros llega la queja dolorida
de alguno que sucumbe al peso de su cruz...,
debemos conducirlo al puerto de esa vida
que inunda el Evangelio de inextinguible luz.

La vida de ultratumba, la vida del mañana,
eterna en su adelanta, gigante en su poder,

la que demuestra al hombre la ciencia soberana
la causa que da efecto formando nuestro ser!

A LA MEMORIA

DE MIS HERMANOS LOS POETAS
EVARISTO SILIÓ Y ANGEL MONDEJAR

¡Felices de vosotros!, que habéis dejado un mundo
de luto y de miseria, de llanto y corrupción
¡dichoso del que huye de abismo tan profundo,
dejando su memoria dulcísima impresión!

Los dos erais poetas, los dos en vuestra frente,
llevabais santo sello de noble majestad;
los dos el sacro fuego guardabais en la mente,
los dos erais augures del Dios de la verdad.

El uno con acento vibrante, apasionado,
al genio del progreso (1) sus cantos dedicó,
y el otro en sentimiento dulcísimo inspirado
de una mujer cristiana (2) la vida nos contó.

Bellísimo poema, donde ha dejado impreso
las dotes relevantes, y la austera virtud
de la que sintió el yugo: del místico embeleso
en su éxtasis vela de Dios la excelsitud.

Teresa tuvo un alma ardiente, apasionada,
por eso a su recuerdo brotó tu inspiración,
sus sueños y quimeras, su rima delicada
latir hizo un momento tu joven corazón.

Cantor de la montañas, tu voz pura y suave
los ecos repitieron, y yo los escuché;
y con afán bendito busqué la débil nave
en donde se albergaba el genio de la fe.

Te hallé, y un, sentimiento de fraternal ternura
unió nuestra existencia con plácida amistad,
los dos sentíamos algo ante esa gran figura
que dijo las muchos siglos: “*avanza, humanidad*”

De místico entusiasmo, tu genio poseído,
al mártir adoraste, creyendo que era Dios:
yo aunque tan alto puesto jamás le he concedido,
te dije, de su huella debemos ir en pos.

Jesús es la esperanza, Jesús es el camino,
el astro rutilante que irradia eterna luz;
por él la raza humana fue grande en su destino,
la libertad del hombre nació al pie de la cruz.

Reformador gigante, yo admiro su talento,
su clara inteligencia, su firme voluntad,
su amor imponderable, su tierno sentimiento
que nadie ha practicado como él la caridad.

Yo le concedo a Cristo cuanto la mente humana
le puede dar a un hombre de ciencia y de poder,
pero ese ser supremo que eterna vida emana
aun nuestra inteligencia no puede comprender.

Yo no personalizo al Dios de las edades,
yo no le presto forma, esencia ni color;
la causa que da efecto a todas las verdades,
la envuelve el infinito con mágico esplendor.

Hipótesis y absurdos, utopías y delirios
son las definiciones que el hombre puede dar,
de aquel que dio perfumes a los gentiles lirios,
y cantos a las aves y perlas a la mar.

Lamento que tu genio, tu inspiración suprema
del torpe fanatismo también siguiera en pos:
y como tantos otros pensaras que el problema
el hombre había resuelto y había llegado a Dios.

Mas hoy que nuevos mundos contemplan tu mirada,
que limites no tiene tu inmenso porvenir,
revélame que el hombre aún no comprende nada,
que la primer palabra aún no llegó a decir.

Porque se necesita que la ignorancia humana
deponga su osadía y humille su altivez,
que a Dios no quiera darle pasado ni mañana,
porque eso es confundirle con nuestra pequeñez.

Seis lustros en tu mente habían dejado huella
cuando desapareciste del globo terrenal,
cual raudo meteoro, cual fugitiva estrella,
cual nube purpurina de aurora boreal.

Si yo no adivinara, si yo no comprendiera
que este planeta era pequeño para ti,
al recordar tu nombre mis lágrimas vertiera:
mas no debo llorarte, ¿viviste acaso aquí...?

¡Ah! no.; tu pensamiento buscaba otras regiones
y en alas de tu ardiente y hermosa inspiración,
le diste a las selvas tus mágicas canciones
y aún guardan las montañas su dulce vibración.

Adiós, un sentimiento de fraternal ternura
unió nuestra existencia con plácida amistad:
¡feliz tú que has dejado el valle de amargura
en donde sólo hallamos tristeza y soledad!

¡Adiós, seres amigos! ¡Hermanos de mi alma!,
decidme si memoria aún conserváis de aquí:
decidme si en tranquila y en deliciosa calma,
guardáis en vuestra mente un algo para mí.

A UN MATERIALISTA

Dices que el Espiritismo
será secta o religión;
tan sólo el oscurantismo
le da tal definición.

Nosotros no pretendemos
formar religión ninguna,
tan sólo enlazar
el sepulcro con la cuna.

Queremos unificar
los átomos disgregadas;
queremos analizar
todos los hechos pasados.

Queremos ver la razón,
la causa que efecto da;
y en la regeneración
el miramos el mas allá.

¡No abrigamos pretensiones
de tener sabiduría,
que las humanas razones
valen poco todavía!

Mas tenemos intuición
de la ley universal,
que es su complementación
la lucha del bien y el mal.

¡Concedemos a la vida
progreso indeterminado;
la eternidad suspendida
sobre todo lo creado!

Vemos a Dios en las flores,
en sus preciados aromas,
en los pardos ruiseñores
y en las cándidas palomas.

En el lago, en el torrente,
en el valle, en la espesura
y en el mar que sordamente
con su impotencia, murmura.

Y en las olas que en la arena
corren tras de un algo en pos,

hallamos la prueba plena
de la grandeza de Dios.

Mas no le hacemos altares,
ni en ídolos le adoramos;
nuestros templos son los mares
y los mundos que admiramos.

Las catedrales gigantes
con sus arcadas sombrías,
con sus luces vacilantes
y sus graves melodías.

No son más que aberraciones
del entendimiento humano,
que hizo un Dios con sus pasiones
y le ofreció un lujo vano.

Qué son los templos de piedra
de admirable construcción?
¡Si a ellos se enlaza la hiedra
de la envidia y la ambición!

Es preferible la ermita
de la cumbre solitaria,
donde el creyente eremita
eleva a Dios su plegaria.

Mas nosotros no formamos
ningún templo en este mundo,
porque en nosotros llevamos
algo mas, grande y profundo.

Por eso el Espiritismo
ni es secta, ni es religión,
es la esencia de Dios mismo
germinando en la razón.

EL MÁRTIR DE LOS SIGLOS

En todas las edades el Gólgota ha existido,
y en su elevada cumbre se levantó la cruz,
en donde muchos hombres de genio han sucumbido
por el delito grave de difundir la luz.

La historia de los siglos conserva en sus anales
de tanto ilustre mártir sangrienta tradición;
que fueron en la tierra auroras boreales,
fugaces meteoros, de clara irradiación.

¡Misterio inconcebible...! ¿Por qué los hombres todos,
rechazan obstinados la luz de la verdad?
¿Por qué de mil maneras, y de distintos modos,
se encierra en su ignorancia la pobre humanidad?

Dos sombras colosales contemplo en el pasado:
a Sócrates el sabio y a Cristo el salvador;
murieron como genios; el uno envenenado,
y el otro en el suplicio del torpe malhechor.

Los dos reformadores que al mundo presentaron
el código perfecto de ley universal,
en Premio a sus afanes, ¿qué lauros alcanzaron?,
dejar violentamente la vida material.

Después en otra escala, se encuentran muchos nombre,
de genios que iniciaron la ley de rotación,
que hallaron continentes con razas de otros hombres.
¡hosanna a la memoria de Galileo y Colón!

El fluido inteligente, la esencia de la vida,
a la que prestó forma el genio Gutteniberg,
¡la imprenta!, que trasmite la queja dolorida,
los himnos de victoria, los hechos del ayer...

También tuvo, enemigos, también usurpadores.
¿Y cómo no tenerlos tan mágica invención?
¡Si siempre el adelanto encuentra impugnadores,
si es mártir de los siglos la civilización...!

Diciendo que son locos los genios inmortales
que a demostrarnos vienen la ley de gravedad:
a los que nos descifran problemas siderales,
aquellos que nos dicen. *¡Avanza humanidad!*

¿Qué sombra nos persigue, que estamos condenados
a correr, pobres ciegos, tras de un absurdo en pos?

¿Por qué a, las negaciones vivimos enlazados,
que por negar negamos, hasta la ley de Dios?

¿Pues qué otra cosa han hecho las torpes religiones?
¿Han definido, acaso la esencia del gran Ser?
Lo hicieron cual nosotros, con odio y con pasiones:
audacia que no puedo ni acierto a comprender.

¡El mártir de los siglos avanza en su carrera;
el genio del progreso sus alas extendió;
vertió el oscurantismo su lágrima postrera,
y un algo más grandioso el hombre presintió!

La nada ya no existe; la vida se eterniza;
los átomos se unen formando un nuevo ser:
espléndida esperanza al hombre vigoriza,
y enlaza su mañana con su perdido ayer.

Los seres que en la tierra nos dieron. su ternura
nos cuentan triste historia de lágrimas y amor,
y el alma enamorada, sin pena ni amargura.,
acepta resignada su herencia de dolor.

¡En todas las edades el Gólgota ha existido,
es mártir de los siglos la civilización...!
Tal vez, ¡oh, espiritistas! habremos conseguido
que tenga su *vía crucis* ¡feliz terminación!

Luchemos con denuedo, luchemos a porfía,
llevando por escudo amor y caridad;
Y no olvidemos nunca al que nos diera un día
a la mujer derechos y al hombre libertad.

¡Hermanos de ultratumba que estáis en otra esfera,
prestadme vuestro aliento, prestadme inspiración:
decidme que es eterna del hombre la carrera,
que límite no tiene la humana perfección!

A LOS SORDOS-MUDOS Y LOS CIEGOS

(NO HAY DESHEREDADOS)

¡Sordo-mudos y ciegos! Pobres seres
perdidos en las sombras de la vida,
sin poder disfrutar de los placeres
que Dios nos da con su potente égida;
unos no ven los frutos que da Ceres,
otros no escuchan una voz querida.
¡Parias errantes que al cruzar el mundo
nadie comprende su dolor profundo!

En la noche del tiempo, en esa historia
escrita con la sangre del vencido,
fue el sordo-mudo víctima expiatoria
del hombre en la barbarie envilecido;
le negaron el don de la memoria,
y cual monstruo sin nombre conocido,
lo creyeron aborto del averno
condenado a sufrir martirio eterno.

Hipócrates más tarde, aseguraba,
y Aristóteles luego repetía,
que el hombre sordo-mudo no pensaba,
que el hombre sordo-mudo no sentía;
¿cómo había de sentir si no escuchaba,
que había de comprender si nada oía?
Y con tanto desprecio les miraron,
que hasta el civil derecho les negaron.

San Agustín también siguió esa huella,
(que aunque llegó a ser santo tuvo errores),
que eran del mudo, muda la querella
y no eran comprendidos sus dolores;
pero un día brilló fulgente estrella
que difundió brillantes resplandores;
y un español con noble y santo anhelo
le dijo al sordo-mudo:-«Mira al cielo».

«Allí hay un Dios que vela por tu vida,
y ya ha sonado la bendita hora
en queda ciencia humana engrandecida
puede llegar a ser tu redentora;
de su calvario eterno suspendida
vuelve a ti su mirada brilladora,
y hallará vibración tu pensamiento
y forma podrás dar a tu lamento».

Y los mudos *pensaron y sintieron*,
y sus mil sensaciones expresaron,
y sus labios inertes se entreabrieron,
y palabras confusas pronunciaron.
La historia de los tiempos comprendieron,
las grandezas de Dios las admiraron.
¡Oh, Ponce de León! ¡Bendita sea
la humanitaria ciencia de tu idea!

Y vosotros ¡oh! ciegos, cuya vida
envuelta de la sombra en. el espanto,
cual hoja por el viento desprendida
cruzáis la tierra sin placer ni encanto,

¡Sin contemplar la mar embravecida,
sin ver del sol el esplendente manto,
ni de los valles las gentiles flores,
ni de pintadas aves los colores!

Vosotros que sufrís ese tormento,
(que para mi lo encuentro sin segundo),
también os ha llegado el gran momento
de hallar consuelo en vuestro mal profundo:
ya os asociáis del hombre al pensamiento;
dejasteis de ser cosas en el mundo...,
que cuando la barbarie dominaba
al torpe pugilato os entregaba.

La civilización tendió su vuelo
y resonó la voz del cristianismo,
la que nos brinda el perennal consuelo
de hacer valer al hombre por sí mismo,
la que rasgó de la ignorancia el velo,
hundiendo al delirante Paganismo.
Y estando hoy por la ciencia rescatados
entre nosotros no hay desheredados.

Sordo-mudos y ciegos, los deberes
del trabajo cumplid, cuya ley santa,
a ningún ser le niega los placeres
si éste estudia, compara y adelanta.
Dios quiere a todos los humanos seres,
para todos su sombra se levanta:
para él no hay dictadores, ni oprimidos,
para él no hay vencedores, ni vencidos.

No hay más que amor por el hombre, por el hombre,
amor que la instrucción lo simboliza,
la que le dice al ciego:-«No te asombre

si tu mirada aquí no profundiza».

La que le dice al mudo:-«Tienes nombre,
pronúnciale conmigo, vocaliza,
yo quiero reanimar tu pensamiento,
quiero que sientas tú como yo siento».

¡Sordo-mudos y ciegos!, vuestra mente
que nunca olvide que debió a la ciencia,
el conocer la causa inteligente
ese por qué llamado, Providencia.
Que gratitud profunda, noble, ardiente,
en el fondo guardéis de la conciencia.
Y a los hombres que tanto os han querido
no los recompenséis con el olvido.

Después de Dios, a quien debéis la vida,
ellos son vuestros genios protectores,
los que os dieron el punto de partida,
los que en vuestro arenal sembraron flores.
¡El germen, de esperanza bendecida!
¡La luz de inextinguibles resplandores!
Recordad siempre sus sagrados nombres,
¡y os haréis dignos de tan grandes hombres!

AL ESPIRITU DE SOFIA

I

Ser querido, que conocí en mi infancia bajo la forma de una mujer elegante, graciosa y expresiva; de clara inteligencia, de agradable trato, de corazón sensible; querida de cuantos te trataban, menos de aquellos seres que debían haberte querido más.

Tuviste una familia, esposa e hijos; tu expiación te separó de ellos; y cruzaste la tierra por espacio de muchos años sola y triste, encontrando únicamente amargas decepciones; pero tenía una gran fuerza de voluntad y luchaste denodadamente para poder vivir, si vida se puede llamar vegetar entre cuatro paredes, entregado el pensamiento a los recuerdos del pasado y a las dudas del porvenir.

Tenías una buena imaginación y gusto artístico; ¡lástima que el oscurantismo de las religiones positivas te hiciera permanecer estacionaria, cuando tus condiciones intelectuales estaban llamadas a un gran desarrollo!

Te merecí algún cariño, y yo, que siempre he sido muy afectuosa, te devolví con creces el interés que por mí manifestabas.

En un periodo horrible de mi vida, cuando la tierra desaparecía bajo mis plantas, cuando el sol me ocultaba sus brillantes rayos y la brisa me negaba su halago, cuando el férreo brazo del infortunio me convirtió en una especie de autómatas, recuerdo que pasaba muchas horas a tu lado, y que eras el único ser a quien yo buscaba, porque a tu lado me encontraba mejor que en ninguna parte.

Pero ¡ay! llegó un momento de prueba; una de esas situaciones en que encuentro lógico el suicidio, (cuando no se comprende a Dios). Te llamé en mi angustia suprema y tú te alejaste de mí, como se apartaban antes las multitudes de los infelices leprosos. ¡También ella!... murmuré con desaliento... Pasé algún tiempo sin verte; pero como yo te quería, te busqué nuevamente, reconviniéndote por tu desvío.

Nuestra amistad se reanudó; pero mi alma iba saliendo de su mundo de sombras, y buscaba un ser, amigo, que no le abandonara en sus horas de agonía.

Fui contigo muchas veces a visitar los templos, en esa hora de reposo, en que el crepúsculo vespertino nos envuelve con su manto de bruma y vapores.

Yo miraba los altares, escuchaba las monótonas oraciones de los fieles, y te decía: Yo no encuentro nada aquí.-¿Pues dónde lo quieres encontrar?, replicabas tú con alguna acritud.-No lo sé, repetía yo con tristeza; pero en el campo encuentro más consuelo que aquí.

II

Las revoluciones son las mensajeras del progreso, cataclismos sociales van trazando la senda que ha de seguir la civilización, y a España también le llegó la hora bendita de dar un paso adelante. Sus reyes, por derecho divino, fueron expulsados, y la palabra libertad resonó en la

patria de Guzmán el Bueno, como había resonado antes en los Estados libres de América, en los Cantones de la Suiza Y en la vecina Francia.

Los sectarios de Lutero vinieron con su Antiguo y Nuevo Testamento, y presentaron una religión más lógica, más racional, más convincente que la católica romana; yo escuché a uno de sus ministros, y al conocer la gran historia da Jesús, encontré ese algo que yo buscaba con tanto anhelo, y que hasta entonces no lo pude hallar en la tierra.

Tu te mofaste de mis nuevas creencias-; más yo seguí mi camino, y llegando, se puede decir, al final de mi Jornada, dije: Grande es el protestantismo, pero todavía lo encuentro pequeño para definir a Dios: debe haber algo que lo de muestre mejor, y si hoy no lo hay, lo habrá. Y la había existía una escuela filosófica llamada Espiritismo: -leí sus obras fundamentales, asistí a sus cátedras, presencié sus trabajos medí anímicos y te dije alborozada:

-Sofía del alma, ya encontré a Dios, pero a Dios grande misericordioso y justo, sin preferencias, sin represalias . Ahora admiro y venero, como se debe venerar, la gran figura de Cristo, el regenerador de la tierra, el profeta de la civilización, el hombre moral por excelencia, el sabio entre los saldos, el primer legislador del mundo, el espíritu, más adelantado que ha encarnado en este planeta,

Tú me escuchabas riéndote fríamente, y tu risa me hizo daño, y algo se puso entre las dos; insensiblemente nos fuimos alejando la una de la otra; yo te recordaba siempre con melancólica ternura; sin embargo, tu risa, glacial resonaba en mi oído, y murmuraba con pena: no nos entendemos, ¿para qué hemos de vernos? Tu entretanto, decías que yo te inspiraba lástima, y que debían encerrarme en un manicomio.

La divergencia de las ideas desata la cadena magnética que une a los seres entre sí, los fluidos pierden su poderoso Influjo de atracción, volviéndose refractarios los unos da los otros, y de esta repulsión recíproca, nacen las grandes luchas que dividen a la humanidad.

Mi espíritu es débil para combatir; cuando encuentro versarlos de mis ideas, los dejo pasar, y también te, dejé pasar a ti.

III

Supe tu muerte, cuando menos lo esperaba, me impresionó vivamente y quise saber dónde habían depositado tu envoltura terrenal y cómo haldas vívido tus últimos momentos.

Seres extraños te rodearon. ¿Te acordaste de mí?, no; si te hubieras acordado me hubieras llamado; pero... ¿cómo se habían de acordar los cuerdos de los locos? Sin embargo, ya tengo la locura de pensar en ti, de rogar porque tu espíritu salga pronto de su natural perturbación y que encuentres y te sirva de guía el espíritu de tu hija. Julia, que por ti debe haber rogado ardientemente para que dejaras este planeta, donde tan duras pruebas has sufrido, donde podías haber adelantado mucho, si el fanatismo y la preocupación no te hubieran dominado en absoluto.

Tú respetabas en alto grado, las exigencias y conveniencia sociales. ¿Y qué vale la aprobación de este pequeño círculo, comparado con la sanción suprema de otras inteligencias superiores, que viven lejos de los mezquinos intereses terrenales?

¿Puede valer, acaso, para los hombres de recta tentación, de justo criterio y da tranquila conciencia, la censura de sus actos, sí esta proviene de los criminales condenados a cadena perpetua por sus desaciertos inauditos?, no; la mirarán con la más profunda indiferencia. Pues lo mismo, absolutamente lo mismo, nos debe importar la aprobación da nuestros hechos, si estos los aplaudo una sociedad rastrera y egoísta.

Debemos buscar infatigablemente algo más grande que lo de aquí, algo que nos eleve sobre nuestra mísera condición, algo que nos acerque, sino a la perfectibilidad, al menos a la moral más pura, practicando las, sublimes máximas del Evangelio Imitemos a Cristo, a si como el dijo: * Mi reino no es de este mundo”, digamos nosotros: Para el espíritu como *principio* y fin no se formo la tierra: esta es simplemente un lugar de reclusión para la humanidad, donde estamos confinados por mas o menos tiempo.

IV

Tu condena se cumplió, Sofía del alma; tu espíritu, libre de su pesada envoltura, reconocerá, aunque tarde, el error en que ha vivido y tal vez vendrás de nuevo a seguir tu peregrinación.

Ahora sí que te acordarás de mí y uno de mis fervientes votos es que puedas comunicarte conmigo.

¡Dichosos los médiums que obtienen los señalados favores de trasmitir los pensamientos de los moradores de ultratumba!

Dicen que los poetas somos médiums inspirados; pues bien, querida mía, inspírame tú, germina en mi mente tus poéticas ideas, ideas que brotaron en los vergeles de Andalucía.

Adiós, Sofía; adiós, graciosa sombra de una mujer; te admiré en mi infancia, te quise en mi juventud y te compadecí en mi segunda edad: hoy te envidio, porque has dejado este valle de lágrimas, y te ruego que te acuerdes de mí, que reanudes nuestra amistad, interrumpida por las pequeñeces de este mundo,. Yo te llamo, ven, responde a mi voz; la eternidad nos ofrece su ilimitado porvenir; comuniquémonos, los afectos no mueren, las existencias se enlazan entre sí, porque todo se relaciona y tiene su razón de ser.

¡Bendito mil veces el Espiritismo! ¡Bendita sea la hora que conocí su innegable verdad!
¿Puede haber nada más grande que devolvernos la muerte a los seres queridos que estaban alejados de nosotros en la tierra? ¡Haber trocado la sombra en luz! ¡la nada en el todo!
La muerte perdió su triste imperio. Desaparezcan las melancólicas ciudades de los muertos, los sombríos cementerios; pulverícese la materia; busquemos al espíritu que siempre vive, no a la materia que se disgrega, cambiando de forma!

Además, si sus átomos vuelven a nosotros, ¿para qué los soberbios mausoleos? ¿A qué los palacios de piedra para albergar tan sólo a los gusanos?

Si aún se le quiere conceder morada a la envoltura corpórea del hombre, cubra la tierra únicamente sus restos, que la fosa común sea el último lecho donde se confundan los cuerpos que entran de nuevo en fusión.

Yo no sé dónde está tu sepultura, pero ¡qué importa!, si yo a quien busco es a tu espíritu...
¡ ¡ Sofía!!..., yo te llamo, responde a mi voz! ¡Ven! ¡Ven!

MUERTE QUE NO ES MUERTE

Hermana mía: Vas a morir, vas a dejar esta valle de la grimas, este infecundo arenal donde has caminado algunos lustros sin encontrar un árbol que te prestara sombra, ni una fuente que calmara tu sed. ¡Pobre mártir...!

Hace lén aros que te vi por primera vez: entonces eras joven, simpática y graciosa; en, tus ojos irradiaba la esperanza, tus labios sonreían, tus mejillas tenían el color de la rosa en capullo, tus rubios cabellos coronaban tu frente, tu talle gentil se inclinaba con elegante abandono.

La juventud te brindaba sus sueños de oro, y llena de actividad trabajabas incansable, esperando mañana estar mejor.

Pero llegó un día en que la miseria se presentó en tu hogar, y desató los dulces lazos de la familia: tu padre y tus hermanos dejaron su nido y huyeron a la desbandada, como las errantes golondrinas; tú te quedaste sola. ¡Pobre Termina...!

Laboriosa por excelencia, seguiste buscando en la reina del trabajo los filones de la tranquila medianía; pero vino un momento que sentiste frío, hambre y sed, tus labios secos se humedecieron con la sangre que arrojaba tu pecho, tus ateridos miembros sintieron el calor de la fiebre, y no tuviste ni el más duro lecho donde reclinar tu marchita sien.

La aurora del bien apareció: un hombre fijó su mirada en ti y murmuró en tu oído una palabra de amor; más tarde te dio su nombre y encontraste en los brazos de tu esposo el cariño de un hermano, la condescendencia de una madre y el delirio de un amante.

¡Eras feliz! En tus labios pálidos se dibujó una sonrisa, y en tus tristes ojos brilló la alegría.

No te ofreció la opulencia su lujo superfluo, pero la humilde medianía te prestó abrigo.

Pasó algún tiempo y tu cuerpo débil se inclinó de nuevo y no pudiste dejar tu lecho; sin embargo, entonces no estuviste sola, tenías a tu esposo que constantemente te acompañaba, y que a fuerza de cuidados y de ternura, te quería arrebatar de los brazos, de la muerte.

Si la solicitud y el tierno afán tuvieran podrir suficiente para detenernos en este mundo, tu vida se prolongaría como la de los antiguos patriarcas; pero tu misión, se ha cumplido y vas a recibir el premio en otra región mejor.

¡Dichosa tu! .Si algo envidia en este mundo, es tu modo de morir.

Cuando estoy a tu lado en tu pequeña casita y te contemplo dulce y melancólica, sentada al lado de tu marido, que te mira con la mas santa compasión; cuando te veo lejos de esta engañosa sociedad sin que una mirada indiscreta profane tu santa agonía, sin que tu pensamiento se fije en el mañana, ni la más leve ansiedad fatigue tu delicado organismo; cuando te veo morir con tanta paz, no puedo menos que repetir estos dos versos de Ayala:

¡Oh, cuan dulce es morir como tú mueres!
¡Oh, cuán triste es vivir como yo vivo!»

Tú lías encontrado, amiga mía., el único goce que existe en la tierra: un alma se ha identificado con la tuya y habéis formado un solo ser, y antes que el huracán de las pasiones se desencadene, antes que la fatalidad, bajo la forma de una mujer joven y bella para dejarle un agradable recuerdo, y tu espíritu, que lentamente va dejando la envoltura corporal, sin perturbación, sin agonía, entrará en las desconocidas regiones del in. finito, consagrando a los seres que té amaron aquí, una tierna predilección.

Tú no eres espiritista, y cuando yo te hablo del Espiritismo te sonríes con incredulidad, pero como el amor hace prodigios, y en un ser tan bueno como tú, mucho más, cuando yo te digo que velarás por él, que estarás a su lado, que enjugarás su llanto y que llegará un día que hablarás con él, cuando yo te pinto la eternidad de los efectos, entonces, ¡oh! entonces quieres creer en el Espiritismo. ¡Qué ciego no desea ver!

Fermina mía, para tu adelanto futuro te es necesario qué fijas tu pensamiento en el más allá; no en el cielo ni en el fabuloso infierno; no; sino en esa vida eterna, progresiva, ascendente; en esa perfección que nunca acaba: es preciso que borres del tiempo las tres etapas de ayer, hoy y mañana; el tiempo, Es, no Fue ni Será. Es siempre inmutable, fijo y eterno.

Aprovecha los pocos días que te quedan de estar aquí; analiza, juzga y compara, y verás que los mundos se encadenan, y las generaciones son sus eslabones; que lo que aquí principia tiene su desenlace en otro planeta, y que lo que aquí acaba comenzó en otra nebulosa; que la familia humana conocida con los nombres de padres, hijos, hermanos y esposos, es mucho más dilatada, y sus antecesores se pierden en la noche de los tiempos.

¡Ay! Si yo pudiera inculcar en tu pensamiento las ideas del infinito, si yo te pudiera hacer comprender algo de la vida en la verdadera acepción de la palabra, sería aún mas dulce tu agonía; y no dirías con tristeza: ¡Adiós, Amalia!, me dirías sencillamente: Hasta luego.

Alejandro Dumas (padre) decía, contemplando el cadáver, de Lamartine, que envidiaba a los hombres que le decían a un muerto hasta la vista, porque él no podía decirle más que *adiós*.

Yo también decía antes lo que el novelista francés. Este mundo, ¿que de? nada por nada. Hoy soy más dichosa, porque puedo decir que este mundo nos da todo.

Adiós, Fermina: Si estas líneas logran fijar tu atención, y si por una vaga curiosidad me dices con algún interés: explícame el Espiritismo., yo creo que entonces seré médium inspirado, y espíritus superiores me comunicarán sus pensamientos, y serán más tranquilos tus últimos días en la tierra.

El cariño más tierno y la compasión más sincera, me impelen a dedicarte estas pobres páginas, muy pequeñas, en la forma, pero grandes, inmensas en su fondo, porque las inspira el amor y la fe.

A MARTIN MARTIN

SORDO MUDO Y CIEGO

El hombre es un problema indescifrable,
que las ciencias exactas no han podido
darle una solución inapelable,
Mañana, ¿qué será? y ayer ¿qué ha sido?

Religiones ardientes, visionarias,
y escuelas filosóficas sombrías...,
que al progreso dan formas embrionarias,
murmurando incoherente profecías.

El César en su trono soberano
y el ciervo que ante el látigo obedece,
todos quieren saber el hondo arcano
de algo que en el misterio se engrandece.

La causa del efecto que da vida,
el por qué, del por qué grave y profundo:
lo que nos marca un punto de partida,
llegando a ser la brújula del mundo.

Esa alma universal que al orbe llena
de perfumes, de luz y de colores,
que a todo lo existente lo encadena,
uniendo a los abrojos con las flores.

Esa balanza justa, indeclinable,
ese equilibrio eterno de la vida,
esa fuerza suprema e invariable,
que por ninguno ha sido comprendida.

En las hojas sagradas de los Vedas
los inspirados Yoguis consignaron,
que en los torrentes y en las auras ledas
un algo superior adivinaron.

En los Naskas de Persia, en esa historia
que a Zoroastro atribuyen las edades,
y en el Talmud, resumen o memoria
que guarda parabólicas verdades.

En la gran Biblia y el Corán bendito,
en esas legendarias tradiciones,
se ve al hombre buscando al infinito,
luchando entre sofismas y razones.

Sócrates, Platón y Xenofonie,

y todos los filósofos del mundo,
hallaron limitado este horizonte,
perdiéndose en un dédalo profundo.

¿Y cómo no perderse, cuando vemos
lo pobre que es la humana inteligencia,
que por no comprender, ni comprendemos
el misterio que envuelve la existencia?

Exclaman unos: La materia sola
los átomos uniendo tiene vida;
y otros dicen: La flor en su corola
guarda un alma en sus hojas escondida.

Es lo cierto que el hombre es un conjunto
de espíritu y materia, y es un necio
quien llegue a separarlos, hasta el punto
de mirar uno u otro con desprecio.

¿Pueden aisladas existir?, ninguna,
y es hasta indisoluble su lazada;
porque no hay en la tierra cosa alguna
que con otra no este relacionada.

La creación es un libro, y son los seres
las letras que componen su alfabeto,
y son nuestros distintos caracteres
la fábula que encierra el gran secreto.

! Y hay tipos en verdad tan especiales,
que por mucho que en ellos estudiemos,
no podemos decir si son fatales
las circunstancias que en su vida vemos!

¡Un hombre ciego, y mudo, que en su mente
guarda un foco de luz tan sobrehumano,
que al estudio se entrega asiduamente,
y busca de la ciencia el hondo arcano!...

¡Y tiene percepción tan delicada!
¡Y guarda tan recóndita ternura!
¿Cómo esta inteligencia fue educada
en media de tan grande desventura?

¿Cómo este ser perdido entre los seres
le da nombre a las aves y a las flores?

¿Y une de Guttemberg los caracteres
y conoce perfumes y colores?

Compadecer debemos su impotencia,
y sin embargo, ¡tiene poderío!
¿a qué fin obedece esta existencia
si hay en su esclavitud libre albedrío?

¡Filósofos profundos!, de la vida
venidme a descifrar este problema;
¡venidme a demostrar por qué escondida,
se encuentra en este ser la luz suprema!

¿Por qué la luz iluminó sus ojos
si su mirada busca el infinito?
¿Por qué las frases a sus labios rojos
cuando él nos da su pensamiento escrito?

«Casualidad (dirá el indiferente),
que no debe tomarse tan en serio:
anatema de Dios (dirá el creyente)
y osado es quien profana tal misterio».
Estas definiciones no son nada;
no descifran el hecho por sí mismo;
no nos dan una prueba razonada
como nos da el profundo Espiritismo.

Sólo el Espiritismo es el que puede
decirnos como un hombre mudo y ciego,
a su impotencia material no cede
apagando en su mente el sacro fuego.

Como un hombre que cruza el ancho mundo
sin ver, sin escuchar ningún sonido,
puede buscar en su anhelar profundo
la causa de lo que él no ha conocido.

La ciencia fuera nula, si estos seres
no guardaran recuerdos de otra vida;
la instrucción al cambiar sus caracteres
les da una aspiración desconocida.
¡Martín Martín! ¿Qué espíritu gigante
a tu informe materia está sujeto?
¿Fue tu pecho de roca o de diamante?
¡Debe guardar tu ayer fatal secreto.!

Debes, como Luzbel, haber soñado
en llegar hasta Dios en su locura;
debes como Caín, haber pecado,
para sufrir después tal desventura.

¡Ser sordo, mudo y ciego, y en tu mente

encerrarse un talento tan profundo!...
¡Tener un corazón que tanto siente!...
¡Qué estrecho debes encontrar el mundo!

En esa triste noche de tu vida
como juzgas a Dios, saber quisiera;
tal vez en tu dolor serás deícida:
y encuentro razonable que así fuera.

Sin el Espiritismo, es imposible
el comprender de Dios la Omnipotencia
un Dios que al infortunio es insensible,
Dios que rechaza la conciencia.

En cambio, cuando el hombre considera
que su dolor es obra de sí mismo,
prosigue resignado su carrera
y trata de salvarse del abismo.

Por eso yo quisiera que en tu mente
pudiera germinar tan dulce idea,
que pudieras decir ardientemente:
¡Bendita expiación!, ¡bendita sea!

Tú debiste pecar; pero las pruebas
que para tu adelanto, has elegido,
con tanto amor y mansedumbre llevas,
que estarás de tu culpa redimido.

Y al dejar esta tierra de dolores
en donde no has hallado más que espinas,
verás mundos de luz, ríos de flores,
y horizontes de nubes purpurinas.

¡Martín Martín! ¡Tú vives desterrado,
tu espíritu gigante está proscrito;
mas si en la tierra estás desheredado,
será tuyo mañana el ira *infinito*!

LA FIESTA DE LOS MUERTOS.

A MI QUERIDO HERMANO D. MANUEL AUSO

Hermano mío: Hay días que santificados por la costumbre, el cuerpo descansa del trabajo material, y el pensamiento, atrevido aeronauta, vuela en el globo de sus recuerdos, hasta llegar a las ciudades donde se albergan espíritus que le son queridos; el mío llega a Alicante, y en el Centro Espiritista le encuentro a usted; acepte como testimonio de mi palabra las incorrectas páginas que siguen a este prefacio.

I

¡Qué valen esas urnas sepulcrales
donde a la vanidad tan sólo miro,
si no empañan sus límpidos cristales
ni el hálito siquiera de un suspiro!...

Hace algunos años que yo escribí estos versos, contemplando los lujosos panteones de las familias nobles y ricas de la corte de España.

Aún no era yo espiritista, cruzaba el mundo a semejanza de Diógenes, que iba con una linterna buscando un amigo: yo también, con la linterna de mi pensamiento, buscaba a Dios; yo no le negaba como los materialistas, no; yo comprendía que algo grande, superior e infinito, dominaba sobre todo lo creado, pero al mismo tiempo, encontraba pequeño y rastrero cuanto me rodeaba, respecto a las fórmulas sociales.

Los templos, como maravillas del arte, los admiraba, pero cuando veía acumular tesoros sobre tesoros en las catedrales de Sevilla y de Toledo, no podía menos que exclamar:

-Cuántos desgraciados morirán de hambre y de sed dejando a sus hijos sin más patrimonio que la miseria y el abandono, en tanto que estas riquezas improductivas a nadie le sirven para nada; con el valor de una sola de estas piedras preciosas serían felices algunas familias.

Esto lo decía yo, cuando sólo contaba 15 años, y recuerdo que un Deán de la catedral de Sevilla, al escuchar mis palabras, me miraba de hito en hito y murmuraba: «Esta muchacha descende de herejes».

II

Pasaron algunos años, y cuando en Madrid visité los cementerios y vi los hacheros colgados de cirios y los lacayos de gran librea, guardando las coronas de siempre vivas y de pensamientos, los faroles y las lámparas, cuando vi aquella comedia que se representaba a la memoria de los muertos, sentí repugnancia ante una farsa social que profanaba el recuerdo de los que fueron.

¿Acaso el sentimiento tiene una época fija para manifestarse? Cuando el dolor desgarrar nuestro pecho, cuando el universo se desploma sobre nuestro ser, ¿necesitamos marcar un día para ir a llorar en el sepulcro de los seres queridos? El dolor no conoce la medida del tiempo, porque es una emanación del infinito, y un niño me hizo conocer que el pesar íntimo del alma no tiene ni lugar ni fecha para demostrarse.

III

En la suntuosa necrópolis de Barcelona, donde existen sepulturas artísticas con cristus colosales de mármol de Carrara, clavados en cruces de ébano, me llamó la atención en un rincón de un patio, un montón de flores secas que ocultaban casi por completo una cruz de madera pintada de negro; atado al símbolo de la redención, había un ramo de flores frescas y, otros do flores secas y un pobre niño que tendría diez años, estaba sentado junto a la pequeña cruz.

Yo me incliné, y sentí simpatía al mirar aquella carita dulce y triste, y le pregunté:

-¿A quién tienes aquí?

-A mi madre, me contestó.

-¿Y por qué no quitas estas flores secas?

-¡Para qué! me dijo el niño con enfado, si las quito no verá mi madre que he venido, todos los domingos a verla.

-¡Ah!... ¿Tú vienes todas las semanas?

-¡Pues no he de venir, señora...! Yo quería mucho a mi madre y no necesito que llegue el día de los Difuntos para acordarme de ella.

La réplica del huérfano encerraba tan profundo sentimiento y tan amargo desconsuelo que me conmovió pro, fundamente, y guardo de aquél desgraciado un melancólico recuerdo.

IV

De niña y de joven he rechazado, aún más, he anatematizado las costumbres que dan lugar a esas farsas sacrílega.

Decía San. Agustín, que aquí todo era vanidad de vanidades, y cuánta razón tenía el sabio padre de la iglesia.

Las coronas a los muertos no son más que el emblema; del orgullo de los vivos; hacen alarde de un dolor que no sienten, y así como los fariseos oraban en las calles para que los vieran, casi los católicos romanos adornan las tumbas, que bien pueden llamarse sus *fac-símiles*, pues sepulcros blanqueados encierran a los muertos, y sepulcros blanqueados son los hipócritas y falsos cristianos, que negaron, un pedazo de pan al hambriento y quemaron en cambio muchas libras de cera para redimir de su cautiverio a las ánimas del purgatorio.

¿No comprendo aún la razón humana que en los hospitales, en los asilos de los ancianos, en las casas de maternidad, por otro nombre, incluso, donde se quejan los enfermos, vegetan los ancianos y lloran los niños, sería mucho más útil, y más humanitario que se invirtieran las inmensa sumas que se gastan en misas y en responsos, en lápidas, y flores con que solemnizan y conmemoran el día da., los Difunto?..

¡Oh!, la humanidad tiene cataratas y el oculista llamado progreso, no ha podido aún hacer la operación a tanta ciego de entendimiento.

Por eso, queridísimo hermano, el Espiritismo es una planta exótica que no puede crecer en el erial de la tierra, aun no es tiempo, no..

Dicen, y dicen muy bien, que los grandes cadáveres históricos tardan muchos siglos en y el fanatismo con sus templos, y sus ídolos, sus ceremonias, y sus sacrificios, ¿ como ha de aceptar al Espiritismo que no necesita grandiosas basílicas, ni alto ni bajo clero, doctrina que no da, lugar a ninguna y que no pide para sus muertos más que un pedazo de tierra y una plegaria que brote del corazón?.

A los espiritistas nos llaman locos, tienen razón, porque locura es en nosotros, pretender que una sociedad tan individualista ponga en práctica el único artículo de que se compone la ley de Dios.

V

Hermano mío: hay momentos en la vida, en que necesitamos comunicar nuestro pensamiento: y, ¿a quién mejor, que a usted, podré decirle la impresión que me causa ver tantas flores, tantos atributos fúnebres, tanta pompa inútil en las iglesias, recordando a multitud de familias pobres que mueren lentamente por falta de alimento?

¡Quién pudiera adelantar los sucesos!... para ver a la humanidad ponerse en acción. A la sombra del Espiritismo, desaparecerán los templos de la idolatría, pero los sustituirán las fábricas, utilísimos templos consagrados a la industria, se destruirán las inertes ciudades que se construyen para encerrar la materia en disgregación, y en su lugar se levantarán edificios gigantes donde se instalarán escuelas.

La instrucción, que bien la puede simbolizar la diosa Ceres porque difunde abundantes frutos, la instrucción, repito, tendrá templos y cultos en los campos bien cultivados, en los túneles de las perforadas montañas, en los canales que dividen los mares, en los telégrafos submarinos, en los talleres, en las bibliotecas, en las academias, y el hombre hará el bien, por el bien mismo.

El Espiritismo ha de verificar ese cambio social, material e intelectual: del Espiritismo no conocemos más que el germen, pero cuando por él tengamos conocimiento de nosotros mismos y nos apreciemos en lo que valemos, admiraremos e imitaremos a Cristo que fue el iniciador, el profeta que anunció la venida del Espiritismo.

En esa verdadera edad de oro, no habrá fiestas para los muertos, porque los espíritus se comunicarán continuamente con sus hermanos y ese recuerdo latente formará parte de nuestro ser.

Amigo mío, ¿en qué planeta estaremos nosotros cuando la tierra esté regenerada...?

¡Quién sabe;!... Practiquemos el bien, compadezcamos a los que tienen oídos y no oyen, ojos y no ven, y roguemos que brille la nueva aurora para que irradie con todos sus esplendores el sol de la verdad, cuyos satélites se conocen con los nombres de justicia y razón.

EL 28 DE OCTUBRE

A MI BUEN AMIGO D. FRANCISCO RUET.

Hoy es un día sagrado, porque hoy se conmemora
el hecho que dio vida a tu perdido ayer:
tu entrada en este mundo, en donde el hombre llora
desde el primer momento, quejándose al nacer.

Suceso que le sirve de prólogo a tu historia
que e alborozados todos debemos bendecir,
porque has embellecido la vida transitoria
de aquel que una vez sola tu, acento llegó a oír.

Sectario de Lutero, filósofo creyente,
seguiste su reforma del adelanto en pos,
diciendo como él, dijo con entusiasmo ardiente:
la ciencia eterno efecto, su sola causa es Dios.

España que atesora gigantes catedrales
e imágenes hermosas en bronce y en marfil,
que aun tiene procesiones, divinos carnavales,
idólatra en su culto, fanática, y gentil.

Al escuchar tu acento, que la verdad decía,
¿qué había de hacer?, hundirte en lóbrega, prisión,
porque aun no era llegado el venturoso día
que España conquistara su justa redención.

Lució una nueva aurora, volviste a tus lares
ansiendo que imperara la ley de la igualdad,
y en bosques y en colinas, y a orillas de los mares,
dijiste que era Cristo la luz de la verdad.

Los hombres te escucharon, algunos te siguieron,
y yo también tus huellas entonces las seguí:
pues tus predicaciones la convicción me dieron
que el mundo había sido un desierto para mí.

Mas como dado un paso seguimos adelante,
que así debe cumplirse la ley de progresión,
yo no encontré en Lutero exactitud bastante
para fijar las leyes que rigen la creación.

Lutero fue un gran hombre, adelantó de un modo
que su recuerdo siempre el mundo guardará,
pero si se analiza su religión del todo,
decimos: esto es poco, sigamos más allá.

Y yo seguí buscando la irradiación suprema,
el foco en que brillara la inextinguible luz,

que para mí no estaba resuelto el gran problema,
Yo no divinizada la historia de la cruz.

Y lógico encontraba el éxtasis profundo
del alma embebecida en sueño celestial,
cuando agitarse vemos segundo por segundo...
los átomos que forman el globo universal.

Las religiones todas nos pintan un paraje
en donde vive el alma en plácida quietud,
y en la inacción, ¿qué vale su célico homenaje?
¡Sin lucha y sin peligro, ser bueno no es virtud!

En la naturaleza nos dice el gran Descartes
que hallaba *espacio y tiempo*, lo mismo encuentro yo,
y necio ha sido el hombre, al dividir en partes,
el todo que el Eterno jamás lo dividió.

Por eso yo he buscado con incesante anhelo
la lógica esperanza que irradie la verdad,
y en el Espiritismo hallé para consuelo
progreso indefinido y eterna actividad.

En el Espiritismo no hay límite marcado,
eterna es la existencia y eterno el porvenir ;
nosotros no tenemos paraje prefijado,
y aun la postrer palabra no hemos llegado oír.

Tú sigues otra senda, creyendo que Lutero
resuelto el gran problema por siempre nos dejó;
en un error te encuentras, y demostrarte quiero
que al alfa y al omega ningún hombre llevo.

Por eso infatigables, debemos a porfía
buscar la oculta fuente de inmenso manantial;
que no se magnetice la humana fantasía
que reconozca él hombre la ley universal.

Si tú tienes talento e ilustración bastante
¿por qué al Espiritismo lo miras con desdén.;
se encuentra convencido tu espíritu gigante
que niegas el infierno y aceptas el edén?

Los hombres de tu temple se encuentran obligados
a demostrar la causa que alienta su razón;
no hasta que tú niegues los hechos consumados,
sin pruebas.... ¿de qué sirve tu grave impugnación?

No basta que en tu templo nos digas que es locura
la ciencia espiritista, que es sana idealidad,

¿dónde no hay objeciones se puede por ventura
decir rotundamente es esta la verdad?

Es tu palabra fácil, tu entendimiento claro,
¿por qué no entras en lucha y en franca discusión?
Si a convencernos llegas, diremos sin reparo
que a ti hemos debido la luz de la razón.

Nosotros no aceptamos de viejas religiones
sus templos, sus altares, su culto y ciega fe,
mas siempre respetamos antiguas tradiciones,
porque existir debía la que en un tiempo fue.

En todas las edades buscó nuestra conciencia
un algo misterioso del cual fuimos en pos,
y el siglo diez y nueve, pretende por la ciencia,
llegas directamente a conocer a Dios.

La escuela espiritista, que juzga y que razona,
es hija de su siglo y busca clara luz;
los átomos uniendo; las vidas eslabona
y dice al fanatismo: ¡atrás con tu capuz!

¡Atrás con tus errores!, la ciencia se adelanta,
perfora las montañas, los mares desunión;
el globo hendió los aires y el hombre se levanta
en nuevos continentes que en sueltos contempló.

Se inquiere, se analiza, se busca en lo creado
la causa del efecto, el punto primordial;
y yo que siempre en mucho tu ciencia he respetado,
te digo: ven y acepta la lucha universal.

Adiós; que buenos genios otorguen en tu día
raudales de suprema, de santa inspiración,
y brote de tus labios sublime profecía
y brille eternamente la luz de tu razón.

Adiós; en tu camino hallé la santa huella
del hombre que muriendo salvó a la humanidad,
pues su memoria ha sido nuestra polar estrella;
¡feliz de aquél que imita su amor y caridad!

UN AÑO MENOS Y UN PASO MAS

*A MI QUERIDO HERMANO EN CREENCIAS,
JERONIMO MELERO.*

I

Hermano mío: Cuando yo no era espiritista, cuando cruzaba el mundo poniendo en práctica la teoría de Volney, que se reduce a dudar de todo, el mes de Diciembre me impresionaba tristemente, o mejor dicho, acababa de hundirme en la más profunda melancolía, desaliento especial que se apoderaba de todo mi ser; cuando las hojas secas del otoño alfombraban los bosques; cuando por una transición violenta se suceden las sombras a la luz, y el crepúsculo vespertino es tan breve, como las horas felices de la vida; cuando las noches principian a ser húmedas, y las mañanas desapacibles, yo sentía un, dolor sin nombre, y el frío y la aparente destrucción de la naturaleza se comunicaban a mi pensamiento, y daban un adiós tristísimo a los lirios del valle a las frondosas enramadas, a las brisas primaverales, y a las ráfagas ardientes del estío, diciendo con amargura ¡Quién sabe, sí cuando de nuevo florezcan los almendros habré yo dejado de existir...!. Y nadie irá a dejar en mi tumba ni una lágrima, ni una flor....!

II

¡Cuán triste es la eluda! Los duelistas me compasión que los ateos y los materialistas; ese ser y no ser, esa incertidumbre, esa vaguedad, esa lucha, en fin, que fatiga y languidece.

La duda la comparo con el purgatorio de los católicos, Felizmente, llegó un día en que me di razón de mi ser, y acepté como herencia legalmente adquirida mi peregrinación por esta calle de amargura (alias) tierra. Desde este momento, dejó de impresionarme el otoño, y siento en el mes de Diciembre una intima satisfacción.

Cuando las campanas tocan al vuelo diciendo a los fieles: «Recordad el nacimiento de Jesús», entro en mí misma, reconcentro en una mis vagas ideas, y murmuro con voz apagada: «Esas lenguas metálicas anuncian que se ha cumplido un nuevo plazo de la vida, la humanidad ha dado un paso más, tiene un año menos de juventud; pero ha dejado saldada alguna pequeña cuenta que dejó pendiente, uno, de los muchos desaciertos que nos trajeron a este planeta».

Después de la primera edad, cada año que pasa deja algunas hebras de plata en nuestros cabellos, imperceptibles arrugas en nuestra frente y una contracción especial en nuestros labios, en los que se dibuja una triste sonrisa: nuestra parte física se marchita, pero nuestra mente contempla nuevos horizontes, las ideas avanzan por ellos y los pensamientos encuentran ignoradas recompensas, y justas expiaciones.

El Espiritismo, sin duda alguna, ha venido a producir, un trastorno de primer orden en todas las creencias, y a cambiar por completo el curso de los sucesos: en mí misma tengo la prueba de ello.

Antes, cuando veía las hojas secas impelidas por el viento, las decía con desconsuelo: «Vosotras sois la imagen de la vida, os vais para no volver», y ahora las miro como pasan arrebatadas por el huracán, y las digo, «volad mensajeras, anunciad vuestra llegada en otras

regiones, yo os volveré a encontrar: desapareceréis de la tierra; pero vuestros átomos germinarán de nuevo: nada se pierda en la nada, todo se reproduce eternamente».

III

¡Qué porvenir tan distinto se presenta ante mis ojos! ¡Como el pensamiento avanza, y con el telescopio de la razón, contemplo ilimitados horizontes, millares y millares de mundos, focos de inextinguible luz, fuentes de ciernos manantiales, árboles gigantescos, flores de vivos colores y penetrante aroma, veo a la humanidad multiplicándose en generaciones ennoblecidas por el trabajo, avanzando siempre en pos del progreso!

Cuando se tiene ante la vista la eternidad por límite, ¡qué poco nos impresionan los cambios atmosféricos de la turra que influyen eficazmente en su vegetación y desarrollo!

Ni sus días de fuego, ni sus noches de nieve; ni sus mañanas risueñas, ni sus tardes sombrías, todo lo vemos pasar como la visión óptica de un cosmorama: la tierra es para los espiritistas, lo que una estación de tercer orden para los que viajan en ferrocarril. Es como un puerto donde los navegantes se detienen para tomar carbón y agua y seguir después su derrotero. Las guerras, sus disturbios sociales, su engrandecimiento y su ruina, no nos son indiferentes; pero inclinamos la cabeza, y preguntamos a los siglos que pasaron por la historia de las naciones; y cuantas veces tenemos que repetir el vulgar adagio: ¡Que aquel que a hierra mata a hierro muere!

No crean por esto los detractores del Espiritismo que los espiritistas a semejanza de los orientales decimos: «Estaba escrito», y ante la fatalidad nos cruzamos de brazos, .no; el verdadero espiritista trabaja constantemente para mejorar en parte la condición de la humanidad, mejorándose a sí propio.

El espiritista se convierte en juez de si mismo, y no hay juez más implacable que nuestra conciencia.

Nos cuesta trabajo, mucho trabajo, conocernos a nosotros mismos y convencernos que somos los autores de nuestro infortunio; pero cuando llegamos a vencer en algo las insuperables dificultades de nuestro amor propio, y refinada egoísmo, entonces somos mucho menos desgraciados.

IV

Adiós, hermano mío, un año de luchas fratricidas y de amargas decepciones, nos deja sus tristes recuerdos; en ese período, dime qué has sentido, dime si los hombres te han parecido menos ingratos, si has creído posible la regeneración de la humanidad, si llegará ese día en que la ley de Dios se practique en toda su pureza.

¿Llegará ese día?, sí; lo que Dios ha creado, tiene que vivir eternamente, y las sociedades se han ido civilizando día por día; porque a no ser así, la especie humana hubiera desaparecido de la superficie de la tierra devorada por su antropomorfismo.

Hoy, en medio del adelanto intelectual que ha modificado las condiciones de habitabilidad de este planeta; hoy que las naciones se aproximan unas a otras por medio del vapor, y del

telégrafo; hoy que los pueblos se unen por el comercio y la industria, se nota de individuo a individuo una marcada repulsión, las sectas religiosas se disputan Dios, las escuelas filosóficas se arrebatan una *causa* y *efecto* y hasta el Espiritismo es anatematizado, excomulgado y puesto en ridículo de una manera inusitada, y sus adeptos son llamados locos, hipócritas, falsarios, y hasta criminales... ¡Pobre humanidad!... me inspira compasión, y quisiera tener la elocuencia de Esopo, el talento de Sócrates, y la paciencia de Jesús, para cruzar, la tierra difundiendo la *buena nueva* del, Espiritismo.

Ninguna de estas condiciones ennoblecen mí ser, sólo tenga el deseo de hacer partícipes a otros de mi melancólica tranquilidad; pero no hasta poder, es necesario querer.

V

¡Oh, espíritus!..., iluminad mi entendimiento, dándome elocuencia, constancia y fe, para que mi acento resuene de un polo a otro polo diciendo que el Espiritismo es síntesis de, la creación, es el símbolo de la esperanza, es la tierra prometida de los profetas, es la solución del gran problema, es la razón demostrada, es la historia de Dios, es la tradición de la humanidad, es, en fin, el gran libro donde el hombre aprende a conocerse y que el día en que la raza humana tenga conciencia de lo que vale, habrá encontrado su ideal.

¿Cuándo llegará ese día?

¡Oh, mes de Diciembre! ¡Pasa con tus fiestas tradicionales, con tus infantiles y poéticos nacimientos y tus significativos *árboles de navidad*, con tus alegres días de campo y tus ruidosas noches, desaparece en el caos del tiempo para que tengamos un año menos de juventud, y avancemos un paso más en la senda del progreso!

Hermano mío; caminemos apoyados en nuestras ideas, que sólo tienden al adelanta universal.

ANTE UN TUNEL

MEDITACIÓN

Cuatro periodos nuestra vida tiene.
La niñez con sus mundos de alegría,
la dulce y soñadora adolescencia.
la edad viril con su ambición gigante
y en la vejez la triste indiferencia.
¡Cuán breve es nuestra estancia en este mundo!
De niños no sabemos que vivimos,
la juventud nos brinda sólo sueños,
la ancianidad recuerdos de que fuimos.
Sólo la edad madura nos ofrece
la verdadera vida, el pensamiento
se eleva, se dilata, se engrandece,
y adquirimos ternura y sentimiento.

Del mismo modo que los hombres tienen
distintas fases en su propia vida,
así el cuerpo social siente su influjo.
La sociedad refleja la tendencia
que le impone la ley de la costumbre,
dominio que se acepta sin violencia,
y que siempre acató la muchedumbre.

El mundo tuvo su feliz infancia,
después su adolescencia soñadora,
en esas dos edades *de ignorancia
cubrió la luz de su rosada aurora,
El mundo niño quiso los vergeles,
el mundo joven el gentil torneo
y el mundo, pensador busca hoy laureles
y halla el orbe pequeño en su deseo.
Hay otra aspiración, hay otra vida:
vertiginosa, ardiente,
que sin orden, sin regla y sin medida,
su punto de partida
es dominar a todo lo existente.

Ya no existen montañas,
el hombre ha penetrado en sus entrañas!,
suena una voz gigante atronadora:
que el universo escucha conmovido
y pasa la veloz locomotora.
Cuando el dolor nos deja en nuestro pecho
el corazón desecho,
le podemos decir a un ser amigo
¡ven! a llorar conmigo.

Trasmita nuestra queja,
el telégrafo ardiente y palpitante
que el tiempo lo reduce a un solo instante.
¡Buques, puertos, canales,
máquinas infernales:
que ya en la superficie de la tierra,
o en lo profundo de revueltos mares,
arrojan a millares
nubes de fuego que la muerte llevan!
¡Todo ha brotado en confusión gigante,
caliginosa, ardiente,
de un modo exuberante:
en la grandiosa mente
del poderoso siglo diez y nueve,
que a su poder el mundo se conmueve!

«El le ha dicho al pasado:
Duerman por siempre en la olvidada tumba
que tu misma ignorancia te ha labrado.
Duerman en paz tus ritos, tus costumbres,
tus ídolos, tus santos, tus altares,
tus doctos familiares;
tu sabio jesuitismo:
que sembró la semilla
de un profundo egoísmo.
Pasen tus monasterios, donde el hombre
desataba los lazos de familia
perdiendo hada el recuerdo de su nombre.
Llegó la hora bendita,
en que el mortal comprenda la grandeza
de la eterna verdad por Dios escritas.

Tiempo es ya, de que el genio se consagre
no a fantásticos sueños:
ya no existen los lardos que cantaban
en. media de ruinas:
los ídolos pasaron,
las castigas guerreras
su puesto le usurparon,
escépticos que todo lo negaron
y que el nombre, de Dios desconocieron.
este vértigo, ardiente
del fatal ateísmo:
hoy inclina su frente
ante tan gran verdad, ¡oh, Espiritismos!
Sostienen fuerte lucha
encontradas pasiones;
se oye una voz; el universo escucha
y olvida sus pasadas tradiciones.

Pero todo es incierto, todo vago,
la incoherencia domina:
dejando tras de sí fatal estrago.
Pero esto es natural, los grandes cambios
los trastornos sociales;
son como los violentos huracanes
que el aire purifican;
pero desbordan los profundos mares
y arrebatan los cedros seculares.
Titánica es la lucha, pero al hombre
la razón lo domina,
y ante esa clara luz, su pensamiento
rinde homenaje a la verdad divina.

Dios dice al hombre: «Avanza en tu carrera,
mi pensamiento tienes».
Par eso como el águila altanera
debemos los mortales,
elevarnos audaces por la esfera.
Y según. nuestras dotes especiales
enaltecer de Dios la gran historia,
escribiendo una página elocuente
en la región eterna de su gloria.

La ciencia hija de Dios debe inspirarnos;
venid poetas y elevad cantares,
venid hijos de Apeles,
tomad vuestros pinceles
y en la boca del túnel tenebroso,
deteneos un instante:
y veréis como avanza en las tinieblas
el humo de la máquina triunfante,
tejiendo un velo de flotantes nieblas.
¡Parecen cordilleras de montañas!,
¡visiones delirantes!,
copiad esas figuras tan extrañas,
¡ligeras, indecisas, palpitantes!
¡Oh!, trasladad al lienzo ese paisaje
de sombra de vapor de luz rojiza
porque ese extraño cuadro simboliza,
todo el invento y el poder del hombre.

Y vosotros profundos pensadores
que buscáis en la ciencia de ultratumba
de la divina luz los resplandores,
escudriñad las santas escrituras:
que ellas dicen del modo que hallaremos
paz en la tierra, y gloria en las alturas.

¡El evangelio fuente sacrosanta

es manantial purísimo y fecundo!
¡El que bebió en sus aguas se levanta
sobre el impuro lodazal del mundo;

UN ESPIRITU

Espíritu protector
que estás mi sueño velando,
y que me vas iniciando
en otro mundo mejor;
eco mágico de amor
que jamás encontré aquí;
fantasma que solo vi
un instante en este mundo,
sin que en mi dolor profundo
tuvieras piedad de mí.

¿Peor qué cuando te llamé
no acudiste a mi ruego?
¿Por qué a mi espíritu ciego
no le mostraste la fe?
¿Por qué sola me encontré
en esta triste región?
¿Por qué mi débil razón
buscó el punto de partida?
¡Y sólo hallé en esta vida
la muerte del corazón!

Y pregunté en mi ansiedad
olvidando que en la tierra,
cada cual un algo encierra
de otra fuerte voluntad;
se agita la humanidad
porque Dios en su poder
nos demuestra que hacer
cuanto nuestra vista alcanza,
en su divina balanza
tiene condición de Ser.

La tuvo sin duda alguna
profundo, desconsuelo;
cuando no encontré en mí duelo
¡ni una esperanza, ni una!
Cuando mirando a la luna,
y a su séquito de estrellas,
exclamaba: Son muy bellas
y me place su fulgor;
y abraza un himno de amor
olvidando mis querellas.

Sin comprender que existían
en sus discos luminosos,
mil mundos que esplendorosos
más que la tierra lucían,

que nuestra pena sentían
aquellos que sucumbieron;
los que a nuestra vida dieron
aliento con su ternura,
y que al dejar su envoltura
con su amor nos protegieron.

Ciega por completo estaba,
hasta que tu voz amiga
me dijo que mi fatiga
a su límite tocaba;
que sola no me encontraba,
que al terminar mí expiación,
con otra nueva misión
en la tierra esperarí,
hasta que llegara el día
de mi eterna salvación.

Esperé; pero despierta
yo no encuentro ante mis ojos,
más que entre zarzas y abrojos
una luz vaga e incierta:
pero cuando, queda muerta
la materia por el sueño
entonces si que risueño,
mi espíritu en su albedrío,
se eleva por el vacío,
y se cree del orbe dueño.

Entonces me apoyo en ti,
y serena y sonriente,
pido, auras, para mi frente
y ver lo que jamás vi.
Y se extienden ante mí
mundos, planetas, regiones,
pasadas generaciones
épocas que aún no han venido;
y el polvo que han producido
las ruinas de mil naciones.

Y seguimos adelante
y vemos mundos y espacios,
con techumbres de topacios
y columnas de diamantes;
nos paramos un instante,
nos miramos con afán
diciendo: ¿Terminaran
las maravillas de Dios?

¿ O nuestros pasos en pos

siempre de su gloria irán?

¡Siempre!, (nos responde un eco)
Siempre hallaréis un camino,
donde el Hacedor divino
nada hizo estéril ni seco:
a la peña le dio hueco
para que en ella escondida,
se encuentre agua bendecida
en donde apague su sed
aquel que sediento estaba;
porque en la tierra no hallaba
quien le dijera ¡ Creed!

Aquella voz nos alienta
y queremos proseguir;
cuando sentimos rugir
el trueno de la tormenta,
nuestro ser experimenta
extraño sacudimiento.
Y brota de nuestro acento
un ¡ay! tan triste y profundo,
que el eco de mundo en mundo,
repite, nuestro lamento,

Después... te alejas... te vas,
te pierdes en el vacío,
deja el orbe de ser mío,
¿dime, dime, dónde estás?
¿En mis sueños volverás
a prestar vida a mi ser?
¿Volveremos a extender
nuestras alas?, vuelve; sí,
que si no estás junto a mí
quizás no pueda creer.

RELIGION OSCURANTISTA

La religión romana empequeñece al hombre,
le quita su albedrío, su libre inspiración,
y al invocar sus labios de Dios el dulce nombre,
no late conmovido su helado corazón.

«Sepulcros blanqueados» son esos pobres seres
que acuden a los templos lo mismo que a un festín,
y creen que ya han cumplido con todos sus deberes
si asisten a la misa que rezan en latín.

Lenguaje desusado que el pueblo no comprende
y que su sentimiento no puede despertar.
¿Qué ha de sentir el hombre que escucha y que no entiende?
¿Le puede acaso a un ciego la luz impresionar?

No basta que al creyente le digan: «Desgraciado,
un mundo de tormentos te espera si al morir,
no dejas a las almas que gimen en pecado
tus bienes que en responsos se deben invertir».

No basta que a Dios pinten terrible en su venganza,
y el pecador temblando eleve una oración,
temiendo que a su muerte se incline la balanza
al lado en que se encuentra su eterna perdición.

Si el miedo no convence, ni juzga, ni razona,
¿si de la triste «sombra» jamás la luz brotó!
-¿Puede quererse acaso a un Dios que no perdona?
Podrá inspirar espanto, pero ternura no.

Sí ya pasé del mundo el tiempo de su infancia,
¿por qué sin causa el hombre a Dios ha de temer?
qué no se le instruye, que acabe su ignorancia
para que el Evangelio lo llegue a comprender?

Parece hasta imposible, ¡oh, siglo diez y nueve!,
que unido a tu adelanto y en pos de tu invención,
aún viva el fanatismo que hipócrita se atreve
a sujetar del hombre la libre inspiración.

Pero su afán es nulo, que el genio del «presente,>
el que a la ciencia impone la ley de su poder,
enciendo los escollos avanza lentamente,
porque el mortal no puede jamás retroceder.

“La libertad de cultos” nos brinda horas serenas
pero aunque dominara “la Santa Inquisición”...,
protestarían los hombres, rompiendo sus «cadenas»,

porque protesta el tiempo, protesta «la razón».

Que siempre ha protestado, pero el oscurantismo
no le ha dejado al hombre pensar ni definir;
sin darse cuenta de ello pasó en el «ateísmo»
la indiferencia le vino a confundir.

Los sabios más profundos, su voz al cielo alzaron
pidiendo que, imperara la ley del Redentor,
los padres de la Iglesia su audacia excomulgaron,
los débiles temieron, y dominó el “error”.

Pasaron luengos siglos, huyeron las edades
y siempre la teocracia dictó su voluntad,
y tuvo falsos ritos, y pompa y vanidades,
reinando la «mentira» en vez de la «verdad».

El mártir de los Cielos, el héroe del Calvario,
sintió por los humildes inextinguible amor,
y en cambio, sus ministros creyeron necesario
que al siervo dominara tiránico Señor.

Y hasta en los cementerios les dieron a sus muertos
distinta jerarquía, ¡oh, humana ceguedad!,
que hasta en la helada tumba comete desaciertos
y hasta el «no ser» despierta su loca vanidad.

¡Qué imparta que la ciencia conserve a la materia!
¡que un cuerpo embalsamado no tenga corrupción!
¿Circulará por esto la sangre en una arteria?
¿Podrá por un momento latir el corazón?

Inútil es su empeño, y loca su porfía.
El siervo y el magnate, sollozan al nacer;
el prócer opulento sucumbe en su agonía
y el mísero mendigo se duerme en el no ser.

Y apelar de esta «prueba» tan clara, tan patente,
¿Por qué persiste el hombre en que halla distinción?
¿Por qué no te comprende? ¡Oh, Ser Omnipotente;
¿ Por qué? ¡Porque le falta «la luz» de la «razón!»,

MISERIA HUMANA

NO ES LA TIERRA LA PATRIA DEL; ALMA

¿Por qué misterio, algunos seres
nos enloquecen, nos embriagan,
que nos seducen con sus sonrisas
y nos fascinan con sus palabras,
y se hacen dueños de nuestra vida
pues nos dominan con sus miradas,
y en un momento cesa su influjo
y en un instante su imperio acaba?
Y nos parece como imposible
que aquellas almas nos dominaran
y de un afecto tan poderoso
resulta el odio. ¡Pasión bastarda!,
que con el tiempo se desvanece
y del olvido queda la nada
¿quién nos. impele para quererlas?
¿Quién nos induce para olvidarlas?
Lo que en un tiempo juzgó la mente
leve pecado, pequeña falta;
en un segundo se transfigura
en un delito que lo rechaza
el pensamiento, que como el ave
por el espacio tiende sus alas,
y va buscando, nuevos afectos.
¿Por qué se olvida? ¿Por qué se ama?
Sin duda alguna este misterio
tiene principio, tiene su causa;
de cuyo efecto se ve patente
que el alma sufre, que aquí le falta
quien adivine su sentimiento,
por eso triste y errante vaga
Como el marino que la tormenta
dejó en ignota desierta playa,
¿puede el proscrito vivir dichoso?
No, que recuerda siempre su patria
¡ah!, pues entonces, ¿cómo queremos
que sea en la tierra feliz el alma?
Por eso en vano en los afectos
buscamos todos preciosa savia
que nos aliente, que nos reanime
en el cansancio de la jornada;
¡pero qué pocos son venturosos!,
se encuentran fuentes, pero sin agua:
otros encuentran anchos arroyos.
Pero su cieno lanza miasmas
cuya influencia es tan nociva,
que más nos vale con débil planta

seguir aislados en nuestra vida,
alimentados por la esperanza
que hay otros mundos y otras regiones
donde las almas ya despojadas
del pobre barro que las envuelve,
encuentran fuertes limpias y claras,
luz y armonía, flores y aromas,
gloria suprema, dicha ignorada
para los seres que en este mundo
unos a otros se despedazan
en la hidrofobia de su egoísmo,
en la locura de su ignorancia
y en el orgullo de falsa ciencia

¡Oh! pobre raza desheredada;
¡feliz el alma que te abandona!
¿Qué son tus glorias? ¿Qué son tus galas?
¡Polvo, ceniza, nubes de humo,,
granos de arena, átomos, nada... ¡

¿QUE SOY YO?

¿ Qué soy yo en medio del mundo?
el eco de una querella,
algo de un dolor profundo
perdido en el polvo inmundo
sin dejar tras de mi huella.
Voy huyendo del ayer,
y en mañana quiero hallar
el secreto de saber,
si es que se muere al nacer
o se vive al expirar.
Hay horas en la existencia
benditas por el Señor.,
en que duerme la conciencia:
y en su sueño de inocencia
ve a la sombra del amor.
Pero de un amor gigante
noble, santo, inmaterial,
que sólo, dura un instante:
reflejo puro y radiante
de otro mundo celestial.
¡De otro mundo!... Gran problema
que busca la humanidad,
sol que nuestra frente quema,
misericordia suprema
de infinita voluntad:.
¡Otro mundo!, gran misterio
que el ser material negó;
diciendo que este hemisferio,
por límite un cementerio
fue todo lo que encontró.
En tanto que el cristianismo
esperó en la eternidad;
y el grandioso Espiritismo
miró en la tierra el abismo
do gime la humanidad.
Y más allá vio lucir
con mágico resplandor
el astro del porvenir
que dice: «Para vivir
al hombre lo hizo el Creador».
Para vivir sin fatiga,
para vivir sin afán,
existencias le prodiga;
tendiendo, su mano amiga
a los que vienen y van.
¡Si esto es cierto! ¿,Qué soy yo?
¿Adónde voy?, no lo sé;
¿qué globo abrigo me dio?

¿Qué mundos mi mente vio?
¿Cuántas planetas veré?
¿O todo termina aquí?,
sería muy triste nacer,
viviendo cual yo viví.
pensando que tras de mi
no hay ni mañana ni ayer.
¡Dios clemente! Yo te imploro
que con tu mágica luz,
ilumines cuanto ignoro,
mostrándome el gran tesoro
en la historia de la cruz.
¡¡La cruz!... ¡Grandiosa epopeya!
los siglos no borrarán,
jamás tu indeleble huella;
serás la polar estrella,
de los que vienen y van.

LOS MILAGROS

Nunca el hombre en la vida está contento,
siempre tiene un afán y en su delirio
a veces su ingenioso pensamiento
sirve de pedestal a su martirio.

Dios le otorgó benigno su ternura,
pero el mortal indiferente y loco
no apreció en su valor tanta ventura
y dijo con desdén, esto es muy poco.

Busquemos en el mundo las delicias
ya que los años pasan tan veloces;
del placer apuremos las primicias,
y en las riquezas los febriles goces.

Y en la última década de la vida
cuando ya el corazón no se impresione,
y esté nuestra ilusión desvanecida,
pediremos a Dios que nos perdone.

Otros hombres más ciegos todavía
ofrendas al Señor le prometieron,
si éste a sus peticiones accedía;
hablando vulgarmente, un pacto hicieron.

Si a un niño de la muerte lo salvaba.
el divino Hacedor en su clemencia,
su madre con la cera se encargaba
de pagar a la Santa Providencia.

Y una figura pálida y graciosa
representando un ángel sonriente,
colocaba la madre cariñosa
en el altar del Dios Omnipotente.

Y con dejar magníficos cabellos,
y de bruñida plata grandes ojos,
y joyas de prismáticos destellos
ya no había que temer de Dios enojos.

En el lenguaje humana faltan nombres:
para calificar tanta ignorancia;
según su ceguedad creen muchos hombres
que de ellos al Eterno no hay distancia.

Y que el Señor se muestra complacido
si torren en bazar su santuario,
pues por aquellos dones se ha sabido

que Dios tiene un poder extraordinario.

¿Qué más *milagros*, míseros mortales,
queréis hallar que vuestra propia vida?
¿No os bastan los reflejos celestiales
de ese sol que a otra esfera nos convida?

¿Del mar rugiente las nevadas olas,
y del Cielo los mágicos colores;
y el perfume que guardan las corolas
de las gentiles y lozanas flores?

¿El león que ruge en la abrasada arena
y la hormiga industriosa y diligente?...
¿El mundo no es en fin, la prueba plena
de lo que vale el Ser Omnipotente?

Entonces, ¡oh mortal! ¿Por qué te empeñas
en demostrar de Dios el poderío?
¡Si son todas tus pruebas más pequeñas
que en los mares las gotas del rocío!

¡ Si tienes otra ofrenda que Dios ama
y que siempre la acoge con anhelo!
¡Si tienes la oración fulgente llama,
que ilumina las bóvedas del cielo!

Tienes la *Caridad*, que patentice
la divina verdad del Cristianismo
cumpliendo aquel mandato que nos dice:
Al prójimo amarás como a ti mismo.

No es necesario que inventemos nada
para probar de Dios la Omnipotencia,
donde el mortal dirija su mirada
¡siempre hallará la Santa Providencial

IMPRESIONES DE VIAJE

(FRAGMENTOS)

Qué bello es contemplar de la natura
sus galas, sus encantos y colores,
cuando la luna pálida fulgura
o abren su cáliz las pintadas flores;
ora cuando del sol la lumbre pura
extiende sus divinos resplandores,
bien que la tierra en sombra sumergida
nos recuerde la noche de la vida.

Siendo grandioso se presenta el mundo
ostentando de Dios el poderío:
artista sin rival, genio fecundo
que le dio olas al mar y onda al río.
Sendo su amor al hombre tan profundo,
¿por qué éste fue tan torpe y tan impío?
¿Por qué ante su clemencia soberana
se elevó altiva la soberbia humana?

Hace algún tiempo que mi débil planta
detuvo en un vergel nido de flores,
allí todo seduce, todo encanta,
mares, lapsos, perfumes y colores;
es un himno de amor que a Dios levanta
la tierra con sus frutos y primores;
allí hay rocas y fuentes, blanca espuma,
y montañas veladas por la bruma.

Allí está Dios con su poder divino
tendiéndole al mortal pródiga mano,
y allí el hombre se para en su camino
porque es el fanatismo su tirano,
éste le hace temer por su destino.
La grandeza de Dios es nombre vano
para los que no ven cuan irrisorio
es el fuego del santo purgatorio.

¡Qué impresión tan penosa sentí un día
al entrar en el templo de una aldea.
Es una iglesia grande, triste y fría
que cuatro siglos ha se enseñorea;
su helado pavimento la cubría
negros paños y cruces, ¡pobre idea!
y ante el símbolo santo se quemaban
las velas que a los muertos consagraban!

Las hombres y mujeres prosternados

besaban con afán el duro suelo,
y al ver yo aquellos cuerpos inclinados
exclamé con amargo desconsuelo:
¡Levantad vuestra frente desgraciados!,
dejad la tierra y contemplad el cielo
y no busquéis a Dios en los altares
si no en las rocas de rugientes mares.

En esos montes que hasta el cielo llegan
y en esas aves de pintadas plumas,
y en esos astros cuya luz despliegan
cubriendo de oro las flotantes brumas.

En esas olas que en la arena juegan
levantan de castillos sus espumas,
buscad de Dios la santa Providencia
en la inflexible voz de la conciencia.

¡Pueblo infeliz!, que vives sumergido
en el oscurantismo y la ignorancia,
ya es tiempo que despiertes convencido
que del Señor al hombre hay gran distancia,
y que Dios no se muestra complacido,
porque su helada y silenciosa estancia,
ante una débil luz alces tu ruego:
si esa luz es tinieblas, ¡pobre ciego!

Hay otra luz que regenera al mundo,
hay un libro, una historia, hay una Biblia:
que es de consuelo manantial fecundo
y que a la humanidad la reconcilia.
Resumen de un amor grande y profundo,
que al huérfano le da patria y familia.
Donde se ve la diestra soberana
borrar la culpa de la raza humana.

EL ESPIRITU DE LA CONCEPCION

I

¡Pobre Ser! Cuán penosa fue tu peregrinación en la tierra, y con cuánta resignación sufriste la terrible prueba que tu pedirías en la erraticidad.

Tú eras joven y simpática, tu voz de ruiseñor y tu gracia andaluza, eran el encanto de todos los que te trataban. Adorada de tu esposo y querida de tus hijos, cruzabas por una senda de flores que para ti brotaron en el erial de la vida.

¡Eras feliz!, las mujeres te envidiaban, los hombres te bendecían: la buena sociedad te recibía en sus salones y los pobres rogaban por ti. ¿Qué más podías desear? Pero esto era demasiada felicidad para la tierra; tu esposo para asegurarte un porvenir, cruzó los mares hasta llegar a las playas de Filipinas.

Tu hija Lucia, aquella blanca rosa de los Alpes, aquella humilde violeta de los prados, dejó este planeta por otro mundo mejor, y los dos hijos que te quedaban se fueron a besar la tierra bendita que descubrió Colón y te quedaste sola, con tus recuerdos y tu esperanza en Dios.

Eras buena cristiana, pero tu Dios era el de la ley mosaica, terrible y sombrío, iracundo y vengativo: y. tus noches fueron. tristes y desconsoladoras.

Tus labios repetían cien y cien veces las monótonas oraciones dictadas por la rutina, inspiradas por la costumbre. Todo tu afán era rogar por la salvación de Lucía y llorar amargamente por su pérdida.

Las lágrimas del dolor empañaron el cristal de tus ojos, y quemaron tus brillantes pupilas.

Una mañana cuando el sol se levantó de su lecho de púrpura, cuando las flores abrieron sus corolas y las aves entonaron su hosanna y aleluya matinal, tus labios permanecieron mudos, tus ojos vidriosos: se habían petrificado.

Pasaron algunas horas y murmuraste con débil acento: ¡Qué noche tan larga Dios mío!

Pero tu imaginación calenturienta y ardiente, comprendió que algo extraordinario se verificaba en tu organismo y preguntaste a Dios, con esa entonación inimitable, con ese gemido desgarrador que recoge sus modulaciones en el arpa de la agonía:

--¿Estaré ciega, Dios mío? Nadie te contestó, sólo escuchaste los comprimidos sollozos de tus servidores y no volviste a ver la luz del día.

II

Quince años has vivida así: ¿vivir? he dicho mal, has estado muriendo lentamente.

¡Pobre Concepción!... parece que te escucho hablándome de tu marido, al que amaste tanto, tanto, que le ocultaste tu desgracia por evitarle un nuevo sufrimiento; y cuando le faltaban

pocos días para verte, murió bendiciéndote y escribiéndote una carta para que en ella fijaras (según él) tus hermosos ojos.

¡Papel bendito!, que tú estrechabas Y que me, hacías leer frecuentemente

Tu imaginación meridional de prodigiosa inventiva, y. tu delicada percepción, te hicieron menos desgraciada el, tristísimo catado.

Con una doble vista singular, cuando llegaba hasta ti ser amigo, antes da hablarte, antes que el eco de cuyo, hubiera vibrado en tus oídos, en su paso tardo o ligero, conocías el enfado de su alma y adivinabas, sin equivocarte, si aquél ser sufría o gozaba.

¡Cuántas veces llegué a tu lado débil y triste, y al, dejar un beso en tu frente me contabas mi propia historia!, fenómeno que entonces no me explicaba, y si bien nunca ha creído en los milagros, ni los hechos sobrenaturales los he aceptado jamás, sin embargo, yo te contemplaba y decía con admiración: Esta mujer no es como las demás.

Ahora me lo explico perfectamente, por la fuerza fluídica.

En la prolongada noche de tu vida y en tus horas de soledad, tu fanatismo religioso tomó gigantescas proporciones, y aunque la prensa periodística llevaba hasta ti la noticia da maravillosos inventos, la creación de nuevas sociedades que hacían germinar ideas desconocidas, si estas no reconocían la infalibilidad da Papa, el cielo con sus improductivos ángeles y el purgatorio, (primera estación en el ferrocarril da la eternidad), si no se acataban, repito, estos absurdos, así fueran los propagadores de la nueva doctrina los hombres más científicos y los varones más justos, tú negabas en absoluto su ciencia y su virtud, y si alguna vez tu clara imaginación te hacía reconocer el adelanto actual, exclamabas con verdadero frenesí:-Yo he vivido bien con mis creencias y no necesito saber más.

Cuando Galileo descubrió las manchas en el Sol, invitó a sus impugnadores a que miraran por el telescopio; éstos miraron, y al verlas, dijeron que los cristales eran los que estaban manchados.

Galileo desarmó el anteojo, limpió los cristales del lente y les dijo:-Mirad ahora, pero entonces los sabios murmuraron:-«No queremos mirar».

Tú, pobre amiga mía, descendías en línea recta de aquellos riegos obstinados, así es que, cuando yo siguiendo el empuje de la época, entré en la nueva senda de la investigación racional, cuando busqué en el análisis la incógnita de la verdad religiosa, entonces tú que siempre me habías distinguido con un verdadero afecto, que me habías consolado en mis muchas aflicciones y había encontrado en ti, sino una identificación de mi alma, al menos un ser simpático y compasivo, todo tu cariño se trocó en aversión y me decías con el acento de la más insultante lástima:

—¡Era lo único que le faltaba a usted, volverse loca!.

Traté da convencerte, pero qué convencimiento cabe en la persona que dice:---No quiero oír, no quiero ver-sino quiere tocar; respeté tu doble infortunio y me alejé da ti, porque sabía que mi acento te hacía daño, pero me alejé con profunda tristeza porque tú eras buena, muy buena, y sólo tu exaltado fanatismo te hacía ser intolerante.

Tú eras de los que dicen, «cree o muere», y cuando tus hijos, siguiendo el progreso actual creyeron únicamente en la razón, tú que tanto los habías querido, lanzaste sobre ellos tu indignada y terrible maldición.

III

La ciencia de Guttemberg, presentó ante mis ojos el anuncio de tu muerte y lágrimas de ternura cayeron sobre tu nombre.

¡Debilidad y flaqueza puramente material! Siempre lloramos cuando desaparece de la tierra un ser querido.

La humanidad es aún demasiado egoísta, ¡qué importa que nos deje si su destierro acaba!.

¡Pobre amiga mía! Lloré por ti, pero al recordar los 19 años que has sufrido, de tormentos, no puedo menos que bendecir tu muerte.

IV

Hoy que te habrás convencido de lo erróneas y lo absurdas que eran tus creencias, y que no contemplarás actualmente ninguno de los tres lugares que forjó la iglesia romana; hoy que sola con tu memoria leerás página por página, la historia de tu vida terrestre; hoy que verás con pena la ingratitud de unos, el olvido de otros, y la indiferencia en general, hoy la mujer que tú llamaste hereje y loca, negándole hasta el sentido común, esa mujer comete la locura de acordarse de los muchos beneficios que recibió de ti y de las melancólicas horas que pasó a tu lado.

Hoy, sin miedo a tus reproches ni a tu desvío, porque ya felizmente comprenderás la verdad de cuanto yo te decía, llego hasta ti y te digo:

Que siempre te he guardada un recuerdo de ternura y te pido que si puedes, te comuniques conmigo y que me digas si yo puedo hacer en la tierra algo por ti; y ya que tu aberración me apartó de tu lado en este mundo, y la muerte ha derribado la muralla de tus fanáticas preocupaciones, te puedo decir libremente sin temor alguno.

Ves como el Espiritismo es la cadena magnética, es el lazo fluídico que une todas las existencias. ¡Bendice conmigo, pobre espíritu errante, al nuevo consolador! ¡Bendice al Espiritismo!

¡Unamos nuestras plegarias, para que su eco resuene de mundo en mundo, y llegue hasta Dios!

EL CRISTO DE LA LAGUNA

(EPILOGO DE UNA HISTORIA)

En la antigua ciudad de la Laguna
que al pie del alto Teide busca abrigo,
tienen sus habitantes la fortuna
que la imagen de un *Cristo milagroso*
les devuelva a su hogar dulce reposo.
La efigie representa
a Jesús expirando en el madero:
¡sus ojos entreabiertos
tienen una expresión tan sobrehumana!
sus labios contraídos
parece que modulan un sonido,
diciendo: acepta ¡oh! mundo
la santa ofrenda de mi amor profundo.

Se ignora el nombre del insigne artista,
del escultor gigante,
que supo presentar a nuestra vista
la figura de un Cristo agonizante
que no tiene rival sobre la tierra;
porque en ella se encierra
la materia en su triste desconsuelo
y el alma grande al elevarse al Cielo.

En la fiesta que al Cristo le dedican
hay una ceremonia
pues recuerda al culpado
un algo doloroso del pasado.
El cuerpo de Jesús es desprendido
del madero fatal, y colocado
en un hecho cubierto
con tapices de negra terciopelo,
lavan la Santa imagen,
y aquel agua bendita
dicen que todas las dolencias quita.
A los tullidos vuelve ligereza,
a los ciegos la luz del claro día,
y a los que languidecen fortaleza:
¡es un agua especial, por vida mía!
El puro manantial de donde mana
debe llevar sin duda en sus raudales,
no la menuda santidad romana,
sino exactas virtudes minerales.
Tero la gente crédula y sencilla
desconoce a la gran naturaleza
y admite cual milagro y maravilla
lo absurdo, lo imperfecto, lo increado,

lo que en torpe mentira está basado.

Después que lavan el bendito cuerpo
del divino Jesús, entran los fieles
y van dejando impreso,
en sus pies y en sus manos santo beso;
permaneciendo en éxtasis profundo
ante la triste imagen
del adorable redentor del mundo.
Cuenta la tradición que los creyentes
que guardan en su historia,
unos de esos pecados...
que dejan honda huella en la memoria
al contemplar la efigie sacrosanta
del que salvó a los hombres
la sombra de su crimen se levanta;
la mirada del Cristo toma vida,
y escuchan una voz... allá muy lejos...
que dice lentamente "Dios no olvida,"
el pecador vacila, se estremece,
contempla en lontananza,
las destructoras llamas del infierno
y perdiendo en su fe toda esperanza,
sólo ve en su hacedor, ira y venganza,
y sucumbe ante el hijo. del Eterna;
sucumbe, si, abrumado
por el peso fatal de su pecado.

Esta es la historia lúgubre y sombría,
el poder misterioso
del Cristo que veneran a porfía,
los que creen que le deben un reposo
y sus benditas horas de alegría,
o el hecho singular, maravilloso,
de morir sin tormento tal agonía,
al recordar la historia
de un algo confundido en la memoria.

¡Humana ceguedad! Que a un cuerpo yerto,
que sólo el arte pudo débilmente,
dejar un rayo en su marmórea frente
de esa luz que los genios idealizan.,
le quieren dar las máximas romanas
poder moral, y sentimiento y vida:
¿ cómo olvida, las leyes soberanas
esa Roma fanática y descreída?
¿Cómo inculcó en la mente de los hombres
tanto error, tan punible apostasía?
para explotar sin duda los filones
que presentó la ciega idolatría.

A la fiesta del Cristo Lagunense
una vez asistí; vi a los cristianos
que entraban a mirar la Santa imagen
y a revelar recónditos arcanos.
Los unos a los otros se miraban
con atención profunda;
esperando que alguno se inclinara
para dormir el sueño de la tumba.
Una mujer hermosa y expresiva,
se aproximó a besar la efigie santa:
su mirada era límpida y tranquila;
firme y segura su ligera planta.
Un hombre audaz, de fiero continente,
de mirada magnética y sombría,
se adelantó también rápidamente,
y algo siniestro en su semblante había.
Las dos llegaron ante el Cristo Santo,
los dos miraron con temor sus ojos;
ella en los suyos reveló el espanto,
y él la miró con ansiedad y enojos.
Ella cayó de hinojos, conmovida,
y todos los presentes se acercaron
queriendo analizar de aquella vida
ministerios que hasta entonces ignoraron.
¡Oh! ¡Poder del Señor!, dijeron unos
¿qué será?, ¿qué será?, exclamaron otros,
y él dijo con desdén: -«Sois importunos,
esto me atañe a mí, más no a vosotros.
Es que al llegar el tiempo prefijado
por eso que llamáis la providencia,
el mortal reconoce su pecado
porque escucha la voz de su conciencia,
no es esta imagen la que cobra aliento,
es el recuerdo que surgió en la mente;
esta mujer que ha sido mi tormento
reconoce su falta y se arrepiente.
Pero es muy tarde ya, adiós Señora».
Y con ademán fiero,
abandonó la estancia en que adoraban
a Jesús expirando en el madero.
Prendedle, gritan todos a porfía,
ese hombre es un hereje, es un ateo,
ha de pagar bien cara su osadía:
(pena él burló de todos el deseo).
Ella también se levantó anhelante
diciendo así: «Vuestra piedad invoco:
con su infortunio, ya tiene bastante,
tenedle compasión, porque está loco».

Gritos, alarma, confusión, ruido,
amenazas, tumulto, imprecaciones,
quejas, murmullos, todo confundido...
se mezclaba a fervientes oraciones.
¡Cuántas suposiciones
se hicieron de esta escena dolorosa!;
muchos creyeron que ella
era tal vez la víctima expiatoria,
de una terrible historia;
otras le acumularon
una serie de faltas, y... ¡quién sabe
si todos al juzgar se equivocaron!
Este es el triaste fruto
que ofrecen las sagradas tradiciones;
falsas supersticiones,
fanáticas mentiras;
sólo le pueden dar a los mortales
vanos consuelos y profundos males.
Adoremos a Dios, analizan
do las Santas Escrituras;
historia fiel de todas las edades:
pasadas, presentes y futuras.
La luz del Evangelio
nos aparta del borde del abismo;
crónica de los tiempos que nos dice
que en medio del fatal oscurantismo
siempre una voz se levantó potente,
tu poderosa voz ¡oh, Espiritismo!
¿Qué son las profecías?
¿Las, mágicas visiones?
¡Sino revelaciones
de mundos que el mortal no comprendía!
A Dios no puede definir el hombre,
ni comprender la ciencia de ultratumba;
por eso cuando quiere darle un nombre
en su misma ignorancia se derrumba.

A MI HERMANO EN CREENCIAS

D. MANUEL PEREZ GAYA

Hermana mía: Entre los grandes hombres que han dejado en este planeta un recuerdo imperecedero, se cuenta a Guttemberg, y según mi, voto particular, ha sido uno de los mejores obreros que han trabajado' en la gran fábrica de la civilización universal; ha sido, sin duda alguna, el que ha puesto en comunicación y contacto los pensamientos que han germinado en el cerebro de la humanidad.

Médium mecánico, corriente eléctrica por la cual han sentido un fuerte sacudimiento todas las clases sociales.

¡Oh, sí! La imprenta es el segundo sol que irradia sobre la tierra.

El Primero, ese astro de fuego que con su calor fecundiza nuestros campos y vigoriza nuestro cuerpo, nos da la vida física, es nuestra primer elemento material, despertando al mismo tiempo en nuestra mente un sentimiento de adoración, sentimiento que fue el culto religioso de los pueblos primitivos.

Pues bien, cuando el cielo se cubre con franjas de púrpura y de armiño, que parecen trazar líneas y signos cabalísticos; Cuando el hombre lee en el horizonte la historia de la eternidad, siente una necesidad imperiosa de traducir (aunque imperfectamente) algunos capítulos de la inmensa obra de la creación, y su cabeza arde, y su corazón late y su mano se siente impelida por una fuerza superior y extraña, y el hombre escribe; más luego de haber escrito, después de haber acariciado al hijo de su pensamiento, se queda absorto y pensativo, porque no le basta sentir él únicamente, necesita que sientan los demás con su mismo sentimiento; porque la aspiración constante del hombre, es la asociación, la unión de razas, la fusión de intereses materiales, la complementación de afectos y de ideas.

La humanidad se unió primero por el instinto natural, después por la mutua especulación, y más tarde, por un sentimiento mucho más elevado, por el de la fraternidad social, y desaparecieron las montañas y los mares, y las naciones no tuvieron fronteras, y los sagrados libros de las tradiciones divinas, y los códigos de las humanas leyes se multiplicaron como el pan y los peces de Jesús, por medio del maravilloso invento de Guttenberg...

¡Gloria eterna a la memoria de tan grande hombre!

La humanidad camina lentamente por la senda del progreso; pero se ve una marcada tendencia a comunicarse los hombres entre sí: antes se disputaban a un Dios por medio de mandobles y cuchilladas, y las sangrientas luchas de todas las sectas religiosas, nos dan una prueba de ello.

En cambio, hoy, no se necesita acudir a los campos de batalla para implantar a un Dios y a una creencia en los diferentes grupos sociales. Hoy, en los parlamentos por medio de la oratoria, y en el terreno neutral de la prensa usando del libro y del periódico, las escuelas filosóficas se extienden, discuten, comparan y analizan, y si aún no han llegado a encontrar la luz, al menos... van en pos de ella, se está escribiendo, digámoslo así, el prólogo de la fraternidad universal.

Desde los más profundos pensadores, desde esos hombres eminentemente sabios que piden a la filosofía y a la ciencia la causa del efecto, hasta las más humildes inteligencias creen, porque ven creer, se nota hoy un afán creciente de comunicarse los unos con los otros, y aunque todavía existen excomuniones para algunos genios privilegiados y hogueras para quemar los libros que brotaron de su mente, el progreso sigue adelante y los folletos se reimprimen, y los periódicos se multiplican, y la idea se reproduce, y los pensamientos se encadenan, y resuena una voz que encuentra eco en todos los confines de la tierra.

La civilización, se levanta potente, aunque sus pies se hunden todavía en un arenal empapado de sangre y de lágrimas; pero la unión es la fuerza, y triunfaremos por más escollos que encontremos en nuestro camino.

Las hormigas, en su laborioso trabajo, nos trazan la línea de conducta que debemos seguir. Ellas se unen para llevar el trigo a sus graneros; nosotros también nos debemos unir, para que nuestras débiles voces formen una sola voz que resuene en las cabañas y en los palacios, en los bosques vírgenes de la India y en las universidades de Alemania, de polo, a polo, de zona a zona; los espiritistas debemos ser las hormigas de la civilización; por eso cuando mi pobre acento encuentra eco, experimento una íntima satisfacción al escuchar una voz amiga que me pregunta: ¿Quién eres?...

Yo tengo un placer en contestarla y en decirle: soy uno de los innumerables átomos que componen ese cuerpo llamado progreso; soy uno de los granos de arena, que arrastra el viento del adelanto hasta el pie de las montañas de la investigación y del análisis; soy uno de los muchos proscritos, que sueñan con una patria mejor; soy un ciego, que busca la luz y que le pide al Espiritismo la suprema irradiación de la verdad.

Si, soy espiritista; pero espiritista sin fanatismo, conozco que nuestra creencia no ha salido aún del periodo embrionario, y que necesitamos tiempo, mucho tiempo, para recoger sazonados frutos. Pero los recogeremos, porque la humanidad no puede retroceder jamás.

Si amas, hermano, mío, la senda que nos hemos trazado, el lema de nuestro escudo ya sabes cual es: «Hacia Dios por la caridad y por la ciencia». Ahora bien; la ciencia no se reduce únicamente a buscar los fenómenos de la naturaleza en sus múltiples centros de acción, no; tengamos ciencia para conocer el corazón del hombre, y estudiemos detenidamente sus metamorfosis y sus antítesis, y practiquemos la caridad, no dando una moneda a un pobre solamente, sino inquiriendo y preguntando el porqué de su pobreza.

Adiós, hermano mío. Ya sabes quien soy; pertenezco al gremio de esos pobres locos que buscan la verdad y en, cuenta a Dios en la naturaleza, como lo encuentra Camilo Flammarion; las fórmulas, los ritos y los dogmas, todos me parecen pequeños, ninguna me satisface para alabar al Ser Omnipotente. Pero, si veo en el misterio y en el silencio que un ser bueno y compasivo enjuga las lágrimas de un desventurado, entonces exclamo con íntima efusión:

¡Este es el culto digno de Dios!...

¡Bendita sea la verdadera caridad!

EL AMOR PROPIO

El hombre es un compuesto de substancias,
tiene de imperfecciones grande acopio;
y le vence en diversas circunstancias,
su genio tentador, el amor propio.

Sentimiento fatal que le domina,
enemigo que siempre le persigue,
y que causa del hombre la ruina
porque su envidia despertar consigue.

Las guerras desastrosas que pasaron,
y hundieron en el polvo a las naciones,
y las huellas sangrientas que dejaron
a su paso las mil generaciones.

Las luchas de las razas, ese encono
que guarda el corazón mudo y sombrío,
y ese sordo rumor que, al pie del trono,
produce el pueblo en su profundo hastío.

Las sectas y distintas religiones,
el desencantador materialismo,
y las mil filosóficas razones,
su principio y su fin son uno mismo.

Demostrar con orgullo y suficiencia
hipótesis, delirios y teorías,
diciendo cada escuela: «Mi creencia
es la más razonada en nuestros días».

¡Imposición fatal!, esta nos lleva
a dudar de los hechos verdaderos,
a aceptar otras leyes nos subleva,
porque en verlas no fuimos los primeros.

¡Mezquina condición tenemos todos!
Pero bien dice la común sentencia.
nuestra culpa pagamos de mil modos,
que en el pecado está la penitencia.

¡Si en el triste horizonte de esta vida
sirviera la razón de telescopio...!
La humanidad no fuera fraticida
si no nos dominara el amor propio!

Imagen del progreso indefinido
es el hombre del mundo el soberano;

y aún en la tierra vive envilecido,
porque él es de sí mismo su tirano.

El hombre sólo llegará a ser grande,
cuando de otros: respete la grandeza;
no al derecho divino que nos mande,
de reyes que formó nuestra flaqueza.

No dándole a una raza privilegio
porque esta nos venciera en la batalla,
no concediendo a un hombre timbre egregio
porque éste en su ambición no tuvo valla.

Y en cambio dando, si, justos derechos
a sabios y profundos pensadores,
y de la ciencia analizar los hechos,
sin pasión, sin envidia y sin rencores.

¡Ay!, si el hombre llegara sin encono
a comentar doctrinas y teorías,
si sólo la razón tuviera un trono,
cuanto mejor, ¡oh humanidad, serías!

¡Si a comprender llegaras lo que vales,
si de tu pequeñez te convencieras!...
¡Sobre ti no pesaran tantos males
y tu fatal destino engrandecieras!

¿Por qué has de rechazar lo que no has visto?
¿Por qué eliges la sombra sin disputa?
¡Que en una cruz sacrificaste a Cristo
y a Sócrates le diste la cicuta!

Y le llamaste loco a Galileo...
y a Guttemberg también lo desdenaste...
y a Colón le dijiste: «No te creo».
¿Por qué siempre tan pobre te mostraste?

Peor qué? Porque tu envidia y tu ignorancia
te dio el sueño letárgico del opio,
y no quisiste aceptar distancia
porque esta no la admite el amor propio.

Y esta distancia existe, en tiempo dado;
aunque en nada difiere nuestra esencia:
que para el bien, el hombre fue creado,
sus hay en su adelanto diferencia.

Los hombres al nacer, unos prefieren
el negra lodazal al limpio río,

otros las zarzas, que punzantes hieren;
para elegir tenemos albedrío.

Pues si a nuestro placer todos podemos
señalarnos un punto de partida,
si como las arañas nos tejemos
la tela en que se envuelve nuestra vida.

¿Por qué queremos que el profundo sabio
tenga el mismo valor que el ignorante?
¿Y por qué niega nuestro torpe labio
del genio audaz la inspiración gigante?

Porque desconocernos nuestra esencia,
que si bien al nacer somos iguales,
existe una notable diferencia
en nuestras condiciones especiales.

En todas las escuelas he buscado
para la humanidad fácil camino,
pero en ninguna de ellas he encontrado
lógica deducción de su destino.

Sólo el Espiritismo nos responde
dándonos profundísimas razones;
y adivinar nos hace cuando y dónde,
nacieron nuestras míseras pasiones.

Sólo el Espiritismo nos revela
que límites no tiene nuestra vida;
sólo por él, si el pensamiento vuela,
encontramos un punto de partida.

Pero el Espiritismo es rechazado
como lo fue Jesús, de igual manera:
porque el Espiritismo ha demostrado
que el hombre es quien se traza su carrera.

Por eso, cuando un hombre ha progresado
y nuestra pequeñez nos evidencia,
su innegable grandeza hemos negado
y locura clamamos a su ciencia.

Por eso, no queremos de ultratumba
ni su revelación ni su consejo,
porque el Espiritismo nos derrumba,
que es de nuestra conciencia el claro espejo.

Pero la hora es llegada, y lentamente

tiende su manto la moral cristiana,
y si aún la humanidad no se arrepiente,
al menos se preocupa del mañana.

Y estudian, y comparan, y analizan,
queriendo saber unos más que otros,
pero al fin si en la esencia profundizan
que adelanten *aquellos o nosotros*.

La cuestión es llegar a conocerse,
sin que el necio amor propio tienda un vuelo,
pues sólo podrá el hombre engrandecerse
si su razón le sirve de escalpelo.

¡Espiritismo! ¡Universal historia!
¡Recuerdos de la infancia de la vida...,
si lográis despertar nuestra memoria,
el hombre dejará de ser *deicida*!

IMPRESIONES TRISTES

¡¡Ángela!!

¡Ángela! ¡Pobre mártir! ¿Qué crimen cometiste ayer, para sufrir tanto hoy?

¿Por qué tu blanca frente, coronada de negros y brillantes cabellos, se inclina abrumadora bajo el peso del infortunio?... ¿Por qué tus ojos perdieron la luz del día? ¿Por qué tu talla gentil, se doblega como el lirio, cuando lo sacude el viento ¿Por qué llamas y nadie te responde? ¿Por qué, Ángela, por qué?

¿No guarda un recuerdo tu memoria de tu pasado... perdido en la noche del tiempo? ¿No escuchas una voz secreta vaga, indecisa y confusa, que te cuenta algo de ayer? ¡Ay!, no; no la escucharás; si la escucharas, si la humanidad supiera por qué sufre, dejaría de padecer; el hombre se queja porque no conoce su deformidad, ve los efectos, pero ignora las causas!

¿Qué podrás decir en tu desesperación de la providencia divina, si desde la temprana edad de cuatro años empezaste a padecer, y perdiste sucesivamente a tus padres, a tus hermanos, a tus amigos, y te quedaste sola, completamente sola, sin más amparo que la caridad humana, que te abrió las puertas de un hospital, donde vives muriendo, sin ver la luz del día, sin escuchar una voz que resuene en tu alma....y todavía eres joven, elegante y distinguido, todavía conservas ese instinto de coquetería innato en la juventud!... ¡Pobre Ángela!, ¡cuánto he sufrido al conocerte! Yo te he seguido en la sombría noche de tu vida, y me ha causado espanto tu dolor; porque tú no eres una mujer vulgar, no; en tu frente se revela el sentimiento, y tu voz es dulce, acentuada por la pasión. ¡Dios mío! ¡Gran Ser Omnipotente!, si yo no conociera el Espiritismo, te negaría, obcecada por el dolor. ¡Porque este mundo, mirándolo aisladamente, no es más que un horroroso cúmulo de anomalías, de absurdos y de crímenes!

¿Por qué tanta hipocresía? ¿Por qué los asilos de beneficencia han de ser penitenciarias, en vez de ser lugares de reposo, parajes de quietud?

¡Hubo una época en que estuvo de moda escribir ingeniosas y entretenidas novelas históricas, con el epígrafe de Misterios, y se publicaron los misterios de París, de Londres, de Rusia y de Barcelona, y misterios de las cárceles civiles y religiosas; y yo, siguiendo el gusto de aquel tiempo, escribiría, si pudiera, los misterios de los hospitales! ¡Cuántas historias dolorosas! ¡Cuántas tramas maquiavélicas! ¡Qué mala es la humanidad! ¡Y aun dicen que el hombre es la imagen de Dios!... ¿Lo será en otros planetas?... ¿En éste es la personificación del mal...?

En la vida apacible y sosegada, donde cada individuo lleve rodeado de las precisas comodidades, disfrutando de cierta independencia en su acción, no se ponen de relieve verdaderamente las malas condiciones que poseemos: la envidia y el egoísmo, duermen en tranquilo sueño, porque la abundancia y el bienestar no turban su reposo; pero cuando se vive en comunidad, cuando nos vemos rodeados de una turba extraña, a la cual no nos une más lazo que el mutuo infortunio, entonces es, cuando demostramos lo poquísimo que valemos, patentizando el triste y lamentable estado de nuestro espíritu.

Para mí son libros abiertos los hospitales, los asilos de los mendigos y las casas de beneficencia, donde recoge a los niños desheredados en la tierra. Allí veo escrita a grandes

des rasgos la dolorosa historia de la humanidad: cuando cruzo sus sombríos salones, cada individuo que contemplo es una palabra del inmensa diccionario de la desgracia del dolor, tan elocuente para mí, que me atrae como el imán al acero. Yo les pregunto con afán indecible a aquellos desventurados, por su pasada historia, y mi mente un ya más allá, porque dejo a un lado los episodios terrenales y busco en sus pasadas existencias la x de esta ecuación.

Cuando te vi, Ángela mía, me pareció haberte visto en otra parte; tu simpática figura no me era desconocida; tu voz no recordaba algo ¿dónde? ¿cuándo?, no lo sé; pero tu desventura me hizo derramar lágrimas, y si alguna vez he sentido la impotencia de la pobreza, sin duda alguna ha sido al contemplarte.

Te he visto en mis sueños y vives en mi memoria, y yo anhelo, hacerte conocer las consoladoras creencias del Espiritismo, porque conociéndolas serás más feliz, ¡oh! ¡si indudablemente la serás!

Tus quejas serán menos amargas y tu existencia menos sombría; esperarás en mañana, ahora no esperas en nada, y quieres morir, y buscas en el suicidio el término a tu dolor; no lo extraño, ¡pobre mujer! Tus ojos no ven la luz, tu te no abriga una esperanza, y los seres que te rodean, los tinos te maltratan, los otros te exasperan, sin estudiar tu carácter, sin compadecer tu dolor, y febril, delirante y desesperada pides misericordia y nadie te responde.

Dice el adagio.: «i Llórame solo, y no me llores pobre tú estás pobre y sola, completamente sola....!»

Ángela; yo nada soy en la tierra; soy una de las muchas hojas secas que arrebató el vendaval de la vida; pero más dichosa que tú, aun mis ojos contemplan la luz del día, y mi mente divisa en el más allá, la esplendidez del infinito, grandeza sin límite de la eternidad.

¿Quieres escucharme? ¿Quieres que yo te enseñe a deletrear en los mismos libros que yo aprendí? Si; escúchame, yo te lo ruego; yo quiero que tú sientas como yo siento,; yo quiero que tú esperes como yo espero: nuestras almas pueden comunicarse y nuestros pensamientos confundirse, y aun la sonrisa se puede dibujar en tus labios pálidos y la esperanza irradiar en tu marchita frente.

Escúchame, Ángela, atiéndeme: es necesaria, es indispensable, que sufras con resignación evangélica la expiación que tú misma has elegido, que la soportes con valor. La prueba es terrible, superior a las débiles fuerzas humanas, no cabe duda; pero si caes bajo el peso de tu cruz, tendrás que atravesar nuevamente la calle de la Amargura; aun es tiempo, eres joven, todavía y puedes adelantar los años que has perdido; ven, apóyate en mí, los momentos son preciosos; no perdamos ni un segundo; el Espiritismo te llama; el Espiritismo te tiende sus brazos, refúgiate en ellos y llegará un día que aceptarás tu martirio como el pago sagrado de una deuda contraída ayer y tus horas de angustia se tornarán melancólicas y serenas: yo te ofrezco el ramo de oliva, yo te brindo la paz y la esperanza, y con la comunicación del mundo visible con el invisible, dejarás de creer que estás sola, te verás rodeada de los seres queridos por quienes lloras.

Tú vegetas en el desierto, yo te llamo para llevarte a un vergel donde es eterna la primavera; tú vives en la sombra, ven a la luz; tú tienes sed de justicia, yo te haré comprender la omnipotencia del Eterno.

Los hijos del Corán dicen: Alá es Alá y Mahoma es su profeta. Tal explicación no satisface al alma. Yo te diré, que sólo Dios es grande, que es la causa de todas las causas, la eterna fuente de donde brotan todos los manantiales de la vida, y que el Espiritismo es hasta ahora la filosofía más profunda, la moral más pura, la ampliación del Cristianismo, el que da la idea más aproximada de la suprema justicia;; escúchame, Ángela, oye mi, voz, el Espiritismo te llama, ¡ven, Ángela, ven!

A LA INFANTIL POETISA

CATALINA CARRERAS

Que eres médium juraría;
tu gigante inspiración,
en sin duda irradiación
de otro espíritu, hija mía.

Que aun es muy corta tu edad
para que puedas sentir
lo que expresa tu decir
con tanta facilidad.

Tú nos pintas de la vida
las luchas y las pasiones,
y las grandes convulsiones,
porque se ve combatida.

Y al recordar a tu padre
con sentimiento profundo,
yo no encuentro en este mundo
nada que a tu elogio cuadre.

Dices tú: «Sin dulces lazos,
¿qué espera, sino esa suerte...?
¡Debe ser horrible muerte...,
morir de la Muerte en brazos...!»

¿Se puede expresar mejor,
la muerte en la soledad,
sin lágrimas de piedad...,
sin un suspiro de amor... ?

¿No nos dice ese lamento
grande, gigante y profundo,
que es el huérfano, en el mundo,
hoja que arrebató el viento... ?

¿Y quién lo define así?
¡Una niña de diez años,
lamentando desengaños
que aun no habrá encontrado aquí!

No hay más que mirar tus ojos:
en su infantil expresión
no hay la reconcentración
que nos dejan los enojos.

Cantas como canta el ave

en medio de la enramada,
sin sentirse impresionada
por tu cántiga suave.

Eres la niña hechicera,
sin saber que eres poetisa,
y tu cándida sonrisa
aun no recuerda ni espera.

Y por eso, sin temor,
dije: que médium serías;
porque encuentro en tus poesías
no a la niña, al pensador.

Eres médium, si; no hay duda,
de un espíritu elegida:
engrandecerás tu vida,
porque su genio te escuda.

¿Que un espíritu elevado,
para su revelación,
no se pone en relación
con un ser degenerado;

Busca un alma bien templada
al calor del sentimiento:
que responda a su lamento
una voz apasionada.

Los médiums son los profetas
de las pasadas edades,
que a las nuevas sociedades
trazan órbitas concretas.

Depositarios sagrados
de crónicas legendarias,
que transmiten las plegarias
de nuestros antepasados.

¡Si comprendéis la misión
tan grande que aquí tenéis,
mucho bien al hombre haréis,
en su peregrinación... ¡

!.Catalina! ¡Niña hermosas!
Tú por un genio elegida,
debes de ser en tu vida,
noble, pura y generosa.

Tú tienes que responder

a esa voz, que en ti resuena,
porque si no eres muy buena,
te verás languidecer.

¡Perdiendo la protección
de aquél que tus pasos guía,
oye un consejo, hija mía,
que nace de la razón!

Eres niña y hechicera,
y te brindarán amores,
y encontrarás muchas flores
en tu hermosa primavera.

¡Y la torpe sociedad
can sus placeres y halagos,
entre sus perfumes vagos
te hará ver la vanidad!

¡Y sí atiendes al murmullo
de ese áspid, que el mundo encierra,
será tu genio en la tierra,
crisálida de tu orgullo!

Tu puedes llegar a ser
faro de un seguro puerto;
piara elegir, acierto
de ser ángel, o mujer.

¡No abrigues hoy la creencia
que es tu espíritu gigante,
aun no ha vivido bastante,
es muy corta tu existencia...!

No hay más que mirar tus ojos:
en su tranquila expresión
no se ve la decepción;
que nos dejan los enojos.

Eres médium; si al vivir
cumples tu misión bendita,
tú, nos dejarás escrita
la historia del porvenir.

Que tu espíritu en unión
del que hoy suspira en tus quejas,
nos contará las consejas
que guarda la tradición.

Y con inspirado acento

y sentimiento profundo,
repetirás de este mundo
el tristísimo lamento.

Que por una sabia unión,
se enlazó la raza humana,
el pasado y el mañana,
la ciencia y la inspiración.

Una escala musical
somos los humanos seres;
tú puedes llegar, si quieres,
a dar un do universal.

.¡Do sublime, sin segundo,
que al perderse en la extensión,
una eterna vibración
repita de mundo en mundo....¡

Y los siglos que vendrán
con su adelanto y su gloria,
en los fastos de la historia
un lugar te guardarán.

Contemplo tu porvenir...
¿Ves?...! El infinito es tuyo,
si por el mundano orgullo
no te dejas seducir... !

¡De mi voz franca y leal
nunca olvides el consejo:
La *vanidad* es espejo
que nos retrata muy mal!

Si halla mi voz eco en ti,
será mi mayor victoria
¡que guardes en tu memoria
un recuerdo para mí!

LOS ANIVERSARIOS DE ULTIRATUMBA

I

Los pueblos en todas las edades han tenido “preocupaciones Y supersticiosos presentimientos;” piadosas creencias que han dado lugar a un temor reconcentrado para ciertos días y épocas del año.

Los incrédulos han llamado a estos accidentes casualidades y lo cierto y real es el que muchas veces periódicamente le repiten sucesos prósperos o adversos, sin darnos cuenta de por qué suceden.

Mirando nada más que la vida de este planeta, seguramente que muchos acontecimientos nos parecen que no guardan relación entre sí; pero como esta existencia no es mas que un pequeño eslabón de la inmensa cadena de la eternidad, resulta que todo se enlaza, se complementa se unifica., condensándose con los vapores y las brumas, para formar más tarde cuerpos sólidos; del mismo modo nuestras sonrisas y nuestras miradas, tienen su razón de ser y componen en un tiempo dado una etapa de la vida.

Decimos muchas veces: estoy contento o disgustado, no se que: pues tiene su por qué nuestra melancolía, tiene mi causa nuestra íntima satisfacción.

Del mismo modo que en la tierra se conmemora un acontecimiento notable, sea del género que sea y se consagra al héroe un recuerdo imperecedero, de la misma manera nos pueden recordar a nosotros los espíritus, que ayer nos tuvieron a su lado, compartiendo su vida en otro planeta, y el fluido benéfico de su cariño y de su admiración, puede muy bien llegar hasta nosotros, haciéndonos experimentar una dulcísima sensación; no de otro modo pueden explicarse las intempestivas alegrías, y los espontáneos sufrimientos que nos dominan repetidas veces, sin podernos explicar ni encontrar razón precisa que nos manifieste o nos descifre el problema.

Y no sobre individuos aislados, sino sobre pueblos enteros, se nota que pasan épocas apocalípticas que con mayor o menor intervalo se reproducen las calamidades, pero siempre en una misma estación.

II

En Irlanda se tiene horror al mes de Noviembre, y la llaman el mes negro, augurando, un triste porvenir al niño que nace en uno de sus nebulosos días, especialmente si es viernes.

Hubo un rico armador que quiso quitar tan arraigada preocupación y mandó hacer una fragata empezando la obra el viernes, la botó al agua en viernes, la puso por nombre Viernes, se dio a la vela en viernes, y en la misma tumba de los mares quedó el buque con toda su tripulación; la preocupación se trocó en espanto, el terror creció y decían los buenos irlandeses que los malos genios estaban sueltos en el otoño.

¿Quién sabe los crímenes que cometería el pueblo irlandés en la noche de su pasado, y por eso tendría una periódica expiación?... ¡Crímenes ignorados! ¿Por qué?, me dirán nuestros impugnadores. ¡Si la historia no dice nada, de nada se le puede acusar!

¡Ay!, la historia no gualda íntegra ni exacta la epopeya secreta de las pueblos: describe a grandes rasgos los hechos más culminantes, quedando escondidos en el silencio y sepultados en el misterio, la causa de muchos efectos.

La historia consigna el poder de la fuerza bruta, y el adelanto intelectual; pero el progreso moral suele no atraer tanto la atención de los historiadores, ignorando que la moralidad es la manecilla que señala en el reloj del tiempo el transcurso de las horas de la verdadera vida.

Los pueblos pueden llegar a ser grandes por su ciencia por sus artes, por su adelanto en todos los ramos del saber humano y pueden ser tan pequeños por su falta de virtud que no tenga base para sostenerse y se conviertan en ruinas como se convirtieron Roma y Cartago, Menfis y Babilonia, cayendo bajo la pesadumbre de sus vicios.

III

Los espiritistas, al revés de la generalidad, cuando vemos una nación grande y potente ayer, triste y lánguida hoy, no decimos ¡qué lástima!, ¡ayer era la señora del mundo y hoy es esclava de sí misma!

No, nosotros decimos: ayer fue esclava de sus vicios, puesto que se dejó dominar por ellos, hoy se redime por su dolor, y sobre sus ruinas y sus muertas generaciones, renacerá otro pueblo más libre, porque será más bueno.

A los cataclismos sociales, llamados revoluciones, los llamamos nosotros aniversarios de ultratumba, terribles unos dolorosos otros, pero necesarios todos, fatalmente necesarios; porque nosotros hemos hecho precisa la expiación de nuestros desaciertos.

¿Qué nos cuenta la historia divina y profana de nuestro planeta? Una lucha eterna del fuerte contra el débil y viceversa. ¿Qué hicieron los profetas, los sacerdotes, los emperadores y todos los que se creyeron grandes? Parodiar el diluvia bíblico con una lluvia continua de sangre, víctimas y verdugos; verdugos y víctimas: estos son los dos papeles que ha estudiado la humanidad en la tragedia de la vida, desde los tiempos primitivos; por eso los aniversarios ultraterrenales se reproducen de vez en cuando y la sociedad en masa, y el átomo *llamado hombre*, sienten su influjo.

IV

Eugenio Sué llamaba a los días felices, *días de sol*, ¡gráfica comparación! La felicidad irradia, presta calor y regenera nuestro ser, y mucho más todavía si el placer que sentimos nos lo proporcionan nuestros espíritus protectores o amigos, cuando ignorando la causa nos encontramos alegres como un niño. ¡Momentos divinos!, breves y fugaces que pocas veces nos sonríen en la vida, porque se conoce que nuestro pasado no dejó mucho bueno que conmemorar.

V

Las incorrectas líneas que llevo escritas me las ha inspirado, una amiga del alma una mujer que cruza la tierra; triste y sola, sin más patrimonio que su trabajo y sin otro porvenir que un asilo de mendicidad para la vejez y un hospital para morir.

El que vive preso en sí mismo, tiene que abrigar sombríos pensamientos, y mi pobre amiga, es de un carácter muy melancólico y retraído; pues bien, fui a verla el 1º. de Febrero y hablando de varias cosas me dijo:-Cuánto deseo que llegue mañana.

—¿Por qué?

-Porque es un día de perdón para mí.

-¡De perdón!

-SI; hace muchos años que el día dos de Febrero, como si una hada benéfica con su varita mágica alejara de mi a los genios del mal, del mismo modo todo me sonrío y me encuentro tranquila, risueña y confiada.

Yo me pregunto muchas veces por qué será ese cambio que no dura más que un día, puesto que luego vuelvo a caer en el abatimiento más profundo.

Al día siguiente de esta conversación, encontré a mi amiga en el paseo, y efectivamente, parecía otra; no era la mujer lánguida y triste, no, en sus ojos se encontraba un rayo de vida y en sus labios se dibujaba una sonrisa. Yo la miré con admiración y ella sonriéndose me dijo:- ¿Ves lo que yo te decía?, hoy brilla el sol para mí. Tú que eres espiritista y que sabes tantas cosas de allá, dime qué significan estas horas de descanso en la jornada de mi vida.

Su sencilla pregunta da lugar para escribir un libro y yo me alegraría que algún espiritista escribiera los aniversarios de ultratumba, que no de otro modo deben llamarse esos días benditos, esas horas de paz en que soñamos despiertos.

¡Desgraciados aquellos que no tengan un día de santa conmemoración!

La continua angustia que atormenta nuestra vida, nos demuestra con claridad que valemos muy poco moralmente, y que nuestra condena no tiene un fin próximo: por eso cuando un rayo de sol viene a iluminar nuestro calabozo, debemos exclamar alborozados: ¡Yo tuve una idea noble y grande, yo practiqué una acción buena y aquellos que recibieron el beneficio, hoy me envían sus bendiciones!

VII

Bienaventurados los pueblos a quienes guardan gratitud los espíritus, y los colman de cosechas en sus campos, de obreros en sus fábricas, de sabios en sus academias, de buenos maestros en sus escuelas, de artistas en sus torneos de la Industria, de justos legisladores para practicar las leyes, y de un claro entendimiento, a todas las clases sociales para que adoren a la razón personificada en Dios.

¿Existe algún pueblo en este globo donde los genios del bien difundan la felicidad? ¡Ay!, no; necesitamos que nuestra conciencia, duerma tranquila, que seamos menos individualistas, que

amemos al prójimo, y sólo entonces seremos dignos de que nos protejan nuestros hermanos de ultratumba, de que tengamos ignoradas alegrías, días de sol y horas de paz.

¡Que, vienen o. dejar en la memoria
vago recuerdo de pasada historia...!

A UN POETA

“A MI PRIMOGÉNITO, QUE NACIÓ MUERTO”

(FRAGMENTOS)

«Le dormiré cantando en mis rodillas,
vendrá la noche que la calma vierte,
y los dos andaremos de puntillas
para que nuestro niño no despierte».

.....
¡Así dijo mi dulce compañera
con aquella hermosísima alegría
de la que ya sin vacilar espera
y cantaba... y cantando sonreía...,
y la cuna mecía
como si el niño su canción oyera... !
¡Más ¡ay!, del ángel las tendidas alas
por el azul del aire se perdieron;
del bautismo las galas
blanco sudario para el niño fueron!
Huérfanas nuestras almas, suspirando;
del niño recogieron los despojos,
¡pasó!... ¡Más tan deprisa y tan callando,
que ni aun por vernos entreabrió los ojos!

¡La cristalina perla de rocío
se evaporó en la arena del desierto;
el ángel vino... pero el ángel mío
tan ángel fue, que sin vivir ha muerta!

.....
¡ Y en tanto sigue la cansada luna
velando nuestras noches de cariño,
mientras al lado, de la yerta cuna
los dos seguimos esperando al niño!

ANTONIO F. GRILO.

Tú comprendes del Eterno
la suprema inteligencia,
y adoras la omnipotencia
y la infinita piedad,
del que le dijo a los mundos
al levantarlos del caos:
«Creced y multiplicaos
por siempre en la eternidad».

Tú has pintado de los mares

las montañas de sus olas,
coronados de aureolas,
que sólo tu genio vio.
Tú sin ver el Océano,
sin escuchar su rugido,
te sentiste conmovido
y tu mente algo soñó.

Y tu voz pura y vibrante
cantó del mar la grandeza,
con su imponente belleza
y su eterna majestad;
y los hombres te escucharon
con asombro y con cariño,
admirando al tierno niño
por su arañ precocidad.

Tú del águila cantaste
su vuelo por el, espacio,
la que tiene por palacio
nubes, brumas, caíro y luz.
Remedaste el arrullo
de la tórtola hechicera,
y la queja lastimera
de María ante la cruz.

Y cantaste al silbido,
de la audaz locomotora,
la que dice al mundo: «Ahora,
soy tu fuerza y tu motor.
¡Yo, que los pueblos enlazo,
vivo en todas las riberas,
que ya no existen fronteras
en el siglo del vapor!»

Pues bien; si tu genio osado
alzó su vuelo atrevido,
y de Dios has comprendido
la razón y la verdad;
si le has cantado al progreso,
que es de Dios la pura esencia,
si has encostrado en la ciencia
la luz y la libertad,

¿por qué no salva tu mente
de la tierra el hondo abismo
y pide Al Espiritismo
nueva vida y nueva luz?
¿Por qué cuando tú soñabas
con paternal regocijo,

y viste a tu tierno hijo,
con funerario capuz,

clamaste con desconsuelo:
«¡Cuán contraria es mi fortuna!
Y al pie de la yerta cuna
suspirste al que huyó,
diciendo a tu compañera:
«¿Fue un ángel, amiga mía,
que ni aun por vernos un día
sus grandes ojos abrió?

No pronuncies esa frase
que es por demás indiscreta;
alza tu vuelo, poeta,
crucemos la inmensidad,
y verás como tu hijo
te vio y lamentó tu pena,
como en la noche serena
te busca en tu soledad.

Cuando murmura a tu lado
palabras no conocidas,
diciendo que hay otras vidas
para nuestra redención.
Que más allá, en ultratumba,
el adelanto se encierra,
y qué es tan sólo la Tierra
una lóbrega prisión.

Que aquí se llega llorando,
y que se vive muriendo,
y que el hombre va sufriendo
de tanto la ansiedad,
Y que, cuando deja el alma
ésta mazmorra sombría,
encuentra luz y armonía,
aire, espacio y libertad:

¡Poeta!, tu genio gigante,
debe volar a otra esfera
donde siempre reverbera,
la verdad y la razón.
Y recordando a tu hijo,
con placer grande y profundo,
no anheles que vuelva a un mundo
de miseria y expiación.

Cuando al declinar la tarde
no resuene ya en tu oído

el eco vago y perdido
que te hablaba del ayer;
cuando no escuche tu mente
ni un suspiro ni una queja...,
es porque tu hijo se aleja
para dar vida a otro ser.

Es que su espíritu errante,
la erraticidad dejando,
en su progreso avanzando,
se va a otro mundo mejor.
Profundice tu mirada
los siderales misterios,
busque en otros hemisferios
al objeto de tu amor;

y si en la Tierra no pueden
alcanzar tanto tus ojos,
cuando rompas los cerrojos
que encierran tu porvenir,
cuando tu espíritu, libre,
salvando abismos y montes,
contemple otros horizontes
de púrpura y de zafiro;

y rueden ante tus ojos
de otros mundos las ruinas,
que por las leyes divinas
nueva forma tomarán,
y veas las generaciones
en su marcha indefinida...,
comprenderás de la vida
el inextinguible afán!

¡Poeta!, ¡levanta tu frente!
No murmures queja alguna,
porque una desierta cuna
sea una tumba para ti.
Pídele al Espiritismo
la solución del problema,
su definición suprema
te hará venturoso, sí.

Pues conocerás del hombre
la misión grande y bendita;
su expiación hallase escrita
porque él mismo la trazó.
¡Sufre, el que debe sufrir;
goza, el que debe gozar;
y todos pueden llegar

a donde Cristo llegó...!

Para el progreso no hay razas,
no hay hidalgos ni pecheros,
los postreros son primeros
en la ley universal.
Y el Espiritismo une
el ayer con el mañana,
que es la prueba sobre humana
de *la causa primordial*.

¡Ven poeta y cruzaremos
los desiertos del espacio,
cuya arena de topacio
guía ha de ser de los dos;
ven; tú vives en la sombra,
la luz pondré ante tu vista,
y en el foco espiritista
tal vez encuentres a Dios..., ¡

Pero al Dios grande y sublime,
misericordioso y bueno;
no al Dios del rayo y del trueno
que nos presentó Moisés.
Sino a Ser omnipotente
de forma desconocida,
que no limitó la vida,
porque eternamente Es.

¡Es sin ayer, sin mañana,
sin presente humanizado,
el todo de lo creado,
la luz de la eternidad!
Pues de esa causa primera
que al orbe dióle organismo,
la voz del Espiritismo
sintetiza la verdad.

NO HAY CULPA SIN PENA

I

Los adagios, refranes y proverbios, son un poema escrito por la experiencia, formando un volumen, que los pueblos no se han cuidado de encuadernar; de consiguiente, sus sueltas hojas vuelan desde las cabañas a los palacios, ya en las regiones tropicales, ya en el polo norte, corregidos y aumentados, pero conservando siempre unos su tirite satírico y otros su razón profunda.

Hay un refrán que dice: Justicia y no por mí casa», palabras vulgares y sencillas, pero que son el compendio de todos los sentimientos de la humanidad.

¿Quién podrá negar que nos alegramos cuando la ley castiga al delincuente?, y hasta la pena de muerte, que es anti-religiosa, anti-social y anti-humana, encuentra aceptación en la mayor parte de la sociedad, y dice muy alto, viendo pasar a la víctima:-Bien merecido lo tiene. Quién tal hizo, que tal pague; nada, nada, la pena del Talión, ojo por ojo, y diente por diente...

Por supuesto que estos acérrimos partidarios de la justicia, cuando les llega la hora que les pidan cuenta de sus actos, ponen el grito en el cielo y echan mano de todos los subterlugios imaginables para evadirse del castigo: porque vemos la mota en el ojo ajeno, pero no nos estorba la viga en el nuestro.

Mucho se habla de la conciencia; dicen que su voz resuena continuamente en nuestros oídos; si esto es cierto tenemos que reconocer en la humanidad un defecto o una dolencia incurable.

¡Lástima grande que una raza que ha servido de modelo para hacer el Apolo del Belvedere, y la Venus de Médicis, esté privada de escuchar el canto del ruiseñor y el dulce arrullo de las tórtolas. El hombre tiene oídos, pero... no ;oye... ;

El siglo XIX, el de los hombres *infalibles* y el de los maravillosos específicos; el siglo del charlatanismo y el de los más grandes descubrimientos; el que ha logrado enlazar lo sublime con lo ridículo; época de antítesis, década de anomalías, en que luchan desesperadamente en el circo del progreso dos gladiadores titánicos que se llaman el fanatismo y el adelanto, la luz y la sombra, la fe ciega y la ciencia analizadora: en este siglo atleta se ha encontrado el remedio para la, tenaz sordera que padece la humanidad, se ha encontrado la homeopatía del alma, que ha sido rechazada y ridiculizada como la homeopatía que cura el cuerpo; porque la necedad del hombre llega a tal extremo, que niega todo aquella que su torpe inteligencia no puede comprender.

Ha dicho el doctor López de la Vega, y ha dicho muy bien, que la homeopatía es la regeneración física de la humanidad, y yo digo, que el Espiritismo es también la regeneración moral e intelectual del hombre.

Sí, lo es; porque el Espiritismo nos hace ver y oír, a pesar nuestro, a viva fuerza, y como no hay peor sordo, que aquel que no quiere oír, se sostiene una ruda batalla entre la evidencia de los hechos y las negativas maliciosas del oscurantismo.

El Espiritismo nos hace aceptar la justicia en casa, en nuestro organismo, en nuestro modo de nuestras condiciones especiales, en todo, en fin.

Es la ley de la igualdad puesta en acción. El monarca puede ser mendigo, y éste, emperador; todos pueden llegar a la tierra de promisión, el sabio y el idiota, el creyente y el ateo. Descartes solo encontraba en la naturaleza espacio y tiempo, éste último es el tesoro de la humanidad; el tiempo es la mina inagotable cuyos filones no se acaban nunca, es el volcán en cuyo cráter siempre se encuentra calor.

Decía un poeta árabe, que el sueño era la riqueza del mortal, y yo digo que el tiempo es el arca santa donde siempre encuentra refugio el hombre.

Las materialistas son los desheredados de la tierra; para ellos la vida tiene un límite, después..., solo les queda la *nada*.

¡Qué tristes serán sus últimas horas!..., si desgraciadamente han tenido una de esas enfermedades lentas y terribles, en que su materia se ha ido disgregando a fuerza de horribles dolores, tienen que decir, como dijo Zorrilla ante la tumba de Lara:

Triste presente por cierto
se deja a la amarga vida,
abandonar un desierto;
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto.

Ciertamente, hace daño mirar a un cadáver: recuerdo que antes de ser yo espiritista, improvisé los siguientes versos, contemplando a un joven militar en su caja mortuoria.

El ver a un muerto entristece;
la materia sola, espanta,
sin la savia sacrosanta
con que Dios la fortalece;
cuando el alma desaparece
de nuestro pobre organismo,
contemplamos el abismo
de esta vida transitoria,
que es un sueño sin memoria
que conduce al ateísmo.

Al ateísmo, sí, a la desesperación más profunda. ¿Qué es la vida sin el mañana?, el boceto de un cuadro, el prologo de una historia, una voz sin una flor sin aroma; en cambio, cuando la esperanza nos alienta, ¡qué ilimitados horizontes se presentan ante nuestros ojos! ¡La muerte del que espera, es la muerte del justo, como dicen los católicos dulce y tranquila!

El verdadero espiritista, que ha sufrido con resignación las penalidades de la vida, mueren con la satisfacción de haber pagado una deuda, y el que paga, descansa, dice el adagio, y es una gran verdad.

En los últimos días del año 74, vi una prueba, de esto en la muerte de una mujer, cuyo, último año de vida en la tierra, fue una agonía prolongada.

Parece que aún la veo; era una mujer de mediana estatura, de unos diez lustros de edad, de humilde y simpática apariencia, de mirada expresiva y de afable de trato; » espiritista de corazón, asistía con religioso silencio a las sesiones medíanímicas, que se celebraban en su casa.

Una noche noté su falta, pregunté por ella y me dijo su familia, que estaba enferma, con un tumor que le hacía sufrir mucho; propuse que se suspendiera la sesión, porque el murmullo de nuestras voces no la molestara.

¡Ah!, no señora, me dijeron, lo primero que ha pido es, que continuemos sin interrupción en nuestras tareas, porque mientras duran éstas, son los únicos momentos en que se encuentra mejor.

Seguimos reuniéndonos y la enferma empeorando, sufriendo, con un valor asombroso las dolorosas curas que le hacían dos practicantes; una fístula ulcerada devoraba su materia y ni una queja, ni un suspiro brotaba de sus labios.

Los meses transcurrieron, y la pobre mártir, que pertenecía a una familia de la clase media, pero que atravesaba una de esas crisis supremas en las que falta hasta el aire para respirar, pidió que la condujeran a un hospital; tuvieron que acceder a sus deseos y en benéfico asilo siguió muriendo lentamente.

El día que dejó la tierra, se despidió tranquilamente de una hermana suya, diciéndola: «¡Vete, voy a dormir un sueño muy hermoso,... !» Muy hermoso fue sin duda alguna porque su materia se acabó de disgregar.

Su familia, que había contemplado con mudo asombro y profundo dolor el prolongado martirio de una mujer, cuya vida halla sido un modelo de mansedumbre y de virtud, se preguntaba, ¿qué habría hecho ayer, para sufrir tanto hoy, quedándose convertida en un esqueleto, de ojos hundidos, de pómulos salientes, piel ennegrecida, manos cadavéricas Y voz ahogada? Queriendo salir de dudas, evocaron a sus espíritus protectores y a su hermana, para ver si ésta había salido pronto de su turbación y con, emoción profunda recibieron la siguiente comunicación por medio de una hermosa joven, que en estado sonambulico dijo así:

III

«Mucho me alegro que os hayáis reunido, hermanos míos, para comunicarme con vosotros y deciros, aunque ligeramente las causas que motivaron mi dura prueba durante mi última existencia en ese planeta.

»Escúchame tú principalmente, hermana mía, que tanto te acongojaba mi enfermedad y tanto has sentido mi muerte al mismo tiempo.

»En mi anterior encarnación, fui hombre: era médico y tenía a mi cargo un hospital en M...

»Entre las enfermeras que se encontraban en tan triste local, había una que se quejaba amargamente, porque yo no la cuidaba como a las demás; y efectivamente, aquella infeliz criatura, sin saber por qué, me inspiraba una aversión profunda, que yo no me podía explicar, pero que existía realmente.

»Tanto llegué a descuidarla, que valiéndose ella de una de las enfermeras, dio parte al director del hospital de mi mal proceder; entonces éste, cerciorándose por si mismo de la gravedad del caso me destituyó de mi empleo, desahuciándome a la enferma, que por mi descuido pronto dejaría de existir. Yo rogué y supliqué y prometí enmendarme y emplear toda mi ciencia para remediar el daño que había causado. Al fin me admitió el director nuevamente; pero yo, lejos de cumplir lo que había ofrecido, y creyendo que aquella mujer era la causa de mi ruina, crecía en mi aversión de un modo espantoso hasta convertirse en un odio sangriento, que cuando murió, quedé contentísimo, porque había dejado de existir.

»Me despidieron nuevamente y el recuerdo de aquella infeliz, principió a atormentarme y a causarme remordimiento; porque mi conciencia gritaba constantemente: asesino..., nuevo Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?

»Cuando volví a encarnar, pedí sufrir cuanto yo había hecha padecer a aquél pobre ser, y he tenido su misma dolencia, y he muerto como ella en un hospital; pero lo he llevado con resignación, y al despertar de mi último sueño, no puedo expresar ahora la alegría que experimenté al verme libre de mi pobre y raquítica envoltura.

»Adiós, hermanos míos, ya seguiré comunicándome con vosotros».

IV

Después de escuchar el anterior relato, si es posible que el dolor se calme en los primeros momentos, se calmó efectivamente en aquellos seres, que recordaban con desconsuele el largo tormento de un ser tan querido para ellos.

La melancolía les tendió su manto y a su sombra ven pasar los días, deseando que nuevamente se comunique la que tanto los amó en la tierra.

¿Puede haber nada más consolador que el Espiritismo? ¿Responde ninguna religión positiva al gemido del alma con tanta precisión y tanta justicia?

Ninguna hasta ahora, ninguna; las unas con su Dios implacable, las otras con el pecado hereditario, éstas con su redención y su gracia, aquéllas con sus minutos de arrepentimiento; pero todas con base falsa, con argumentos oscuros, con misterios indescifrables, con un no se qué de negro y confuso, que la razón rechaza y que solo despiertan dudas que concluyen por helar el corazón.

Decía Voltaire, que si no hubiera un Dios, sería necesario crearle para poder vivir.

Yo a mi vez digo, que no había de ser un hecho la revelación de ultratumba, y tendríamos nosotros que magnetizar nuestro pensamiento y pedir a la fantasía que nos hiciera espera y creer.

¿Existe nada más grande, que más eleve al hombre, que la íntima convicción de que todos somos iguales?

El día que la humanidad se convenza de esta innegable verdad, no habrá razas ni privilegios, todos trabajarán, no por acumular tesoros metálicos, sino por conocer misterios Científicos.

Lejos está todavía esa aurora de paz; solo algunos hombres a quienes se llama *locos*, viven tranquilos en su modesto hogar, sufren resignados la condena que merecieron, y compadecen a los muchos *cuerdos*, que, como Caín son fraticidas.

¡Desgraciados de aquellos que solo ven la tierra! ¡Venturosos de nosotros que decimos «no hay culpa sin pena....!», ¡Bendito sea el Espiritismo, irradiación suprema, luz inextinguible, cedro secular a cuyo añoso tronco se enlazan la justicia, la verdad y la razón!

BIBIOGRAFIA

Sr. D. Manuel Ausó.

Hermano mío: Tú que has consagrado la mayor parte de tu vida al estudio, tú que comprendes toda la influencia que ha de ejercer en el adelanto de la humanidad la doctrina o, escuela espiritista, apreciarás en su justo valor todos los medios que se emplean para que nuestras creencias se arraiguen en la cabeza y en el corazón; tú debes leer y juzgar una nueva obra que hace poco tiempo publicaron nuestros hermanos Corchado y Benisia.

Paginas sangrientas lleva por título, con el apéndice de «escritas sobre episodios de la guerra civil»; es un libro que está llamado a ser uno de los mejores propagandistas de nuestra filosofía, por lo mismo que no dice una palabra de la «monomanía» que nos enloquece.

Es el iniciador de una escuela y de una literatura embrionaria hoy, pero que tomará forma mañana.

Sencillo en su dicción y profundo en su idea, es un romancero popular que pinta con facilidad admirable los proezas y las derrotas de uno y otro bando.

Retrata con enérgica verdad los tipos más caracterizados de los secuaces del oscurantismo, anatematiza la guerra y pone en perfecto relieve el estado fatal de nuestra pobre España en pocas páginas la causa que nos tiene sumergidos en el verdadero infierno de los pueblos; y este asunto capital, este gran lienzo histórico, está delineado tan perfectamente; que atrae nuestras miradas, y encontramos en sus conceptos el aplauso para el héroe, la ternura para el mártir y la compasión para el réprobo, y entre este conjunto de bellezas hay algo que flota, hay una bruma imperceptible, indecisa, vaga, impalpable, que se presiente, que se adivina, coronando y envolviendo la cima de aquella montaña de pensamientos ardientes y generosos.

Se nota un «no se qué» especial en muchos de sus episodios, y como prueba te transcribo los siguientes versos de una invocación que hizo su autor ante la estatua de Carlos II.

De muy buena gana la copiaría íntegra, pero queriendo llamar tu atención sobre otras composiciones, copio solamente el final.

¡Oh!, tú, Carlos, que puedes como espíritu
el espacio cruzar en raudo vuelo,
y penetrar inadvertido, oculto,
en la humana conciencia y su misterio,
vuela y dile al osado que pretende
revivir tu maldad o desacierto,
que hoy no pueden triunfar en este mundo
leyes inicuas que rechaza el pueblo.
Y si esclavo de torpes ambiciones
rudo persiste en el odioso intento,
dile que sabes, con dolor profundo,
que para el hombre sanguinario y fiero
tiene la historia maldición eterna,
el Juez de jueces, tenebroso averno.

Usando de un lenguaje gastronómico, te pregunto: ¿A qué te saben estos versos? ¿Qué notas en ellos?

Más adelante, hablando de la formación de la familia la describe de este modo:

Acaso no es la familia
fortuita organización;
acaso un inquebrantable
precepto regulador
que el mismo cielo dictara
preside a su formación;
acaso el alma, partiendo
de manos del Hacedor,
tiene sin traba ninguna
libre siempre la elección
de la familia en que pueda
desenvolverse mejor.

.....
.....

Así tuvieran sin duda
racional explicación
esas odiosas familias
cuyo instinto destructor
parece que se transmite
por natural sucesión.

¿No entiendes tú la familia de igual manera? Yo creo que sí.

A la mitad del volumen, encuentro la descripción de la vida, tal como nosotros la concebimos.

La vida; la humana vida
tiene un objeto más noble
que el de saciar egoísmos,
sembrando muerte y dolores,
se nos da infinitamente
tantas cuantas ocasiones
le pedimos al eterno
autor de todos los orbes,
para librar al espíritu
de sus mil imperfecciones.

.....

Y todos cumpliendo
el deber, seguro norte
por donde llegamos todos

a las celestes mansiones.

.....

No me creo en condiciones para escribir el juicio crítico de ningún libro; siempre que me ha ocurrido la idea de meter semejante empresa, he recordado la siguiente redondilla de nuestro hermano Alonso Martínez, definiendo al censor:

El que en malísima prosa
critica con tono grave;
criticar cualquiera sabe,
escribir... ya es otra cosa.

No ha sido mi ánimo juzgar literariamente las *Páginas sangrientas*, aunque dicho sea de paso, encuentro en su verificación, facilidad, galanura y tal vida en sus imágenes que se puede decir al leer la descripción de las batallas, que se *oyen* los tiros y que se *ven* las víctimas del plomo homicida; pero yo no he querido reclamar tu atención para los detalles y los accesorios, no; yo deseo que te fijas en el fondo, en el asunto del cuadro, a ver si encuentras como yo, delicadas ráfagas de Espiritismo, notas suaves de claridad, gotas de rocío que vienen a humedecer la tierra calcinada para que, se reproduzca la esperanza.

Rayo de luz que intenta disipar las densas nubes que cubren el horizonte de nuestra literatura, que fluctúa entre el gusto *mi generis* de nuestra época, y entre las conveniencias sociales, que la empujan a ser un instrumento de mezquinas ambiciones, convirtiendo a nuestros mejores poetas en pobres jugadores, que lo mismo cantan ante el gorro frigio que ante lo púrpura imperial.

En *Páginas sangrientas*, encuentro españolismo, y sobre el amor patrio, otro amor más grande, más inmenso, más profundo, el amor universal, la unión de los pueblos enlazados por el cordón fluídico de la verdadera caridad.
Adiós, hermano mío, " y salud..'

A LA MEMORIA DI, ALLAN KARDEC

Locos errantes, que cruzáis la tierra
oyendo un eco que en los aires zumba;
los que sufrís encarnizada guerra
porque en vosotros el ayer retumba,;
los que decís que el porvenir se encierra
en la perpetua vida de Ultratumba;
a vosotros, ilusos y utopistas,
me dirijo: escuchadme espiritistas.

Yo vine al mundo y penetré en la vida
con la incredulidad por patrimonio;
nunca acepté la gloria bendecida,
ni el limbo, ni el infierno, ni el demonio.
Yo he buscado otro punto de partida
que del gran Ser, me diera testimonio,
ninguna religión, dogma, ni rito,
me ha mostrado de Dios el infinito.

Yo admiro en las gigantes catedrales
de los nobles artistas el desvelo,
que en el mármol grabaron los anales
de la bíblica historia de este suelo;
escucho las salmodias celestiales
y murmuro después, con desconsuelo:
la inspiración del hombre es portentosa,
más la causa primera es otra cosa.

Contemplo con placer y con respeto
a la ermita en el monte solitaria,
en donde un hombre, por su fe sujeto,
eleva a Dios monótona plegaria:
mas para adivinar el gran secreto
inútil es la vida estacionaria;
pues Dios dijo a los hombres: «Acercaos,
y en un eterno amor multiplicaos».

Y aunque dice Volney: que la gran ciencia
es el saber dudar; yo, francamente,
anhelaba tener una creencia
para no ser a toda indiferente;
porque la destructora indiferencia
es la lepra moral, que el hombre siente:
¡ay de aquel, que murmura con hastío:
«No me impresiona ni el calor ni el frío!»

En el materialismo, del problema
no hallé definición satisfactoria;

porque éste niega la Verdad suprema,
y su vida es un sueño si .memoria.
Yo no puedo aceptar el anatema
que nos deja sin nombre y sin historia,
que, el hombre, *sin ayer y sin mañana*,
es un delirio de la ciencia humana.

Con noble afán y con tenaz empeño
le seguí a las escuelas preguntando
por el gran ser, del Universo dueño
y todas me lo fueron presentando;
mas era tan raquítico el diseño,
que a mi pesar, quedábase dudando,
hasta que el viento que en los busques zumba,
trajo hasta mí los ecos de Ultratumba.

Ecos vagos, extraños, confundidos...,
que pretenden cambiar la faz del mundo;
por unos, con asombro recibidos,
por otros, con desprecio sin segundo;
pero el caso es que fueron sometidos
a un examen y análisis profundo,
y que las muchedumbres repetían:
que los muertos hablaban y sentían.

Allan Kardec, filósofo eminente,
se asemejó a Colón, que tras los mares
vio las palmas de un fértil continente
y escuchó de otros hombres los cantares:
y Allan Kardec, que fue constantemente
el sabia explorador de nuevos lares,
también veía rodar por los espacios
planetas can techumbres de topacios.

El vio la irradiación del infinito
en algo que su mente presentía,
y el porvenir del hombre, lo vio escrito
con torrentes de luz y de armonía;
hallé en sus obras el Jordán bendito
que calmara la sed del alma mía,
y desde entonces, sigo mi jornada
esperando tranquila y resignada.

Inmensa gratitud guarda mi mente
al que nunca debemos olvidarle.
¡Espiritistas!, nuestro afán ardiente
uno solo ha de ser, el imitarle;
él fue nuestra lumbrera refulgente,
debemos por su ciencia venerarle;

que él nos profetizó mejores días
y del progreso eterno; fue el Mesías.

¡ Gloria a su nombre, a sus virtudes gloria!
Del adelanto infatigable obrero,
él alcanzó del bueno la victoria.
¡Feliz aquel que siga su. sendero!
Honremos del profetas la memoria
con nuestro amor profundo y verdadero
¡Oh! regenerador de las ideas...
¡ Bendito Allan Kardec! ¡Bendito seas!

IDEAS VAGAS

I

Dicen que la mayor parte de los poetas y de los escritores, somos médiums inspirados, y es una gran verdad; ¡cuántas veces sentimos una profunda impresión y no podemos expresar lo que experimentamos! En esos momentos, sin duda alguna, se hallan lejos de nosotros nuestros espíritus protectores, y nuestra sola inteligencia no es bastante hábil para definir lo que siente; pero la contrariedad es nuestro constante punto de partida; cuando nos encontramos abrumados de ideas sin poder formar un pensamiento, entonces nos obstinamos en querer decir algo.

Hoy me encuentro yo en una de esas enojosas situaciones: en mi mente surgen y germinan mil y mil ideas, pero al intentar revestirlas de frases para presentarlas, mi imaginación se asemeja a la torre de Babel.

El epígrafe de este artículo corresponde perfectamente al estado de mi ánimo, y es una situación extraña en mi ser, porque siempre me doy cuenta de lo que siento.

Tal vez la variada lectura de uno de esos libros que pululan al principio de año, conocidos con el nombre de Almanagues, me habrá producido tal confusión.

Los pequeños volúmenes enciclopédicos son una fotografía de nuestra sociedad, una galería contemporánea donde se encuentran multitud de tipos, que muchos de ellos imprimen un carácter especial a nuestra época, si es que nuestra época puede tomar un color determinado, que realmente lo tiene; porque no lo ha tenido ningún periodo de transición, y el siglo XIX es un sepulcro y una cuna. Está llamado a ser el siglo de las hecatombes sociales; en él tendrá lugar la más grandiosa epopeya, se verificarán las exequias del fanatismo, y el túmulo del pasado se convertirá en fuente cristalina donde se bautizará el presente, que en brazos de la civilización recibirá del adelanto el hermoso nombre del progreso.

Y falta hace, verdaderamente, que la luz irradie en este planeta; porque da pena ver a muchos hombres de notable ingenio, que luchan con la razón libre y su fe ciega, y que por las conveniencias sociales ocultan otros su íntima opinión y aparecen ante el mundo con el antifaz que éste les quiere poner.

Otros se dejan magnetizar completamente y a pesar de tener genio y lucidez, se embriagan con el fanatismo y se encierran en su estrecho círculo.

Estas observaciones me las inspira un epitafio, de uno de nuestros mejores poetas, que ha escrito en la tumba de su madre, y dice así:

¡Te haré compañía
que aun quedas conmigo;
pues yo, madre mía,
he muerto contigo!
¡La cruz silenciosa
nos llena de calma;
aun más que esta losa

te cubre mi alma!
Aquí nos espera
la mano de Dios;
tú dentro y yo fuera...,
durmamos los dos...

¡Qué idea tan pequeña de la vida tiene el cantor de esta. Aquí nos espera -la mano de Dios;-tú dentro y yo fuera durmamos los dos...!

¡Dormir!... ¡Dejar de ser.., descanso eterno, inacción absoluta...!

Los católicos romanos son materialistas en su esencia que niegan a Dios, si, lo niegan, son apostatas, y yo prefiero la franqueza de los ateos, porque se presentan :sin antifaz ninguno, sin temor al que dirán; es la escuela que más, respeto, la materialista, después de la doctrina es espiritista , y acato, no sus ideas, pero si su enérgico proceder y la grandeza y la libertad de su pensamiento.

Además, yo no concibo más que dos imágenes lógicas respecto a la creación, o la casualidad o la suprema justicia en la eterna igualdad, por eso me inspiran repulsión todas las religiones positivas, porque, pintan a un Dios inconcebible.

Así se dice vulgarmente:-Todos los hombres de talento se vuelven locos, y o niegan a Dios o le quieren sin templos ni altares.

Naturalmente, que analizando lo que es la vida, hay que optar entre la nada, y el todo, entre la luz y la sombra, por que son inadmisibles los crepúsculos.

Yo me admiro y me asombro al ver que durante tantos siglos se han sucedido las se han generaciones, admitiendo al Dios del sacrificio y del exterminio, especie de monstruo titánico, de peor condición que los hombres; porque estos suelen ser mucho mas misericordiosos con hijos que lo es el Dios de Moisés.

Después lo humanizaron, y dijeron; que Dios perdonaba con solo que tuviéramos un minuto de verdadero arrepentimiento a la hora de morir.

H e aquí una religión muy cómoda, porque podemos satisfacer todos nuestros malos deseos y luego con una plegaria al finalizar esta vida, nos vamos a reunir con aquellos que, durante su existencia, se sacrificaron en bien de la humanidad.

No son los estrechos límites de un periódico lugar apropiado para hacer un examen detenido de todas y cada una de las aberraciones religiosas que han empequeñecido el orden social de este planeta, cuyos habitantes no conocen a Dios, sino a su parodia; porque todas las religiones sin exceptuar ninguna, han naufragado en el piélago del error.

II

¡Cuántas veces contemplo con lástima y sentimiento a muchos hombres que dicen:-Yo sería espiritista, si viera un fenómeno, si; los muebles se movieran solos o se me presentara en la mitad del día mi padre a mi madre..., nada, nada, efectos físicos, pruebas tangibles, las teorías no son más que palabras bonitas, frases huecas y retumbantes!

¡Pobres ciegos! ¡Se contentan con beber una gota de agua, cuando tienen a su alcance el Océano!

Qué valen los ruidos inusitados, ni los objetos en movimiento, ante la maravillosa fábrica de la creación?

Muy atrasados deben estar nuestros esperitus cuando no adivinamos, cuando no vemos las repetidas ediciones que ha hecho Dios de su gigantesca obra, cuyos capítulos son los soles, siendo la tierra un pequeño párrafo en esa historia universal.

Y sin embargo, está tan a la vista el efecto y la causa, que es necesario ser sordos y ciegos para no comprender la verdad.

La diferencia de fortuna de unos, la desigualdad de condiciones morales en otros, el vicio ensalzado, la virtud olvidada, la belleza de éstos, la deformidad de aquéllos, ¿no manifiestan claramente que un Dios tan justo y tan inmensamente bueno, no podía crearlos sin darles un más allá...? Dicen muchos que eso constituye la armonía universal, no; la armonía no la pueden producir para Dios las quejas de unos y la risa de otros, el crimen de éste y la bondad de aquél; eso es imposible.

Cuando nosotros, miserables átomos, visitamos un hospital y de dicho local pasamos a un palacio de mármol y de jaspe, ¿nos agrada?, ¿nos recrea?, ¿nos satisface aquella violenta transición?, no; sentimos frío en el alma, y falta tierra a nuestros pies, porque el desequilibrio social hace oscilar la superficie del mundo.

Pues si esto sentimos nosotros, que somos exclusivistas y egoístas en grado máximo, ¿qué deberá sentir, Dios, que es la personificación del amor infinito?

Semejantes deístas, repito que son materialistas disfrazados; estos últimos siquiera definen la inarmonía universal, que no viendo más que este círculo, es casi inadmisibile; aunque el edificio de su razón vacila en su base, como el de las religiones positivas; para los materialistas no hay más que fuerza y materia, la electricidad es su alma; hablan mucho, pero... razonan poco y tienen muchas veces que enmudecer, como le ha sucedido ahora a un doctor materialista, que sostenía casi diariamente una acalorada polémica con un poeta deísta, el cual le hizo la siguiente pregunta en este bien acabado soneto:

Yo tengo un perro; si mi humor es triste,
llega y me halaga y a mis pies se tiende,
mas brinca y juega y mi alegría entiende
si gozosa expresión mi faz reviste.

Como nocturno centinela asiste
en mi tranquilo hogar, y lo defiende,
y si de alguno el ademán me ofende
ládrale ronco y con furor le embiste.

En diferente voz me advierte o llama,
y si es preciso, por mi bien se inmola
este perro, este amigo que me ama.

Doctor, os hago una pregunta sola:
Si espíritu no tiene que le inflama,
¿me quiere con el lomo o con la cola?

El materialista le prometió contestarle por medio de un folleto, pero ha transcurrido algún tiempo y sin embargo, aún no ha contestado.

Plegue a Dios que su silencio sea motivado porque en su estudio profundo haya encontrado un algo que le haga enmudecer; una causa pequeña, al parecer, da inmensos resultados.

En las insignificantes ranas descubrió Galvany la electricidad; un poco de agua hirviendo dio el quien vive al vapor, una simple fruta fijó la ley de gravedad, una lámpara la rotación de la tierra; ¿quién sabe si una epigramática pregunta nos hará adquirir un nuevo hermano y con él obtendremos una piedra angular? Porque los sabios son los cedros seculares que prestan su sombra a la ignorante humanidad, y generalmente los materialistas, que no tienen más Dios que su ciencia, son poderosos elementos que pueden contribuir al bien general.

Nuestro lema es «hacia Dios por la ciencia y la claridad», pues ,bien; que nos den ellos su ciencia y nosotros les daremos la realidad de la vida, Dios en la razón, Dios en la justicia, Dios en la igualdad, que eleva la materia y la hace instrumento de acción para el espíritu, que la enlaza con él, y vive eternamente más o menos condenada, más o menos fluídica, disgregada en átomos y unida en mundos, pero *siendo* siempre.

Los materialistas y los falsos deístas se me figuran cadáveres galvanizados: muchos Lazaros duermen en sus tumbas; imitemos a Jesús llamando a sus sepulcros y haciéndolos levantar; caminemos unidos, unifiquemos diferentes fracciones de las ideas, y dejemos puesta la primera piedra del amor universal.

A CLEMENTINA

(HERMANA DE LA CARIDAD)

Eres de esas creaciones seductoras,
que te puede llamar ángel divino;
pues tanta es la ternura que atesoras
y tan grande y tan santo es tu destino.

Tu bendita misión en este suelo
es consolar del pobre los enojos:
y se refleja un algo, de otro cielo
en la sonrisa de tus labios rojos.

Es tu voz argentina y hechicera,
y tu cuello de cisne cual la nieve,
y tu talle gentil cual la palmera
que con pena sustenta tu pie breve.

Te inclinas con tan lánguido donaire
como exótica flor que trasplantada,
no halla bastante luz, bastante aire...,
para abrir su corola delicada.

Pareces de otro mundo desprendida
por la diafanidad de tu organismo;
la tierra para ti no tiene vida,
y debes asfixiarte en este abismo.

¿Por qué has venida a este planeta, dime?
¿Cometiste ayer algún delito?
o es que te ha dicho Dios:- “Ves y al que gime
dile que el porvenir es infinito”

“Dile a los hombres, que en mi amor profundo
les ofrezco una senda limitada,
y que pueden seguir de mundo en mundo,
sin que nunca termine su jornada”.

“Que alcanzarán más pronto la victoria
aquellos que consagran su existencia,
a dejar en el libro de la historia
episodios de amor, de fe y de ciencia”.

Así el Eterna habló, sin duda alguna,
pues tus labios así lo repitieron:
al mecer de los huérfanos la cuna
y al velar a los pobres que murieron.

Esto has dicho en los campos de batalla
oyendo el rebramar de los cañones,

y quemando tu plantas la metralla,
que sin hombres dejaba a las naciones.

De santa caridad tu mente llena
ni un momento tu paso se detiene,
revelando el amor del alma buena,
que con alta misión el mundo viene.

Quando tu rostro vi, súbitamente
se despertó un recuerdo en mi memoria,
éste, formas tomó rápidamente,
y me vino a contar toda una historia.

Siendo yo niña, en mi tranquilo sueño,
vi a una mujer de espléndida hermosura,
yo la seguí, con tan tenaz empeño,
que en mí fijó sus ojos con dulzura.

Túnica leve de color de cielo
aumentaba, (si es dable) sus hechizos;
y de nevado tul flotante velo
acariciaba sus dorados rizos.

Cogió mi diestra, me miró sonriendo
y dijo, «ven» crucemos el vacío:
y fuimos por el éter ascendiendo
y contemplé otro mundo en torno mío.

Una vegetación más poderosa
levantaba sus bosques seculares,
y altas montañas de color de rosa
aprisionaban los revueltos mares.

¡Y fábricas, talleres, movimiento...,
mundos de luz, torrentes de armonía... ¡
¡Cuánto puede soñar el pensamiento
en su febril y ardiente fantasía...!

Todo lo vi pasar ante mis ojos
sintiendo disgregarse mi materia;
y libre de pesares y de enojos
olvidé de este mundo la miseria.

Y nueva aspiración, y nueva vida
me prestaba su aliento soberano,
y con mi propia ciencia engrandecida
surcaba del progreso el Océano.

El tiempo transcurrió; más de repente
encontré transformado mi organismo,

sintiéndome arrastrar por la corriente;
que me lanzaba a mi pasado abismo.

Mi hermosa compañera con ternura
me dijo tristemente: «Es necesario,
que vuelvas a la tierra, a la clausura,
porque en ella te espera tu calvario».

¿Quién eres tú?, la, pregunté afanosa,
la civilización, (me dijo ella),
«yo soy la luz, la fuerza poderosa,
soy de los mundos la polar estrella».

Besó mi frente, y se perdió el querube
entre montañas de nevada espuma:
flotó su manto cual ligera nube...,
y el horizonte se cubrió de bruma.

El simbólico sueño en mi memoria
dejó tan honda, y tan profunda huella,
que he buscado en mi vida transitoria
la realidad de la visión aquella.

En mi constante afán dejé mis lares
y no la hallé ni en templos ni en cabañas,
ni en las hermosas noches de los mares,
ni en la aurora feliz de las montañas.

Y cuando el desaliento me dejaba
en brazos *del no ser*, del ateísmo,
una voz escuché que pronunciaba,
esta frase bendita: ¡Espiritismo!...

Este quien vive a la razón lanzado,
estudiar y analizar la vida,
y la encontré sin limite fijado,
siendo el progreso el punto de partida.

Una mañana. sin un modesto asilo
en donde hallan un puerto los ancianos, (1)
vi a una mujer con ademán tranquilo,
que le hablaba de amor a sus hermanos.

En mis oídos resonó su acento
como dulce y lejana melodía,
y sin saber por qué, mi pensamiento
buscó algo de su ayer, que aún sonreía.

Y el simbólico sueño, a mi menoría
trajo mundos de luz, ríos de flores....,

horizontes sin fin, de eterna gloria...,
oriados de fulgentes resplandores.

Y aunque tosco sayal cubre tu talle,
y aunque ciñe tu frente blanca toca,
en ti he vuelto a encontrar, lirio del valle,
el ángel que el progreso a Dios invoca.

Tu espíritu es el mismo, Clementina,
que me llevó a través del infinito,
por eso es tu misión semi-divina,
y por eso consuelas al proscrito.

La *civilización* simbolizada
en caridad, amor y mansedumbre,
parece hacernos más breve la jornada
y del trabajo coronar la cumbre.

¡Hermosa Clementina!, casta y pura:
tu grandiosa misión yo la bendigo;
si dejas este valle de amargura,
no me dejes aquí, quiero ir contigo.

*(1) Hospital de las hermanitas de los pobres, donde se albergan ancianos de ambos sexos
sesea, en Madrid;*

EL FANATISMO

I

Entre las muchísimas debilidades e imperfecciones de que adolece la raza humana, el fanatismo es quizá (y sin tal vez) el más trascendental de nuestros defectos, y el que más perjudica a todas las instituciones sociales, sean políticas o religiosas, artísticas o científicas y sobre todo a la que compone la familia y hogar doméstico, constituyendo entre sí la vida y centro de acción moral e intelectual del hombre.

Esa calentura, esa especie de excitación nerviosa, ese vértigo que nos domina, es el cloroformo de la razón; el hombre fanatizado es una máquina, es una cosa, es un juguete, con el cual juegan a discreción todos aquellos que saben halagar las pasiones, convirtiéndolas en vicios, que lo enloquecen por completo.

Tal vez algunos me dirán que sin fanatismo no hubiese habido mártires: ciertamente que no; pero es que yo a los mártires no los encuentro necesarios: las víctimas y los sacrificios son consecuencias de las aberraciones humanas' más no indispensables para Dios.

¿Cómo ha de querer el Eterno el tormento y la descomposición multiplicada de sus hijos, cuando en su infinito amor ha puesto a nuestro alcance millares y millares de mundos donde progresar y vivir? Nosotros, y únicamente nosotros, somos los fatalistas visionarios que decimos: Dios lo quiere; no, no es Dios, es nuestra vida pasada, es nuestro ayer al parecer perdido, más hallado, y muy hallado por cada individuo relativamente, sin perderse ni una sonrisa; sin evaporarse ni una lagrima: pera... dejaré la digresión volviendo los ojos al punto de partida, que me sirve de estrella polar en mi presente trabajo.

El fanatismo es innegable que empequeñece cuanto toca, porque produce la fe ciega, y ésta no permite analizar ni juzgar; no hace más que creer, y esto no es bastante es necesario saber el por qué se cree; he aquí la razón, porque no quiero que el fanatismo se apodere de ninguna religión, ni escuela filosófica, sea cual sea, porque los fanáticos son intolerantes, quieren siempre imponerse y para mí el derecho de la fuerza es la osadía de la flaqueza.

Fatal es la influencia de ese enemigo. capital de todos los hombres, pero causa mucho más estrago en las inteligencias débiles y limitadas; a esas desgraciadas criaturas las convierte en bufones de la sociedad, y desdichado de aquel que nos inspira una compasión risueña o festiva Porque éste sentimiento *sui generis* no sólo destruye el valor moral de aquel ser únicamente, sino que se apodera, de la escuela o religión a que pertenece, haciendo recaer en ella el ridículo en absoluto; por esto, repito, y no me cansaré de repetirlo, esos pobres fanáticos, con la más sana Intención, están sirviendo de testigos falsos para dar fe de un hecho que no conocieron.

El Espiritismo tiene también estas limas sordas, enemigos inconscientes, pero temibles, que si bien no le derriban, porque éste es incommovible, empero arrojan el agua del sarcasmo social sobre sus piedras angulares, y los cimientos sino flaquean, al menos parece que se van hundiendo en arena movediza.

Estos puntos negros son los de los hombres fanatizados, que se empeñan en ser médiums a viva fuerza; porque muchos creen que no siendo médiums, no se puede ser espiritista: necedad para la cual no encuentro adjetivo que la califique, ¡y cuánto daño no hace ese

inocente deseo..! ¡Y a cuántas burlas da lugar, entorpeciendo y debilitando nuestra propaganda;

Dice un refrán: “Que los tontos ni para santos sirven”, y añade otro: «Que es necesario tener un poquito de Dios y otro poco del diablo», dando la última pincelada aquel de:” El tontamente peca, tontamente se condena”.

Yo tengo un gran placer en estudiar en ese álbum universal que han formado los proverbios populares, dísticos, anónicos, aforismos sapientísimos, profundas sentencias que sin abrigar pretensiones, son el índice de la historia de este y cuando encuentro en mi camino a una de esas almas cándidas que se impresionan, y no raciocinan, no puede menos de exclamar: bien dicen que los adagios son , manifestaciones de la verdad, simplificados y puestas al alcance de todas las inteligencias.

Hace tiempo que conozco a un tipo especial, que quiero retratar, para que todo aquel que tenga conciencia de si mismo y estudie las doctrinas espiritistas, lo contemple con detenimiento y trate de no parecerse a él: primero, para no perjudicar a la idea colectiva; segundo, para no convertirse en histrión o payaso, que es el papel más triste y más secundario que podemos representar en la comedia de la vida; por que no sabe hacerse valer y respetar por si mismo ¿qué considera razón puede pedir a los demás? Ninguna absolutamente ninguna.

II

El dolor no cabe duda que nos regenera, por que nos hace buscar la luz, engrandeciendo la orbita en que giramos.

Decía Jesús: Que mas fácil era que pasara un cable por el ojo de una aguja, que entrara un rico en el reino de Dios, ¡Cuán cierto es esto! Los poderosos de la tierra, los que viven entre placeres, olvidan el ayer, no aprecian el presente y desconocen el mañana: para ellos la creación es un libro cerrado.

¡Pobres peregrinos! ¡Cuántas veces tendrán que cruzar de nuevo el desierto de la tierra! Tengamos compasión de su infortunio y roguemos por ellos.

Una gran parte de los espiritistas que me rodean, abrazaron tan consoladas a creencia, por la pérdida de alguna persona querida, y el héroe de mí, verídica historia, pertenece a este número. Perdió a la compañera de su vida, a la tierna madre de sus hijos, y cuando en su desesperación negaba la grandeza y misericordia del Eterno, escucho ,una voz bendita, ésta encontró eco en su mente, el eco repercutió en su corazón, le reanimó la dulcisima esperanza; de comunicarse con su inolvidable esposa, y fue espiritista de impresión, entregándose en cuerpo y alma a estudiar la mediumnidad, que él quería poseer, empeñándose en que su esposa se había de comunicar con él, y seguir el mismo, género de vida unido a ella, como cuando ésta estaba en la tierra.

No son los estrechos limites de un mal articulo (como el mío), armas suficientes para entrar en lucha y hacer notar las consecuencias tristísimas que de semejante aberración. se desprenden; muchos artículos se necesitan escribir para combatir este error del fanatismo, y yo desearía que plumas más autorizadas, se ocuparan en tratar este punto importantísimo, porque nos interesa muy de cerca.

¡Espiritistas!, en el corto del progreso todos debemos ser, cazadores: las medianas inteligencias pueden olfatear, y los genios elevados seguir la pista y herir con certera mano las anomalías, los absurdos y los errores.

Mi héroe en cuestión lo ha guiado, un pensamiento muy, bueno, queriendo perpetuar, a su modo, el afecto que le hizo feliz en la tierra; es espiritista en el fondo y materialista, en la forma, llegando a convencerse que posee una mediumnidad incalificable, puesto que padece una contracción nerviosa acompañada de sonidos o crugimientos de huesos, que se repiten siempre que evoca a su esposa, sintiendo, el hálito de ésta que acaricia su frente.

Esta extraña *mediumnidad* se ha convertido en una lamentable monomanía y por instantes aumenta el movimiento de sus brazos, la agitación de su pecho y el cansancio de todo su ser.

Sus hermanos en creencias lo miran con lástima, y de esta al desdén no hay más que un paso, y los profanos al Espiritismo, se ríen de su credulidad y concluyen por decir, con profundo desprecio: «No es digna de estudiar una escuela que engendra semejantes locos».

Y este hombre, de digno continente, de desahogada posición social, de afable trato, siendo un buen padre de familia y con excelentes condiciones morales, lo ha convertida, el fanatismo en el hazme reír de todos, en un mal espiritista, puesto que materializa y parodia el acto solemne de la comunicación ultra terrena y es uno de los muchos enemigos inocentes con que cuenta el Espiritismo.

Espiritistas; raciocinemos, estudiemos y analicemos, y de ese modo no seremos fanáticos ni delirantes creyentes, sino *racionalistas*; la razón ante todo; y vosotros, pretendientes de carteras medianímicar, tened entendido, que el Espiritismo no se encierra en la mediumnidad: un médium puede serlo cualquiera, y un buen espiritista es tan difícil hallarle, como el movimiento continuo y la cuadratura del círculo.

Tratad de ser espiritistas de *razón* y no de *efecto*.

Los rudimentos de la mediumnidad, son las primeras letras del silabario de ultratumba, corregido y aumentado por las épocas y las civilizaciones, y la abnegación, el trabajo, la ciencia, la resignación, la paz íntima de nuestra mente, y la inagotable y verdadera caridad, son los libros de texto donde aprenden a leer los espiritistas de razón; los que adoran a Dios sin detalles ni accesorios.

¡Espiritistas! El punta negro de la civilización, no lo olvidéis nunca: es el fanatismo.

EL BUEN SIERVO

**A MI HERMANO D. EDUARDO DE LOS REYES.
POR EL PREMIO QUE OBTUVO EN LOS JUEGOS
FLORALES DE MURCIA.**

14. Porque el reino de los cielos es como un hombre que partiéndose lejos, llamó a sus siervos y los entregó sus bienes.
15. Y a éste dio cinco talentos, y al otro dos, y al otro uno, a cada uno conforme a su facultad, y luego se partió lejos.
16. Y el que había recibido cinco talentos, se fue y granjeó con ellos, e hizo otros cinco talentos.
17. Asimismo el que había recibido dos, ganó también el otros dos.
18. Mas el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su Señor:
19. Y después de mucha tiempo, vino el Señor de aquellos siervos, e hizo cuentas con ellos.
20. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste: he aquí otros cinco talentos, he ganado sobre ellos.
21. Y su Señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor.
- 22
- 23
24. Y llegando, también el que había recibido un talento, dijo: Señor, yo te conocía que eres: hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste.
25. Y tuve miedo, y, fui y escondí tu talento en la tierra: aquí, tienes lo que es tuyo.
26. Y respondiendo su Señor, le dijo: Malo y negligente siervo, sabías que siembro donde no sembré, y que recojo donde no esparcí.
27. Por tanto, te convenía dar mi dinero a los banqueros; y viniendo yo hubiera recibido lo que es mío con usura.
28. Quitadle, pues, el talento, y dadla al que tiene diez talentos.
29. Porque a cualquiera que tuviere, le será dado; y tendrá más; y al que no tuviere, aun lo que tiene le será quitado.
30. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera: allí será el llorar y el crujir de dientes.

(S. Mateo, e. 25, «Parábola de los talentos»)

La razón, que nunca cesa,
cuenta los siglos que el mundo,
tras del misterio profundo
fue buscando la verdad.
Y en las diversas etapas
que recorrieron los hombres.
diéronle distintos nombre
a la suprema deidad.

Más un Ser no era bastante
a las razas primitivas
que se encontraban cautivas
de su misma admiración.
Un Dios fue poco y mil dioses
los idólatras tuvieron,
y entre todos repartieron
el poder de la creación.

En los bosques seculares,
en la montaña sagrada,
y en la espumante cascada
que de la peña brotó,
y en los huecos ojivales
de vetustas atalayas,
y en las arenosas playas
que el mar siempre acaricio;

y en los cometas que dejan
su estela en los hemisferios,
y en los tristes cementerios
donde brilla fatua luz;
en el templo, suntuoso
y en la solitaria ermita
donde vive el cenobita,
divinizando la cruz;

en todas partes el hombre
fue su pasado inquiriendo,
y a mil sombras revistiendo
con enlutado ropón.
En la severa Alemania,
y en las regiones de Oriente,
y en el nuevo continente
que a España le dio Colón.

vagaban trasgos, fantasmas...,
que los sabios nigromantes
avocaban anhelantes
para ver el porvenir.

Y la absorta muchedumbre
duendes y brujas veía...,
y a milagro atribuía
del horóscopo el decir.

Y en los libros venerados
de todas las religiones,
se encuentran apariciones
que revelan nuestro ayer.
Y los profetas, ¿qué han sido
sino médiums inspirados?
¡Historiadores sagrados...,
cronistas del Sumo sér!

Esa aspiración eterna
animó a la raza humana;
«la nostalgia del mañana»
es la herencia del mortal.
Y por eso caminamos
con un afán incesante:
que es el hombre el judío errante
en su marcha universal.

Más los años se suceden,
y en la vida transitoria,
arrastran tras sí la escoria
que otro tiempo nos dejó,
hundiéndose en el ocaso
la base del fanatismo,
que del puro cristianismo
la moral no reflejó.

Ya no existen *damas blancas*
exhalando tristes quejas;
se perdieron los *consejos*
entre el humo del vapor;
las grandezas del Eterno
no buscamos en la sombra,
que de los campos la alfombra
las manifiestan mejor.

Y en el lago, en el torrente,
en los valles y en los montes,
en los limpios horizontes
y en la horrible tempestad,
y en los mares que murmuran
como impotente precito,
¿no se encuentra el infinito
de la suprema verdad?

¿Valdrán más los fuegos fatuos
de olvidados cementerios...,
pequeñísimos misterios
de la materia en fusión,
que los millares de mundos
los infinitos planetas
que en sus órbitas concretas
encierran su rotación?

¡Y van pasando los siglos,
y van los globos girando...,
orden perfecto guardando
en su eterna exactitud.
Demostrando que el Eterno,
matemático profundo,
si límites trazó al mundo,
no los trazó a la virtud!

Esto lo comprende el hombre,
y hoy por eso no se afana
en descifrar el mañana
de su eterno porvenir:
busca en la ciencia el progreso,
porque la ciencia es la vida,
es la savia bendecida
que nos alienta a vivir.

Paro no la ciencia helada
del codicioso alquimista,
que es improductiva arista
que arrebató el huracán.
Ciencia que se relacione
y preste calor al alma,
que brinde consuelo y calma
en esta vida de afán.

Ciencia que enlaza a los hombres
sin necias preocupaciones,
que unifique las naciones
y estas formen sólo un ser.
¡Ser gigante, ser potente!...
Yo sublime de una raza
que al fanatismo rechaza
cual rémora de su ayer.

Esta aspiración sagrada
la tiene el Espiritismo;
salvar del oscurantismo
a la nueva sociedad,
demostrándola con hechos

la causa que sintetiza,
porque a Dios lo patentiza
la bendita caridad.

¡Bien haya el honrado obrero
que trabaja con fe viva,
y que la ocasión no esquiva
de luchar con noble ardor!
¡Bien hayas tú, buen hermano!
que activo y perseverante,
no pierdes ni un solo instante
en decir: ¡Dios es amor... ¡

Si yo la envidia abrigara,
¡por Dios que te envidiaría,
que adelantas a fe mía,
y no te puedo seguir!
Párate un momento, espera;
pera. no..., sigue adelante,
y no pierdas un instante
en buscar tu porvenir.

Sigue el hermoso camino
que tú mismo, te has trazado,
por tu fe te has separado,
de este mundo material.
Dios bendice a los mineros
de las regeneraciones,
pues nos dan con sus filones
la riqueza universal.

LA CIENCIA

Dicen los poetas que a las flores les es necesario el rocío, a los peces el agua y a las aves el aire, y nosotros decimos que a los hombres les es indispensable la ciencia, si han de vivir la verdadera vida del espíritu, si han de darse cuenta del sitio que ocupaban, si han de conocer, aunque sea ligeramente, los elementos que componen el aire que respiran, las plantas que lo recrean, y le ayudan a vivir, las montañas que atraen las copiosas lluvias, el organismo, en fin, de la tierra, con su maravillosa combinación.

El hombre sin estudios se asemeja al bruto y su adelanto se verifica lentamente, aun siendo un modelo de bondad y de amor, porque el que camina a ciegas tiene irremisiblemente que caer y en su caída arrastra tras de sí la idea que defiende, el principio que sustenta, la escuela a que pertenece, la religión que le une con el Creador; todo pierde su primitiva forma, tomando proporciones microscópicas lo que ayer las tuvo gigantescas.

Todas las religiones se han hundido en el polvo de los siglos, porque la ignorancia se encargó de engrandecerlas impulsándolas en el descrédito, pues al presentar la naturaleza en sus innumerables cambios la fuerza de su poder, lo que llamamos fenómenos, efectos de causas desconocidas para la ciencia, aquellas tuvieronlos por milagros, sucesos sobrenaturales, cuando nada hay sobrenatural ni extemporáneo; en Dios no hay situaciones de efecto, no hay decoraciones sorprendentes ni juegos mágicos, no hay más que una ley inmutable, fija y eterna: Dios es el matemático del tiempo y sus demostraciones son grandes y sencillas a la vez, porque le dicen a la razón del hombre como dos y dos son cuatro, con tal precisión y claridad, con tanta exactitud y evidencia, que bien se puede decir: que las matemáticas son las piedras angulares de la eternidad.

Pero el hombre siempre ha buscado la sombra y se ha enlazado al fanatismo como la hiedra al muro centenario; por eso han transcurrido tantos siglos y nuestro progreso ha sido tan lento, tan débil, tan enfermizo, digámoslo así, y arrastramos una existencia lánguida y perezosa, viviendo como autómatas, sin podernos dar cuenta de lo que somos, por qué vivimos, qué elementos constituyen nuestro ser y qué seremos después.

La raza humana por lo mismo que es muy ignorante es muy impresionable; la fantasmagoría es el cristal óptico por donde ha mirado siempre la creación y ha visto visiones, creando dioses vengativos y antropófagos, puesto que les ofrecían tantas víctimas, inmolando en sus aras afecciones, deberes, libertad y entendimiento.

Más tarde vino el Dios bolsista, el Dios del tanto por ciento; ese aún subsiste, aunque le va devorando el cáncer de la civilización y principia el estertor de su agonía.

La razón, primogénita de Dios y de la ciencia, es aún muy niña y no puede reinar; necesita regentes y nada peor para los pueblos que la minoría de un monarca.

Por eso los hombres luchan hoy tan encarnizadamente; porque las naciones son los diputados del congreso universal y cada una tiene distinta doctrina.

Alemania libre pensadora, es la que camina hoy a la cabeza de la civilización; con entusiasmo dice: El rey del fanatismo ha muerto, viva el rey de la ciencia, paso al progreso, y adelanta majestuosa, seguida de otras potencias que menos entendidas, y por lo tanto, menos libres, no se atreven a romper como ella, el mundo gordiano de las leyes tradicionales.

Los obreros de la civilización, deben cantar el hosanna y aleluya en honor de la que hoy es la primera nación del mundo. ¡ Salve, a la libre Alemania, cerebro de la Reforma!

¿Y por qué no hemos nosotros de seguir sus huellas, si tenemos inteligencia y voluntad para conseguir tan altos fines?

¿Qué hace falta para que lleguemos a su altura? Perseverancia en el estudio, energía para romper con necias preocupaciones, valor suficiente para arrostrar la befa y el escarnio como lo tuvieron Sócrates, Cristo, Galileo, Colón y tantos otros mártires, verdaderos santos, verdaderos creyentes, que murieron adorando el progreso.

Si; estudio, instrucción, porque sin ésta ningún adelanto puede subsistir, y las ideas más grandes, los pensamientos más sublimes las instituciones más humanitarias, no tendrían vida propia, teniendo que desaparecer de la tierra como las hojas secas del otoño arrebatadas por el vendaval.

¡Espiritistas!, amigos del bien; no basta ser buenos y compasivos, es necesario ser grandes, es imprescindible buscar en la sabiduría, el por qué del por qué: el espiritista sin estudio, el espiritista ignorante, se asemeja a los católicos romanos: cree, porque ve creer; y en el Espiritismo no deba haber fe ciega, no y mil veces no; el Espiritismo es el análisis, es él filtro por donde debe destilarse el agua de los hechos, para dejar en él las aberraciones humanas.

Si no estudiamos, si no nos instruimos, vale la pera que nos llamen. locos, no merecemos tal nombre, no somos dignos de llevarle.: los ignorantes no pueden ser locos, ese es un adjetivo que pertenece exclusivamente a los sabios, y a los adeptos de la innovación, la turba-multa con el de necios tiene bastante.

La comunicación de los espíritus, que es el hecho mas transcendental que se registra en la historia de los siglos, ese fiel de ultratumba, esa demostración evidente de la vida eterna, esa prueba tan innegable y tan consoladora de que no nos abandonan nuestros padres, hijos y hermanos, deudos y amigos, y que constantemente vivimos enlazados a ellos y éstos a nosotros, por el amor que, cual fluido universal, nos vigoriza y nos alienta; este hecho, repetimos, que es la manifestación de Dios, lo han empequeñecido, lo han parodiado algunos, ridiculizándolo de tal manera, que lo más sublime, y lo más santo, inspira hoy risa y compasión en muchos círculos de la sociedad.

¿Y sabéis peor qué?, porque nosotros, a imitación de los trapenses, cavamos nuestra sepultura, con menos dignidad que ellos lo hacían; puesto que silenciosos y graves no cambiaban más palabras entre sí que las de-«hermano, morir habernos,-ya lo sabemos», en tanto que nosotros con bombo y platillo vamos enseñando el mundo nuevo, tan pequeño como el tuti-li-mundi de los Saboyanos.

Y brotan médicos que, sin conocer la O, «inspirados por los invisibles», curan a diestro y siniestro, y los médiums sonambúlicos se multiplican dando estupendas comunicaciones y arrojando fluido sin ton ni son sobre los enfermos que se mueren, si ha llegado su hora; y entonces, grita la multitud indignada: ¡Lo, han matado los espiritistas! Cúlpense los unos a los otros, no culpen al Espiritismo: culpen a su gran ignorancia, a su mayor fanatismo, que la doctrina espiritista es demasiado grande, es una ley tan esplendente, que no la pueden resistir sus ojos enfermos.

A la literatura también le ha llegado el contagio burlesco espiritista, y abortos monstruosos de imaginaciones calenturientas y obsesadas, se lanzan al estadio de la prensa, diciendo: que sus libros son inspirados por los espíritus, y erigiéndose en propagadores del Espiritismo.

¿Cuándo ni cómo le ha faltado al verdadero espiritista el sentido común y el justo criterio?, nunca; porque no puede ser, porque el espiritista es humilde, y se conoce un poco a si mismo: por lo tanto, el que no tiene una gran inteligencia se contenta con practicar la caridad; y visita al enfermo, y consuela al triste, y aconseja al libertino, y reprende a la mujer perdida, y da un buen ejemplo con su irreprochable conducta, para que los demás le imiten, siguiendo su huella. Este es el retrato exacto del espiritista sin dotes literarias ni científicas; porque todas las inteligencias no pueden caminar a la paz, son humildes y laboriosas hormigas, pudorosas violetas, que no por estar escondidas dejan de embalsamar el ambiente con su delicada esencia.

Y los hombres dotados de más condiciones intelectuales, estudian detenidamente la naturaleza, y como Flammarión, Pelletan, Pezzani, Allán Kardec, Castelar y tantos otros que sería difuso enumerar, escriben obras verdaderamente científicas, enciclopedias de todos los conocimientos humanos.

Esos son literatos espiritistas, aunque algunos de los citados no lleven este nombre; pero, ¿qué importa que no se llamen espiritistas si propagan la ciencia, si difunden la luz, si reconocen una: causa y nos describen sus efectos? ¿Qué más les podemos pedir, llámense como quieran si su ciencia es una?

Pero los aprendices del Espiritismo se les figura que una obra para ser espiritista ha de tener indispensables revelaciones de ultratumba, y fantasmas y sombras, y todos los duendes habidos y por haber, y están en un gravísimo error.

Los libros espiritistas, lo que necesitan es ciencia profunda o moral evangélica, y cuantos volúmenes se publiquen sin estas condiciones los rechaza el Espiritismo por apócrifos, por calumniadores, por hipócritas y falsarios.

¡Espiritistas!, no descansemos sobre nuestros laureles, porque profundos sabios se encuentran en nuestras filas, no; de nada sirve que un hambre hable si no tiene quien le entienda, y aquí viene de molde el antiguo adagio: Predicar en desierto, sermón perdido; y mejor aún las razonadas frases de Cristo: No arrojéis margaritas a los puercos.

La unión es la fuerza, y ésta la vida; estudiemos con fe; rechacemos con energía a los embaucadores del Espiritismo, luchemos, entremos en batalla con la humanidad sin llevar cañones Krup ni ametralladoras, máquinas infernales que nos estacionan en la tierra; nuestras armas serán el testamento de Jesús, los traslados de la ciencia, en sus múltiples manifestaciones, las obras filosóficas de todos los sabios que hemos llegado a conocer. La ciencia es infinita, incomprensible para muchos, pero también hay breves compendios simplificados para que a todas las inteligencias llegue la luz.

Nuestro sagrado deber es decir muy alto que nosotros vamos hacia Dios por la ciencia y la caridad y todo aquel que especule con el Espiritismo ni es espiritista ni lo será.

¡Ciencia! ¡ Irradiación divina, bendita seas! A ti, y sólo a ti, encarnación de Dios, rendimos homenaje y culto ferviente las verdaderos espiritistas, que son sabios o humildes; nos creemos felices con pertenecer siquiera a los últimos.

AL INSPIRADO POETA MARIANO CHACEL

POR SU GALERIA DE RETRATOS LUGUBRES

Ha tiempo que buscaba en mi camino
un genio como tú, grande profundo,
que al llorar nuestro mísero destino
se elevara gigante sobre el mundo,
que anatematizando al asesino,
implacable, severo y furibundo,
dijera a los mortales:-Deteneos,
no sigáis el papel de fariseos.

«No deis a Dios arteros maleficios,
ni pasiones bastardas y mezquinas,
no le ofrezcáis horrendos sacrificios
al que cubrió de flores las colinas;
limpiaos, si podéis de vuestros vicios,
escudriñad las páginas divinas,
y vallaréis en las *Santas escrituras*,
paz en la tierra y gloria en las alturas».

«Mas si la persuasión nada consigue
y si el consejo para el hombre es vano,
y obcecado y tenaz la senda sigue,
que le conduce al crimen; si tirano
de sí mismo se torna; si prosigue,
codiciando el tesoro de su hermano,
y niega la verdad del infinito,
creyendo que el eterno es solo un mito».

«Por la *similitud* veré si puedo
combatir ese mal que le extravía.,
y *retratos* haré, que causen miedo
por su vigor y entonación sombría;
y tan exacto, y fiel será el remedo,
que yo haré en mi social *fotografía*,
que los que el dardo y el puñal oprimen
con repugnancia mirarán su crimen».

«¡Genios del mal!, venid, dadle a mi mente;
ferocidad de acción, torpe cinismo,
pintar lo que el precíto siente
para que se avergüence de sí mismo;
yo quiero que examine lentamente
el cráter del volcán, el hondo abismo,
donde la sociedad se precipita
siguiendo de Caín la ley maldita.»

Y los genios del mal te complacieron,

todos en tropel a ti llegaron
y del feroz *Pirata* te dijeron
que el chacal y la hiena lo engendraron
al *Ladrón* y al *Verdugo* forma dieron,
del *Jugador* la angustia retrataron,
la inicua condición del *Carcelero*,
y la ambición del *Usurero*.

La postrera queja del *Suicidio*,
el lamento fatal de la *Ramera*,
de la *Monja* la voz entristecida,
que ni en el cielo ni en el mundo espera;
el *Reo de muerte*, que al perder la vida
hace llorar su historia lastimera,
la imprecación fatal del *Presidiario*,
y la insaciable sed, del *Incendiario*.

¡ Y todos los dolores confundidos
del *Hambriento*, del *Ciego* y del *Poeta*,
del triste *Moribundo* los gemidos,
vida y color les presta tu paleta;
del *Pordiosero* copias los aullidos
que en su dolor a sus hermanos reta,
y del *Sepulturero* cuya azada
cava en la tierra la postrer morada!

De todos sabes modular el tono;
se encuentran en tu lira vibraciones
para la imprecación y el torpe encono,
y las más elocuentes oraciones;
afirmas que el Eterno tiene un trono
y que nuestras mezquinas condiciones
no son hijas del ser Omnipotente,
que es el hombre el que escoge libremente.

Nacen de nuestras leyes especiales,
que matan al mortal, que muerte hiciera
¿secan así las fuentes de los males?,
¿analiza y razona el que se muere?
Y a los hijos de apuestos criminales,
¿qué les ofrece el mundo que los hiera!
El olvido, el desprecio y la ignorancia,
que acorta de los vicios la distancia!

Esto dice tu acento prepotente,
que resonó en los ámbitos del mundo;
tu inspiración igualase al torrente
que arrastra tras de sí el cieno inmundo;
tu voz es poderosa y maldiciente,
es un grito, un lamento furibundo,

que a nuestro ser conmueve y electriza
y nuestras sensaciones esclaviza.

¿Llegaste a conseguir tu noble intento
cauterizando el cáncer de esta vida?
¿Comprendieron tu hermoso pensamiento
los hijos de la raza fraticida?
¿O fue tu voz el huracán violento
que al lanzar su terrible sacudida,
hizo brotar el fuego de los montes
y desgarró los negros horizontes?

¡Ay!, así fue; los hombres te escucharon,
más tu santa intención no han comprendido,
los grandes con desprecio te miraron,
los *pequeños* lanzaron un rugido;
que aquellos que a los pueblos predicaron ,
por premio a su trabajo han conseguido
lo que has logrado tú, maledicencia,
el martirio, y después... la indiferencia.,

En colectividad, esto se alcanza,
pero individualmente es otra cosa:
la voz que el hombre a los espacios lanza
el eco la repite vigorosa;
yo te escuché, y plácida esperanza
me hizo entrever edad más venturosa:
quien como tú los vicios abomina,
bien puede propagar la gran doctrina.

¿Sabes cuál es?, escúchame y atiende,
porque atención merece tal asunto;
hay una asociación y ésta defiende
la ley que dio Jesús, punto por punto;
perdona compasiva al que la ofende,
y cuando el hambre pasa a ser difunto,
le recuerda, le evoca, éste aparece;
y la vida .otra vez se restablece.

Por comunicación ultra-terrena,
demostrando que el hombre siempre vive
no del infierno en la terrible pena,
que la razón absurdos no concibe,
ni de la gloria en la mansión serena
donde la inercia al alma se prescribe,
que en el Espiritismo, la bonanza
no es la contemplación, la simple holganza.

Tenemos puertos con brillantes faros,
tenemos mundos de sin par valía

y horizontes tan límpidos y claros,
que no pudo solar tu fantasía,
resonando una voz que dice-«amaron,
porque el eterno amor a Dios nos guía»,
y los hombres se unifican
y al rey del Universo glorifican.

Por medio del trabajo en los talleres
y por gigantes buques en los mares,
y en las campiñas ofreciendo Ceres
abundantes cosechas a millares,
Guttenberg enlazando caracteres
al a la ciencia. luminares
electricidad con fuerte aliento,
su ligereza disputando al viento.

Mientras la caridad va descifrando,
del amor y el progreso en el guarismo
que en las ciudades libres es nefando,
consentir el fatal *proletarismo*,
la razón y la ciencia van mostrando
que el bien se debe hacer por el bien mismo,
y los espiritistas verdaderos
del adelanto son fieles obreros.

¿Quieres venir con tu inspirado acento,
con el dolor supremo de tu mente,
con ese inexplicable sentimiento
que se revela en tu cantar doliente?
¿Quieres que encuentre un eco tu lamento
y que se escuche tu plegaria ardiente?
Ven a nosotros, ven, nuestra creencia,
tranquiliza del hombre la existencia.

No porque el fanatismo nos embarga,
sino porque aprendemos a estudiarnos,
y hallamos más ligera nuestra carga
si la conciencia sabe reprocharnos;
nuestra lamentación no es tan amarga
si tranquilos podemos contemplarnos
repitiendo con fe este aforismo:
« para juzgar, *conócele a ti mismo*.

Y por Dios te aseguro que en la tierra
ninguno habrá que arroje una pedrada.

.....
Que no la halló Jesús, cuando, la guerra
todos le hacían a la mujer culpada;
todo aquel que razona y que se encierra
en su pasado, encuentra su mirada

un algo que le dice:-¡ Desgraciado!
¡Cómo has de recoger si no has sembrado!

Ven, poeta, ven; resignación bendita...,
encontrarás para calmar tu duelo,
resignación tu mente necesita,
pues tu canto revela el desconsuelo.
De Dios la caridad es infinita,
nunca nos niega celestial consuelo,
porque le dice al justo y al perverso:
--«Es tu centro de acción el Universo.

“Vive a tu antojo en él, tuya es la vida,
siembra si quieres recoger el fruto,
el Progreso es tu punto de partida
y a éste le debes ofrecer tributo;
tu existencia es eterna, indefinida,
y ya pierdas un siglo, ya un minuto,
tu espíritu, tu germen y tu idea,
ha, de *vivir* porque mi *Ser* la crea».

EL AVARO

A MI HERMANA EN CREENCIAS AFRICA MÉNDEZ

I

Hermana mía: una de las más grandes expiaciones que Puede tener el hombre, es la avaricia; porque saca en él todas las fuentes de la felicidad. Aunque en la tierra el placer si no es un mito le falta muy poco para serlo; pero con todo, el mortal puede, a imitación de Cristo, multiplicar como éste los panes y los peces, contentándose él con lo estrictamente necesario y dando a los pobres lo que pudiera gastar en superfluidades.

El hombre no tiene más necesidades que las que él quiere tener; si así no fuera, no existirían tres partes de la humanidad.

Si los palacios de mármol con todo el refinamiento del hijo nos fueran indispensables para poder vivir, ¿qué sería de los mendigos... Judíos de todos los tiempos, egipcios errantes, que sin hogar ni patria caminan a la ventura, llegando muchas de ellos a una edad muy avanzada?

El hombre no es más que un animal de costumbres; en todas las esferas vive y se aclimata y no son las comodidades materiales las que suelen prolongar la existencia; porque en la edad de piedra, cuando el hombre no usaba para salvarse de la intemperie, más que una tosca piel, vivía la vida del cuerpo hasta entrar en el periodo sexagenario.

Hoy no es así, nuestra estancia en la tierra es mucho más breve, y si algún hombre llega a ser octogenario no es seguramente el que habita los palacios, sino el que vive en las montañas.

Todo pecado lleva en si la penitencia; nuestra época altamente positivista, es avarienta, es codiciosa; el libro de caja es hoy el código de la humanidad; el tanto por ciento es el mote de nuestro escudo: la avaricia ha sido el distintivo de los hijos de Jacob; hoy todos somos descendientes de la tribu de Judá.

El suicidio se ha generalizado hoy en la emprendedora Inglaterra, y en la coqueta Francia: esa muerte violenta puesta al alcance de todas las miradas, ese fenómeno tangible que descompone nuestro organismo, no tiene tan repetidas ediciones en la patria de Cervantes; pero existe otro suicidio que no por ser más lento deja de ser menos seguro; nos asfixiamos por medio de la avaricia, vamos enrareciendo el aire hasta que lo descomponemos por completo.

Es costumbre inmemorial escribir sus impresiones de viaje, todo el que deja, aunque sea por breve plazo, su residencia habitual, y le gusta tener un rato de conversación con esos amigos desconocidos, que se conocen con el nombre de lectores.

Tú, hermana mía, me has dicho muchas veces, escribe tus viajes, y yo cediendo siempre a la mágica influencia del mañana español, te he dicho: sí, ya escribiré, pero los meses han pasado, los años han transcurrido y sólo mi memoria ha guardado los clichés de mis recuerdos.

Hoy que me encuentro lejos de ti, y que mirando el mar me pierdo en las regiones del infinito, y el pasado se enlaza con el presente, y a mi débil cabeza reaparecen las ciudades

las aldeas que visité ayer, con sus moradores más o menos simpáticos, parece que, como las figuras de una linterna mágica las veo pasar y huir.

A veces una sola palabra es la varita de virtud, que hace brotar los hechos de ayer y ponerlos en relación directa con nuestro pensamiento; eso me ha sucedido a mí.

Entretenida en sabrosa plática con varios de nuestros hermanos en creencias, íbamos enumerando los infinitos dolores que afligen a la raza humanar y le llegó su vez a la avaricia.

Como un espiritista no puede ser avaro, naturalmente, anatematizamos el vicio capital que empequeñece al hombre, y le hace esclavo de sí mismo: y cada cual fue usando de la palabra, menos yo, porque mi pensamiento buscaba en el pasado los tipos que había conocido, envueltos en los repugnantes harapos del sórdido afán y el mezquino interés.

Vi levantarse muchos muertos de sus tumbas y entre todos a una familia, que conocí hace algunos, compuesta de cinco individuos.

Pertenecían a la clase media, y vivían en un pequeño pueblo, dedicándose a vender paños y mantas. Era un matrimonio con tres hijos, dos varones y una hembra, la cual era hermosísima, se llamaba Rosa y era como la reina de las flores, encantadora.

Sin duda aquella criatura vino a la tierra con la misión de despertar a sus padres y hermanos de su sueño fatal, y apartarlos de su tortuosa senda, porque ella era el reverso de la medalla de toda su familia.

Rosa era dulce, cariñosa y comunicativa, sensible a la desgracia; lloraba con la viuda y con los niños huérfanos con el jornalero enfermo y el magnate arruinado, y por esta sensibilidad extremada, sus padres y sus hermanos la decían que era tonta, simple y llorona.

Ella los escuchaba sonriéndose tristemente, y siempre que podía, empleaba todas sus caricias para alcanzar de su padre una pequeña suma para los pobres.

Su padre la quería todo lo que él podía querer después de rendir culto al becerro de oro.

Vivía en el mismo pueblo un joven, que también era pañero; Rosa y él se vieron, y se amaron; pero cuando su padre se enteró de la comunicación amorosa que existía entre aquellas dos almas, se aterró; porque vio desplomarse el edificio de su porvenir que él tenía ya fijado en el casamiento ventajoso que Rosa pudiera hacer; así es, que reprendió duramente a su hija, y amenazó al enamorado doncel con levantarle la tapa de los sesos.

¡La infeliz Rosa, conociendo que su padre era capaz de cumplir su promesa, desistió por completo de alimentar autores y esperanzas, y puso término a sus primeras y últimas expansiones juveniles: casta azucena, delicada sensitiva, que replegó su gentil corola al primer soplo del viento!

Su pobre amante, que la amaba con locura, sentó plaza en el banderín de Ultramar, y un año después murió llamando a Rosa.

Esta no le había olvidado, y su muerte la causó tan profunda pena; que la tisis se apoderó de su ser, y entonces sus padres emplearon toda clase de cuidados para salvarla.

Abandonaron el pueblo que les vio nacer y se trasladaron a N... ciudad de primer orden, donde pusieron un lujoso almacén de paños; pero Rosa era demasiado buena para vivir en este planeta y dejó al fin la tierra, rogando a su padre que no fuera avaro y que recordara siempre que dos personas habían sido víctimas de su avaricia: el prometido de su alma y ella.

El pobre hombre, después de su vicio dominante, quería a su hija cuanto él sabía querer, quedó espantado con la muerte de aquel ángel, y gastó en misas y en responsos una suma exorbitante.

¡Cuánta imbecilidad!, si en realidad sirvieran esas ofrendas para rescatar almas del *Purgatorio*, ciertamente que Rosa no las necesitaba; porque los seres que nos enseñan a querer, a sufrir y a perdonar, descienden a la tierra, no a purificarse, sino a salvar a los demás; porque el buen ejemplo sirve de más provecho que los libros más profundos, y los oradores más eruditos: los hechos son las piedras angulares que han de sostener el templo de la civilización.

Más aún no era llegada la hora de redención para la familia de Rosa; la lloraron cuando la perdieron, sin comprender el bien que habían perdido con ella.

Como las almas vulgares no pueden abrigar sentimientos grandes y elevados, el recuerdo de Rosa se fue borrando de los suyos, y únicamente su madre guardaba un algo, que la mortificaba y agriaba su carácter de día en día.

Al entrar en aquella casa, se sentía frío; el padre y los dos hijos encerrados en el despacho se ocupaban en escribir, la madre, sentada junto al lecho donde murió su hija, se entretenía en hacer media, sola, aislada, con las cejas fruncidas y la mirada hosca y sombría.

A la hora de comer se reunían, y los hombres hablaban de sus negocios y la madre regañaba a los criados, porque la cuenta subía mucho y ella no estaba para hacer muchos gastos.

Varias veces asistí a aquellas tristísimas reuniones de familia, y me impresionaba dolorosamente aquel hogar sin fuego, sin la llama divina del amor.

La fortuna les sonreía; jugaron a la lotería y dos veces lograron el premio grande, llegando en poco tiempo a ser millonarios; pero mientras más tenían, más avaros se tornaban; sus arcas de hierro estaban repletas de oro, mas en cambio sus estómagos estaban poco menos que vacíos; tal era la mezquindad del alimento con que se nutrían.

Tenían la casa decorada con lujo, pero sus magníficos salones siempre estaban herméticamente cerrados; no habitaban en ellos para no estropear los ricos muebles.

¡Cuán desgraciados eran aquellos cuatro seres...! Estaban encadenados al potro del tormento más horrible, tenían el agua a torrentes y siempre estaban sedientos.

Cuantas veces llegaban los pobres a aquella suntuosa morada, otras tantas me decía aquella desventurada avarienta:

-Toma hija, ahí llevas dos cuartos; creo que hay cuatro pordioseros, pero si no son más que tres, que te devuelvan un *ochavo*..., y momentos antes de esta escena había dicho su marido.

-Los negocios no van mal, hay en caja 18 millones, sin contar, con lo que nos deben.

¿Necesita esto comentarios...?

Para cobrar una deuda embargaron los bienes de una opulenta familia, y se quedaron con un carruaje. ¿Disfrutaron ellos del coche? No, casi nunca; porque siempre temían que las yeguas se cansaran, y enfermando se murieran, y en tan triste caso se quedaban sin ellas.

II

Los años pasaron, las riquezas crecieron; pero.... sus dueños fueron más desgraciados cada día: porque las enfermedades se fueron apoderando paulatinamente de aquellos empobrecidos organismos.

El padre tuvo que renunciar a dar un solo paso, porque las piernas se le llenaron de llagas, y aún me parece verla sentado en un gran sillón con la mirada fija en sus hinchados pies; sus hijos no le acompañaban hasta que no concluían el trabajo del día, y su esposa, recordando a su hija, había ido aborreciendo a su marido, acusándole de la muerte de Rosa, y muchas veces la oí decir con amarga entonación:

-¡Que sufra solo, yo también he sufrido la soledad más terrible, por haber muerto mi pobre hija; que sí la hubiera dejado casarse con quien ella quería, ahora tendría él cariñosos nietos que le distrajesen con sus caricias y sus juegos! ¡Que padezca; si él tiene llagas en las piernas, yo las tengo hace mucho tiempo en el corazón! Y seca, dura, inflexible, aquella mujer; que no supo ser madre, tampoco fue buena esposa, dejando morir solo y desesperado al padre de sus hijos.

Todos los hombres, cuando dejan la tierra, obtienen generalmente algunas frases compasivas; aquel desgraciado no mereció ni una, ni una sola, antes al contrario, los jornaleros que habían trabajado en sus posesiones, seguían al cortejo fúnebre murmurando estas y otras parecidas imprecaciones:

-Te llevas el dinero? ¡Cuánto debe pesarte!

-¡Anda, anda; que el diablo buena cuenta dará de ti; verdugo de los pobres!, ya era tiempo que pagaras las malas pasadas que has hecho en este mundo: toma millones, toma millones, pues con todo tu dinero no verás la calva de San Pedro...

Esta fue la oración fúnebre que rezaron en este mando por el rico capitalista.

¡Uno de sus hijos, adquirió una enfermedad en la laringe, que le impedía hablar, y el otro, heredó las llagas de su padre al año, de morir aquél, murió el heredero de sus dolencias, y dos primaveras después, el infeliz poderoso, que había vivido cuatro años sin poder articular al una solo, frase, y sin tomar más alimento que caldo y leche!

Quedó sola la madre, y al poco tiempo perdió la razón, si bien su locura era tranquila y provechosa para los pobres, porque nunca daba de limosna menos de cinco reales, y todos los sábados ella por su mano distribuía el socorro a muchos mendigos, que llegaban a su puerta, pagando con esto, según ella decía, una deuda contraída por su marido.

La historia de aquella deuda es la siguiente, hermana mía.

III

Estando un día los albañiles trabajando en los tejados de la casa, que ocupaba el rico avaro, un pobre joven se cayó al patio y murió instantáneamente. A su padre, que también se encontraba en el lugar donde ocurrió la catástrofe, se lo llevaron al hospital, porque el infeliz quedó como herido del rayo al ver caer a su hijo.

Esto sucedió por la mañana; algunos días después él padre de la víctima salió del hospital y fue a casa de su amo a cobrar los jornales de media semana. El pobre jornalero ganaba diez reales y al pagarle el rico propietario le dijo.

-El jueves dejasteis de trabajar tú y el chico; a éste le pagué el entierro; y tú, ahí tienes treinta y cinco reales, de tres días y medio, y no te doy más, porque yo no pago jornal que no se gana.

Aquel infeliz había dejado de trabajar por la muerte de su hijo, y al ver la infame avaricia del miserable usurero que le descontaba cinco reales, que no había ganado, se indignó y le dijo:

-¡Permita Dios, que antes de cinco años, le sobre a usted y a sus hijos todo el dinero que tienen...!

Antes de cumplirse los cinco años, murieron los tres, y a los pocos días fue el albañil y pidió permiso para ver a la viuda; ésta lo recibió y él le contó la historia, diciéndola por último:

-¡Quede usted con Dios, señora. Dios no se queda con nada de nadie: su marido, me robó cinco reales, porque dejé de trabajar medio día, a causa de haberse muerto mi hijo; ahora... Dios le pedirá los intereses!

La pobre mujer, quedó aterrada, y durante muchos años siguió dando a los menesterosos, los cinco reales que su marido había negado.

¡Desgraciada!..., no supo ser madre, no supo inculcar en sus hijos la caridad y el amor, mofándose de su hija, cuando ésta hacía suyas las penas de los demás.

No perdonó a su esposo y le dejó morir solo y aislado, como si estuviera atacado de hidrofobia; he aquí por qué luego ella vivió sola, rodeada de seres extraños, que la despreciaban y deseaban su muerte.

No sé si aún se encuentra en la tierra esta infeliz mujer...

.....

¡Qué expiación tan horrible es la avaricia! ¡Tú estás libre de ella, hermana mía! Eres pobre y sin embargo, ofreces el pan y la sal de la hospitalidad a todos los peregrinos que llegan a tu tienda con hambre y sed. ¡Bendita sea la caridad...! Tú sabes practicarla: que Dios te otorgue bienes para que muchas desgraciados te puedan bendecir.

¡Hermana de mi alma! Ruega por los avaros, que son los leprosos de todos los tiempos, los parias de todos los siglos, los desheredados de la creación. Roguemos por ellos.

LA UNIDAD RELIGIOSA

(NO HAY MAS QUE UN DIOS)

Ha tiempo que he buscado con incesante anhelo
al Dios de la justicia, al Dios de la verdad;
al Ser Omnipotente, sin limite y sin velo,
aquel que fue increado, y que es la eternidad.

El alma de los mundos, el fuego de la idea,
la esencia de la vida, el germen del amor,
la fuente inagotable, la luminosa tea
que con su luz esparce eterno resplandor.

¡Oh!, si; siempre he buscado la irradiación suprema.,
en donde yo encontrara *la causa del por qué*;
sin árboles prohibidos, ni estigma ni anatema,
que a imbéciles historias jamás he dado fe.

Porque los inventores de fábulas sagradas
tuvieron a fe mía tan pobre inspiración,
que sólo hallan en ellas las almas razonadas
de absurdos y sofismas extraña confusión.

Revisten a su antojo al Ser Omnipotente
con odios y rencores, ¡oh, inicua ceguedad...!.
¿La gota de rocío se igualará al torrente...?
¿Podrá la densa sombra prestarnos claridad?

El hombre, átomo errante, es célula embrionaria,
de osada inteligencia, que va de un algo en pos;
y sólo, puede y debe alzar una plegaria,
mas nunca darle formas ni definir a Dios.

Dios es indefinible, apreciación no tiene,
y son las religiones, utopías nada más,
que el lucro y el comercio tan solo las sostiene;
por eso el culto externo no aceptaré jamás.

Los cristus espirantes, las vírgenes hermosas,
los templos de granito, reliquias y oropel,
los miro con tristeza, y digo pesarosa:
¿Qué vale este homenaje si el corazón no es fiel?

A imágenes de cera las visten con brocado
y lluvia de diamantes les ofrecen con fervor,
y el infeliz mendigo, sucumbe abandonado,
sin lecho, sin abrigo, en medio del dolor...

¿A quién le hará más falta el santo donativo?
¿A la figura helada, o al mísero mortal?

¿Al ser que lucha y gime por el pesar cautivo
o a un símbolo sin vida, y sin valor real...?

Cuando Jesús el bueno apareció en la tierra,
¿qué les pidió a los hombres?, un limpio corazón;
y con los sacerdotes sostuvo cruda guerra
anatematizando su falsa ostentación.

Diciéndoles que eran sepulcros blanqueados;
¡y cuán bien aquél sabio los supo definir... ¡
Gusanos insaciables en ellos encerrados:
han ido destruyendo del hombre el porvenir.

Poniendo ante los ojos la impenetrable venda
del torpe fanatismo, que ahuyenta toda luz,
que compra redenciones por medio de la ofrenda
y que ha desconocido la historia de la cruz.

Si aquél que murió en ella los dioses no acepaba.
¿Por qué ídolo le hicieron, cuando él los derribó?,
diciendo. Que a Dios mismo Jesús representaba,
que por salvar al hombre al mundo descendió.

¡Espíritus pequeños! atrevimiento loco,
es creer que el Ser eterno, pudiese aquí encarnar,
pues desgraciadamente valemos aún muy poco
para que entre nosotros pudiera Dios estar.

Es Dios mucho más grande, que cuanto hemos creído,
ningún hombre refleja su eterno resplandor;
ni Sócrates el sabio, ni Cristo. el elegido,
pudieron demostrarnos la esencia del Creador.

Porque eso es imposible, al menos en la tierra;
¡si estamos bajo cero respecto a la moral...! .
Si nos despedazamos en fratricida guerra,
si no se agota nunca el llanto universal!

Por eso yo no acepto la fábula divina,
y en Cristo miro al hombre cual éste debe ser;
que muera si es preciso y salve su doctrina,
que en pró del adelanto no hay limite al deber.

En Cristo miro al genio que nos mostró el camino
para llegar al puerto de luz y de verdad;
más no personalizo al Hacedor divino:
para no ser deicida cual es la humanidad.

Es Cristo el arca santa del eternal progreso,

tras de su noble huella debemos ir en pos,
grabando en nuestra mente el bíblico suceso,
más no empeeñecerle diciendo que fue Dios.

Como hombre fue muy grande, cual Dios no lo sería,
que la razón medite y empiece a analizar.
¡Dichosos de nosotros si como Cristo un día
podemos resignados morir y perdonar!

Buscando del Eterno las indelebles huellas
no en templos suntuosos ni en pobre reclusión;
sino en los miles mundos que aquí llaman estrellas,
y en todas las bellezas que encierra la creación.

Busquemos al Ser justo sin darle forma alguna,
sin tiempo, sin medida, pues Dios no tuvo ayer,
que la materia eterna de los planetas cuna
esencia es condensada del infinito Ser.

Por eso si el eterno está constantemente
prestándonos su aliento, su vida y su calor,
¿a qué simbolizarle forjando nuestra mente
quiméricos fantasmas, parodias del Creador?

En la naturaleza descrita está su gloria,
en sus múltiples hojas se encuentra la verdad,
el génesis divino, la legendaria historia
del Dios, que por herencia nos dio la eternidad.

PAZ Y FRATERNIDAD

A MIS HERMANOS LOS ESPIRITISTAS DE JIJONA

I

¡Adiós!.....,triste palabra es esta, hermanos míos, para la generalidad; para nosotros si bien no deja de serlo, no es tan dolorosa por la constante comunicación de nuestros espíritus, vida de relación que nunca termina para bien de la humanidad.

La Providencia me trajo a vuestro lado, hermanos míos, y nunca olvidaré los días que he pasado entre vosotros.

Cuando se ha vivido en las grandes capitales y especialmente en la corte, donde todo se compra y se vende, donde se comercia con la religión, con la política, con la honradez y dignidad del hombre, al llegar a esto lugares apartados y tranquilos, donde encontrarnos costumbres patriarcales, y una melancólica monotonía, nos sentimos profundamente impresionados y no podemos darnos cuenta de nuestras sensaciones: pero cuando vamos tratando a sus sencillos habitantes y encontramos tan buenas cualidades, sin artificio alguno, al ver tanta lealtad y tan inmensa fe, nuestro corazón, helado por las decepciones de la vida, va recobrando calor lentamente, al mismo tiempo que nuestros labios murmuran con efusión.

Aún queda algo en la tierra, aún hay almas creyentes que aman y confían. ¡Dios las bendiga!

Esto me ha pasado a mí con vosotros: sabía que erais espiritistas, pero hay muchos modos de serlo, he dicho mal, modo, no más que uno, las demás manifestaciones son reflejos de la luz, más no la luz misma.

El verdadero espiritista ha de ser humilde, honrado y trabajador; ha de hacer suyas las penas de los demás, no perdonando medio para consolarlas; ha de procurar instruirse haciendo conocer a sus hermanos el fruto de sus estudios; pero sin envanecerse por su ciencia, ni hacer alarde de sus dotes intelectuales.

Esta es la fotografía exacta del espiritista; hay otros librepensadores que también se llaman como nosotros; creen en la comunicación de ultratumba, algunos de ellos son profundos sabios, elocuentísimos oradores, hombres... verdaderamente grandes, lumbreras de la ciencia, pero que considerados moralmente son tan pequeños y tan raquíticos, que es una profanación llamarles espiritistas.

Existen otros individuos que también se creen hermanos nuestros en creencias y a quienes llamo animales anfibios, porque leen las obras de Allan Kardec y encienden una lámpara al Cristo de la salud, evocan a los espíritus, y al día siguiente van a oír cinco misas por el alma de sus difuntos, rezando diez o doce rosarios para aumento de gracias y desagravios.

¿Merecen estas criaturas, confundidas asir en el caos de la ignorancia, el sagrado nombre de espiritistas...?. No me cansará de repetirlo, hay muy pocos que sean dignos de llevar, tal nombre.

Antes de conocer el Espiritismo, me gustaba visitar alguna vez los templos, entraba primero en la hermosa catedral de Sevilla, y allí admiraba el genio del hombre, el poder del arte y la rica fantasía de una suprema inspiración.

Sí se celebraba alguna ceremonia, contemplaba con melancólico desdén aquel fausto teatral, aquel maravilloso efecto escénico: y después me iba a la Iglesia del convento de los Remedios (que está en el campo) y en aquel recinto decorado sencillamente, sin más adornos en sus viejos altares, que hermosos ramos de flores, mi alma magnetizada por el fluido de Dios, sentía allí... lo que nunca llegó a sentir en la gigante catedral.

Desde que en buen hora conocí el Espiritismo, he tenido deseos de visitar los centros de las pequeñas poblaciones y los grupos familiares de las aldeas. La fortuna amiga ha principiado a satisfacer mi anhelo, trayéndome a vuestro lado y he sentido entre vosotros..., lo que sentía en la Iglesia de los Remedios, después de visitar la majestuosa y altiva catedral.

Sí, hermanos míos; hay entre vosotros almas muy bien templadas que comprenden y practican el verdadero Espiritismo, que es el Evangelio de Jesús. Seréis la base de una generación instruida, libre y buena.

Muchos de vosotros moriréis sin llegar a comprender las obras de metafísica de filosofía alemana y de economía política; pero no os apesadumbréis por ello, siempre que leáis en vuestra conciencia *amor* y *caridad*: ¡libros preciosos!, ¡volumen, inapreciable!, donde aprenderán a leer vuestros hijos.

¡Con cuánto orgullo los contemplaréis mañana viendo que son instruidos y pacíficos ciudadanos, honrados y amorosos padres de familia y que en medio de la paz de su hogar os evocan y os bendicen...!

Adiós, hermanos míos, no olvidéis nunca que sin caridad no hay salvación, y entended bien que la caridad no se limita únicamente a darle pan al mendigo, es darle consejo al que no sabe, acompañar y consolar al que sufre, no divulgar debilidades de nuestro prójimo y otras mil demostraciones que tiene la caridad y que la misma conciencia dicta y no es necesario indicárselas.

Respecto a la instrucción, ¿qué os diré? Abrid el libro de la historia y veréis la esclavitud enlazada con la ignorancia: el pueblo ignorante siempre será esclavo, es una consecuencia ineludible.

Cuando, dicen: Al hombre del campo, ¿qué falta le hace saber leer para labrar la tierra...?

A ese el primero, porque como la civilización ve que la agricultura es una de las primeras fuentes de la vida, la más necesaria, sin duda alguna, ha estudiado, practicando, perfeccionando las penosas faenas agrícolas y en el abono de las tierras, en su labranza, en su siembra, en todos sus trabajos, se han hecho adelantos maravillosos que para apreciarlos es necesario conocerlo y solo estudiando se consigue esto.

La instrucción es la regeneración de la humanidad, el bautismo de fuego que purifica nuestro ser, y el Espiritismo es el barreno que perforará las inaccesibles montañas de la superstición y el fanatismo; seamos todos obreros.

Cada centro espiritista es un laboratorio donde se funde la felicidad de los pueblos emancipación universal, la civilización verdadera, que es progreso moral, la ley de Cristo, eterna y única.

Hermanos en creencias, paz y fraternidad.

EL ARBOL DE LA VIDA

I

EL ÁRBOL CON FLORES

Por una feliz coincidencia, he visto en un día a cinco seres; cuatro de ellos me eran muy queridos, al quinto no la conocía en la tierra; de las impresiones que he recibido voy a hacer participe a un amigo universal, que un gran hombre político llamaba *masa leyente*.

Los que tenemos la facilidad de emborronar papel, nos creamos una necesidad imperiosa que nos obliga a decir lo que sentimos; a esta clase de escritos los llamaba Lamartine, *confidencias* y realmente lo son; expansiones del alma que se asfixiaría si no pudiera renovar el aire de sus múltiples impresiones.

Todos los hombres, sin distinción de razas ni de jerarquías, somos hermanos; pero en la gran familia universal tenemos más cariño y nos une más íntima simpatía con aquellos que se encuentran a la misma altura que nosotros moral e intelectualmente.

Dice el adagio que hasta los aires quieren correspondencia, y es muy cierto; la melancolía busca el dolor, el placer a la felicidad, los *soñadores* a los poetas. visionarios de todos los tiempos.

Ente los seres que están más cerca de mí por la identidad de pensamiento; existe un poeta de una inspiración gigantesca, que halla la tierra muy pequeña comparándola con las miradas de mandos que él ve en su mente; estos espíritus elegidos, estas flores trasplantadas, le encuentran mal, muy mal, en este planeta; viven lánguidamente por que les falta luz, aire y rocío.

Al hermano de mi alma yo le veía morir, porque el frío de nuestra positivista sociedad penetraba hasta la médula de sus huesos, y yo lo lamentaba, porque comprendía todo el bien que él podía hacer a la humanidad, irradiando su luz por medio de sus sonoros e inspirados versos, en los que pintaba con vivísimos colores cuanto el hombre puede entrever en el inmenso lienzo del infinito.

Yo lo deploraba, sí, y rogaba a Dios ardientemente, que enviara ala tierra una de esas, criaturas santas y cándidas y la pusiera en la senda del poeta, para que éste pudiera vivir y amar, pudiera amar y vivir, mejor dicho, porque el amor es la esencia, es la savia de la vida. Dios escuchó mi ruego.; la hora de redención llegó para mi hermano, y una niña dulce y delicada, simpática y expresiva, atrajo sus miradas; más tarde su atención, luego... su amistad, su interés y por último su amor.

Existe semejanza en su envoltura material, identidad en sus pensamientos; son dos gotas de agua desprendidas de la mismo nube; son dos unísonas; son, en fin, dos almas gemelas, que deben conocerse mucho tiempo ha, y haber seguido siempre la huella una tras de otra, como sigue la luz a la sombra, el eco a la voz, y la ceniza al fuego.

¡Dios los bendiga-!

Cuando los veo juntos, cuando sus juveniles cabezas se inclinan al peso de su esperanza y de su amor, no puedo menos que decir: este es el árbol de la vida cubierto de flores, esta es la aurora de la existencia terrenal.

Cuán bien decía Mignon: «¡Oh, primavera, juventud del año! ¡Oh, juventud, primavera de la vida!»

El lazo social del matrimonio no los ha unido todavía, ante los hombres, pero la cadena de su eterno himeneo debe haberse formado muchos siglos ha.

No hay nada más hermoso que las flores del jardín de la vida; no arreciéis vientos del infortunio, no marchitéis sus corolas; dejad que su fragancia embalsame los valles del dolor...

.....

II

EL ÁRBOL CON FRUTO

Si mucho me atraen las personas de elevada inteligencia, no me inspiran menos interés esas almas sencillas y buenas, cuyo progreso moral admiro, envidia y respeto.

Durante algún tiempo, he vivido al lado de una joven, que reúne las condiciones antes expuestas, hija del pueblo, honrada y trabajadora, vivió hasta los 20 años, sin más aspiraciones que mantener con el fruto de su trabajo, a su madre y hermana.

Muchas veces la miraba y decía: Qué buena sería esta muchacha para casada; sería el ángel del hogar, teniendo para su marido una sonrisa, y un inmenso amor para sus hijos, multiplicando sus facultades y convirtiendo en verdadera poesía la prosa del matrimonio.

Hay mujeres que sirven para los salones, y para los gabinetes de estudio, hay otras que nacen para formar familia, humildes tórtolas cuyo dulce arrullo es la música más armoniosa que resuena en los oídos del hombre: la joven a quien me refiero, era de las últimas.

Por intuición preveía yo su vida futura, y una feliz realidad ha venido a comprobar la exactitud matemática de mis presentimientos.

Llegó una hora bendita y mi heroína encontró la otra mitad de su ser, se cumplieron las formalidades sociales y hoy vive sola con su marido en un pequeño cuartito. Nada más agradable que aquel modesto rincón. En una salita sencillamente amueblada, se ven dos mesas, una grande y otra pequeña: en la primera plancha ella primorosamente, en la segunda tiene él todos los utensilios, de su oficio, que es zapatero.

Los dos son jóvenes; en sus rostros no brilla la llama del genio, pero les da sus tintes suaves la perfecta bondad que encierran sus corazones.

Viven el uno para el otro completamente; en sus sencillas aspiraciones no ambicionaban más que tener salud para trabajar, y al verlos tan unidos, tan felices y tan buenos, no puedo menos

que exclamar: Este es el árbol de la vida, cargado de fruto; que ninguna nube llena de granizo arroje sobre ellos la piedra del dolor.

.....

III

EL ÁRBOL SECO

Dije al empezar esta confidencia, que en un mismo día había recibido tres impresiones distintas, que me habían impulsado a escribir el recuerdo de ellas.

Primero encontré a mi hermano el poeta, con su prometida: ellas no me vieron, son demasiado felices ahora para ver a nadie; después de verlos, dije: ya he visto la flor de la vida, voy a ver el fruto y fui a ver a la joven desposada; aspiré algunas momentos el aura de su paz y su alegría y murmuré al salir de aquel nido bendito: Iré a un hospital y veré el árbol de la vida, sin su manto de hojas, descarnado y seco.

Lectores, ¿os acordáis de Ángela, la pobre ciega a quien dediqué una de mis incorrectas cartas? Tal vez alguno, se acuerde de ella; pues bien, fui a verla y cuando besé su frente y contemplé sus muertos ojos, y escuché sus quejas, mis lágrimas se unieron con las suyas y dije con acento entrecortado: Este es el árbol seco.

De pronto un rumor confuso llegó a mis oídos, como si muchas personas hablaran a la vez, y a poco cruzaron ante mí varias hermanas de la caridad y algunos hombres, que llevaban una caja mortuoria: se pararon ante una cama y cogieron el cadáver de una mujer, cruzaron nuevamente el salón y yo pregunté:

-¿Deja familia la muerta?

-No, me dijeron varias voces,-y ha hecho muy bien en morirse, porque con la enfermedad que tenía, sufría ella y hacía sufrir a los demás con, sus lamentos.

¡Esta fue la oración fúnebre que consagraron mujer, que durante algún tiempo había sido su compañera de infortunio!

Algo sentí en mi corazón, y me acerqué a la cama vacía, derramando una lágrima a la memoria de aquel ser desheredado, en la que no había tenido en la partida ninguna mano cariñosa que cerrara sus ojos.

-¿Quién eres?-pregunté, y una voz clara y preciosa, me contesto:-Ya te lo diré.

Al escuchar aquellas palabras mi cuerpo tembló, cerré los ojos queriendo ver más y las enfermas que me rodeaban, dijeron en coro:-Esta señora se pone mala; es natural sí el aire está infeccionado con el olor que ha dejado la muerta.

Nada, contesté a aquellas pobres gentes, porque no me habían de entender.

Las dejé en la creencia que tenían, aunque nunca me había encontrado mejor.

¡Oh, revelación divina!, por ti ha muerto la muerte.- yo he contemplado un cadáver olvidado de todos, que sólo leyes de higiene le concedían sepultura; y al murmurar con pena este es el árbol seco de la vida, escuché una voz que dijo:-Ya te diré quien soy..., sí; yo la oí, me cabe duda y me quede sentada junto al solitario lecho que antes ocupaba la difunta, porque había algo que me detenía allí, estrechando en mis brazos a la pobre Ángela, a quien dije con profundo sentimiento: ¿Por qué no serás espiritista...? ¡Dios mío!, préstale inspiración para que te conozca en espíritu y en verdad.

.....

Plegue al Eterno escuchar mi plegaria, porque conociendo el Espiritismo, el árbol de la vida florece eternamente.

Sus flores, sus frutos y sus hojas secas se confunden en una sola flor, cuyo perfume embalsama el universo.

¡Bendito sea el Espiritismo!, porque es el jardinero que en la estufa de la civilización, hace florecer eternamente el árbol del Progreso.

El Espiritismo es la regeneración social, es el verdadero bautismo de los pueblos, es la tierra prometida; lleguemos a ella: tiene dos caminos, la ciencia y la caridad, sigamos por ellos, y el que llegue primero que guarde sitio para los que se quedan atrás.

LA APARIENCIA Y LA VERDAD

La devoción sin la virtud es la más odiosa y sacrílega de las caricaturas;

LOUIS F;

I

El aforismo que corona estas humildes líneas, le sirve también de base a este pobre trabajo.

Hay ideas que pueden servir de cimiento y de cúpula al mismo tiempo, tal es el valor y la verdad que encierran.

¿Quién dejará de conocer que la falsa devoción es la cizaña que ha venido destruyendo los sembrados del mundo, desde que este tuvo condiciones suficientes para que el hombre habitara en él? Ninguno en el fondo de su conciencia negará esta verdad.

Todas las religiones son buenas en principio, todas ellas tienden a reconocer una fuerza superior rindiendo culto a una inteligencia divina.

Los hombres, por instinto, han adorado a un algo más o menos digno de homenaje, pero puesto en relación con su inteligencia.

Las guerras para nosotros, no tienen razón de ser; pero las guerras religiosas las encontramos aún más absurdas, porque la fuerza bruta podrá rendir al cuerpo, más no a la idea; esta es cual la zarza de Moisés que siempre arde.

No debemos tratar de arrojar a los ídolos de sus pedestales, lo que es necesario, lo que debemos hacer es, quitar la careta a los malos creyentes y a los falsos sacerdotes.

Los ídolos caerán abrumados por el peso de la civilización. Bastantes han caído ya; no se necesita derribar los templos, ellos solos se desplomarán; todos los siglos dejan ruinas y sobre ellas se levantan las nuevas fábricas de la inteligencia humana.

No debemos decirles a los hombres: tu Dios no es el mío, porque no hay dioses, sólo hay un Dios: luz, más luz produce la *sombra*; lo que sí debemos exigirle es el cumplimiento de un deber dentro de su doctrina. Sea cual sea, los nombres de María, Cristo, Mahoma y Buda, no debemos vulnerarlos; ellos representan distintas civilizaciones, necesarias todas al progreso paulatino de la humanidad.

Nuestra obligación es inquirir dónde se practica la verdadera caridad, donde se hace el bien por el bien mismo, donde el hombre sin ser *santo*, *ni mártir*, llega a ser *bueno*; y allí donde encontremos ese ave fénix, allí debemos cantar el hosanna y aleluya, sea en la Pagoda china, en la Sinagoga judía, en la Mezquita árabe, en la Catedral cristiana, en la Capilla evangélica, en cualquier paraje; la caridad no tiene templo determinado, porque como emanación de Dios, no puede reducirse, no admite ni límites ni fronteras. ¿Y cómo admitirlas, siendo el fluido universal, la esencia divina, el germen que hace brotar la semilla del progreso...?

Dice un antiguo adagio: Que el hábito no hace al monje, y es muy cierto.

De nada sirve la humildad en el traje, si la soberbia se anida en el corazón.

¿Quién necesita del médica? El enfermo.

¿A quién le hace falta ver? Al ciego.

Mas ¡ay!, cuántos enfermos mueren sin el auxilio de la ciencia; cuántos ciegos cruzan errantes la tierra sin encontrar siquiera un can que las guíe.

Hace algunos años, que vimos morir a una mujer víctima de la falsa devoción, juguete. que las preocupaciones arrojaron en medio de la sociedad, y esta, como niño mal intencionado la destruyó a su placer.

Aunque a grandes rasgos, vamos a trazar la verídica historia de esta víctima del falsa cristianismo.

II

Vivía en Madrid, (la fecha no hace al caso) un matrimonio, que pasaba tranquilamente la vida ganando el alimento con el fatigoso trabajo; una niña, con figura de ángel, vino a unirse con ellos; y pobres y desapercibidos cruzaban el áspero sendero de la tierra, sin que una nube eclipsara el sol de su tranquilidad.

Llega un día funesto en que una mujer muy hermosa atrajo las miradas del honrado jornalero, y éste; sin darse cuenta de lo que sentía, sin poderse dominar, impelido por el más delirante deseo, por el vértigo de la locura, abandonó a su familia, para consagrarse libremente a su impura y fatal pasión.

La esposa olvidada y su pobre hija, siguieron viviendo tristemente, siendo su único consuelo ir a la Iglesia y rezar rogando a Dios por el asesino de su felicidad.

La madre era una santa, y su hija un ángel que acostumbrada desde niña al recogimiento y al misticismo, soñaba con ser esposa de Dios, y su digna madre, (que no sabía más) se alegraba de los buenos pensamientos de su hija Consuelo, sintiendo no tener dinero para darla el dote y complacerla dejándola vivir entre espesas rejas y altos muros, que nos hacen recordar las intencionadas frases del poeta: ¿Si rejas para qué votos, si votos para qué rejas? Pero ya dije antes que por muchos caminos lleva Dios hacia El a los suyos; y Consuelo y su madre eran dos seres que, como dicen los católicos romanos, no habían perdido la gracia del bautismo; y eran queridas y respetadas de todos aquellos que veían su modo de vivir.

Hay seres cuya expiación eran muy penosa, y la de estas dos criaturas fue superior a las fuerzas humanas.

El infiel esposo, que siempre había sido un hombre honrado, deducido por la indigna mujer que le había hecho olvidar sus más sagrados deberes, tomó parte en un asesinato, del cual se arrepintió sinceramente, entregándose él mismo en poder de la justicia, pidiendo el castigo de su crimen.

Como era un hombre de buenos antecedentes, muchas personas de alta posición social se interesaron por su vida, y su esposa fue la primera que pidió y suplicó a jueces y abogado y aun a la misma reina; pero todo en vano; la justicia humana debía cumplirse y se cumplió..

La santa hermandad de la Paz y Caridad, siguiendo su piadosa costumbre de pedir para la familia del ajusticiado, recogió una suma considerable que entregó fielmente a la desolada viuda, la que cumpliendo con su santa misión de madre, le dijo a Consuelo.

---Hija mía, ya puedes realizar tu deseo, ya puedes vivir retirada del mutado pidiendo a Dios que perdone a tu padre.

La joven, fanatizada por su amor divino, (disculpable en ella porque no había visto mas) acogió gozosa la propuesta de su madre y se decidió a darle un adiós a un mundo fraticida, que se convirtió en verdugo, matando al que mató.

Pero..., ¿era Consuelo digna de ceñir el velo de las vírgenes? La casta niña, que no conocía más sitio que su humilde casa y el templo vecino a su morada, ¿podía alternar y vivir con las esposas elegidas por el Eterno? No; la en era buena, pero la hija buena de un ajusticiado no podía admitirse en ninguna comunidad religiosa.

En varios conventos pidió asilo, pero en todos le dijeron; vete...y por no contaminarse con la familia del ahorcado, tuvieron valor algunos sacerdotes de quitarles la ropa, que su madre y Consuelo planchaban para el uso y orfanato de varias Iglesias.

¿Es esta religión evangélica de Cristo, el cual decía: Venid a mi los que estáis cargados y afligidos? No, y mil veces no; la institución religiosa que aparta de su seno a una niña inocente por el solo delito de ser hija de un desgraciado criminal, no comprende ni practica la suprema ley de Dios.

III

Si el prior no reza, ¿qué harán las frailes? Si *las hijas de Dios* desdeñaran a Consuelo, ¿qué habían de hacer los hijos de los hombres? Despreciarla también.

La pobre madre temía morir y dejarla sola en la tierra: así es, que no era extraño pensara en casarla.

Un hombre sin corazón, un lobo con la piel de oveja, fijó sus ojos en el dote de la huérfana y se casó con ella. Sus multiplicados vicios consumieron en breve la modesta fortuna de Consuelo, y la pobre joven, enferma, exánime, insultada y escarnecida por el crimen de su padre, fue a buscar en un hospital un lecho para morir.

Allí la fuimos a ver, allí fuimos a estudiar en el libro de las aberraciones humanas.

¡Pobre Consuelo!, no somos amigos de la reclusión; la clausura no es necesaria para consagrarse a Dios; pero para ciertas inteligencias limitadas, para esas espíritus débiles y obsesados, es conveniente la vida vegetativa; para algunos seres, los conventos son mundos en formación, donde los espíritus se reconcentran y en el silencio y en el reposo esperan una vida mejor:

Repetimos mil y mil veces que no estamos con la vida monástica; pero como todo en el mundo tiene su razón de ser, los monasterios también la tuvieron la ciencia y el conformes mundo

ha la ciencia y el estudio del arte se albergó en ellos, y la inocencia y la candidez de la ignorancia encontró en los claustros un triste asilo.

Hay criaturas cuyo espíritu se puede comparar, en inteligencia y en acción, a un niño recién nacido.

¿Puede éste andar por sí solo antes de uno o dos No; pues de igual manera hay espíritus que están infancia y necesitan que los guíen y los sostengan.

Consuelo, era uno de ellos: hubiera sido dichosa metódica vida de la celda, el cilicio y el ayuno; pero viéndolo hacer a otro, viviendo en comunidad, imitando siempre; porque en su mente no había más luz.

Sin saber vivir, cuando se encontró en el mundo, despreciada de todos, no supo más que llorar y enmudecer; no pensó en buscar religión más humanitaria; para ella la herencia del pecado era legítimamente justificada, y su alma adoró a un Dios malo, que le decía: “Vete, no eres digna de mí, porque tu padre pecó”.

IV

¿No merece una enérgica censura semejante proceder?

Estar rezando noche y día para luego decir al sediento: *No tenemos agua para ti.*—¿Que me muero de sed!—¿Qué nos importa...?

Dijo Madame Raquel ante la guillotina:

--«¡Oh, libertad! ¡Cuántos crímenes se comete en tu nombre!»

Nosotros también decimos: ¡Oh religión del crucificado!... ¡Cómo crucificas a las criaturas candidas y sencillas!

¡Tú tan grande, tan consoladora, tan verdaderamente compasiva!... ¡Cuántas quejas has desoído..., cuántas lágrimas has hecho derramar, cuántos cuerpos quemaste y cuántas inteligencias has atormentado, negando la verdad, despreciando la ciencia, cerrando los ojos a la luz, y animando con el soplo del egoísmo a la helada estatua de la fe ciega. Autómata galvanizado, que ha girado torpemente marcando un límite al progreso... ¡

El llanto afluye a nuestros ojos cuando leemos la historia de la humanidad, tan llena de horrores y de crímenes. y todo ¿,por qué?, por no comprender a Dios, por crear el hombre fantasmas inadmisibles que halagan sus apetitos, sus vicios, su mentira y su hipocresía.

Diosa de la Razón, ven a reinar sobre la tierra; tu cetro es la verdad, tu corona la civilización, tu manto el progreso, tu trono la caridad, tu mundo el universo, y entonces la plegaria no será una monótona oración, no se comprarán credos ni salves, ni se pagarán diezmos y primicias a una madre que nos lanza de su seno si no tenemos dinero bastante para pagar su hospedaje!

V

¡Espiritismo! ¿Serás tú el Mesías prometido? ¿Serás la regeneración y la liquidación social?

No os asustéis de la palabra *liquidación*, que esta no tiene a verificar un arqueo en vuestros bienes terrenales, vuestros tesoros. Nosotros queremos ajustar otras cuentas, no os pedimos ni un céntimo; pero sí os decimos: ¿Sabéis el Padre nuestro? ¿Sabéis los mandamientos de Dios? Ellos son la base de la felicidad, únicamente no lo olvidéis.

Ni la púrpura cardenalicia, ni el sayal del ermitaño, ni la reclusión de las vírgenes, ni el imperial mano de armiño, ninguna de pompa ni de esos sacrificios, sirven para el progreso del hombre, si no guarda en su corazón un amor inmenso para sus hermanos, un amor sin limite; porque no basta que el mortal diga: yo no pecaré, es necesario que enseñe a no pecar a los demás, que los guíe, que los aliente, que no los abandone, que no se contente con darles un pedazo de pan, no; es indispensable que los enseñe a querer, a sufrir y a perdonar.

¡Espiritismo! ¿Se encuentran en tu credo filosófico las bases de una nueva organización moral? Sí; se hallan en él, nosotros no tenemos templos ni monasterios, ni clero ni altares; pero hubiéramos tendido nuestros brazos a la pobre Consuelo, y la hubiéramos ensañado a perdonar y a creer en un Dios justo.

¡Cuántas víctimas tiene la falsa devoción! Bien dicen que es la más odiosa y sacrílega de las caricaturas.

¡Siglos de oscurantismo, pasad! ¡Épocas de luz, venid!, y que una sociedad regenerada pueda bendecir la omnipotencia de Dios.

AL MAÑANA

Hace tiempo que, al mirar
la materia que me envuelve,
me dan ganas de llorar.
¡Problema! ¿Quién. te resuelve?
¿Quién solución te ha de dar?

Cuando contemplo a mi ser,
que el dolor lo galvaniza,
que en si no tiene poder,
cubierto por la ceniza
de las hogueras de ayer;

y miro que se disgrega,
que sus átomos separa,
que a vivir aquí se niega;
frente a frente, cara a cara,
le hablo al mañana que llega.

Mañana, voy hasta ti
llevando por capital
las lágrimas que vertí:
Dime tú, si este caudal
podré negociarlo ahí.

Si una existencia pasada
entre el dolor y la duda,
luchando desesperada,
de todo placer desnuda,
pobre, sola y olvidada;

pero, que siempre he cuidado
de no causar daño alguno,
que mi ambición he cifrado,
(no en hallar ciento por uno
que es afán hartamente menguado),

sino en encontrar un ser,
de criterio, de razón,
que pudiera comprender
lo que guarda el corazón
de dolor y de placer;

un alma gigante y pura
que del lodo desprendida
en esta cárcel oscura,
soñara con otra vida
después de la sepultura;

un espíritu que, en pos
de atrevido pensamiento,
exclamara:-«Una de dos,
si se muere el sentimiento;
¿qué es lo que queda de Dios?»

«Mujer, si sueñas cual sueño,
y si la duda te asalta,
hallando pobre el diseño
de este mundo, pues te falta
de la fe el dulce beleño.

»Si dudas, cual yo dudé,
seguiremos estudiando
la historia de lo que fue,
ven..., que quizá preguntando
encontraremos la fe».

¿Quise mucho en mi ambición?
¿Es por ventura imposible
hallar comunicación
con otro ser? ¡No es creíble
que exista tal división!

Que enlaza la ley social
con vínculos verdaderos
a la grey universal,
más sin duda existen cerros
en la cuenta terrenal.

Que a la izquierda colocados
no tienen ningún valor,
son átomos disgregados,
que buscan vida y calor
por los espacios lanzados.

Átomo errante yo fui,
sola, la tierra crucé,
frío en el alma sentí,
y entonces a Dios rogué,
que se acordara de mí.

Dios me escuchó, y lentamente
se disgrega mi organismo;
voy huyendo del presente,
y tengo ese pesimismo,
que no se explica, y se siente.

Contemplo enfermedad
como avanza paso a paso,

y siento extraña ansiedad,
mi cuerpo llega a su ocaso
y entro ya en la eternidad.

Y al entrar, me causa miedo
un algo desconocido, .
a su triste influjo cedo,
y del tiempo que he perdido,
escucho el acento quedo.

que me dice:--“¡Desgraciada! “
de ti quisiste huir,
sin saber, desventurada,
que es eterno el porvenir
y que es un mito la nada.

»Que el olvido del no ser
es un delirio, una idea,
que borrar quiere el ayer,
más lo que el Eterno crea
nunca puede fenecer».

--¡Nunca! ¿Pues qué, mi tormento
existirá eternamente?
No puede ser, yo presiento
de una manera inconsciente
la redención y el contento.

¿Cómo? ¡No lo sé, Dios mío!
Mi pensamiento se afana
y en mi loco desvarió
invoco y digo al mañana:
-Solo en tu ciencia confío.

¡Mañana!, yo te lo ruego,
dime tú cómo he de obrar,
en mar de sombras navego
y pudiera naufragar
mi espíritu, que está ciego.

Ciego, sí; me voy a ir
y tengo terror y espanto
de llegar al porvenir,
que tal vez no valga el llanto
sino el modo de sufrir.

¿Tuve yo resignación?
Cuando encontré clara luz,
¿extendí su radiación?--;
Abrumada por mi cruz,

¿sentí desesperación?

Sí, la sentí; pues negué
la omnipotencia infinita,
y tan sólo ambicioné
cubrir mi frente marchita
con la tierra que pisé.

Ansiaba abreviar el plazo,
creyendo que, con la muerte,
quedaba deshecho el lazo,
que en el mundo de lo inerte
tendía la *nada* su brazo.

Todo fue un sueño,
quimera de un pensamiento obcecado:
¡ay! ! *mañana*! ¿qué me espera?:
¿lucharé como he luchado?;
¿sufriré de igual manera?

Tengo miedo del vacío;
me asusta la eternidad.
¡Misericordia, Dios mío!...
en tu suprema bondad
tan sólo, espero; en Ti fío.

Si me detuviese aquí
y dijese a los mortales
lo que en mis ensueños vi,
y las notas celestiales
que llegaron hasta mí;

si, elevándome, llegara
a conseguir que mi acento
la muchedumbre escuchara,
sintiendo con mi lamento,
llorando cuando llorara:

Demostrándoles que hay dos
caminos en la existencia;
y que si vamos en pos
de la *caridad* y *ciencia*,
llegaremos hasta Dios,

¿pudiera así rescatar
el tiempo que perdí ayer?
¿Qué haré para progresar?
¡Di, *mañana*!

-«¿ Qué has de hacer?

¡Las injurias perdonar!

¿Qué hizo Cristo? Perdonó,
dé un pueblo la torpe injuria,
cuando al Gólgota subió;
pues compadeció su furia
y a Dios por ellos rogó.

“Si para ti perdón pides,
perdona siempre en tu vida;
nunca mi consejo olvides:
mira muy bien cómo mides,
que así serás tú medida.,

“Y no temas el perder
la envoltura que te oprime,
que empequeñece tu ser;
practica la ley sublime,
y deja al tiempo correr”.

.....

El *mañana* se alejo,
impresionada quedé,
mí organismo se agitó,
y desde entonces no sé
lo que en mi mente paso.

¿Estoy en la tierra? SI;
¿siento morirme? Quizá
¿Es que tengo un algo aquí?
¿Es que tengo un lazo, allá?
¿Qué es lo que pasa por mi?

¿Será la perturbación,
que se apodera del alma
en la desencarnación?
¿Sentiré la dulce calma
de la regeneración?

No lo sé; más en verdad,
la materia que me envuelve,
va perdiendo densidad;
pero.... aun nada se resuelve,
no hay sombra... ni claridad.

IMPRESIONES DE VIAJE LAS PALMERAS

A MI HERMANO EN CREENCIAS D. MANUEL AUSÓ Y MONZÓ

I

Hermano mío: Al despedirme te prometí darte cuenta de las impresiones durante mi viaje a Murcia.

Dijo Dumas (padre), que la exactitud era la cortesanía de los reyes; yo la hago más extensiva, pues afirmo, que la exactitud y el cumplimiento de lo que se ofrece es la cortesanía de toda la humanidad.

Quiero ser cortés contigo, dando principio a mi relato.

Era una de esas mañanas que pintan los poetas y los novelistas, con el cielo azul, el sol brillante y la brisa húmeda, en que la naturaleza se sonríe y parece decirnos: Venid a cruzar los valles, subid a las colinas y bendecid a Dios.

Aunque estamos en pleno siglo XIX, la red de los ferrocarriles no se extiende como debiera por toda España; aún hay diligencias con sus vocingleros mayores, aún se enlaza el pasado eran el puente; pero como todo en el mundo tiene su lado malo, y su lado bueno, dijo un viajero (y dijo muy bien) que el tren sirve para llegar y la diligencia para ver, especialmente si se ocupa la berlina, digo yo.

Lo primero que hace el viajero (sí no le preocupa una idea fija) es contemplar a sus compañeros de expedición, queriendo leer en sus semblantes la escuela a que pertenecen. En mi último viaje, dos materialistas me hicieron compañía: desde luego lo comprendí al ver la indiferencia con que contemplaban el paisaje, y más tarde en su diálogo positivista y comercial.

¡ Cuán dignos de lástima son los materialistas!; para ellos la naturaleza es un libro en blanco, en particular los que se dedican al comercio.

En los naranjos y limoneros no aspiran la fragancia de las blancas flores, de su simbólico azahar, no descansan a su sombra, cuentan únicamente y calculan cuántas naranjas darán y cuánto podrán producir.

La vida exclusivamente del tanto por ciento existencia estéril para el alma.

Los comerciantes son los mendigos del universo, he dicho mal, son los pordioseros del porvenir; tienen oro, mucho oro; pero ¿qué importa?, cuando mueren no se llevan el numerario que poseían, ese se queda en la tierra; el alma no se lleva más capital que las obras buenas que ha hecho durante su peregrinación; más mi pensamiento vuela, se aleja de su punto de partida y justo es que volvamos a él.

II

Las cercanías de Alicante ofrecen pocos encantos a la ansiosa mirada del viajero; sus campos endurecidos por la falta de riego, presentan estériles llanuras, circunvaladas por áridas

colinas; pues aunque a largas distancias se divisan algunas quintas, cuyos jardines están regados por raudales de oro, (tanto cuesta la conducción de sus aguas), no hay riqueza de vegetación, no hay frondosidad, pareciendo que pesa sobre estos terrenos alguna maldición apocalíptica, anatema que se ha detenido ante la ciudad de Elche, pueblo ayer, hasta que Amadeo I le confirió honores bien merecidos, por sus rectas y limpias calles y bonitas casas, según pude ver rápidamente al pasar.

Amadeo la hizo ciudad; si yo hubiera estado en su puesto hubiese bautizado su campiña con el nombre de paraíso terrenal: porque nada más hermoso que los alrededores de Elche, un bosque de palmeras lo circunda. ¿Y sabes tú, hermano mío, lo que valen las palmeras?

La palmera es uno de los árboles tradicionales que contemplaron con mucha admiración los indios y los egipcios; los primeros la modelaron en piedra y la colocaron en sus criptas y pagodas, santuarios misteriosos abiertos en el seno de las montañas.

La palmera es uno de los testigos de las primitivas civilizaciones.

¡Cuántos recuerdos brotaron en mi mente al contemplar sus flexibles y gentiles ramas, se inclinaban al suelo como si quisieran saludar a los viajeros que echaban pie a tierra, aprovechando el cambio del tiro y la rotura de una rueda, lo que nos hizo detener en aquel delicioso lugar más de una hora; hora bendita, que jamás olvidaré!

Hay momentos sagrados, en que la suprema revelación nos cuenta nuestro ayer oculto a nuestras miradas por la grosera arcilla que nos envuelve.

Mis ojos no se cansaban de mirar cuanto me rodeaba, que lentamente fue cambiando de forma y contemplé extensas llanuras, cordilleras de gigantescas montañas, torrentes espumosos y lagos en cuyos márgenes crecía el *Loto*, flor que divinizaron los indios, porque simbolizaba para ellos tres elementos: participaba de la tierra por sus raíces, ellos tres elementos; participaba de la tierra por sus raíces, del agua por su tallo, y del aire por su corola.

Multitud de hombres y mujeres de formas atléticas, de semblante *cobrizo* y con abigarrado ropaje, poblaban aquellos dilatados valles en los que yo era actor y espectador; pues me veía entre aquella gente: reconocía algo de mi ser, en una de aquellas primitivas figuras de la humanidad.

Y como cambian las vistas de un cosmorama, así variaban ante mis ojos los paisajes.

Egipto se extendía a mis pies, y allí sus sabios sacerdotes, geómetras par excelencia, profundos pensadores, que inventaron el calendario.

Egipto pasó y apareció el Asia con su raza Fenicia, la que derribó los sagrados cedros del Líbano y con estos formó los primeras buques que atravesaron los mares: y Tiro, Babilonia, Sabá, Jerusalén, Méfis y Palmira, Roma y Cartago, pasaron ante mí con sus grandezas, y con sus vicios, resonando después en mis oídos el estruendo espantoso de su caída, que hizo retemblar la tierra, levantando una nube de polvo, que sirvió de sudario al mundo antiguo.

Las palmeras eran los cristales ópticos que me presentaban las edades pasadas, envueltas ha mucho tiempo por la espesa bruma de los siglos.

La palmera es un árbol bendito, es una de las primeras letras que componen el alfabeto de la creación.

Decía Mignon: ¡Dichosa la tierra donde florecen los naranjos!..., y yo dije a mi vez: ¡Feliz la comarca donde dan su fruto las palmeras!

No sé cuanto tiempo hubiera durado mi éxtasis sanambulico, si una voz poderosa no hubiese gritado cerca de mí: Viajeros, al coche; un estremecimiento penoso agitó mí ser y volví a la vida real.

III

Llegamos a Orihuela, donde nos detuvimos; en dicha ciudad, el pensamiento encuentra las sombras del pesada. La teocracia se sostiene en su carcomido trono, pero reina aún.

En la huerta de Murcia también crecen las palmeras, aunque no con tanta profusión como en Elche.

Su clima es agradable, sus paseos deliciosos: pero aquí; se aspira un ambiente monacal.

Hay algo que oprime, algo que asfixia, y es que el aliento del *pasado*, lucha con la respiración gigante del presente.

Lucha titánica en que ambos combatientes quieren llevar la ventaja, pero es indudable que el *presente* vencerá, por que en el orden eterno de la creación jamás ha retrocedido el adelanto.

La marcha ha sido lenta, pero siempre progresiva.

En algunas ciudades, cuyos espíritus son muy atrasados o muy rebeldes, tardará más tiempo en penetrar la luz; esto es indudable.

Los que a imitación de los cardenales que juzgaron a Galileo, dicen: *No queremos mirar*; éstos por ley natural tendrán que irradiar la *luz* par todo el globo terráqueo.

Pero estos contratiempos no nos deben arredrar, hermano mío; nosotros debemos seguir propagando *la buena nueva* con nuestra palabra y nuestros hechos, con la voz clara del periódico y la narración científica del libro; nuestro deber es sembrar, que ningún grano se pierda.

Nosotros dejaremos la tierra sumida en la oscuridad, más los siglos pasarán, volveremos a este planeta y recogeremos entonces la cosecha de la semilla que sembramos hoy.

¿Qué es para nosotros el tiempo medido por los hombres, cuando nuestra vida no tiene fin?

Los años pasan. ¿Y qué son los años? Menos que un grano de arena en el reloj de la eternidad.

Es cierta que el tiempo, viajero universal, se fatiga ante la lentitud de los sucesos, pero si sabemos como los ingleses utilizar el tiempo, la vida será más breve, y esperaremos menos en esta pobre cárcel llamada tierra.

Tratemos de vencer, hermano mío, la indolencia española; que no se escuche entre nosotros esta frase fatal de, *matemos el tiempo*; *ganemos*, en cambia, las horas con útiles lecturas, laboriosas e industriosas tareas, y con buenas obras principalmente, y nuestra estancia en este mundo nos será más provechosa para nuestro adelanto, y más leve nos parecerá la carga.

Adiós, amigo mío: roguemos por los ciegos que no quieren ver la luz de la verdad; por esos desgraciados hundidos en el abismo, de la ignorancia, que la oración del alma es la cadena magnética que enlaza al hombre con el Ser Omnipotente, con el Eterno artista de la naturaleza, que dio perfumes a los lirios, canto a las aves, memoria a las golondrinas y sazonados frutos a los naranjos, a los plátanos y a las palmeras.

A LA CAMPANA

DE LA CATEDRAL DE MURCIA

Eco solemne, acompasado y triste,
voz del pasado que hasta mí llegó:
al escucharte pienso que aún existe
sombra enlutada que por siempre huyó.

¿Por qué resuenas? Si el progreso ha dado
paso gigante, y nos mostró la luz
y su acento supremo ha comentado
la verdadera historia de la cruz.

Si las lenguas de bronce ya han perdido
el poder de su triste vibración,
¿por qué dejáis la tumba del olvido?
Volved a vuestro helado panteón.

¡Sombría Catedral! ¡Maciza torre!
Me gusta contemplarte cual vestigio:
tú le dices al tiempo « ¡ corre!... ¡ corre!
Yo quedo aquí, cual sombra de otro siglo.

»Yo quedo aquí para decir al hombre
la historia y el misterio de mi ayer;
yo quedo aquí, para que al mundo asombre
el valor sin rival de mi poder».

Como estatua de piedra te saludo,
pero si Pigmalión te presta vida,
sí ya no eres un fantasma mudo
prefiero verte en polvo convertida.

Tu reinado pasó; llegó la hora
de redención para la humana grey,
¿sabes quién es del mundo la señora,
y quién nos dicta la suprema ley?

Es la razón, la emanación divina,
la verdad por los hechos demostrada;
hoy la estrella polar nos encamina
para llegar al fin de la jornada.

Hoy no necesitamos de mentores,
porque hoy el hombre piensa por sí solo;
y el progreso difunde resplandores

de zona a zona, desde polo a polo.

Hoy la ciencia levanta sus altares
en la perforación de las montañas,
en separar las aguas de los mares,
y en conmover del orbe las entrañas.

El pensamiento busca al pensamiento,
y la inventiva busca a la inventiva,
y la sagrada oruga del talento
en su capullo ya no está cautiva.

Mariposa gentil tiende su vuelo
y del desierto barre las arenas;
y a las azules bóvedas del cielo
va el aeronauta a consolar sus penas.

¡Gloria a la luz!, bendita sea la hora
que germinó la llama de la idea;
hoy el hombre comprende lo que adora
y por eso su ingenio crece y crea.

No crea las materias ya creadas,
pero las unifica y las enlaza;
y se encuentran por él trasfiguradas
y se va engrandeciendo nuestra raza.

Y todas las pasadas religiones
se pierden entre el humo del vapor,
para reinar mañana en las naciones
la religión divina del amor.

Por eso al escuchar de la campana
el eco grave, acompasado y triste,
pienso que lo que *fue*, lucha y se afana
por reducir a polvo cuanto existe,

Vano es su afán; el siglo diez y nueve
avanza demasiado en su carrera,
y el Universo entero se conmueve
cuando el titán audaz llega a la esfera.

¡Lenguas de bronce, que llamáis al hombre!
¡No le llaméis, dejó ya vuestro yugo;
el por sí solo busca su renombre,
que emanciparle a la razón le plugo!

El escucha la voz de su conciencia,
arrepentido de su inercia llora;
y en el sagrado templo de la ciencia

halla de Dios la savia productora.

¡Pobre campana!, cese tu sonido,
fáltale aliento, fatigada estás:
ve a dormir en la tumba del olvido,
que tu poder no volverá jamás.

OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE

Amigos invisibles, que en el lenguaje usual se llaman lectores, pero que invisibles sois para mi, puesto que no os conozco. ¿Os acordáis de una confidencia que os hice con el epígrafe *El árbol de la vida*, en la que os presentaba éste con flores, con frutos y seco?, simbolizando este último periodo el cadáver de una mujer, que contemplé en un hospital, y a cuyo espíritu pregunté, ¿quién eres? y escuché una voz clara y precisa que me contestó: *ya te diré quién soy*; pues bien, como no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, dicho espíritu pagó la deuda que conmigo contrajo, dando la siguiente comunicación por conducto de un médium escribiente mecánico, en distintas sesiones.

I

«Amalia, te dio pena ver mi cadáver solo y abandonado, en poder de seres indiferentes que se alegraban de mi muerte, porque les hice sufrir con mis lamentos.

“Mi soledad te inspiró simpatía y me preguntaste quién era yo; y agradecí tu espontáneo interés, pues me encontraba, (y es un caso bastante excepcional) sin turbación alguna, pudiendo apreciar y conocer cuanto me rodeaba.

»Hacía mucho tiempo que solía abandonar mi materia por espacio de muchas horas, y me había acostumbrado a ver a mí pobre cuerpo lleno de llagas y cubierto de podredumbre, por lo tanto, al desatarse los lazos fluídicos que me unían a mi envoltura, la contemplé sin sobresalto ni pena; tan habituada estaba ya a mirarla.

“Tu voz arraiga, fue el único eco que encontré era la tierra en mi larga peregrinación; mi vida fue una serie tu> interrumpida de sufrimientos, justo castigo a mis anteriores desaciertos».

II

En mi penúltima encarnación pertenecí al sexo masculino, siendo mis padres honrados labradores era la provincia de Toledo; pero yo sin duda, en mi vida pasada fui el primogénito de algún duque, mirando con necio desdén las tareas agrícolas; viendo mi padre que no podía hacer carrera de mi, me envió a Toledo, al lado de un hermano suyo, que era canónigo, el cual trató de hacerme sacerdote, mas yo, que sólo pensaba en repartir estocadas y mandobles a diestro y siniestro, junto a las rejas de las nobles damas, porque era mi ambición soñaba hacer fortuna por medio de un casamiento ventajoso, no hice caso alguno de sus buenos consejos y extrayendo de sus arcas cuanto dinero pude, huí de Toledo, acompañado de otro perdido como yo.

III

Granada fue la ciudad que elegimos para teatro de nuestras locuras; cambiamos de nombre y en poco tiempo nos hicimos notables por camorristas y alborotadores, saliendo siempre ilesos en las continuadas peleas.

Siguiendo en mi idea de casarme con una mujer rica, fijé mis ojos en una hermosa joven hija de una gran familia; ella también reparó en mí y me quiso desde que me vio, porque yo tenía

la hermosura del ángel malo, como decís en la tierra, y subyugué por completo a Clemencia, que era cándida y buena.

Con el oro vencí la resistencia de su anciana dueña, que me facilitó la entrada en el jardín de la casa, donde hablaba con Clemencia, la cual debía casarse con un pariente suyo a quien no amaba; le propuse la fuga, pero ella casta y pura, se negó a ello y entonces la dije que un sacerdote nos bendiciría antes de abandonar el hogar paterno.

Así fue: Mi compañero de aventuras, disfrazado con un hábito de fraile, me acompañó una noche y en un pabellón del jardín tuvo lugar la menuda y sacrílega ceremonia, siendo testigo la dueña de Clemencia: ésta, pálida y temblorosa, abandonó la casa de sus mayores, dominada por mi poderosa voluntad.

IV

Pasamos ocho días en una casa de campo: Clemencia era dichosa, y yo le dicté una carta para su padre, pidiéndole perdón y permiso para echarnos a sus pies; pero nuestra súplica fue en vano; la dueña de Clemencia contó a la madre de ésta nuestro secreto casamiento y enterado su padre, púsose furiosísimo, declarando que desheredaba a la hija ingrata, prohibiendo terminantemente que nadie la nombrara en su presencia, puesto que para él ya había muerto.

La dueña de Clemencia, despedida de la casa, fue la que nos enteró de todo lo ocurrido, dejándome desconcertado, porque echaba por tierra todos mis planes de riqueza y poder.

Mi amigo me aconsejó que dejáramos a Granada antes que nos hicieran dormir a la sombra; comprendí que tenía razón y quise dejar allí a Clemencia; pero mi compañero no lo juzgó prudente diciendo: que tiempo había para esto; y salimos los tres con dirección a Cádiz; allí hice conocimiento con un capitán negrero y sin decir una palabra ni a Clemencia ni a mi amigo, me embarqué con rumbo a Cuba.

Durante el viaje no dejó de turbar mi sueño un vago remordimiento: Clemencia iba a ser madre, y la dejaba abandonada en una ciudad extraña; mas a fuerza de embriagarme, acallé los gritos de mi conciencia.

V

Me asocié con el capitán del buque y al cabo de dos años había hecho buen negocio, vendiendo a mis hermanos. Conocí a una linda criolla, que era inmensamente rica y tres meses después era mi esposa.

Permanecí en Cuba algunos años y después decidí fijar mi residencia en Madrid.

Emprendimos el viaje, y al llegar a Cádiz miré a todos lados con recelo, temiendo encontrar a Clemencia que ni un solo día había dejado dejado ver en mi mente.

¡La víctima seguía al verdugo ...!

Dejé la antigua Gades, sin perder momento y llegamos a Madrid, donde viví un año rodeado de un lujo fabuloso, queriendo a fuerza de aturdimiento desoír la voz de mi corazón, que continuamente me atormentaba.

Mi esposa deliraba por mí, pero ella sólo me inspiraba la más completa indiferencia; mi pensamiento esclavo del oro, se encontraba como Tántalo: condenado a ver el agua y a morir de sed.

Mi vida era un infierno; dos mujeres me habían amado y yo nada había sentido.

Muchas noches las pasaba en la crápula y en la orgía, volviendo a mi casa desesperado, pensando más que nunca en Clemencia.

Una tarde salí con mi esposa y al anochecer encontramos el viático en la calle de Toledo: mi mujer saltó del coche, más ligera que el deseo y suplicó al anciano sacerdote que subiera a él, siguiendo nosotros a pie.

Mi compañera era fanática en demasía, pero hacía muchas obras de caridad, siendo una de ellas el visitar a los enfermos.

Me propuso que siguiéramos al viático por si el enfermo era pobre dejarle una limosna; accedí a ello y sin poderme dar cuenta de lo que sentía, ansiaba llegar.

Llegamos al fin a un callejón sucio y hediondo y entramos en una casa donde se aspiraba un ambiente mefítico.

Al final de un patio largo y estrecho, encontramos en una habitación donde unas cuantas mujeres rodeaban una miserable cama, si tal nombre merece un mal jergón tendido en el suelo, húmedo y frío.

Una pobre mujer ocupaba aquel pobre lecho, y al verla no pude contener un grito: Clemencia, moribunda, estaba ante mis ojos.

La enferma se movió ligeramente, como queriendo ahogar un gemido.

El sacerdote se inclinó como para reconocerla y dijo con acento compasivo:

--Si yo hubiera sabido que me llamabais para auxiliar a Clemencia no hubiera venido, porque vestida y calzada se podrá ir a la gloria, que bien ganada la tiene, ¡pobre mártir....!

Se prosternó, oró breves momentos, bendijo a la enferma y salió diciendo: dejadla dormir, mañana volveré a verla.

Mi mujer dio algún dinero a una de aquellas mujeres ,y salió tristemente preocupada, diciéndome que al día siguiente volvería acompañada de su médico.

Nada le repliqué; pero en seguida que llegamos a casa, busqué a un célebre doctor, amigo mío, con quien me dirigí a ver de nuevo a Clemencia, que seguía sumergida en un profundo letargo.

Mi amigo la miró con tristeza y me dijo: Esta noche dejara de existir.

-¿Sin despertar de su sueño?--le pregunté.

¡Oh!, eso sí; me contestó, y sacando de su bolsillo un pomito que contenía elixir, vertió en sus labios algunas gotas y mandó salir a dos ancianas que velaban a la moribunda.

Abrió Clemencia los ojos y entonces mi amigo la hizo beber lo que quedaba de aquel cordial.

Momentos después un raudal de llanto bañó su rostro, y reclinando su cabeza en mi hombro; me dijo con penas perceptible.

---Al fin has venido, ¡cuanto tiempo te he esperado! ¿Por qué has tardado tanto?

Yo no sabía qué contestar; el dolor y el remordimiento más horrible, ponían un nudo a mi garganta y sólo pude murmurar: He sido un miserable, perdóname.

-Hace mucho tiempo que te perdoné, para que Dios y mis padres me perdonaran también.

-¿Y qué ha sido de ti ...? ¿Cómo has vivido, Clemencia mía?

Breve es mi historia: Cuando te fuiste, a los tres meses un ángel vino a hacerme compañía; tres años vivió conmigo, y luego... tendió sus alas y se fue al cielo, ¡pobre hija. mía!, se murió muy a tiempo.

-¿Por qué?

--Porque yo de tanto llorar me quedé ciega; mi dueña vino a buscarme a Cádiz, y me trajo a Madrid, donde la ciencia, pudo más que mi dolor, y volví a ver la luz del día.

Habíamos agotado todos nuestros recursos de alhajas y de ropa y nos dedicamos a coser para poder vivir; pero mi anciana amiga murió en mis brazos y este triste suceso me hizo perder las pocas fuerzas que tenía, y tuve que ir a pedir limosna para llevar pan a mis labios; al fin caí enferma y estuve en el hospital muchos meses; después... me arrojaron de allí, porque se hizo mi enfermedad crónica, y últimamente encontré un alma buena que me dejó vivir aquí, y me he alegrado morir en la soledad, para que nada me distrajera y pudiera constantemente pensar en ti. ¿Y tú, dime; qué has hecho?

La iba a contestar sin saber qué decirle, cuando mi amigo se puso un dedo en los labios y me indicó con su mirada, que mirara bien a Clemencia; ésta había cerrado los ojos y de su pequeña boca destilaban algunas gotas de sangre, que recogí con mi pañuelo.

De nuevo abrió los ojos, diciendo con acento apagado: ¡Gracias, Dios mío!, al fin le he visto, ¡muero feliz!, y cayó sobre la almohada para no levantarse más.

Mi amigo me quiso arrancar de la fúnebre estancia, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; permanecí clavado ante aquél cadáver, sintiendo un remordimiento sin límites, y un amor inmenso y loco: desesperado, sin fe, sin creencias, sin consuelo alguno, acompañé, hasta el cementerio, a la sombra de mi vida, y después *febril*, jadeante; sin conciencia de lo que hacía, huyendo, de mí mismo, corrí... corrí a la ventura y me precipité en el canal, terminando violentamente mi abominable existencia.

VII

Cuán equivocado está el hombre cuando cree que con el suicidio se acaba su tormento, y es al contrario, que se multiplica ciento por uno.

Todo el tiempo que al hombre le resta que estar en la tierra, cumpliendo, su expiación, permanece en la erraticidad, sintiendo la violenta agonía de la muerte; yo por mí sé decirte, que contemplaba el canal, veía su agua turbia, y flotando en ella mi cadáver el que llegaba hasta la orilla, saltaba a tierra y se precipitaba de nuevo en la corriente, sintiendo en todo mi ser la inexplicable impresión, la angustia indefinible que había experimentado al morir, y volvía nuevamente a subir y a caer.

No se cuánto tiempo estuve así; porque en el espacio no se conoce el límite de los años; pero cuando se cumplió el plazo de mi vida, se me apareció el espíritu de Clemencia, que me dijo:

-¡Desgraciado!, tu obcecación nos separó en la tierra y por mucho tiempo nos separará en la eternidad; vas a encarnar de nuevo, elige prueba, y si la sufres con resignación, recuperarás algo de lo que has perdido.

Desapareció la fulgente visión y yo pedí a Dios una existencia de martirio y humillación, ya que tan orgulloso había sido en mi vida pasada.

VIII

Volví a la tierra y escogí una familia rica; hija única, mis padres me adoraban y los perdí en edad temprana, quedando en poder de tutores, que mermaron mi fortuna, gastando yo el resto, a mí, mayor edad, con la libertad más desenfadada.

Cual otra impúdica Mesalina, me lancé en la vida del vicio, y como en esa senda, dado el primer paso, se va descendiendo hasta hundirse en el abismo, yo dejé de ser mujer, para convertirme en *cosa*, hasta que llegó un día, que agostada mi belleza, pobre y sola, miré en torno mío, y lloré amargamente, porque todos huían de mí como si tuviera lepra. Razón tenían, yo tenía lepra en el alma, tarde reconocí mis desaciertos.

Tan escandalosa había sido mi vida, tan pública mi humillación, que no encontré taller para trabajar, ni casa donde servir; la sociedad me rechazaba, el hambre me hacía sentir sus terribles convulsiones y mi cuerpo cayó desplomado en tierra, devorado por la enfermedad.

Diez años fui rodando por los hospitales, los cuatro últimos los pasé donde viste mi cadáver.

Clemencia me prestaba su amparo, porque sufrí con resignación mis acerbos padecimientos.

Cuando dejé la tierra salió a mi encuentro y me dijo: Que había andado a jornadas dobles el camino, y que en mi próxima encarnación, iría a un mundo mucho más adelantado que el vuestro.

Adiós, Amalia, me parece mentira que haya dejado mí andrajosa envoltura; la luz me rodea y siento en mí renacer algo grande, que jamás he sentido en ese triste y oscuro planeta.

Te guardo gratitud por la compasión que te inspiré; tú eres el único recuerdo grato que tengo en ese mundo. Adiós; sigue resignada con el peso de tu cruz hasta llegar al calvario, y encontrarás después de la muerte, lo que nunca podéis soñar ni entrever en ese destierro: luz, vida y verdad. «Adiós».

Este resumen de dos existencias se obtuvo en varias reuniones. Yo, dejándole toda la verdad histórica, he cuidado únicamente de compendiarlo en lo posible.

Este relato manifiesta, que no se derrama una lágrima que no tenga su razón de ser.

¡Cuán grande es el Espiritismo! Es la esencia de la razón. ¡Y que haya estado tantos siglos oculto a nuestro entendimiento!

Verdaderamente los espíritus que encarnamos en la tierra (exceptuando algunos genios superiores que vienen a cumplir una gran misión), ¡en qué estado tan deplorable de atraso nos encontramos!

¡Qué pequeña!, ¡qué mezquina, y qué egoísta es la humanidad! y qué orgullosa al mismo tiempo: pero esto no debe de extrañarse, porque no hay nada más osado que la ignorancia y la nuestra es limitada.

Dijo Chateaubriand, que la naturaleza decía una palabra en cada siglo: y en el nuestro la pronunció también: ¡*Espiritismo!* La palabra más trascendental que ha resonado en el Universo, repitiéndola el eco de mundo en mundo.

Palabra mágica que cambiará todo lo creado. Ella llevará la civilización de polo a polo; de zona a zona; ella conquistará la tierra palmo a palmo, pero sin dejar tras de sí la sangrienta huella que dejaron Alejandro, César y Napoleón.

Dice Pelletan, que si la fuerza es el alma de la materia, en pago, la idea es el alma de la fuerza.

Pues bien; esa será la soberana del orbe, *la idea*, crisálida de la razón por la cual el hombre conoce lo que vale, y el día que la humanidad reconozca sus defectos, dejará de ser la tierra un planeta de expiación.

Todas nuestras guerras civiles y religiosas, todas nuestras luchas íntimas de familia a familia, de individuo a individuo, no tienen más causa ni más origen, que la creencia errónea que abrigamos, que no nos da la *suerte* todo el bien que merecemos.

El día en que todos estén convencidos que no hay razas desheredadas, sino que cada cual se deshereda a sí mismo, reinará. sobre la tierra la moral evangélica de Cristo; la humanidad formará una sola familia, y entonces no habrá escritores como Dumas (padre), que digan con fundada razón: «¡Hombres! ¡hombres!, raza de cocodrilos..”

Espiritistas de todas las naciones, roguemos al tente que la razón domine en el mundo.

A MIS HERMANOS LOS ESPIRITISTAS.

EPÍSTOLA (1)

Nos encontramos hoy de enhorabuena,
porque *El Siglo Futuro* ha declarado:
que en el Espiritismo, cosa buena
no se puede encontrar; pero ha fallado
que éste es una verdad; más que el demonio
es el que esta doctrina ha propagado,
y que al espiritista en patrimonio,
le ha dado *Satanás las brujerías*
que turbaron la paz de San Antonio.
Y que somos los *magos* de estos días
y que nuestro poder se va extendiendo
(cumpliéndose olvidadas profecías).
Esto lo digo yo; porque leyendo
en la Biblia encontré que Jól dice: (2)
«Que según vaya el tiempo transcurriendo,
para que algo la tierra solemnice,
los mancebos verán raras visiones
y los viejos harán se inmortalice
por medio de poéticos ensueños,
una época de amor, y que en el mundo
ni existirán esclavos, ni habrá dueños».
Esa época ha llegado y bien me fundo:
porque el Espiritismo, ¿qué ambiciona?
De que los siglos vuelen cual segundo,
y podamos ceñir triple corona
de ciencia, de virtud, de amor divino,
que es el que al Universo lo eslabona.
Esa es nuestra misión, nuestro destino,
y es el Espiritismo *malhadado*,
quien nos ha de llevar a ese camino.
¡Eres tú, Espiritismo calumniado,
al que la humanidad deberá un día
borrar con el *presente* su pasado!
La caridad será la *hechicería*,
pues la *magia moderna* en sus secretos
y entre *sus malas artes*, se extravía,
buscando del amor los *amuletos*
y el misterio sagrado de la ciencia,
que hace a los hombres grandes discretos.
Queremos derribar la indiferencia,
queremos derribar el ateísmo,
que envenena del hombre la existencia.
Que se practique el bien por el bien mismo,
que la verdad domine a la injusticia;

esa tu misión es, ¡oh, Espiritismo!
Y por más que se ensañe la malicia
y tengamos potentes detractores,
la verdad brillará, porque propicia
la razón triunfará de los errores,
y el germen fecundante del *progreso*
hará brotar en el desierto flores,
Es el Espiritismo el gran suceso
que ha de cambiar la faz de lo existente;
por eso lo calumnian, sí, por eso.
Porque en el ven la prueba convincente
que unificando antiguas religiones,
queremos *la unidad* tan solamente.
Un Díos, un solo Dios, sin tradiciones;
sin tiempo, sin figura, sin medida,
causa efecto y *por qué* de las creaciones.
Un Dios que eternizando nuestra vida,
nos deje conquistar en nuestro anhelo
la perfección del alma ennoblecida.
Estos son nuestros dogmas; si en el suelo
todo lo grande tiene sus falsarios;
no por esto se acorta el raudo vuelo
del águila real; nuestros contrarios
examinen el todo de la idea,
no a una parte de pobres visionarios,
y un algo encontrarán que centellea
difundiendo la luz esplendorosa
de la razón que a la justicia crea.
Por eso con sonrisa lastimera
contemplo a los que dicen que ofrecemos
un culto a Satanás ¡Es deliciosa
la inventiva, por Dios! Y que seremos
la causa de que pierdan los mortales
su eterna salvación, ¡Cuánto valemos!
¡Lo que pueden los genios infernales!
el mal domina al bien, esto aseguran
los que a Dios y a Satán hacen rivales.
Perdónalos, Señor, si en su delirio
de tu grandeza y tu poder murmuran.
¡Tú que le diste su perfume al lirio
y memoria a la hormigas, es imposible
que al hombre lo condenes al martirio!
Absurdo sin rival, inconcebible,
¡oh, Supremo Hacedor! ¿Cuándo en la tierra
comprenderán tu amor inextinguible?
Hermanos en creencias; cruda guerra
tenemos que sufrir, Dios los perdone
y a nosotros también, que amor encierra
nuestro lema, y a amar nos predispone;
la sátira y la burla ¿qué son? Nada;

aunque la vieja sociedad se encone
no logrará su fin; la luz sagrada
no se extingue jamás y brilla tanto...
que cuando en ella fijan su mirada
tienen que confesar que hay adelanto,
que del Espiritismo el poderío
se extiende y esto les produce espanto.
Confiesan en su triste desvarío
lo que quieren negar en su locura,
y entre el contra y, el pro queda el vacío.
¡Espiritistas! Ya la luz fulgura
y las sombras disipa del mañana.
La victoria en la lucha se asegura.
¡Luchemos por salvar la raza humana!

(i) *Epístola inspirada por la lectura de un artículo que con el epígrafe de dÁ magia modernas, public6 «El Sentido Común», el 26 de Diciembre del ado t87q, tomándoln de «El Siglo Futuros,*

(z) *Profecía de Jseh cap. 11, v, 23 y 29,*

UNA TUMBA CON ANTIFAZ

I

Ya pasó la fiesta de los muertos.

La fúnebre parodia.

El carnaval del sentimiento.

¡Qué dolor tan acomodaticio es el dolor de la generalidad!, tienen su día fijo, sus horas marcadas; el pesar, lo sujetes al número... ¡Y luego diremos que la humanidad no entiende de matemáticas...!

!Cuánto deberán sufrir algunos espíritus contemplando tanta hipocresía y cuánta lástima le tendrán a los actores, que ejecutan la comedia!

Yo he visitado bastantes cementerios, exactas fotografías de la ingratitud; porque si tan necesario encuentran los hombres adornar las tumbas, y en un día dado corren presurosos, con ramos de flores, coronas y lámparas, y hasta juguetes, para las sepulturas de los niños, como acostumbran poner en Madrid, ¿por qué luego ese abandono y ese ;olvido...? ¡Ay! si los que mueren no tuvieran más consuelo que el recuerdo de los de aquí! ¡Qué amarga sería la erraticidad...!

Y ahora que de recuerdos hablamos, uno brota en mi mente, del que se puede escribir una historia, de la cual voy a trazar a grandes rasgos su epílogo, que en todos los dramas de la vida, la última escena es la de más efecto.

II

Cuando murió mi madre, iba yo muchas tardes al cementerio a cubrir su huesa con hermosas flores; entonces mi razón dormía, no creía. en nada, quería esperar en algo; pero no encontraba más que el caos, y solo la sepultura de la que me llevó en su seno, era mi centro de atracción; allí me encontraba mejor, aquella soledad acompañaba la mía.

Me gustaba pasear por la ciudad de los muertos, y llamó mi atención un sencilla panteón de familia.

Una verja de hierro, primorosamente trabajada, formaba un gran círculo, en cuyo centro se elevaba sobre una ancha gradería, una cruz de mármol blanco de gigantesca altura; al pie de ésta, había un jarrón y un medallón de alabastro oriado, el último de pequeñas rosas artísticamente esculpidas, y en medio del medallón estaba escrito con letras doradas este nombre: Silvia.

En el jarrón siempre había un enorme ramo de lozanas flores; era el único sepulcro que ostentaba tan poético recuerdo; recuerdo constante que me inspiraba simpatía y admiración; la que llegó a su colmo, cuando me dijo uno de los guardas del cementerio, que Silvia era una joven huérfana cubana, y que sus parientes la querían tanta, que ni un solo día dejaban de mandarle un ramo de flores.

III

Tres años estuve lejos de mí suelo natal: cuando volví, lo primero que hice fue visitar la tumba de mi madre y dejar sobre ella las hojas de plátano, que había recogido en lejanas playas con tan piadoso objeto.

Al retirarme me acordé de Silvia y me dirigí a su tumba. Nada había cambiado en ella; la cruz gigante y alabastrina tenía sus brazos abiertos como si esperara a que la humanidad se refugiara en ellos: a sus pies el aristocrática jarrón contenía fragantes flores, y solo los sauces y cipreses que rodeaban la marmórea gradería, eran los únicos que habían cambiado porque habían crecido.

Sin poderme explicar la causa, aquel dolor permanente, que lo revelaban aquellas flores que volvía a encontrar después de tres años, me interesaba, sí, mucho; pero al mismo tiempo, sentía una viva curiosidad por conocer a la familia de Silvia.

Estaba sumida en mis reflexiones, cuando una voz, que no me era *desconocida*, resonó en mí oído dándome las buenas tardes: me volví y me encontré con el anciano guarda, que cuatro años antes me había dicho que Silvia quedó huérfana, y con quien solía hablar largos ratos, habíamos simpatizado por el dolor, pues él también lloraba la pérdida de dos hijos, y los desgraciados se entienden muy bien.

Me alegré de verle, y seguimos hablando del modo siguiente:

-Amiga, mía usted no olvida a su madre; han pasado tres o cuatro años y todavía viene usted a verla; eso es bueno, porque aunque los muertos pronto se hacen gusanos, y sólo quedan los huesos; pero... ¡qué sé yo!, bueno es acordarse de quien nos quiso bien, valga....por lo que valga.

-A una madre no se la puede olvidar nunca.

—Ni, a un hijo tampoco, murmuró sordamente el guarda, limpiándose con el dorso de la mano, una lágrima, bendita, que rodó por su tostada mejilla.

-Por más que se diga, el sentimiento verdadero no se acaba, ,y aquí tenemos una prueba, le dije, señalando a las flores del jarrón. Usted me dijo que aquí descansaba una huérfana, ¡y cuánto no la querría su familia, cuando tanto la recuerda todavía;

-Señora, gritó mi interlocutor fuera de sí al escucharme: no compare usted el pesar de esta gente, ni -con el de usted, ni con el mío: los ricos... no pueden sentir.

-Pues y esas flores, ¿por qué están ahí?

-¿Por qué...? ¿Por qué? Porque les conviene que estén; en fin, más vale no hablar.

-¿Cómo no hablar? ¿Por qué dice usted eso?

-¡Porque en los cementerios se suelen saber muchas cosas y créame usted, señora, estoy entre los muertos desde que nací; porque mi padre era guarda como yo, y los muertos... me han hecho conocer a los vivos!

-¿Por qué?

-Porque sí.

-Y este panteón que estamos mirando ¿le ha hecho conocer algo?

-¡Que si me ha hecho conocer... ¡ Y una sonrisa plegó sus labios.

-Pues sin poderme explicar el motivo, siempre he mirado esta sepultura con cierta prevención.

-Sí, el corazón es muy leal señora; ese no engaña nunca; a mí también me pasaba lo misma; esta muerta: me olía...,y eso que tiene tantas flores encima; ¡pobre muchacha! -Pero qué sabe usted, cuéntemelo, ¿quiere?

-Hay cosas que no se pueden decir señora, y eso que no piense usted que está uno rabiando por decirlas, por desahogarse siquiera, pero ya se ve, no con todo el mundo se puede hablar.

-Es verdad, tiene usted razón, mas yo no sé el nombre de los parientes de la huérfana, porque ni una inicial hay sobre la losa que cubre la entrada de la bóveda y además, mañana dejo para siempre esta ciudad; de consiguiente, dejando aparte la prudencia que yo puedo tener, para guardar un secreto, las circunstancias favorecen también, para que usted me lo pueda confiar.

-Cada uno dice en su cara lo que es, señora, demasiado conozco yo lo que usted puede dar de sí, pero...

-No hay pero que valga, empiece usted a contar la historia, que ya se va haciendo tarde.

-La historia es muy corta, ya va haciendo usted.

Hará cosa de un año que vino una mañana un negro bastante viejo, preguntó por el capellán de aquí y se estuvieron hablando el cura y el negro de tres horas; luego salieron de la capilla y vinieron a este panteón; el pobre negrito, rompió a llorar como un chiquillo y decía muchas veces ¡pobre niña! ¡pobre ama mía...! ¡Después se fueron y yo, que no parece sino que he sido podenco, tan largo es mi olfato, olí... no se qué olí!

Por la noche, en lugar de irme a la cama, me vine arrastrando como las culebras, y me tendí entre las matas en donde ahora mismo estamos, a esperar; yo no sabía por qué esperaba, pero esperaba alguna cosa.

Ya bien tarde me vi llegar al cura y al negro; abrieron la reja, levantaron la losa, y bajaron los dos a la bóveda; como dejaron la puerta abierta, pude entrar yo también. y asomar la cabeza a la escalera; desde allí pude ver a la luz de un farol que llevaba el negro, abrir la caja de Silvia, única que hay; levantaron la cabeza de la puerta según me figuro, porque tanto no me era posible ver, los cuerpos de ellos me lo estorbaba y el negro llorando repetía:-

No me engañé, te asesinaron, ¡pobre ama mía...!

-Y de un modo bien infame y horroroso, dijo el cura, este cráneo está hundido a golpe de marlillo.

No pude oír más, porque tuve que volver a mi escondite, viendo que iban a subir.

Se fueron y el resto de la noche lo pasé en este sitio, temiendo que el capellán desvelado con tan terrible descubrimiento no se acotara y pudiera verme. El pobre señor murió a los pocos días, de un ataque cerebral, no se si por casualidad o porque no pudo digerir el secreto que guardaba, porque yo se decirle a usted que estuve mucho tiempo sin saber qué hacer, si decirlo a la justicia o callarme como me he callado otras muchas cosas; pero luego dije, uno se metió a redentor y lo crucificaron, dejemos las cosas como están, y en el día del juicio, que cada cual presente sus cuentas.

Ahora si; se me enciende la sangre siempre que veo venir al lacayo a mudar las flores.

Con que ¿qué le parece a usted señora? ¿Tenía yo razón al decirle, que no comparara nuestra pena con la de esta gente... ?

-Ya lo creo, es horrible lo que usted me ha contado.

-¡Pues si supiera usted las tragedias que yo se!. En fin, cada cual anda el camino a su modo.

Profundamente preocupada, me separé de aquella tumba con antifaz: el anciano guarda, me acompañó hasta la puerta del cementerio, y allí nos separamos con tristeza: no le he vuelto a ver.

IV

Durante mucho tiempo recordé tan triste historia, y siempre que visito algún cementerio o llega la fiesta de los muertos, me acuerdo de la pobre Silvia y de su marmórea tumba con el antifaz de las flores.

¡Quién sabe si algún día por medio de la revelación ultra-terrena, sabemos el principio de este misterioso y lúgubre drama!

Los espiritistas no somos los augures del porvenir, pero sí, los cronistas del pasado. Sabemos muchas veces dónde están las ocultas fuentes que dan ríos de lágrimas al mundo; sin que por esto, como dicen nuestros antagonistas, dejemos de consolar al que sufre por no tocar a la fatalidad divina, que pesa sobre el desgraciado. ¡Peregrina invención, por vida mía, con la que quieren ridiculizarnos y empequeñecernos!, se conoce que no han leído el lema de nuestro escudo que dice *Sin caridad no hay salvación*.

Pues sí para nosotros no hay adelanto más verdadero que la caridad, ¿cómo hemos de abandonar al que llora?

Para nosotros no hay fatalidad divina, sino fatalidad humana; puesto que siendo libres para elegir, preferimos el mal al bien.

.....

La fiesta de los muertos ha pasado,
seguid gusanos trabajando en paz:
ese dolor anual ha terminado:
las tumbas ya no tienen antifaz.

1875

FIN DEL TOMO PRIMER